

EL MUNDO TAL CUAL SERA

EL AÑO 3,000.

POR EMILIO SOUVESTRE.

Ilustrada con 10 grabados.

PUBLICADA EN EL FOLLETIN DE LAS NOVEDADES.

Madrid.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECANICAS DE VAPOR
DE LAS NOVEDADES Y LA ILUSTRACION, BARCO, 2.

1857.

EL MUNDO DE LOS DIAS

EL AÑO 2.000

POR EMILIO SOLER

Impreso en el taller de las Novas

Publicada en el taller de las Novas

Madrid

Impreso en las oficinas de las Novas

de las Novas y la imprenta de las Novas

1837

EL MUNDO TAL CUAL SERA

EL AÑO 3,000.

POR EMILIO SOUVESTRE.

I.

PROLOGO.

Los veo allí apoyados en la ventana de su caramanchón, en medio de las adelfas floridas y del gorgceo de los pájaros anidados debajo de las tejas. La mano de Marta descansa sobre la espalda de Mauricio, y entrambos miran bajo de sí, hácia el abismo sombrío; en ese abismo donde aparece en término la bóveda celeste sembrada de estrellas, y luego mas abajo las tinieblas luminosas de Paris. ¡Mauricio contempla Paris, Marta no ve mas que el cielo!

Pero despues de haber vagado de estrella en estrella, fatigada su vista, se fija sobre Mauricio; su mano se apoya mas estrechamente sobre la espalda que la sostiene, aproxima su boca, y dando un beso, pregunta:

—¿En qué piensas?

Pregunta perpétua de los que se aman; llamamiento inquieto de las almas que se

buscán sin verse, y que á manera de hermanas estraviadas en medio de la noche se interrogan á cada paso.

Volvióse Mauricio, y esos dos semblantes en los que brillaban la juventud y la dicha, se contemplaron por largo rato.

Un novelista aprovecharia esta contemplacion para ofrecer al lector dos retratos. Merced á los procedimientos de análisis microscópica inventados por la escuela moderna, en los ojos azules de Mauricio, disfundidos bajo los párpados, hallaria la inspiracion hácia lo desconocido; en sus narices abultadas la inquieta audacia; en sus labios entreabiertos la ternura expansiva; en todo su sér, en fin, la personificacion viviente de esta generacion investigadora, impaciente, incierta, que quiere y que no sabe. En cuanto á Marta, cubiertas las sienes por ondas de negros cabellos, la mirada tierna, casta y benévola, tendria en sí á un tiempo la belleza de la mujer, de la santa y de la heroina; seria una hija de la Julia de Saint-Preux, una amiga de la Clara del conde Egmont, una hermana de Juana la grande pastora... Pero como despues de estos poéticos

detalles pudieran verse nuestros lectores tan embarazados como el gendarme que lee el pasaporte de un ciudadano á quien el rey recomienda por dos francos á las autoridades civiles y militares del reino, creemos mas sencillo ofrecerles los retratos grabados al frente de este capítulo.

Solamente debemos añadir algunas esplicaciones acerca de los hábitos de Mauricio, que la inteligencia mas sutil podria apenas divisar en este gracioso croquis.

Ante todo debemos declarar que aunque joven y enamorado no pertenecia á la falange de los hombres fantásticos que se han decorado á si mismos con el nombre de *encantadores egoistas*. Mauricio (preciso es confesarlo) era uno de aquellos géneos singulares que toman mas interés por la suerte del género humano que por los bailes de la ópera. Atormentado por la vista de tantos dolores sin consuelo, de tantas miserias sin esperanza, habia llegado á soñar en la felicidad de los hombres, como si valiese la pena, y se habia ocupado en buscar los medios de alcanzarla, á pesar de no haber recibido para ello mision alguna del gobierno...

Se dedicó á estudiar las obras de los que se designaban como profundos racionadores y como sábios de la época. Los primeros á quienes se dirigió fueron los filósofos. Le esplicaron dogmáticamente con auxilio de sus dudas toda la elegancia del álgebra sin tener su precision, lo que era lo relativo y lo absoluto, lo mio y lo suyo, lo causal y lo extraordinario...; en cuanto á lo demás, no se habian acordado de ello siquiera. La filosofía se ocupaba tan solo de los grandes principios, es decir, de los principios que ni os hacen mas felices ni mejores...

Poco satisfecho Mauricio dirigióse á los publicistas, á los historiadores, á los legisladores. Le analizaron á su vez las varias constituciones, y le comentaron los diferentes códigos! Pero con todas estas constituciones el mayor número parecia de hambre al propio tiempo que el menor sucumbian hartos; todos los códigos eran mares engañosos, donde perecian las pobres barcas de los contrabandistas, mientras que los grandes piratas bogaban en ellos á velas desplegadas... Tampoco era esto lo que buscaba Mauricio; recurrió, pues, á los estadistas y á los economistas.

Estos que se habian ocupado seriamente de la cuestion, le condujeron durante seis meses al traves de sus columnas de cifras; luego acabaron por declararle que todo estaba como podia estar, y que no habia mas que dejar hacer y que dejar pasar.

Se encontró, pues, precisamente tan adelantado como antes de leer nada.

Desesperado ya recurrió á los locos de que habla Berenger.

Mauricio estudió los socialistas: Roverto Owen, Saint-Simon, Fourier, Swendenborg. —Segun decian, cada uno de ellos poseia la caja inversa á la de Pandora; bastaba abrirla para que todos los goces tomasen su vuelo entre los hombres: la desesperacion debia tan solo quedar en el fondo... Mauricio tanteó unas tras otras las cajas mágicas, levantó las tapas, miró el fondo... le pareció descubrir distintamente algo de bueno en cada una, pero no sin mucha mezcla; el trigo se hallaba mezclado con la cizaña, y antes de formar de ellos una nutricion sana, faltaba todavía abalear y moler por largo tiempo. No pudiendo desecharlo todo ni aceptarlo, estuvo indeciso entre una media docena de sistemas contradictorios; posicion poco cómoda que Mr. Cousin ha bautizado con un nombre griego para darle trazas de filósofo.

Sin embargo, todos estos estudios habian robustecido su fé en el porvenir, esta tierra prometida para aquellos que no pueden ver claro en lo presente. Creia en el progreso indefinido del género humano, con tanto entusiasmo como un provincial que se llega á doctorar cree en su suerte literaria. Las fascinadoras influencias de la luna de miel en nada habian alterado estas preocupaciones; pues Marta se habia asociado á ellas, y lo que hubiera podido llegar á ser un muro de separacion para entrambos, se habia transformado de este modo en anillo de alianza. Reunidos en una misma esperanza, sus dos almas formaban un foco comun, cuyos suaves rayos tocaban á todos. Se amaban y humanaban como los esposos cristianos se aman en Dios... cuando se aman!

El lector observará fácilmente que siendo estas esplicaciones indispensables, lo que llaman los gramáticos una *proposicion incidental*, cerraremos el paréntesis para tomar otra vez el hilo de nuestra historia.

Como hemos dicho, Mauricio volvió la cara á la pregunta de Marta, y los dos se miraron largo rato sin decir palabra, como se mira á la luz de las estrellas cuando á los veinte años se habita en tierna compañía una buhardilla.

Sin embargo, despues de largo silencio, que fué tambien un prolongado ósculo, la joven hizo de nuevo su pregunta:

—¿En qué piensas?

Mauricio la rodeó la cintura con uno de sus brazos.

—Al principio he pensado en tí, contestó:

conmovido luego mi corazón con este pensamiento, se ha abierto, ensanchado; me he sentido dominado por una tierna solicitud para este mundo, en medio del cual nos amamos, y me he preguntado qué sería de él en el porvenir.

—Recuerda, dijo Marta, la casa en que nos hemos conocido; había en ella niños recién nacidos, jóvenes que entraban en la vida, abuelos que iban á dejarla... ¿No es el porvenir del mundo como su presente y su pasado?

—Para los individuos sí, mas no para las sociedades, replicó Mauricio. Además de la vida que se trasmite hay el espíritu que varía. Los hombres son piedras animadas con las cuales cada siglo construye un edificio diferente, arreglado á sus luces ó á sus deseos. Hasta el presente el edificio no ha sido mas que una *ajoupa* de salvajes, una tienda de guerreros ó una barca de negociantes: pero el grande arquitecto que debe construir el templo vendrá tarde ó temprano; y vendrá sin duda, pues que los signos precursores han anunciado ya su llegada...

—Enseñamelas, dijo la jóven, apoyando su mejilla contra la de Mauricio.

—Mira, continuó asomándose á la estrecha ventana; ¿qué ves delante de tí?

—Veo pequeñas y blancas nubes deslizándose por allá abajo en lo azul del cielo, y que parecen ángeles de la guarda que vuelan.

—¿Y mas allá?

—En la cumbre de la cuesta veo una buhardilla iluminada... aquella en que te conocí.

—¿Y mas allá todavía?

—Mas allá, repitió la jóven, no veo mas que la noche.

—Pero esta noche envuelve un millon de inteligencias que velan, añadió Mauricio con exaltacion. ¡Ah! ¡si tú pudieras ver todo lo que se prepara en el fondo de esas tinieblas! esos murmullos lejanos que se parecen á gemidos, esos resplandores que pasan, esos vapores que se elevan, todo esto es un mundo próximo á formarse. Como en los primeros dias de la creacion, todos los elementos están aun en el caos; pero deja al sol el tiempo de salir, y el porvenir saldrá de estas tinieblas como salió la tierra de las aguas despues del diluvio.

Marta no contestó; pero fascinada por la voz del jóven, se inclinó sobre el abismo sombrío, esperando ver alguna mágica transformacion.

—Sí, deseo conocer ese porvenir tan hermoso, dijo ella con la curiosa y asombrada

expresion de un niño. ¿Por qué no podremos dormir durante muchos siglos y despertar en un mundo mas perfecto? ¡Oh! ¡si yo tuviese por madrina una hada.

—Las hadas han desaparecido rompiendo sus varitas, repuso Mauricio; toca al génio de los hombres el encontrar sus restos y reunirlos de nuevo.

—¿A quién debe invocarse, pues? añadió la jóven. Los ángeles dejaron de visitarnos, como lo hacian en tiempo de Jacob y de Tobias; Jesús, María y los Santos ya no dejan el paraíso, como en la edad media, para experimentar las almas ó socorrer á los afligidos: ¿todas las potencias superiores han abandonado pues la tierra? ¿No hay aqui bajo ni Dios ni duende que pueda servir de intermediador entre el mundo real y el mundo invisible? Todos los países, las edades todas han tenido su génio protector; ¿dónde está el de nuestros tiempos y cuál es este génio?

—Hélo aqui, gritó una voz débil y lejana.

Sorprendidos los dos amantes alzaron la cabeza. En medio de la noche, sobre la cima de los techos se deslizaba rápidamente una sombra que se paró de pronto delante de la ventana abierta, soltando una carcajada metálica.

Asustada Marta se habia echado hácia atrás, y el mismo Mauricio habia retrocedido un paso.

—Aqui estoy, repitió la voz siempre seca y precipitada; me habeis llamado y héme aqui.

Hablando de este modo, el recién venido hizo un movimiento que le colocó en la línea de luz dibujada por la luna y se halló de este modo completamente iluminado.

D. JUAN ADELANTO.

Era un hombre pequeño que vestia levita de goma elástica, cubierto con un gibus, corbata de crines y botines de paño inglés. Llevaba al cuello una enorme cadena dorada por el procedimiento Ruoltz, en la mano derecha un baston de hierro hueco, y debajo del brazo izquierdo una cartera, de donde salian algunos cupones de acciones industriales. Cada una de las prendas de su traje ofrecia a la vista una estampilla.

PRIVILEGIO DE INVENCION DEL GOBIERNO.

En cuanto á su persona, se le hubiera tomado por un banquero ingerto de notario.

Se hallaba sentado cómodamente sobre

una locomotora inglesa, cuyo humo le envolvía en fantásticas nubes, y llevaba detrás un daguerreotipo de la fábrica de monsieur Chevalier.

Algo asustado Mauricio al principio de esta súbita aparición, se tranquilizó poco á poco al ver su espíritu pacífico. Miró de frente al hombre pequeño, y le preguntó quién era.

—¿Quién soy? contestó este último sonriéndose: ¡pardiez! que Marta debe saberlo.

—¿Yo! exclamó la jóven temblando como un autor la vispera de su primera representación.

—¿No acabáis de llamarme? repuso el hombre pequeño...

Mauricio hizo un gesto.

—¿Ah! ya os conozco, dijo: vos sois el duende familiar de las buhardillas, el antiguo criado de D. Cleofás Zambulo, el demonio Asmodeo.

El desconocido dió un puñetazo sobre su locomotora.

—Ya me lo figuraba, dijo este: siempre Asmodeo; la reputación de ese pícaro le ha sobrevivido.

—¿Ha muerto? preguntó Mauricio asombrado.

—¿No lo sabes? añadió el enano: Beranger lo ha anunciado:

En el conclave se desesperan;
¡Adios imperio, riqueza adios!
Perdimos tristes, ¡ah! nuestro padre.
El diablo ha muerto; por fin murió.

—Y sin embargo, objetó Marta, que ya empezaba á animarse, se han publicado sus memorias y su viaje á Paris.

—¿Obras apócrifas! exclamó el hombre de la levita de goma; jamás hubiera discurrido el diablo cosa semejante. Yo le he conocido mucho, era un tuno de los mas chavacanos; pero gozó de igual dicha que su primo el príncipe de Talleyrand; se le atribuía el talento de todo el mundo. Felizmente el espíritu de las tinieblas cumplió su misión, su término; su reinado acabó y comienza el mio!...

Enajenados los dos amantes levantaron la cabeza.

—¿Vuestro reinado! exclamaron los dos á la vez; vos sois...

Y no sabían qué nombre debían darle; pero el hombre pequeño introdujo con mucha gracia dos dedos en el bolsillo de su chaleco de cachemira francés, sacó una tarjeta litografiada, y la presentó á Mauricio, quien leyó:

D. JUAN ADELANTO,

miembro de todas las sociedades de perfeccionamiento de Europa, Asia, Africa, América, Oceanía, etc., etc.

Calle de Rivoli.

Mauricio y Marta se inclinaron respetuosamente.

—Yo iba á visitar los trabajos de vuestros ferro-carriles, continuó el génio de levita de goma, cuando al pasar he oido los deseos que tenia Mad. Marta, y en seguida que me llamaba; entonces he vuelto atrás para satisfacer á los primeros y para obedecer á su llamamiento.

—¿Qué! exclamó la jóven, esos deseos de saltar muchos siglos para hallarse en medio del mundo perfeccionado, que se nos ha prometido...

—Yo puedo cumplirlos, dijo el enano pasando con fatuidad sobre una de sus mejillas el puño de su hueco baston de hierro; hablad una palabra, y quedareis dormidos en un instante para no despertaros hasta el año TRES MIL.

Marta y Mauricio se miraron maravillados.

—¿En el año TRES MIL! repitió este; ¿y entonces habrán ya dado sus frutos las semillas sembradas en nuestra época?

—¿En el año TRES MIL! ¿y nos encontraremos juntos? añadió aquella apoyando un brazo sobre el de Mauricio.

—¿En el año TRES MIL! y os despertareis tan jóvenes y tan enamorados como ahora, dijo el génio con una risa de rentista.

—¿Ah! sí, es verdad, repuso Mauricio con exaltación; no tardeis mas; enseñadnos el porvenir que tan espléndido se nos anuncia. ¿Quién nos detendría en el mundo actual en donde todo es lucha é incertidumbre? Durmamos en tanto que el género humano marcha penosamente al traves de caminos mal abiertos; ¡durmamos para no despertar hasta el término del viaje!

Mauricio había ceñido á Marta con uno de sus brazos, y la aproximó á su corazón con el fin de asegurarse que le seguía al traves de ese sueño de muchos siglos. Don Juan Adelanto se inclinó hácia ellos y adelantó las dos manos, como un magnetizador pronto á comunicar el fluido maravilloso que transporta el nervio visual al occipucio, y el olfato al epigastrio; pero Marta se desvió á un lado.

—¿Ah! exclamó asustada, ¡vuestro sueño es la muerte: vuestro mundo es un miste-

rio; Mauricio, quedémonos donde estamos, y seamos lo que somos! | tas flores para coger, qué azulado cielo sobre nuestras cabezas, qué dulces murmullos



D. Juan Adelanto.

—No, prorumpió el joven fascinado: quiero ver el fin. | de manantiales y brisas!
 —¡Es tan hermoso el camino! ¡Mira cuán- | —¡A ver, á ver! Marta!
 —¡Viva! ¡Viva! Mauricio.

—¡Sí, pero en un mundo mejor y bajo leyes más justas! Apoya tu frente en mi hombro, Marta: estréchate contra mi corazón y nada temas: estoy contigo y te amo.

Habia abrazado á la jóven, y las manos del génio permanecian estendidas. Ambos sintieron de repente una pesadez en sus párpados; buscaron instintivamente el grande sillón de trabajo de Mauricio, se sentaron en él, y quedaron sumidos en un sueño profundo parecido á la muerte.

Al dia siguiente aparecia en todos los periódicos de Paris la siguiente gacetilla:

«Un suceso tan triste como inesperado acaba de producir un grande desconsuelo á la interesante poblacion de Batignolles. Un jóven y una jóven que habitaban el piso superior de una casa situada en la calle de las Canteras, se han encontrado muertos esta mañana. Todos se pierden en conjeturas acerca de este funesto accidente, el cual no parece ser ni el resultado del crimen ni el de la desesperacion.»

Al dia siguiente *El Monitor parisiense* consagraba un nuevo artículo á los amantes batignolleses, anunciando que ambos se habian asfixiado por inspiracion poética y para librarse de los desencantos de la vida: otro dia *El Constitucional* publicaba detalles íntimos sobre sus últimos instantes; y al dia inmediato *La Presse* anunciaba la publicacion de su correspondencia inédita, recopilada por un amigo.

Además, todos los poetas de provincia templaron su lira (pues la lira y la guitarra son todavía conocidos en las provincias), y salieron mil doscientas estrofas en verso de todas medidas á la muerte de Marta y Mauricio. Pero las más elogiadas fueron las de un empleado de rentas de Bar-sur-Aube, que acababa de colocarse en la primera línea de los poetas dramáticos por una tragedia griega, representada con grande éxito en el teatro de Bobino. Se repitió sobre todo la cantinela:

Cual ébano negros, cual mar azulados,
Los ojos rasgados angélicos son;
En vos se ostentaron y al cielo subisteis,
Y en brazos os visteis del Ser de razon.

Versos oportunos, de los que el primero, segun la observacion de un célebre crítico, pertenecia á la escuela colorada de Shakspeare, y los dos últimos á la sombra de Racine.

El grabado explotó igualmente la paraja amorosa. El periódico *La Ilustracion* publicó la vista de su ventanada buhardilla, con un canal en primer término, dibujo de

circunstancia, que añadia un tierno encanto á la narracion de esta doble muerte.

En fin, para que nada faltase á su celebridad, Mr. Cannal escribió una carta al *Diario de los Debates*, en la cual, dando las señas de su fábrica de conservas humanas, se ofrecia á embalsamarlos gratuitamente.

Una sola palabra hizo desvanecer toda esta gloria...

El tio de Marta, advertido por el rumor pública, se indignó contra las mentiras publicadas por los periódicos, y les dirigió una reclamacion, á la cual acompañó como documentos justificativos:

1.º El certificado del médico del cuartel, demostrando que Marta y Mauricio habian muerto naturalmente de muerte repentina.

2.º El extracto de los registros del estado civil, en prueba de que los dos se habian casado en la alcaldia del cuarto distrito.

De este modo se habia creído interesarse por amantes suicidados, y solo se encontraban con personas muertas á su pesar y casadas. Además, esta noticia fué como un golpe de aire que resfrió súbitamente todos los órganos de la publicidad. *El constitucional* volvió á su historia de los jesuitas, interrumpida por algunas anécdotas sobre la serpiente de mar; la *Presse* descubrió que la correspondencia anunciada era apócrifa, y suspendió su insercion; en fin, la *Gaceta de los Tribunales* publicó el arresto de una envenenadora de buena familia, que acababa de desembarazarse de toda ella, á consecuencia de la deplorable organizacion social, que solo nos permite heredar de los muertos...

Este último asunto absorbió toda la atencion pública, y los nombres de Marta y Mauricio se relegaron al olvido.

Sin embargo, los dos habian sido puestos en un mismo ataúd y conducidos al cementerio. El humilde carro fúnebre atravesó Paris seguido de un viejo, una mujer y sus niños: era el complemento de su familia. Brillaba el sol, las ramilleteras ofrecian á los pasajeros las primeras violetas; los árboles empezaban á mostrar sus hojas sedosas, y los pájaros gorgeaban á lo largo de los tejados buscando sitio á propósito para hacer sus nidos. Todo era movimiento, perfume, luz; y en medio de este renacimiento general, el féretro aislado pasaba sin ser aperebido... porque ¿quién puede pedir á la vida que vea y comprenda la muerte?

De vuelta ya, el viejo, la jóven y los dos niños subieron á la buhardilla que habian

ha bitado los que acababan de depositar en la tierra. En el umbral de la puerta se habia el empleado de las pompas fúnebres con el pañuelo en una mano y su cuenta en la otra. El pañuelo cubría apenas un ojo, pero la cuenta hubiera podido envolver toda la persona, pues si cuesta caro el vivir en Paris, mas cuesta todavía el hacerse enterrar en él. Para pagar la tumba de los dos muertos fué preciso vender todo lo que vivos poseian. Los libros de Mauricio pagaron el ataúd; el anillo y la cruz de oro de Marta, el sudario; lo restante el hoyo donde reposaban.

Quando se vió satisfecho el del carro fúnebre, metió su pañuelo en el bolsillo y pidió su propina ..

Los dias corrieron si embargo, los años luego, los siglos en seguida, y todo recuerdo de Marta y Mauricio se habia borrado. Nadie se acordaba ya de los versos del empleado de rentas de Bar-sur-Aube; pero el génio de la locomotora no habia olvidado su promesa. La muerte de los dos amantes no era mas que un sueño, y desde el fondo de su tumba seguian las trasformaciones sucesivas de las sociedades, como las imágenes de un sueño confuso.

Les pareció en un principio que veian las monarquias cambiadas en gobiernos constitucionales, y los gobiernos constitucionales en repúblicas. Despues las razas poderosas envejecian y cedian el puesto á otras mas jóvenes. La civilizacion, transmitida como la antorcha encendida de los saturnales, pasaba de mano en mano, dejando poco á poco en la oscuridad el punto de partida. Nuevos intereses llevaban la actividad humana á otros climas. La Europa, olvidada, caía lentamente en la inercia y en la soledad, en tanto que la América y una comarca mas nueva absorbian en sí todos los elementos de vida. El mundo antiguo ya no era mas que una tierra salvaje, cuyas ruinas esplotaban las sociedades modernas. Riquezas escondidas, monumentos derruidos, sepulcros olvidados, todo pasaba á ser propiedad de estas generaciones mercantes. Marta y Mauricio creyeron tambien que el ataúd que los encerraba era arrancado del suelo fúnebre con mil otros que se les embarcaba juntos, y que todos eran transportados á una region desconocida, centro de la civilizacion moderna.

Pero aqui la especie de intuición misteriosa que hasta entonces se lo habia revelado todo, se oscureció. En su sueño hubo una interrupcion súbita y luego una voz clara hizo resonar de repente en sus oidos estas palabras:

EL AÑO TRES MIL!

En el mismo instante la cubierta del ataúd desapareció, y despertando los dos amantes sobresaltados se desprendieron de sus mortajas.

Al principio nada divisaron mas que á sí mismos; al encontrarse despues de un sueño de tantos siglos, los dos dieron un grito de alegria, sus brazos se estendieron mutuamente, y cambiaron sus nombres dándose un beso.

Una risotada nerviosa les interrumpió. Volviéronse estremecidos y á poca distancia distinguieron el pequeño génio puesto en pié sobre su locomotora fantástica.

Marta prorumpió en una exclamacion, sonrojóse, y cubrió sus espaldas con los pliegues del sudario.

—¡Qué tal! he cumplido mi palabra, dijo el diablillo; gracias á mí, vosotros acabais de atravesar once siglos sin apercibirlo.

—¿Es posible? exclamó Mauricio estupefacto.

—Y héos aquí trasportados al centro de la civilizacion que deseais conocer, continuó el génio; nos hallamos en la isla llamada antiguamente *Táiti*.

—¿La *Nueva-Citeres* del capitan Cook? preguntó el jóven.

—Llamada hoy dia la *Isla del Negro-Animal*, añadió el enano. Los ricos industriales del pais hacen escavaciones en todo el mundo para procurarse la primera materia de su comercio, y vosotros sois deudores á sus investigaciones de haber sido trasportados entre ellos.

Marta miró en torno de sí y observó que se hallaban en un inmenso edificio lleno de cajas y de huesos; se aproximó á Mauricio toda asustada.

—¡Oh! no temais nada, repuso el génio riéndose de la manera brusca que acostumbraba; nadie os confundirá con los muertos. Os encontrais en casa de uno de los fabricantes mas respetables de la isla, D. Omnívoro, quien se alegrará de ver en vosotros una muestra de los tiempos bárbaros. Ya sabe vuestra resurreccion, y vais á verle pronto.

Inquieta la jóven se abrigó mas cuidadosamente e con su mortaja.

—No fijeis la atencion en la ligereza de vuestro trage, observó el pequeño dios; aqui no nos hallamos en vuestros ridiculos climas, en donde el sol hace las veces de una bugía que ilumina sin calentar; en la *Isla del Negro-Animal*, el aire sirve de levita; así veis que el interés bien estudiado ha reducido el vestido á su mas simple expresion.

En efecto, los dos amantes observaron entonces la trasformacion que se habia operado en D. Juan Adelanto. Sus vestidos se reducian á un calzoncillo de algodón, un sombrero de corteza con anchas alas y las botas de mimbre adornadas con campanillas. Mauricio supo por él que aquel era el traje generalmente adoptado en razon á su comodidad y economía. Renunciando la civilizacion del año tres mil á todo lo que no era de una utilidad inmediata, habia dejado los adornos para las damas ó para los espiritus fútiles; los hombres graves se contentaban con el calzoncillo realzado con sus gracias naturales.

Al acabar estas esplicaciones, se oyeron pasos en la puerta del edificio, y el génio, dando un golpe con el talón á su corcel de vapor, desapareció como un relámpago.

II.

Elocuencia parlamentaria de Mauricio.—Elocuencia perfeccionada de D. Omnívoro.—Traje de un hombre acomodado, en el año tres mil.—D. Atodo.—Partida de Marta y Mauricio.—Nuevo modo de pasar los rios.—Camino subterráneos.—D. Atodo tranquiliza á Marta por medio de un cálculo estadístico.—Marta se duerme.—Un sueño.

D. Omnívoro venia seguido de una media docena de criados que manifestaban desde luego la mas viva admiracion. Hablaban todos á la vez como nuestros diputados cuando quieren aclarar una cuestion importante, y Mauricio reconoció que sus palabras eran una mezcla de francés, inglés y alemán, de lo cual se enteró fácilmente, atendido el conocimiento que tenia de estos tres idiomas. Ellos repetian juntos:

—¡Maravilla! ¡maravilla! Dos muertos de los primeros tiempos han resucitado! el hornero los ha visto salir de su caja.

Pero á la vista de los esposos se interrumpieron gritando:

—¡Hélos allí!

Y se detuvieron á cierta distancia con una curiosidad moderada evidentemente por el miedo.

Marta confusa se habia medio ocultado detrás de Mauricio: pero este último, que queria sostener por el honor del siglo décimo-nono, al cual D. Adelanto acababa de regalar el epíteto de bárbaro, se encaminó con toda gravedad hácia donde se hallaban los que venian á visitarlos, les saludó, y les dirigió el siguiente discurso:

«Señores y respetables desconocidos:

«Solo nuestra libre eleccion y no la ca-

sualidad es la que nos ha hecho atravesar cerca de dos mil años para renacer en medio de esta generacion poderosa é ilustrada, que á fuerza de conquistas en el territorio de la perfectibilidad humana, ha hecho bajar el reino del cielo sobre la tierra.

«Por esta razon nos consideraremos felices en poder conocer por nosotros mismos esta raza de semidioses, tan noblemente representada por los que tienen la benignidad de escucharme en este momento...

(Al llegar aquí un murmullo de aprobacion interrumpe al orador: luego continúa en voz mas alta):

«Yo vengo, señores, á vuestro lado para calentarme al sol de la civilizacion que en ninguna otra parte brilla con tanto esplendor...

(Estrepitosos aplausos).

«Para admirar los milagros hechos por una nacion inteligente y generosa...

(Aplausos mas estrepitosos).

«Para rendir homenaje á un país que pudiera llamarse la patria de todas las glorias...

(Aplausos prolongados).

«En fin, para gozar de la noble alianza del órden con la libertad, realizada por el pueblo mas grande del mundo...»

(Tempestad de aplausos; muchas voces gritan: ¡vivan los muertos parisienses!

Fueron necesarios algunos instantes para calmar la emocion producida por la elocuente improvisacion de Mauricio: los habitantes de la *Isla del Negro-Animal* no podian ocultar su sorpresa al encontrar en un bárbaro, enterrado once siglos atrás, esa elevacion de pensamientos y esa exactitud de discernimiento. Los oyentes mas instruidos creian reconocer en el lenguaje del jóven un antiguo presidente del Congreso provincial, ó por lo menos un secretario de Sociedad filantrópica, conservado por el método de Mr. Cannal. En fin, restablecido ya el silencio, D. Omnívoro, que trataba de contestar dignamente al discurso de su nuésped, adelantóse con gravedad, tosió tres veces con el fin de recoger sus ideas, y con un acento franco-anglo-tudesco, dijo:

«Señor:

«En contestacion á la de Vd. de este dia me apresuro á hacerle saber que la casa Omnívoro y compañía se honrará entrando en relaciones con la de Vd., y que hallará la misma acogida que una letra á la vista; sirviéndole á dicha casa de satisfaccion el mantenerse en la buena opinion que Vd. ha concebido del pueblo al cual tiene la ventaja de pertenecer.»

Los oyentes cambiaron una mirada de satisfaccion. Todos aplaudieron de una manera visible la claridad y precision men-cantil de la contestacion dada por D. Omnivoro; este lo observó y tomó un polvo para contener de este modo su modestia.

Pero la valla estaba rota, y se pasó á esplicaciones menos solemnes. Mauricio contó cómo Marta y él se encontraban allí, espresando al mismo tiempo el deseo de salir lo mas pronto posible de aquel lugar fúnebre, cuyo aspecto entrüstecia á su compañera. D. Omnivoro se dió prisa á que trajesen algunos vestidos hallados en las escavaciones recientes que se habian hecho en las ruinas del mundo viejo, y anunciando que volveria á buscar á sus huéspedes, se retiró.

Volvió en efecto al cabo de un cuarto de hora, y al ver el trage de los dos esposos, no pudo menos de soltar una carcajada. Examinó por algun tiempo todas sus partes con la misma curiosidad que un francés del siglo décimo-nono estudia los adornos de un hotentote. Fué preciso esplicarle la utilidad de esa falda de los vestidos de mujer que embarazaba su marcha, de ese sombrero que coloca su rostro de la misma manera que en el fondo de una trompa; de ese frac, cuyos faldones colgantes semejaban las dos alas de un abejorro enfermo; de ese pantalon que se disputaban los tirantes y las trabilas como una víctima descuartizada por cuatro caballos. Marta y Mauricio defendieron del mejor modo posible los trages de su época; pero despues de haberlos escuchado, D. Omnivoro echó una mirada sobre su vestido perfeccionado, y no pudo contener una sonrisa de orgullo.

Este vestido en efecto habia resuelto la cuestion de utilidad lo mas completamente que podia descarse. No solo servia de trage, sino que tambien de anuncio, de precio corriente y de libro de plazos.

En la cintura del canzoncillo se veian impresas las palabras OMNIVORO Y COMPAÑIA, seguidas de las noticias mas detalladas sobre la naturaleza y escelencia de los productos de su fabrica. La pierna derecha ofrecia un libro completo de cuentas, destinado á simplificar los cálculos mas complicados, y la izquierda un almanaque de escritorio con las horas de salida de los paquebotes y correos. En los dos costados aparecian á la manera de cintas, ciertos nudos de letras pagadas, y servian para demostrar á la vez la estension de los negocios y la exactitud de los pagos de la casa Omnivoro. En fin, una pluma puesta detrás de la oreja probaba que el digno fabricante aca-

baba de verse súbitamente arrancado de las dulzuras de la contabilidad en partida doble.

Condujo desde luego á Marta y Mauricio al traves de inmensos depósitos, en donde veianse amontonados todos los restos sacados por sus comisionados de entre las ruinas del viejo mundo; pues tal era la especialidad, á la cual D. Omnivoro debia su fortuna y su nombre. Esplotaba las generaciones pasadas como se esplotaban en otras partes las vegetaciones carbonizadas en ulla, ó desecadas en turbas combustibles. Sepúlculos antiguos, fragmentos de edificios, broncees preciosos, armas, medallas, estátuas, todo pasaba por su mano; su depósito era el almacén de curiosidades del mundo; allí era donde iban á parar los recopiladores y los académicos, raza indestructible que la nueva civilizacion no habia podido hacer desaparecer.

Los dos esposos encontraron precisamente uno de estos últimos en el momento en que salian del depósito: era el célebre D. Atodo, cuya especialidad era la de ser universal. Representaba por sí solo veintiocho ciudadanos, es decir, que cobraba las retribuciones de veintiocho destinos; la lista de sus títulos ocupaba una página en cuarto y llevaba tantas cruces como campanillas una mula española. D. Omnivoro le presentó solo como á secretario perpétuo de la sociedad histórica, profesor de literatura, presidente del claustro universitario, director de todas las escuelas normales, y miembro de catorce mil setecientos treinta y cuatro comités.

D. Atodo, que acababa de saber la resurreccion de la pareja francesa, le saludó con la dignidad de un hombre asociado á tantas academias, y al que nada podia ya admirar.

Despues de los primeros cumplidos, hizo á Mauricio preguntas destinadas á probar sus estudios históricos y literarios. Le preguntó si habia conocido á Carlomagno, á Mad. Pompadour y á M. Paul de Kock, tres grandes personajes pertenecientes á la tercera raza de los reyes de Francia, y le preguntó largamente sobre el condestable de Luis XVIII, Napoleon Bonaparte, cuya historia habia sido escrita por el reverendo padre Loriguet. Mauricio asombrado al principio, iba á responder, pero D. Atodo no le dejó tiempo para hacerlo; y sin mas largas transiciones saltó de lo pasado á lo presente, y comenzó una leccion sobre el estado de la tierra en el año tres mil.

Nuestros resucitados le escucharon con tanta mas atencion cuanto que deseaban saberlo todo. Declaróles el profesor que se

encontraban en el centro mismo del mundo civilizado, cuyos diferentes pueblos no formaban ya más que un solo estado, bajo el nombre de *República de los Intereses-Unidos*. El centro ó capital de esta república es la antigua isla de Borneo, llamada ahora *isla del Presupuesto*. Cada pueblo enviaba á ella cierto número de diputados, y estos arreglaban en comun los negocios generales. En cuanto al antiguo mundo, se conservaban en él algunas colonias que recibían la dirección y las luces de la metrópoli.

La gran ley de la división del trabajo se había aplicado á la misma república. Cada estado formaba una sola fábrica; así había un pueblo destinado á la fabricación de los alfileres, otro á la de charol inglés para lustre de botas, otro para las hormillas de botones. Cada uno se ocupaba y hablaba solo de su artículo, lo que contribuía medianamente á la extensión de las ideas y á los encantos de la sociedad, pero aprovechaba singularmente á la fabricación. La *isla del Presupuesto* reunía por sí sola todas las variedades de arte y de industria; se encontraban en ella modelos de la civilización entera, clasificados metódicamente como en un muestrario.

Desde luego Mauricio y Marta manifestaron sus deseos de ir á la *isla del Presupuesto*; el académico que se dirigía á ella se ofreció acompañarlos; pero D. Omnívoro se opuso. Sostuvo que los dos esposos iban comprendidos en una parte de mercaderías expedidas á su casa, y que le pertenecían tan legítimamente como las demás antigüedades de su depósito. Hubo largos debates, y al fin D. Atodo, que deseaba presentar en la capital los resucitados y llevarse la gloria de su descubrimiento, convino en remunerar al fabricante con los fondos de la sociedad histórica.

Siguieronle por consiguiente nuestros esposos hasta la orilla de la bahía que era preciso atravesar.

En las dos orillas se habían establecido baterías de morteros-postas para el pasaje. Un conductor abrió la pieza de mayor calibre por la culata é hizo entrar á nuestros tres viajeros, quienes se sentaron dentro de una bomba cuidadosamente acolchada. Marta no pudo librarse de cierta emoción al verse colocada en el fondo de un mortero cual un cartucho; pero el académico se puso á explicarle las ventajas de este modo de pasar los ríos. Se hallaba aun á la mitad de su demostración, cuando la joven oyó gritar:

—¡Fuego!

En el mismo instante sintióse lanzada

en el espacio, y atravesando los aires con la rapidez del rayo, se encontró en la orilla opuesta en medio de una veintena de bombas humeantes que acababan de llegar.

D. Atodo les dijo entonces que iban á continuar su viaje por uno de los caminos subterráneos que atravesaban la isla.

—Antes de los progresos de la civilización, añadió, se construían los caminos sobre la tierra; pero se fueron haciendo insensiblemente tan numerosos, que invadieron casi toda la superficie del globo. El suelo no tenía ya más que carriles fundidos, y se notó que á fuerza de multiplicar los caminos de transporte, se acercaba el momento de no tener que transportar nada. Entonces fué cuando se concibió la idea de trazar los caminos, no debajo del cielo, pero sí debajo de la tierra, y la experiencia ha demostrado la superioridad de este sistema. Merced á él, no se pierde más que la vista... uno puede viajar sin distracción, durmiendo ó pensando en sus negocios. En vez del sol tan pronto deslumbrante como oscurecido, se disfruta la iluminación uniforme de los faroles del viaje; no hay curiosos que os vean pasar; no se experimentan las importunidades de mercaderes, nada de ruido de población; se hace un viaje tan tranquilo como el que hacen los fardos.

Enseñó en seguida á sus dos compañeros los caminos subterráneos, cuyas aberturas aparecían en la falda de la colina como otras tantas bocas de hornos. Inmensas palas puestas en movimiento por las máquinas, metían en aquellas bocas ó sacaban de ellas los convoyes de wagones humeantes. En el seno de la montaña se oían mil batideros de ruedas mezclados con las fricciones del hierro, y los silbidos de la llama.

Hundiéndose Marta en uno de estos conductos siniestros, no pudo contener un grito, y buscó la mano de Mauricio. El académico, después de haberla reprendido con aspereza, trató de demostrarle que los caminos subterráneos no solo eran los más cómodos, sino que también los más seguros. Contóle para esto el número de personas muertas cada año en los diferentes modos de locomoción, el número de los estropeados y el de los heridos: detalló la especie de heridas y la gravedad de cada una de ellas; sumó en fin el todo, formó una regla de proporción, y llegó á la demostración de que los caminos subterráneos solo causaban por año mil trescientas víctimas y un quebrado...

Este cálculo cambió la inquietud de Marta en espanto.

D. Atodo pasó en seguida á los detalles.

Hizo observar á la jóven que se hallaba al abrigo de todos los pequeños accidentes que eran de temer en los otros caminos. No estaba espuesta ni á las corrientes de aire, ni á los rayos del sol, ni al polvo, ni al viento, ni á las emanaciones pantanosas, ni á las impertinencias de los pasajeros; solo estaba absolutamente espuesta á perder la vida.

Marta participaba ya de un verdadero terror; afortunadamente el brazo de Mauricio la ciñó con suavidad en este momento; y dejándose medio caer en el pecho del jóven, sintió palpar su corazón con calma y libertad, lo que la hizo perder el temor. La tranquilidad del que ella amaba se comunicó á todo su sér, y cerró los ojos risueña y embriagada.

Persuadido D. Atodo que ella meditaba sobre sus razonamientos, admiró los resultados de la estadística, y de la justificación de los diversos vehiculos modernamente inventados, pasó á la enumeración de sus ventajas.

Hizo ver que, atendida la rapidez media de la locomoción, solo se necesitaban ahora dos horas para ir á buscar el azúcar al Brasil, tres para comprar el té en Canton, cuatro para escoger el café en Moka. Se podia ir todavía mas lejos en caso necesario. Madama Atodo compraba sus adornos en casa de un comerciante de Bagdad, tenía su modista en Tambuctu y su guantero en el polo Norte, tres puertas mas abajo del círculo ártico.

El académico demostró con guarismos los inmensos resultados sociales de estos perfeccionamientos en las vias de comunicación. Probó, que añadiendo á la vida de los hombres del año tres mil todas las horas ganadas por esta rapidez de transporte, la duración media de su existencia era de ciento veinticinco años... mas una fracción. Así se habia resuelto el problema de recorrer espacio sin experimentar cansancio, sin hacer observaciones, sin hacerse confianza alguna. Se juntaban sin verse y se dejaban sin haberse hablado; cada uno era indiferente á todo el mundo, y todo el mundo á cada uno; viajar, en fin, ya no era vivir en camino ni en comun, sino partir y llegar...

Al principio Marta habia escuchado la apologia de D. Atodo; pero insensiblemente fué disminuyendo su atención, sus párpados se cerraron, y mecida por el aliento de su amado, se durmió. Las imágenes confusas de lo pasado divagaron por algun tiempo en torno de su espíritu; pero luego un recuerdo radiante borró todas las demás, y salió lentamente de este caos como una estrella de entre las nubes. Marta soñaba el

viaje hecho con Mauricio la misma vispera de su largo sueño.

Le parecia ver todavía las colinas de Viroflai y los extremos de los bosques iluminados por los últimos resplandores del día; distinguia el espino florido que bordaba el pálido verdor de los setos; percibía el perfume de las lilas, cuyas encantadoras copas coronaban las paredes de los jardines; oia en los caminos ocultos y en las sombras el ruido de las campanillas acompasado por el trote de los caballos.

Al lado de Marta iba Mauricio que la llevaba una mano oculta entre las suyas; cerca de Mauricio, un viejo cochero con mirada pensativa; detrás los demás viajeros, un lugareño con voz recia, una jóven con sus hijos inquietándose á cada movimiento que estos hacian, un veterano silencioso...

El carruaje rodaba suavemente sobre la blanda tierra; pero á cada instante su marcha era mas lenta y las exclamaciones de impaciencia empezaban á oirse.

—¡Sacudid al caballo! gritaban todos.

El calesero se contentaba con agitar las riendas.

—¡Zurriagad! ¡zurriagad! repetian las voces.

—Es un rocin, decia el lugareño.

—Un perezoso, añadia la jóven madre.

—Un cobarde, acababa el soldado.

El cochero meneaba la cabeza.

—No, no, decia, Trigueño no es un rocin, pues ha sobrellevado mas miserias que los mas fuertes, y veinte años hace que las pasa.

—¡Veinte años! preguntaba el lugareño estupefacto.

—Tal vez mas, añadia el cochero, y no es ciertamente un perezoso el que por tan largo tiempo ha mantenido con su trabajo el hombre, la mujer y los dos hijos.

—¡Tanto como esto! exclamaba la madre; ¡oh! valiente caballo...

—Sin contar que ha dado pruebas de brioso, continuaba el calesero; y sino, observad las dos cicatrices que tiene en el pecho.

—¡Ah! ¿con que ha pertenecido al ejército? interrumpió el viejo soldado con un acento mas templado.

Y todas las miradas se fijaron en Trigueño con cierto interés, y nadie hablaba ya de pegarle. El lugareño calculaba lo que podia valer su trabajo de veinte años; la madre pensaba en los dos criaturas que este trabajo habia mantenido; y el veterano miraba las cicatrices. Los tres habian perdido su impaciencia: nada les apresuraba

ya, todos podían esperar, y Triguero andaba á sus anchuras.

Todavía más; al llegar al buen camino la madre quiso que sus hijos anduvieran á pié, y el veterano declaró que no podría permanecer por más largo tiempo sentado sin resentirse de sus heridas; bajaron todos, y el calesero se arrimaba á Triguero diciéndole:

—Firme, mi viejo trompeta; todavía otro apretón para Georgina, mañana descansaremos.

—Georgina es la hija de la casa, añadió sonriendo, y se casa el sábado con el hijo del vecino; su madre y yo le hemos preparado una sorpresa: cama, papelera y cómoda de nogal, con el ajuar de cocina. Esta niña no se casará más que una vez, y quiero que sea completa su alegría. A pájaro hermoso, bonito nido. Tenemos ya el pájaro, pero nos faltan veinte reales para el nido, y hasta que los tenga Triguero no puedo descansar... ¿No es cierto, mi viejo, que lo ganarás mañana?

—Ya los ha ganado, exclamó Mauricio alargándole el dinero; así podéis anticipar un día el gozo de Georgina y el descanso de Triguero: apresuraos, corazón generoso, y que Dios bendiga á vuestros amantes.

Entonces cogiendo á Marta entre sus brazos dió un salto, y aligerado ya del peso el carruaje, se perdió en la oscuridad.

Paris estaba todavía lejos, pero los dos esposos cogidos del brazo caminaban alegremente, hablando en voz baja de Georgina, de Triguero y de las estrellas. Inefable cambio de fruslerías encantadoras, de impresiones fugitivas, de confidencias comprendidas antes de acabarse; especie de delirio dialogado de que no quedan recuerdos, y que deja en lo pasado uno de esos rastros luminosos, hácia los cuales dirigimos siempre la vista.

Apenas habían llegado á la mitad de la noche y se hallaban jadeando de cansancio, bañados de sudor, con los piés empolvados y magullados, pero alegre el corazón y regocijado el ánimo. No era posible que jamás olvidasen este viaje; pero no solo habían cambiado de lugar, sino que habían visto y sentido: no solo habían llegado sino que les quedaba un recuerdo. Ellos se acordarán siempre del viejo caballo y de su anciano dueño.

Todas estas imágenes acababan de reproducirse en el sueño de Marta, y creía entrar en el umbral de su buhardilla, cuando un ruido extraordinario la despertó sobresaltada.

III.

Estracción de los viajeros.—Mesones-modelos.—El vaso de agua de fuente.—Partida de Marta y Mauricio en la Dorada acelerada, barco sub-marino.—M. Blaguedford, comisionado viajero por las narices, los libros y los frutos coloniales.—Un prospecto de empresa industrial del año tres mil.—Desagradable encuentro de una ballena.—Lección de D. Ver-tebra sobre los cetáceos.—Destrucción del barco sub-marino.—Su extracto mortuorio.

El convoy que conducía al académico y á sus dos compañeros acababa de pararse en el fondo de una especie de precipicio; sobre sus cabezas aparecía un pequeño espacio de cielo ocupado por los brazos de una inmensa máquina, y D. Atodo les participó que habían llegado á su destino y que cada una de las poblaciones debajo de las cuales pasaba el camino, tenía su pozo de estracción para los viajeros.

Su wagon acababa de ser cogido por el grande brazo de la máquina, y empezaba á subir rápidamente como una espuerta de mineros.

Así que llegaron al brocal del pozo, mil gritos resonaron á la vez, y un centenar de hombres y de niños se precipitaron sobre los recién llegados. Marta creyó que les iban á hacer pedazos, y retrocedió espantada hácia D. Atodo; pero este último le dijo que aquellos eran los posaderos y los comisionistas del país que ocudían á ofrecer sus servicios.

Los unos esparcían sobre los viajeros una lluvia de targetas y de señas; los otros llevaban horteras cubiertas y llenas de refrescos, y les invitaban á que los aceptasen; algunos fondistas sostenían inmensos tendedores provistos de pollos asados, de chuletas y jamoncillos que paseaban por enmedio de la muchedumbre como un prospecto de sus establecimientos. Había además cepilladores, limpia-botas, mandaderos, todos igualmente empeñados en servir á los viajeros. Mauricio no había dado aun seis pasos, cuando ya se había visto obligado á tomar dos vasos de limonada y entregar á tres mandaderos su baston, sus guantes y su sombrero.

D. Atodo le elogiaba este celo hospitalario, esta multiplicidad de cuidados, esta abundancia.

—Observad, exclamaba, los beneficios de la civilización... Cada uno de nosotros tiene á sus órdenes una nación entera; todas las producciones del mundo vienen, por decirlo así, á nuestro encuentro: apenas hemos lle-

gado, y nuestras menores necesidades están ya prevenidas: nada nos ha faltado.

Nada faltaba en efecto á Marta y Mauricio sino el poder respirar; por esta razon se refugiaron como en un lugar de asilo en la primera posada que encontraron.

Guardaba la puerta un conserje con su alabarda, el cual saludólos tres veces, y los endosó á un ugier con cadena de oro, que les condujo hasta donde estaba un lacayo encargado de abrir el salon.

Era este una galería inmensa, cuya primera vista deslumbró á los dos jóvenes: lo advirtió el guia, y les dijo sonriendo:

—Aquí ven Vds. el triunfo de la industria; nada de lo que hiere su vista es aquí lo que parece. Esa columna de mármol esculpido no es mas que tierra cocida y preparada; este pavimento de madera de rosa solo es un embaldosado de betun coloreado; el terciopelo de esos sofás es goma elástica perfeccionada. Todo esto durará como dos años; es decir; el tiempo necesario para que el posadero venda su establecimiento y se retire hecho un millonario.

Cuando concluia su relacion llegaron los camareros; todos llevaban impresos sobre sus vestidos los simbolos de sus atribuciones: uno platos y cubiertos, otro vasos y botellas, un tercero carnes, pescados ó frutas. Tenian además un collar con la cifra del posadero que servia para darles á conocer.

D. Atodo invitó á sus compañeros á que almorzasen; pero como hacia cerca de doce siglos que no comian los dos esposos, habian perdido este hábito. El académico, que tampoco tenia apetito, contentóse con pedir un vaso de agua.

El criado encargado de atender á los pedidos, se dirigió desde luego á una pequeña biblioteca, y trajo un volumen ricamente encuadernado, sobre el cual, en letras grabadas en oro, se leia:

CATÁLOGO DE LAS AGUAS

que se encuentran en la posada de los Dos-Mundos.

- 1.º Agua de fuente.
- 2.º Agua de pozo.
- 3.º Agua de riachuelo.
- 4.º Agua de torrente.
- 5.º Agua de rio.
- 6.º Agua filtrada por carbon.
- 7.º Agua filtrada por piedra.
- 8.º Agua filtrada por casquijo.
- 9.º Agua...

Mauricio se detuvo, volvió unas cuantas^s hojas, y vió que el catálogo llegaba hasta el número 366. La posada de los Dos-Mundos tenia tantas especies de aguas como dias cuenta un año bisiesto.

D. Atodo recorrió esta lista con cuidado, hizo sábias reflexiones sobre las aguas de diferentes manantiales, titubeó, volvió á leer, dudó todavia, y despues de una larga deliberacion pidió al fin agua de fuente.

Esta peticion fué transmitida por el criado de los pedidos. Pasaron cinco minutos, y un primer criado trajo un plato; despues de cinco minutos vino un segundo criado con una botella; al cabo de otros cinco un tercer criado trajo un vaso. En todo, merced á la division del trabajo, se empleó la friolera de un cuarto de hora.

Mientras bebia su compañero, Marta y Mauricio quisieron aproximarse á una ventana; pero el criado que cuidaba de ella les advirtió que para esto era preciso tomar un billete en el despacho de los puntos de vista... Desistieron entonces, y se dirigieron hácia la puerta; pero otro criado les advirtió que si salian sin contraseña no volverian á entrar: en fin, queriendo en su aturdimiento sentarse en un sofá, un tercer criado les hizo observar bonitamente que aquellos sitios eran de un precio mas elevado.

Rechazados así de todas partes, se apresuraron á juntarse con el académico que acababa de sorber su vaso de agua y habia pedido la cuenta.

Muy pronto apareció un criado especial con una magnífica hoja de papel vitela con viñeta, guarnicion, floron y rúbrica, adornados con figuritas.

Mauricio leyó por encima de la espalda de su conductor:

D. debe:

	Rs.	Mrs.
Por tres saludos del conserje con alabarda.	6	»
Por el ugier con cadena de oro.	8	»
Por el lacayo que abrió la puerta.	2	»
Por alquiler del catálogo de las aguas.	1	»
Por un plato.	1	8
Por una botella.	1	16
Por un vaso.	1	»
Por agua de fuente.	20	»
Por mesa y taburetes.	16	»
Por gastos de servicio.	8	»
Total.	64	24

D. Atodo hizo observar que merced á esta contabilidad detallada, no habia que ocuparse ya de la propina de los criados, y pagando los 64 rs. con 24 mrs., salió de la posada.

Marta se acordó involuntariamente del Evangelio, y le pareció que los posaderos de la *Isla del Negro* habian encontrado el medio de realizar en la tierra la promesa de Jesucristo: *daban un vaso de agua y centuplicaban su valor...*

El guia de los dos esposos se encaminó al puerto donde debian embarcarse para la *Isla del Presupuesto*; y al llegar á él encontraron el muelle cubierto de viajeros que desembarcaban ó que iban á partir al instante.

—¿El paquebote del Japon? gritaban unos.

—¿La estafeta del mar Rojo? pronunciaban otros.

—¿El omnibus del Brasil con correspondencia para Tierra-nueva? y á estos gritos acudia la multitud.

Los encargados del despacho distribuian sus billetes, los factores pesaban sus mercancías. D. Atodo hizo observar á sus compañeros un estampillador que con el pincel en la mano pintaba en el pecho ó en la espalda de cada pasajero el número impreso sobre su equipaje; medio tan sencillo como ingenioso para establecer la correlacion del viajero y de su equipaje.

En fin, llegaron á un embarcadero, donde en una gran tablilla se leia:

DORADAS ACELERADAS

de la isla del Negro á la del Presupuesto.

En cincuenta y tres minutos.

—Ahí está, dijo D. Atodo.

Nuestros viajeros miraron por todos lados y nada vieron.

—¿Buscáis el barco? repuso el profesor sonriendo; está en su puesto... en el puesto de las Doradas.

—¿Cómo! ¿Debajo del agua? interrumpió Mauricio.

—¿Debajo del agua! repitió D. Atodo. Se ha creído por largo tiempo que el destino de un barco era el de surcar los mares; pero nuevas investigaciones han descubierto que esto era un error. Hoy día una parte de nuestras líneas de paquebotes son submarinas; así como otra parte de nuestros caminos son subterráneos. Fácil es comprender que las ventajas son idénticas en los dos casos; navegando las Doradas acclera-

das debajo de las olas, no tienen que temer ni el viento, ni el rayo, ni los abordajes, ni los piratas; en cuanto á su construcción, Vds. juzgarán ahora mismo.

Al decir esto, les condujo al extremo del embarcadero, en donde se hallaba una campana de buzos, por medio de la que bajaron al barco submarino.

Su forma se habia tomado del pez cuyo nombre llevaba: era una inmensa Dorada, cuya cola y aletas se movian con auxilio del vapor. En lugar de las escamas brillaban muchas hileras de ventanas, y el aire se introducía en el interior por conductos, cuya estremidad flotaba en la superficie del mar.

Una reunion numerosa habia precedido á nuestros viajeros, por lo que tardó poco la Dorada en emprender su ruta al traves de las olas.

D. Atodo quiso aprovechar estos momentos para preparar á sus compañeros, y que no se sorprendieran á la vista de la capital de los *Intereses-Unidos*; pero á sus primeras palabras fué interrumpido por un viajero que acababa de reconocerle, y corrió á su encuentro con los brazos abiertos:

—¡Hola! ¡Vd. por aquí, señor Blaguefort! dijo el académico contestando con un tono de superioridad protectora á las demostraciones del recién venido; Vd.... uno de nuestros mayores negociantes.

Y presentándole á Marta y Mauricio:

—Aquí tiene Vd., continuó, una pareja de los tiempos antiguos.

—¿Los parisienses de D. Omnívoro? preguntó Blaguefort, quien les habia ya examinado. En solo tres minutos consistió el que se me escapasen. Tuve noticia de su resurreccion, y me dirigia á su propietario para hacerle la oferta de ponerlos en acciones. Yo hubiera explotado esta empresa con la de los telégrafos lunares; pero usted habia entrado ya en trato. Negocio excelente, señor: Vd. ganará en él de seguro el seis mil por ciento.

D. Atodo observó que no se trataba de especulacion; que la resurreccion de los dos esposos debia aprovechar tan solo á la ciencia, y que con este objeto los conducía á la *isla del Presupuesto*.

Blaguefort guiñó el ojo.

—¡Bien, muy bien! dijo: Vd. tiene otro proyecto... Vd. espera sacar mejor partido... ¡Dios mio! Vd. usa de su derecho... Ya conoce Vd. que no he de ser yo quien le suscite competencia, y con tanto menos motivo cuanto que he dado á mis negocios nueva estension. Desde que nos encontramos en el cabo de Buena-Esperanza he formado una

sociedad anónima para explotar el privilegio del doctor Naso, ese peruviano que acaba de inventar un corsé ortopédico para las narices estraviadas. Pero dispense Vd., que ahí viene un viajero á quien di un prospecto y desea hablarme.

Un nuevo interlocutor acababa de acercarse efectivamente.

Era un hombre pequeño, tan sumamente obeso, que sus dos brazos parecían dos aletas, y al verle andar con sus piernas tan cortas se le hubiera tomado por uno de esos pousahs de carton que andan sobre su vientre; sus ojuelos hundidos en el cerebro eran semejantes á agujeros de espita, y su nariz apretada entre dos mejillas hemisféricas producía el efecto de una pepita dentro de una naranja de Malta.

Saludó con el pié, ya que en razon á su poco cuello no le era posible saludar con la cabeza.

—¿Quiere Vd. hacer el ensayo? preguntó rápidamente Blaguefort.

—¿Por qué no? contestó el hombre enano con una risa que remedaba un acceso de tos; ¿por qué no? Yo siempre he favorecido el progreso de las artes...

—Como nosotros el progreso de las narices.

—De este modo Vd. consigue el acrecer ó disminuir realmente sus dimensiones.

—Por medio de un aparato adecuado á las necesidades del individuo. A mas de que solo hay que ver la litografía que acompaña al prospecto de la empresa. Merced á nuestro corsé ortonásico, cada uno puede de aquí en adelante escoger su nariz, como escogía su sombrero en otro tiempo. Ahí tiene Vd. modelos de narices de todas formas con los precios en cifras bien claras.

El enanito volvió la hoja que tenía en la mano, y empezó á examinar una larga serie de narices dibujadas en frente de la tarifa. Estuvo por algun tiempo perplejo entre las narices griegas y las arremangadas; pero observándole Blaguefort que estas últimas eran de mal gusto, se decidió por las primeras.

El negociante sacó entonces un compás de su cajita, tomó las dimensiones de la especie de berruga que el aparato del doctor debía trasformar en nariz antigua, y las anotó en su librito de memorias con el nombre del comprador y las señas de su habitación.

Los dos esposos supieron de este modo que el enano llegaba de Africa, adonde habían ido á curarse de la tisis, y que su gordura era el resultado de un nuevo racahout de los árabes. El era quien llevaba la rece-

ta de este medicamento vendida á la compañía de la Higiene pública, la cual le había unido á la empresa en calidad de prospecto viviente.

Mientras el hombre gordo daba estas esplicaciones, Blaguefort había divisado á corta distancia á un viajero. cuyo aspecto, unido á sus largos cabellos, parecían anunciar un eclesiástico. Buscó, pues, vivamente en su caja algunas muestras de reliquias, de rosarios y medallas, y acercándose con aire risueño y modesto:

—No creo equivocarme, dijo, adelantándome á suponer que Vd. ha recibido las órdenes sagradas.

—En efecto, replicó el viajero.

—Ya me parecía, repuso Blaguefort con seguridad; cuando nos aproximamos á los santos, una voz interior nos lo advierte. Pero ya que la Providencia ha hecho que nos encontremos, espero que permitirá que le ofrezca algunos objetos destinados á la edificación de los fieles: *ad majorem Dei gloriam*.

Y tomando de repente la voz de un corredor de mercaderías, fué presentando una tras otra todas las muestras:

—Esta es una reliquia de San Loriguet, destinada á inspirar los verdaderos conocimientos históricos. Su precio es medio real por docena que tiene catorce.

Esta otra es una medalla dedicada á los santos protectores: pone al abrigo de las bancarrotas, de la guardia nacional y de otras enfermedades terrenales; las siete cuatros reales.

Esta otra es un rosario...

—Una palabra, interrumpió el viajero de largos cabellos; Vd. padece una equivocación; yo no soy sacerdote católico...

—¿Ah! ¿bah! exclamó Blaguefort, entonces diga Vd. que tengo la honra de dirigir la palabra á un ministro del Evangelio.

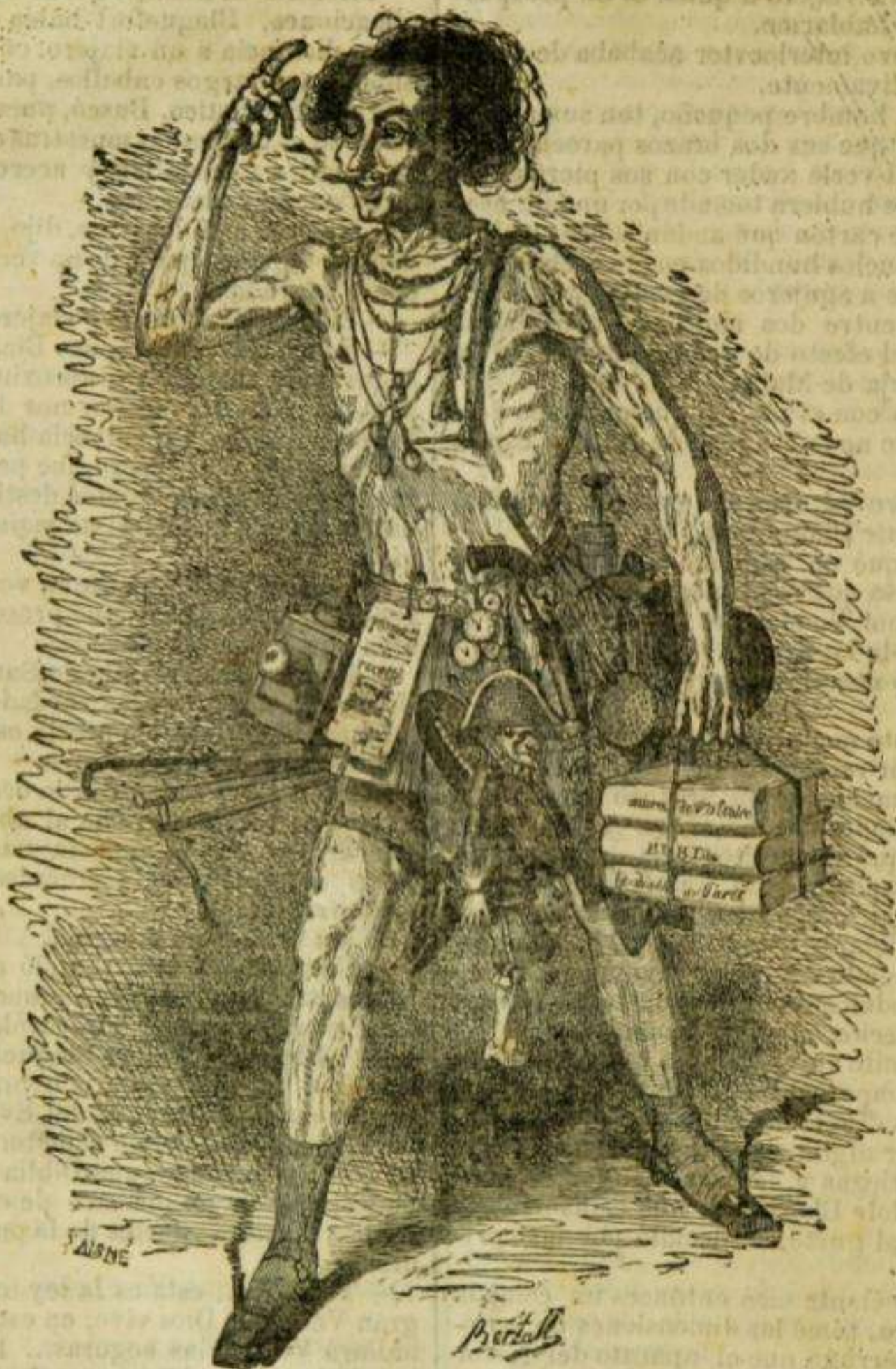
Al decir esto volvió á meter la mano en su caja, y sacando una Biblia con el tono majestuoso de un maestro de escuela que explica las nueve partes de la oración, añadió:

—Tome Vd.; esta es la ley universal, el gran Verbo, el Dios vivo; en este libro solo hallará Vd. reglas seguras... la receta de la salud espiritual y temporal... con el modo de servirse de ella; y todo ello no cuesta mas que la bagatela de cuarenta reales, inclusa la manecilla y el estuche.

—En efecto, dijo el extranjero sonriendo, poco dinero para tantas cosas; y cuando yo era sacerdote hubiera podido aprovecharme de tan excelente compra; pero ahora mis convicciones me han hecho adoptar otro

camino, y de antiguo ministro del Santo Evangelio he pasado á refugiarme á la filosofía...

tiva... Pero no importa, me alegro de ello; yo tambien soy filósofo... filósofo práctico... y la prueba está en que viajo por la Soci-



Mr. Blanguefort, viajero comerciante en el año 3,000.

—¿Con que es Vd. filósofo! preguntó Blanguefort dándose una palmada en el muslo; ¡por vida del otro! que debia ya sospecharlo al ver esa ancha frente, esa mirada pensa-

dad de la estincion de las creencias. Aquitengo el reglamento, y estoy autorizado para recibir suscripciones.

Buscó de nuevo en su caja, y ofreció á

su interlocutor un cuaderno, en cuya portada se veía una viñeta representando el gé- nio de la verdad en actitud de pisotear la hidra de la superstición: el gé- nio era el retrato del presidente de la sociedad, y las cabezas de la hidra cabezas de abades.

Blaguefort dejó que el ex-pastor examinase el cuaderno y volvióse al académico.

Mauricio no pudo ocultar su admiración y le confesó que acababa de realizar á su vista el bello ideal del comisionado viajero.

—¡Ah! Vd. me adula, exclamó Blaguefort riendo: yo me conozco; en materia de negocios tengo un defecto: el de ser demasiado franco!!! Yo no sé dar estimación á mis artículos, ni sostener las ventajas que adquiere; pero no le hace, yo aprecio la buena fé antigua, y quiero que se pueda tratar conmigo sin precauciones. Todo el mundo me conoce: azúcar, chocolate, sederías, miel, vinos de Madera... con los ojos cerrados se recibe todo lo que yo envío: esto es lo que yo quiero; la confianza del público me honra, y constituye mi mas limpio y seguro beneficio.

Hablando de este modo el negociante, vaciaba su cajita á fin de arreglarla; Mauricio fijó su vista en un papel que estaba entreabierto, y leyó:

Receta para el chocolate puro de Caracas.—Tómese una tercera parte de judías rojas, otra tercera de azúcar averiada, y otro tercio de jabón; aromáticese el todo con cortezas de cacao, y se tendrá el chocolate de salud.

Receta para la miel.—Tómese melote, harina de centeno, aromáticese con la flor de naranjo, compuesta de sales de zinc, cobre y plomo, y saldrá la miel del Monte Himeto.

Receta para el azúcar blanca.—Cójase polvo de alabastro...

Mauricio no pudo continuar; Blaguefort, que ya lo habia puesto todo en órden, cogió el papel y le colocó cuidadosamente con sus efectos de comercio; pero de repente apareció entre estos últimos una carta que pareció le recordaba algun negocio de que se habia olvidado.

—A propósito, exclamó volviéndose hácia D. Atodo; todavía no le he dicho á Vd. que la sociedad para los telégrafos transaéreos acaba de formarse. El año próximo nos hallaremos en comunicación directa con la luna.

—¡Con la luna! exclamaron Marta y Mauricio estupefactos.

—Las últimas observaciones hechas en

el observatorio de Sin-Par han presentado la cosa posible, dijo D. Atodo. Merced al telescopio construido por M. del Empíreo, la luna se dejó ver al fin.

—Y dentro de poco se hará oír, añadió Blaguefort; pues gracias á los nuevos telégrafos eléctricos, se podrá conversar con los lunícolas con tanta prontitud y facilidad como yo hablo con Vd. Por lo demás, aquí tengo el programa del prospecto que se me ha dirigido; puedo enseñárselo á ustedes.

Desplegó la carta y sacó una hoja autografiada que contenía lo que sigue:

TELÉGRAFOS TRANSAÉREOS,

Á LAS PERSONAS QUE TIENEN FONDOS DISPONIBLES,

Capital social: diez millones.

BENEFICIO ASEGURADO: DIEZ MIL MILLONES.

«Acabamos de presenciar un raro y notable acontecimiento que sobrepuja en importancia á todos los que hasta hoy día han cambiado la faz de la tierra. Uno de nuestros sábios ha descubierto súbitamente un mundo desconocido hasta ahora; este mundo es la luna.

«Al momento se ha formado una sociedad para la explotación de esta nueva conquista, de la que no hay mas que apoderarse; se han adoptado ya todas las medidas para la construcción de los telégrafos transaéreos que deben ponernos en relación con la población lunar y facilitar algo mas adelante el establecimiento de una gran línea de comunicación, construida á espensas comunes.

«Resulta de todas las observaciones hechas cuidadosamente por Mr. del Empíreo, que la luna tiene riquezas incalculables en canteras de pizarra, arcilla para ladrillos, bancos de granito y de arena propia para edificar, etc., etc..... La imaginación se pierde á vista de los beneficios que la explotación de tales riquezas puede producir; así es que no anticiparemos promesa alguna á los accionistas, pues parecerían exageradas las mas modestas. Solamente les advertiremos que, segun cálculos los mas exactos y concienzudos, el interés del dinero empleado en nuestra empresa no bajará por término medio de un cincuenta mil por ciento.

«Habiéndose tomado ya casi todas las acciones, no podremos admitir peticiones mas que hasta 30 del mes presente.»

Siguen las firmas.

La mayor parte de los viajeros durante

esta lectura, se habian agolpado alrededor de Blaguefort. El maravilloso anuncio habia producido evidentemente su efecto. Los mas entusiastas preguntaron el medio de tomar parte en este negocio, y Blaguefort se ofreció desde luego por intermediario, y les distribuyó promesas de accion, cobrando por su comision los correspondientes derechos. Los viajeros que las habian comprado, pasaron á las demás salas del barco, y refiriendo el gran descubrimiento, negociaron sus capones á doscientos por ciento de beneficio.

Mauricio no podia volver en sí de la sorpresa que habia recibido, y D. Atodo aprovechó esta ocasion para pronunciar un largo discurso sobre las ventajas de la asociacion y del crédito; pero cuando se hallaba en su duodécimo aforismo de economía política, un choque terrible desmanteló la Dorada acelerada é hizo perder el equilibrio.

Espantados los pasajeros, se lanzaron á las ventanas y divisaron un terrible cetáceo que, habiéndose dormido en las profundidades del Océano, acababa de despertarse al choque de la Dorada; en el mismo momento en que los dos esposos se asomaban á los vidrios, el animal hizo un movimiento, y tuvo apenas tiempo Marta para dar un grito... La ola que llevaba el barco-pescado, atraído por la aspiracion del monstruo, entró en su boca como en un abismo, y no se detuvo hasta el fondo del estómago.

El contratiempo habia sido harto rápido para ser evitado, y en el primer instante que siguió á la catástrofe, los clamores y los lamentos impidieron que nadie se entendiese. La misma tripulacion parecia consternada; era la vez primera que navegaba en el estómago de una ballena, y el capitán, aunque viejo marino, vióse precisado á confesar que ignoraba sus desemboques.

Cada uno dió en consecuencia su parecer; pero todos los medios propuestos parecian ó peligrosos ó impracticables. Se acordaron en fin del profesor de zoología del Museo, que por casualidad se hallaba á bordo, y todos se dirigieron hácia él.

— ¡Dejad hablar á D. Vértebra! exclamaron muchas voces: él puede sacarnos del apuro, pues ha hecho grandes estudios acerca de las ballenas.

D. Vértebra se puso en pié.

—Lo confieso, señores, dijo gravemente; este interesante mamífero ha sido el objeto de mis observaciones especiales, y por mas que hayan dicho mis adversarios, yo creo haber sido el primero en descubrir la verdadera naturaleza de la leche con que alimenta sus bijos...

La ballena, señores, es un cetáceo, nombre derivado de la voz griega *ketos*; pertenece á la familia del narval, del cachalote, del delfin. Es un gran mamífero que vive en alta mar, viviparo, pisciforme, con dos piés llamados aletas, y cuya respiracion tiene lugar por los pulmones...

Fué interrumpido por un nuevo sobresalto. Los propulsores del barco-pescado, cuyo movimiento continuaba, acababan de dar contra las paredes del estómago de la ballena, causando una contraccion que llevó la Dorada hacia el canal alimenticio; y queriendo el mecánico aprovechar este movimiento, con el fin de forzar el paso, dió toda la fuerza á la máquina, lo cual motivó en el monstruo una nueva náusea seguida de un vómito que echó fuera el barco.

Pero el esfuerzo habia sido tan violento, que la Dorada fué á dar contra una roca donde se estrelló. Todos los viajeros que se hallaban delante quedaron aplastados por el choque, ahogados en el mar ó quemados por el fuego de la máquina.

Felizmente lo que esperimentó menos daño fué la parte de atrás, donde se hallaban Marta y Mauricio. La mayor parte de los pasajeros se salvaron del desastre, y fueron recogidos por los habitantes de la costa que habian acudido al ruido de la explosion.

En fin, cuando hubieron vuelto en sí y estaban en estado de dirigir la vista á su alrededor, reconocieron que el cetáceo habia tenido la delicada atencion de no estraviarles de su camino, y que se encontraban en los mismos arrabales de Sin-Par, es decir, tan solo á quince leguas de la ciudad.

El funcionario público encargado del registro del estado civil de las máquinas tuvo desde luego aviso de este naufragio, y para dar el correspondiente testimonio, se presentó inmediatamente y estendió el acta siguiente, que ya estaba impresa de antemano, y solo tuvo que llenar los huecos.

SIN PAR.—ESTADO CIVIL DE LAS MAQUINAS.

ACTA MORTUARIA.

Nosotros los abajo firmados, declaramos que:

La máquina *Dorada acelerada*, núm. 7,
Nacida en la isla del Negro,
De edad diez y ocho meses,
De valor un millon seiscientos mil reales,
Ha perecido por accidente de ballena.
Hoy 17 de mayo de 3,000.

EL COMISARIO,

Sencillamente.

-Adjunta la informacion.

En cuanto á los viajeros que habian perecido, como para certificar de su fallecimiento hubiera sido necesario averiguar sus nombres, sus profesiones y su edad, el comisario se abstuvo de hablar de ellos, en virtud del principio constitucional que declara *que la vida privada debe ser respetada*.

IV.

Derechos de puertas del pueblo ultra-super-civilizado.—Inconveniente de los pasaportes daguerreotipados.—Casa-modelo de D. Atodo.—Modo de estar servido sin criados.—La cena mecánica.—Una antigua tradicion: *La hiladora de Evrecy*.

Los que habian sobrevivido continuaron en seguida su camino hasta la ciudad de Sin-Par. Mauricio encontró esta capital rodeada por un doble recinto destinado el uno á asegurar la percepcion de los derechos de puertas, y el otro al examen de los pasaportes.

No eran estos últimos como en otros tiempos unos salvo-conductos con las señas del portador, sino unos retratos daguerreotipados del mismo viajero y adornados con el timbre de la policia. D. Atodo ponderaba á sus compañeros todas las ventajas de este nuevo procedimiento, cuando fué interrumpido por el ruido de una disputa. Era el viajero gordo de nariz microscópica, á quien no queria reconocer el gendarme en el retrato-pasaporte, porque este le representaba flaco y endeble. En vano el hombre pequeño alegaba la accion del nuevo racahout, al cual debia este rápido acrecimiento; impasible como la estupidez, el agente de la fuerza pública declaraba que solo dejaria pasar al original del retrato. Sometióse la dificultad á un contralor, quien la transmitió á un veedor y este se la dirigió á un director.

Largo rato estuvo pensando, repasó de entre las treinta mil ordenanzas que arreglaban la materia, y decidióse por último nuestro empleado á que el hombre gordo fuese puesto en manos de sacamanchas aprobados, quienes despues de haber prestado juramento se ocupasen en volverle á su estado propio para justificar su identidad. El prospecto-viviente exclamó en vano que si enflaquecia, su posicion social estaba perdida; que vivia de su obesidad como otros de su reputacion; el director le contestó que la ley no hacia caso de estas miserias, y que su primer objeto era el de proteger á la sociedad en general, sin ocuparse de ninguno de sus miembros en particular.

Los dos esposos dejaron en este aprieto al viajero del racahout, y llegaron con don Atodo al segundo recinto, donde les aguardaban los empleados de puertas.

Tambien estos habian seguido los progresos de la civilizacion, llevando hasta el extremo sus ingeniosos medios de examen y de pesquisa. Merced á sus estudiados recursos, el contrabando, no siendo hecho por ellos mismos, era una cosa imposible.

Libres al fin de sus manos, Marta y Mauricio siguieron al conductor hasta su morada.

Era esta un vasto paralelógramo, blanqueado y taladrado por estrechas ventanas que por su forma semejaba muy bien á un alcahaz de gran dimensiones. El académico notó la sorpresa de sus huéspedes y sonrióse satisfecho.

—En vuestro tiempo, ¿no se construian así las casas? dijo con una sombra de involuntario orgullo.

—No eran así en verdad, replicó Mauricio; teníamos, sin embargo, el edificio del muelle de Orsai.

—Cierto, repuso D. Atodo; pero aquello solo era una preparacion; el arte ha seguido despues su marcha, y nuestros arquitectos han llegado por fin al bello ideal del sistema rectangular. La casa que yo ocupo ha sido dirigida por el mas hábil de todos, y por esto es considerada por una obra maestra. En todo lo que veis no hay una sola piedra de adorno, es decir, inútil; en cuanto á la distribucion interior podeis juzgar por vosotros mismos.

Habian llegado á las gradas que precedian la puerta; apenas Mauricio puso el pié en la primera, vióla ceder suavemente y dar movimiento á un farol que se avanzó para iluminarle; al tocar la segunda grada sonó la campanilla, y al pisar la tercera se abrió la puerta por sí misma.

En este momento se fijaron los ojos del jóven en una inscripcion esculpida sobre la puerta de entrada:

CADA UNO EN SU CASA.

CADA UNO PARA SÍ.

—Debeis reconocer el precepto de uno de los sabios de vuestro país, dijo el académico sonriendo; reasume en sí solo todas las leyes de la humanidad. *Cada uno en su casa*, hé aqui el derecho; *cada uno para sí*, hé aqui el deber. Pero hacedme el favor de entrar, que hay mucho que ver todavía.

Atravesaron los dos esposos una antesala amueblada con aparatos, cuyo uso ig-

noraban. D. Atodo les mostró en primer lugar una caja, dentro de la cual se depositaban las cartas que le iban dirigidas, y les explicó como por medio del vacío establecían i menos conductos esta distribución á domicilio. Abrió en seguida algunas llaves encargadas de conducir por todas partes el agua, la luz, el fuego y el aire refrigerado. Señaló los tubos destinados á la llegada de los periódicos; los hilos eléctricos que establecían con los abastecedores de afuera una correspondencia telegráfica tan rápida como el pensamiento; los aparatos panópticos por medio de los cuales podía la vista vencer los obstáculos y salvar las distancias.

Durante esta reseña el dueño se habia cerciorado de la ausencia de Mad. Atodo, y tocando algunos resortes habia dado diferentes órdenes. El retintín de una campañilla le aseguró muy pronto que todo estaba preparado; hizo pasar á sus huéspedes al comedor, donde estaba ya servida la comida, y les invitó á que tomasen asiento.

Sentáronse Marta y Mauricio mirando en torno suyo y creyendo á cada instante que veían llegar los criados; pero adivinando el académico su pensamiento, sonrioso, se inclinó á un lado, apoyó su mano sobre un botón colocado cerca de la mesa, y desde luego pareció animarse todo lo que la cubria. Las botellas inclinaron por sí mismas sus golletes sobre los vasos; el cucharón llenó el plato de cada convidado; el gran cuchillo metido en la pierna de carnero empezó á cortar tajadas, que pequeñas agujas largueras zambullían en seguida en la olla del caldo; las pinzas de concha bailaron una giga en la ensalada; las pollas, cual si hubiesen querido volar, estendieron sus miembros hasta los bordes de los platos y fueron desde luego hechos pedazos; el pescado fué á ponerse lentamente debajo de la cuchara de plata que debia partirlo; los platos de repuesto pusiéronse á girar en torno de la mesa, cual mulas de noria, teniendo cuidado de detenerse enfrente de cada convidado; la salsera, en fin, levantó por sí misma su tapadera, y presentó su pequeña espátula de marfil...

Nuestros dos resucitados no podían creer lo que veían. D. Atodo les explicó entonces por qué serie de ingeniosas invenciones se habian podido sustituir á las máquinas humanas otras máquinas mas perfectas.

—Ustedes lo ven, continuó; en una casa bien montada como esta, nadie necesita á nadie... lo que añade á la intimidad un singular encanto. El objeto del progreso debe simplificarlo todo, tener por objeto procurar que cada uno viva para sí y consigo mis-

mo, y esto es lo que hemos alcanzado nosotros. En vez de criados sujetos á mil enfermedades, á mil pasiones, tenemos servidores de hierro y de cobre, eternamente robustos, igualmente fieles, constantemente exactos. Algunos esfuerzos mas y la civilización habrá conquistado el aislamiento para el hombre, es decir, la libertad, pues cada uno podrá prescindir completamente de los servicios de su semejante.

—Ciertamente, dijo Mauricio, que habia estado pensativo; ¿pero entonces qué será de la palabra de Jesucristo, que encarga á los hombres que se auxilien y se amen? ¿No es el objeto de la vida el completarse los unos por los otros, mas bien que el de bastarse á sí mismos? La máquina humana, como Vd. la llama, tenia un corazón que simpatizaba con el nuestro, mientras que en la máquina de hierro nada encontramos.

Dando á esta la preferencia, Vds. han sacrificado su alma á sus hábitos; han roto el último anillo que ligaba las clases felices con las desheredadas. No era posible que los ricos se olvidasen enteramente del pueblo que les proporcionaba los criados; eran como prisioneros hechos por la pobreza y cuya presencia la recordaba incessantemente. La necesidad les acercaba mas ó menos á la familia; se les tomaba por precision y se les amaba luego por costumbre. Sus penas y las nuestras se mezclaban siempre un poco; los gustos, las repugnancias, las enfermedades nos eran comunes; esta asociación era imperfecta sin duda, pero por ella se atraían algunas simpatías y ofrecían mil ocasiones de generosidad y reconocimiento á propósito para ejercitar el corazón.

¡Ah! lejos de suprimir el criado, era necesario acercarlo mas íntimamente al amo; era preciso convertirlo en un amigo humilde, pronto á todo género de sacrificios, y convencido de que se le habia de dispensar la mas completa protección; realizar, en fin, la hermosa historia de la *Hiladora de Evreky*.

El académico preguntó en qué consistía esta historia.

—Una antigua tradicion popular que me contaron en mi niñez, contestó Mauricio, y que os parecerá ahora muy estraña...

—Oigámosla, dijo D. Atodo vaciando el vaso.

El jóven al parecer titubeaba; pero encontrándose los ojos de Marta con los suyos pedían la historia, y se decidió al fin á contarla.

LA HILADORA DE EVRECY.

Hacia fines del siglo decimo octavo vivia en Evrecy, en Normandía, un caballero que no tenia mas parientes que una hija de cerca de diez años, y por criada una anciana. La niña habia recibido en la pila el nombre de Ivonnette y la criada el de Bertaude; pero esta última era tan solo conocida en el pais con el nombre de *Hiladora de Evrecy*, en razon á verla constantemente con la rueca al lado. Efectivamente, Bertaude hilaba desde la mañana á la noche, y con harta frecuencia desde la noche á la mañana, sin que por esto disminuyese en nada el número de acreedores de su amo. Es preciso decir tambien que era poca la pena que él se tomaba por esto: el gentil-hombre de Evrecy era de aquellos que se figuran que su epitafio ha de ser el del género humano. Despues de haberse comido la parte mas sana de sus bienes, habia tomado el partido de beberse lo restante, á fin de ponerse á la par, y continuaba despues con resolucion tanto mas firme por quanto segun su expresion, no temia arruinarse. Hombre excelente por otra parte, que hubiera dado la luna y el sol á su Ivonnette, y convidaba siempre á Bertaude á beber el último vaso de marinonfroi (1) ó del licor de peras.

En fin, cuando lo hubo agotado todo, fortuna y crédito, fué bastante feliz para morir casi de repente, librándose del fastidio de arreglar cuentas con sus acreedores.

Pero apenas salia el ataúd, acudieron estos últimos acompañados de la justicia para apoderarse de todo. Bajaron al patio los muebles, y se vendieron en pública almoneda; los prados, los campos, las huertas se repartieron, y pasó á habitar la antigua casa con un rico mercader de Falaise que acababa de comprar el título de nobleza.

Comprendió Bertaude que era preciso dejarle libre el campo. Tomó su rueca y su huso, arregló su hato y el de Ivonnette, y se presentó en seguida al nuevo dueño para despedirse.

Viendo este último que la vieja daba la mano á la niña, preguntóle si se la llevaba algun pariente.

—¡Ah señor! replicó Bertaude al tiempo que enjugaba sus ojos con la punta de su delantal; la pobre inocente no tiene en el pais pariente alguno que pueda aconsejarla.

—¿Por qué no la llevais, pues, al hospicio de Bayeux? repuso el nuevo titulado.

—¡Al hospicio! repitió Bertaude asombrada.

—Es que no solo se reciben allí los bastardos, añadió el antiguo mercader, sino que tambien los niños desamparados.

—Por el Salvador, que esta niña no lo es, dijo la vieja acariciando á Ivonnette, la cual, espantada, se agarraba fuertemente á ella; en tanto que no esté yo cubierta por la tierra del cementerio, esta niña tendrá alguien que la cuide.

—¿Teneis algun parentesco con ella? preguntó el antiguo mercader.

—Es la hija de mi amo, replicó Bertaude enérgicamente. Yo he comido veinte años el pan de su familia, la he recibido en mis brazos, al momento de nacer, la he llevado á la pila bautismal, la he enseñado á dar el primer paso, á pronunciar la primera palabra; por esto, si no es la hija de mi sangre, es la hija de mis cuidados. ¡Ah, Jesús mio! ¡Al hospicio! No tengas miedo, Ivonnette, en tanto que la Bertaude pueda mover uno solo de sus dedos, tu hospicio estará en su regazo.

Al decir esto tomó en brazos á la niña, y apoyándola la cabeza en el hombro, tomó el camino de Falaise.

La vieja habia formado un plan que á nadie habia revelado.

Conocia en las Ursulinas una hermana que antes de ser una santa escogida por Dios, habia sido una mujer amada de los hombres; á esta encomendó el cuidado de Ivonnette, y la dió un bolsillo que contenia cuanto ella poseia, diciéndola:

—Educadla como la hija de un gentil-hombre y no escaseeis nada de lo necesario para hacer honor á su nombre, pues antes que el bolsillo esté vacío, yo os llevaré lo suficiente para llenarlo de nuevo.

Abrazó á la niña, lloró un buen rato, y se marchó.

Pero tres meses despues se la vió volver con mas dinero del que dejara por la vez primera: continuó de este modo sus visitas regularmente cuatro veces al año, y cada vez exigia que Ivonnette tuviese mas hábiles maestros y vestidos mas hermosos.

Ella sola era siempre la misma: vestida con su pobre jubon de burriel, con la rueca en la cintura y haciendo bailar el huso en su camino. En vano se preguntaba de dónde podia salir lo que gastaba con Ivonnette: á cuanto le preguntaban acerca de esto se contentaba con sonreirse y responder:

(1) Nombre que se daba á una sidra estraida de la manzana, aclimatada en Normandía por Marin Onfroi.

—Dios tiene una caja de ahorros para los huérfanos.

Sin embargo, la niña llegó á ser una jóven tan sábia, tan prudente y tan hermosa, que en todo el Bessin solo se hablaba de ella.

Las principales señoras del país querían conocerla, é iban á visitarla al locutorio del convento. Los poetas normandos la dedicaban sus versos, y los caballeros jóvenes se enamoraban de ella; en fin, se encontró una multitud de personas que se declararon parientes y aliadas suyas, y lo justificaron con documentos.

La señora de Villers, que era de este número, exigió también que la jóven se fuese á pasar algunos días á su casa. Y allí fué donde Ivonnette encontró al Sr. de Bouteville, uno de los mas ricos y mas completos señores del reino, quien se enamoró tan locamente de la jóven, que la pidió en matrimonio. Feliz Ivonnette por esta suerte, se ocupaba del modo de participar á Bertaude, cuando vióla llegar con una docena de mercaderes. La buena mujer no había querido que su joven ama se casase como una desheredada y le llevaba un equipaje de boda completo.

El Sr. de Bouteville, que llegó en tanto que Ivonnette iba examinando este equipaje, no participó de la alegría que tenía la jóven. Se le había hablado ya de las sumas crecidas procuradas por la anciana criada, y de las dudas que había acerca de su origen: por esto temía que bajo esta generosidad se ocultase algun secreto afrentoso, y no le fué dado disimular del todo este recelo.

Retiróse Bertaude sin decir nada, y no volvió á parecer, con gran sentimiento de Ivonnette, que creía ver en esta huida la confirmacion de tales sospechas. Llegó, en fin, el día de la boda; la jóven, ricamente vestida y temblando, fué conducida á la iglesia en el coche de la señora de Villers; y al aparecer en el pórtico, vióse rodeada de una multitud de mendigos, que, segun costumbre, iban á darle la enhorabuena, pidiendo una limosna. De repente sus ojos se fijaron en una vieja arrodillada... Su rueca y su huso eran bastantes para darla á conocer: era la anciana criada, era Bertaude...

La jóven corrió hácia ella, tomola entre sus brazos y preguntola qué hacia allí.

—Lo que he hecho durante nueve años, respondió la vieja, sin poder contener sus lágrimas.

Y viendo al Sr. de Bouteville que había acudido:

—Sí, continuó, hé aquí todo el secreto por el cual se ha afligido vuestra prometida. Despues de haberos depositado en el convento he ido á recorrer á pié la Normandía, hilando cuando caminaba y mendigando en nombre de Dios; mi trabajo me producía poca cosa, y esto era para mí; la limosna me producía mas, y esto era para vos... Pero vuestro marido no debe avergonzarse de lo que he hecho: el don concedido en nombre de Dios no puede ser una afrenta para nadie. El buen corazon de los hombres os ha sostenido en vuestra niñez: ahora que sois mayor, el buen corazon de uno solo os hará feliz. Hoy he acabado de mendigar, pues desde que nada necesitais, yo tampoco tengo nada que pedir.

Asombrada Ivonnette al principio, y luego conmovida de ternura, abrazaba á la anciana sin que esta pudiese comprender semejantes trasportes. Mas el Sr. de Bouteville, cuyos ojos se habían bañado en lágrimas, cogió de repente su mano, y uniéndola a la de su desposada, dijo:

—Vos habeis sido su madre, á vos corresponde llevarla al altar y dármela.

Lo que se realizó sobre la marcha con grande admiracion de todos los espectadores. Ivonnette, adornada de seda, de encajes y de oro, fué conducida ante el sacerdote por Bertaude, la cual llevaba aun su vestido de pordiosera, su rueca y su huso; y acabada la ceremonia, el jóven desposado fué á ponerse de rodillas al pié de la aldeana para pedirle la bendicion, como lo hubiera hecho con su madre. Todos lloraban, y por todos lados se repetía:

—¡Dios los proteja! ¡Dios los proteja!

Estos votos quedaron cumplidos; pues el recuerdo de esta union se ha conservado en el Bessin, donde mucho tiempo despues se decia aun á manera de proverbio: *¡Felices como los Boutevilles!*

Pero lo mas laudable fué que conservaron hasta el fin su veneracion por Bertaude. Cuando los señores principales y las primeras damas se hallaban reunidos en el palacio de Bouteville, la hiladora de Evrecy ocupaba en ellos el sitio de honor. Se celebraba además todos los años en la iglesia parroquial una misa solemne, á la que asistía la vieja criada con su antiguo trage de pordiosera, su rueca y su huso, teniendo á un lado al Sr. de Bouteville y á Ivonnette al otro. Tierna ceremonia, que recordando la generosidad y el reconocimiento, servia á la vez de ejemplo á los amos y á los criados.

V.

Monólogo de Mauricio al desnudarse.—Inconvenientes de los dormitorios perfeccionados.—Una escursión involuntaria.—El salón de D. Atodo: multiplicación exagerada de la imagen de un grande hombre.—D. Atodo presenta á sus huéspedes su legitima esposa, doña Festidio.

Al conducir D. Atodo á Marta y Mauricio á las piezas que debían ocupar, no dejó de hacerles admirar una infinidad de adelantos artísticos. Las camas se internaban en la pared con el fin de dejar mas espacio; los sillones se rodaban por sí mismos; las ventanas se abrían sin tocarlas; los suelos bajaban ó subían según se quería. Así es que por todas partes se veían poleas y cordones para llamar; toda la habitación parecía á un bajel armado, que obedece al momento con tal que sea conocida su manobra.

La multiplicidad de emociones de esta jornada, añadida á la fatiga del viaje, habia agotado las fuerzas de Marta; así dejó para el día siguiente el estudio de este mecanismo doméstico, y á los pocos instantes quedó dormida.

Sintiendo igualmente Mauricio la necesidad de descanso, pasó al cuarto inmediato que le estaba destinado, y preparóse para meterse en cama; pero al tiempo de desnudarse iba repasando en su memoria las extrañas aventuras que acababan de sucederle, y pronunciaba uno de los monólogos filosóficos particularmente usados por los borrachos, los dormilones y los héroes de tragedia.

—¡Resucitar! decía, con el tono de Talma al hacer la célebre pregunta de Hamlet; ¡resucitar al cabo de doce siglos! ¿Estoy seguro que no sueño?

Y se tocaba para cerciorarse de ello; luego proseguía:

—Si, yo estoy despierto... yo me hallo en verdad en el mundo del año TRES MIL... una sociedad nueva me rodea...

Aquí se interrumpía para seguir desnudándose...

—¡Mis deseos quedaron cumplidos! ¡Oh! Mauricio! Tú vas á conocer la generación preparada por tus contemporáneos. ¡Ah! para juzgarla bien, despréndete de las preocupaciones de tu infancia... despójate de las prevenciones que ciegan... despójate...

Abrumado su espíritu por el sueño, no pudo proseguir, y contentóse con quitarse el pantalón, dirigiéndose luego medio dormido hácia la cama que se le habia preparado.

Pero en el momento de llegar á ella notó que habia quedado abierta una ventana; y queriendo librarse de los mosquitos y del aire, tiró de un cordón que le parecia destinado á cerrar la vidriera.

De repente quedó apagado el candelabro de tres mecheros que iluminaba la habitación, y encontróse en una oscuridad completa; en lugar del cordón de la ventana habia tirado el del apagador.

La equivocación no era en verdad peligrosa; decidido á no hacer caso del aire de la noche, empezó á buscar á tientas su cama, y al entrar en ella puso por casualidad su mano sobre un resorte, el cual cedió inmediatamente, dejándose oír un rechino de ruedas, causado por la cama que precipitadamente arrebatada desapareció dentro de las paredes.

Durante algunos momentos, Mauricio quedó con los brazos estendidos y un pié hácia adelante en la actitud del gladiador victorioso... Sin embargo, como esta posición era poco cómoda para dormir, se puso derecho, y echando á todos los diablos las invenciones mecánicas, empezó á buscar el resorte que debia hacer que reapareciese su cama fugitiva.

La oscuridad no le permitia desgraciadamente distinguir los objetos. Sus manos tocaban la pared y nada encontraban, hasta que encontrando al fin un botón dió la vuelta... Un chorro de agua helada le bañó el rostro. Retrocedió presurosamente, y chocando con violencia con el tabique inmediato, sintió al momento doblarse el piso bajo sus piés, oyó un chillido de poleas y observó que iba bajando...

Apenas tuvo tiempo para dar un grito que fué pronto sofocado, pues pasó de repente de las tinieblas á la luz, en razón á haber llegado al retrete de la Sra. de Atodo. Solo que en vez de entrar horizontalmente por la puerta, habiase introducido perpendicularmente por el techo.

Sus miradas se fijaron desde luego en una *horma* elegante y semidesnuda, ante la cual se inclinó balbuceando algunas palabras entrecortadas; mas al oír un grito dado á su espalda, volvió la cabeza y vió á la verdadera propietaria del retrete en un traje ligero, que el mas correcto de los poetas franceses llama un *simple aparato*...

Al movimiento de Mauricio, doña Atodo (pues era ella) dió un segundo grito y tomó la actitud de la Venus púdica. El jóven volvió la cabeza al lado opuesto con marcada discreción; habia tenido su vista un perspectiva osteológica, que habia despertado en él un temor casto; por esto se esforzó en

alargar con modestia su ropa estremadamente corta, y trató de justificarse con un discurso.

—¿Pero dónde está ¡Dios mio! en tales casos la inspiración de los mas elocuentes? Aquella era la primera vez que Mauricio hablaba de espaldas á su oyente, y esta posición inusitada le robó súbitamente toda su libertad de imaginación. En vano buscó en situación tan apremiante materia para un exordio de insinuación; su rebelde inteligencia no le sugirió mas reminiscencias que las clásicas del discurso de Telémaco á Calipso.

—«¡Oh! vos, cualquiera que seais, mortal ó diosa, bien que al veros se os deba tomar por una divinidad...»

El ruido de una puerta que se cerró estrepitosamente interrumpióle, y al volver la cabeza observó que la diosa habia desaparecido, y que por prudencia tiraba la aldaba por dentro.

Esta fuga precipitada le dispensaba mayor gasto de elocuencia, pues le dejaba dueño del campo; y temiendo alguna nueva aventura, decidióse á quedarse en el retrete y á tomar posesión del cómodo sofá que ocupaba su fondo.

El retrete se hallaba rodeado de espejos movibles que permitian el estudio de todos los gestos y de todas las actitudes. Merced á sus inclinaciones combinadas, podia verse en ellos de espaldas, de frente y de perfil. Cada uno tenia alrededor de sí, como Dios cuando creó el género humano, una sociedad formada á su imagen, lo que no podia menos de formar una sociedad encantadora.

Cerca del sofá se veia un armario con divisiones rotuladas que protestaban contra el aforismo de Planard.

Que siempre naturaleza,
Engalana la belleza.

En los rótulos que estaban mas á la vista se leia:

ACEITE DE HIPOPOTAMO

PARA HACER SALIR LOS DIENTES.

ESENCIA DE CASELLA

para hacer flexible el talle.

POMADA DE CISNE

para volver los cutis blancos.

MEOLLO DE TORTOLILLAS

PARA TENER LAS MIRADAS TIERNAS.

ELIXIR DE VENUS.

Otras divisiones contenian ruedas dentadas de péndolas que caminaban solas y tocaban las horas, pendientes de música y ojos de vidrio, en lugar de anteojos de teatro...

El tocador se hallaba cubierto además de cepillos de todas formas, para las uñas, para los cabellos, para las cejas, para los dientes, para las orejas... Habia en él veinte jabones rotulados; jabon miel, jabon granito, jabon manteca, jabon ágrico, jabon dulce... Veinte aguas de olor; perfume Sessel ó asfáltico, bálsamo de tabaco de polvo, esencia de gas hidrógeno, etc., etc., etc.

Después de haber admirado todo este arsenal de coquetismo mujeril, Mauricio se paró de nuevo delante de la *horma* que tomara al principio por la señora Atodo, y que no era mas que su forro complementario. Admiró la perfección de esta apariencia que traducía los ángulos entrantes en ángulos salientes y las superficies planas en esferas armoniosas. Semejante á Pigmalion, el sastre habia animado su estatua; la goma elástica palpitaba, y el envoltorio parecia respirar... Mauricio se apresuró á volver la cara y cerrar los ojos, pues á pesar suyo se acordaba, como el ermitaño de Fontaine, de aquella forma redondeada:

... Que de Alibech á despecho
Aprieta su corpiño y lo adelgaza,
Sin que llegue á cerrarlo con su traza.

La presencia del envoltorio amenazaba sofocar de este modo las castas inspiraciones que debia Mauricio á la vista de la mujer; por esto separó prudentemente sus miradas, echóse sobre el sofá y dentro de cortos instantes quedóse dormido.

Primera jornada.

VI.

Un salon. Presentacion de Doña Atodo completa.—Pasco aéreo; el bosque de Bolonia de Sin-Par, cuyos árboles son cañones de chimenea.—Una mujer á la moda.—Maternidad.

Al dia siguiente, al despertar Mauricio, entró D. Atodo en la habitacion; el académico acababa de saber las aventuras nocturnas de su huésped, y reíase de ellas á carcajada. Al cabo de un rato le condujo adonde estaba Marta que ya empezaba á inquietarse por su tardanza y esplicóles de nuevo con mayores detalles los diferentes mecanismos de su alojamiento.

Hallábase en lo mejor de sus esplicaciones, cuando el ruido de un campanillazo resonó en toda la casa; paróse de repente el académico.

—Es mi señora, dijo con una deferencia extraordinaria; otro dia nos ocuparemos de lo demás: desea veros, y no debemos hacerla a uardar.

Apretó el paso, abrió la puerta, cru ó muchas piezas con sus huéspedes, y les introdujo, en fin, en un gran salon que no habian visto todavia.

Era una galeria adornada de curiosidades, cuadros y planos á la aguada, que presentaban diferentes máquinas. Un inmenso cuadro contenia todos los diplomas académicos concedidos al Sr. Atodo, puestos alrededor de su retrato á manera de gloriosa aureola.

Este retrato habia pasado á ser un artículo de comercio, como el de todos los hombres ilustres del año tres mil; razon por la cual se le hallaba reproducido bajo veinte formas distintas. En las molduras del techo estaba representado en figura mimica: á manera de cariátides sostenia las ménsulas de la cornisa, y se le veia molado y retorcido en los brazos tallados de los sillones. La precision de adecuar su imagen á estos diferentes empleos, habia hecho alterar algunas veces la dignidad académica del modelo. Aquí servia de pié á un candelabro, allá estaba inclinado hácia adelante con la boca abierta á modo de gárgola; mas lejos se le veia plegado en una curadura de cuyo adorno formaba parte integrante. Mas cualquiera que fuese la actitud y el destino de estas imágenes, se reconocia al momento al ilustre Atodo con la misma exactitud

que el marmiton de Paris hubiera reconocido la imagen de Napoleon vaciada en azúcar de cebada, ó si se quiere, esculpida por un miembro del Instituto.

Mad. Atodo esperaba, como se habia figurado el académico, la llegada de Marta y Mauricio; pero aunque este último la habia visto en la vispera, no le fué dado reconocerla; la realidad y la *apariencia* formaban un ser único; la mujer habia desaparecido dentro del corsé, pues solo este era visible y solo él era quien vivia; la señora de Atodo no era mas que su órgano motor...

Mauricio saludó confuntdo, y en su cualidad de orientalista no pudo menos de murmurar:

—¡Qué hábil era el corsetero!...

En cuanto á Marta que ignoraba el secreto, creyó ver la realidad, y quedó admirada....

Nada habia olvidado la Sra. de Atodo para lucir las bellezas que salian de la tienda del mejor maestro de Sin-Par. Su vestido de seda amaranto no pasaba de la rodilla y su pantalon de gasa blanca dejaba ver vagamente una pierna sonrosada de maravillosa elegancia. El rostro enjuto hacia un bello contraste con aquella hermosa naturaleza: pero su color era tan blanco, sus labios tan frescos, los cabellos tan negros y sedosos! A mas de que la riqueza de los atavios no dejaba de distraer la atencion algun tanto. La Sra. de Atodo llevaba en su cabeza la imitacion en pequeño de una máquina para fabricar asas de boton, inventada en otro tiempo por su padre; y en los brazos los modelos de una rueda de asador modificada por el hermano de su abuela, de un asa de caldera, perfeccionada por su hermano mayor. Mauricio supo despues que aquellos adornos eran otros tantos blasones vivos y parlantes, que recordaban los títulos de nobleza de la familia. Llevaba en un broche la miniatura de Atodo, coronada de laureles y rodeada una guirnalda de cabellos en forma de siemprevivas. Un medallon suspendido del cuello contenia, en fin, la suma que habia aportado al matrimonio, y se leia en él, grabado en letras de oro...

TRES MILLONES DE DOTE

SIN CONTAR LAS FINCAS.

Mauricio comprendió sobre la marcha la deferencia del académico por la mujer-corsé.

Los dos resucitados se hallaban en presencia de doña Fastidio, quien les dirigía la vista con negligente curiosidad, en tanto que les hacía veinte preguntas sin darles lugar á responder á ninguna de ellas. En fin, despues de un rato, manifestó de repente que queria almorzar al instante para dar en seguida una vuelta con ellos por el magnifico paseo de las chimeneas.

Al dejar la mesa, D. Atodo condujo á sus huéspedes y á su señora á la azotea de su casa, donde encontraron una calesa aereostática y en la cual subieron; pues en Sin-Par para mayor comodidad se habian establecido los principales medios de comunicacion al traves del espacio abandonado en otros tiempos al viento y á las golondrinas. Las calles se habian dejado exclusivamente para los que hacen uso constante de sus piernas. Se veian los fiacres voladores, los omnibus-globos, los tilburis-alados correr y cruzarse en todos sentidos; en fin, conquistado el éter, se habia convertido en un nuevo campo donde poder ejercitar la actividad humana. Aquí los descargadores aereonautas destrozaban las nubes para extraer la lluvia ó el fluido eléctrico; allí los traperos aéreos recogian los trapos extraviados en el espacio; mas abajo algunos pobres químicos-voladores recogian los gases vagabundos ó los humos flotantes, mientras que á su lado algun honrado menestral, resguardado por dos nubes, probaba de coger al vuelo las aves de paso.

Despues de haber atravesado las llanuras del aire, la calesa aflojó su vuelo hácia una especie de alameda formada por las chimeneas de los edificios mas elevados. Allí estaba el bosque de Bolonia de Sin-Par, y era el punto donde se citaba lo mas elegante de la aristocracia.

El académico mostró sucesivamente á sus dos huéspedes los coches de las bellezas en boga, de las celebridades á la moda, de los banqueros mas millonarios. Les hizo admirar los *leones* del dia, caracoleando sobre sus aereostáticos de puro vapor y haciendo señas á las damas apoyadas en las balaustradas de los terrados.

Pero lo que observó Mauricio antes que todo fué la variedad de fisonomías de esta sociedad escogida. En el color de hollin y en los ojos callados de los unos, se divisaban las señales de la cara mongola: en la frente deprimida de los otros se reconocia la raza americana. Se notaban tambien ciertos indicios aceitosos de malayo y de negros frisados como las pieles de Astracan. No faltaban tampoco algunos caucasicos que tenian, segun las reglas establecidas para su raza, el

ángulo facial de ochenta grados y larga la nariz... excepto en el caso que fuesen romos.

Esta mezcla de tipos era la consecuencia natural del progreso de las luces. Se habian mezclado todas las sangres. Pero como en un terreno abandonado á sí mismo, que se ve invadido en breve por plantas inferiores, las razas menos privilegiadas habian acabado por prevalecer en las generaciones sucesivas, y de la fraternidad general habia nacido la fealdad en todos los individuos.

Una sola escepcion notó Mauricio, y fué una mujer medio echada en un carro incrustado de nacar. Al ver cómo se deslizaba ligeramente por los aires, se hubiera dicho que era aquella divinidad de esbelto y agraciado talle que Homero nos pinta arrebatada en el espacio por sus palomas, y cuya sonrisa bastaba para que la voluptuosidad rebosase por todas partes. Cubiertas con una túnica de muselina con franjas de oro, sacaba fuera del carro uno de sus pequeños piés, cual si lo bañase en el azul del éter. Su manto de gasa flotaba trás ella como una nube, y sus cabellos rubios, sujetos con una diadema de plata, ondeaban sobre sus espaldas.

Los jóvenes Sin-Parianos se agolpaban en torno de su carro como un enjambre de abejas alrededor de una mazorca florida.

Mauricio llamó la atencion del académico, y preguntó su nombre.

—¿Su nombre? contestó doña Fastidio, ¿quién lo ignora? es doña Fácil... cuyo esposo es un embajador eterno á seis mil leguas de Sin-Par. ¿No es el presidente del consejo de enviados aquel que la sigue?

—Lo parece en efecto, respondió el académico.

La señora hizo un gesto de indignacion.

—¿Qué afrenta! exclamó: ¡un hombre grave tener semejante debilidad!...

—Ciertamente... una debilidad, repitió D. Atodo, que tampoco se consideraba muy fuerte.

—¿Tener el atrevimiento de acompañarla, continuó la señora, rendirla homenaje en público, siendo una belleza tan conocida!

D. Atodo echó una ojeada al soslayo, cual si hubiese deseado conocerla mejor.

—¿No temer ni el desprecio ni la aversion! añadió la mujer-corsé.

En este instante doña Fácil pasó cerca de la calesa; el aire agitado por su vuelo llevó hasta D. Atodo el perfume de sus cabellos, y poco le faltó para que le tocase con su pié desnudo.

—¿Es escandaloso! exclamó la señora!

— ¡Escandaloso! repitió el académico, quien temblaba aun y seguía mirando con avidez la visión voluptuosa.

— ¡Vámonos! repuso la primera indignada.

— ¡Vámonos! añadió el segundo suspirando.

La calesa cambió de dirección. Al cabo de un rato, doña Fastidio se acordó de la hija que tenía confiada á una nodriza, y manifestó deseos de verla.

Marta apoyó con viveza la idea, pues el instinto de madre había anticipado en ella la maternidad. La vista de una criatura le causaba siempre una tierna alegría; no podía oír sus tiernos quejidos sin aproximarse para abrazarla, y apenas la había estrechado contra su corazón, cuando se sentía dominada por una especie de cariñoso transporte. La apoyaba sobre su hombro, arrimada una mejilla á su pequeña cabeza rizada, la mecía cantando, y si cediendo á sus caricias llegaba á dormirse, ella cerraba desde luego los ojos y luchando su corazón con una ilusión halagüena, acababa por soñar que era su madre.

¡Cuántas veces la había dominado este delirio! ¡Cuántas veces había visto en estos sueños dorados todas las fantasías de su esperanza traducirse en vivas imágenes! Empezaba por ver la criatura juguetona suspendida en el columpio de los bosques ó corriendo con su cabra dócil por los prados floridos; luego se la figuraba cual una pensionista engalanada con las gracias de la edad primera sin que las de la segunda hubiesen despuntado todavía; en fin, se la imaginaba ya cual una crecida y hermosa joven que se paraba delirante en los bordes de la vida, como delante de un mar sin límites. ¡Cuántos secretos arrancados á este delirio! ¡Cuántas huellas de lágrimas descubiertas bajo un beso! ¡Cuántos consuelos dados y recibidos! ¡Qué arrepentimiento tan encantador de olvidadas emociones! ¡Dulce retoño del romance de la juventud que empieza en otra nueva al abrigo de nuestro amor! ¡Qué importa que decline en nosotros la vida, si renace en él otro yo que nos sigue? Quien hereda nuestra sangre y nuestra alma, ¿no debe heredar también la dicha que disfrutamos? Deja el sol al que viene á reemplazarte en la vida. Que la hija que tú alimentastes y formastes sea feliz, que lo sea sin tí, que lo sea para otro. ¡En la sucesión de los seres, la ingratitude es la deuda hereditaria; nuestros padres quedarán vengados en nuestros hijos! Pues bien, acepta el nuevo lugar que te se señala; tú eras la reina de este destino, sé ahora su generosa esclava.

Vela sin que se sepa, da sin pedir nunca cosa alguna, persiste en ser la madre de la hija que ya no es tuya. Tú serás feliz todavía, si ella llega á serlo, pues la felicidad de los que amamos es como el incienso que se eleva en el altar, que no se quema por nosotros, pero participamos de su perfume.

Y mas adelante, ¿no renacerán para tí en los hijos de tu hija todos los goces maternales? Abre tus brazos, acerca sus rubias cabezas á tus canosos cabellos, y oirás todavía las dulces voces que resuenan hasta el fondo de las entrañas de la mujer; sentirás todavía en tus mejillas arrugadas las manecitas que imploran los besos; verás aquellos ojos vagos y dulces en cuyo fondo es fácil leerlo todo. Ánimate pues, tu tarea no ha concluido; hay todavía niños para quienes debes sacrificarte, temer y velar; no temas, abuela, que te abandonen, pues cuando sean hombres tú ya no existirás. Pasion santa y generosa por las criaturas, ¿qué sería sin tí de la especie humana? El amor es pasajero, la amistad se cansa; á medida que avanza se agota y corrompe como las aguas espuestas á los ardores del medio día; su ternura sola queda inmutable para el niño; solo ella alimenta el manantial escaso del desprendimiento. Cuando el cálculo decide de todos nuestros sentimientos, aquel queda desinteresado; por él aceptamos los errores, la impaciencia, los sacrificios. Los niños aseguran la continuidad de la raza humana, y conservan al mismo tiempo sus mas preciosos y dulces instintos.

VII.

Casa de lactancia.—Sustitucion del vapor á la maternidad.—Leche de mujer perfeccionada.—Modo de reconocer las vocaciones.—Gran colegio de Sin-Par.—Programa para el bachillerato en letras.—Nuevos métodos de enseñanza.—Máquina de exámen.—Catecismo de las niñas.—Pensionado para la produccion de los fenómenos.

Así deliraba Marta, triste y alegre á un tiempo; alegre por la esperanza del sacrificio, triste por el temor del olvido.

Pero en tanto que invocaba estas ilusiones interrumpidas, la calesa había disminuido su vuelo, y D. Atodo avisó que se hallaban ya en la casa á que se dirigian. En efecto, delante de ellos se elevaba un edificio, cuyo aspecto participaba á la vez de cuartel, colegio y hospital.

El académico le indicó que aquella era la casa de lactancia.

— ¡Y todas las nodrizas viven en ella? preguntó Marta.

—¡Las nodrizas! repitió D. A todo sonriéndose; Vd. habla de una costumbre de los siglos bárbaros.

máquina ha sustituido al hombre. En nuestro tiempo solo había una universidad de profesores, nosotros hemos ensanchado la



Mr. Vertebre, miembro de la sociedad de Zoología en el año 3,000.

—Entonces, dijo Marta, criarán las madres a sus hijos; ¿no es así?

—¡Qué! replicó el académico; esto sería peor todavía. La civilización ha demostrado la locura de semejante gasto de tiempo y de cuidados: en esto como en todo lo demás, la

institución, creando una universidad de nodrizas.

El recién nacido entra en el colegio el día mismo de su venida al mundo, y diez y ocho años después lo recibimos completamente educado. Difícil fuera, como se deja

ver, que se simplificasen mas los lazos de familia.

Fuera incomodidades é inquietudes: la criatura es tan libre como si no tuviese padres, y los padres se hallan tan libres como si no tuviesen hijos. Nos amamos lo preciso para sufrirnos, y nos perdemos sin desesperacion. Las generaciones se suceden en una casa como viajeros en una misma posada. Así se ha resuelto el gran problema de la perpetuidad de la especie, evitando la asociacion apasionada de los individuos.

Así que acababa, se paró la calesa delante de un edificio inmenso, en cuya entrada se habia esculpido en letras colosales:

UNIVERSIDAD DE LOS OFICIOS-UNIDOS.

INSTITUCION PARA LOS NIÑOS Y NIÑAS.

LACTANCIA POR VAPOR.

En el frontispicio se veia una máquina esculpida, rodeada de niños de teta, hácia los cuales estendia sus brazos de acero y sus pechos de corcho barnizado. Debajo se habia copiado la leyenda sagrada:

Dejad venir á mí los niños.

Al presentarse en la oficina, D. Atodo indicó el número de la lista que correspondia á su hijo. El dependiente hojeó su catálogo, y dijo brevemente:

—Sala Juan-Jacobo-Rousseau, cuarto radio, casilla D.

El académico dió el brazo á doña Fastidio, y se internó en los inmensos corredores.

De trecho en trecho algunos guardas vestidos con el traje del establecimiento, compuesto de un delantal de hule y de un gorro en forma de biberon, indicaban á los visitantes la direccion que les convenia. Marta y Mauricio atravesaron primero una galeria donde telares de varias formas tegian escusabarajas; recorrieron luego otra pieza, donde algunas máquinas fabricaban pequeñas cunas; pasaron en seguida por un patio lleno de carretones con ruedas, con cuyo auxilio aprendian á andar los niños, y llegaron, por fin, á un vasto taller, iluminado por la llama de grandes hornillos.

—Ahí tienen Vds., dijo D. Atodo parándose, las cocinas del establecimiento; aquí es donde se fabrica la bebida destinada á los niños. Por largo tiempo se estuvo en la

creencia que la leche de la madre era el alimento mas propio para el recién nacido; pero la química ha demostrado que era malo y poco nutritivo. En su consecuencia la academia de ciencias ha nombrado una comision, la cual ha formulado la receta de una bebida mas racional. Está compuesta de quince partes de gelatina, veinticinco de glúten, otras veinticinco de azúcar y cuarenta de agua; el todo forma un misto conocido con el nombre de *supra-lacto-gune*, ó *leche perfeccionada de mujer*. Una esperiencia sin contradiccion ha probado por otra parte lo maravilloso de esta bebida; así es que todos los recién nacidos que rehusan tomarla, y son muchos, caen de resultas en una gran languidez, y al cabo de dos ó tres dias mueren infaliblemente. Ahora vais á juzgar de los procedimientos empleados para la distribucion de la *supra-lacto-gune*.

Al decir esto, D. Atodo abrió una puerta, y los visitantes se hallaron en la sala donde se daba de mamar á las criaturas.

Era una galeria inmensa con anaquelaria en los dos lados como los que sirven para poner los botellas, y en los cuales se hallaban sentados en hilera los niños, teniendo cada uno su número y el embudo privilegiado que le servia de madre. Una bomba movida por el vapor y colocada en el fondo de la galeria elevaba la *supra-lacto-gune* hasta los conductos que la distribuian en seguida entre los niños. A hora fija comenzaba la operacion de mamar, lo que no podia menos de procurar á las criaturas el hábito de la regularidad. Era preciso que en todos reinase igual apetito, y que el estómago fuese en ellos el mismo, so pena de ayuno ó de indigestion; se hubiera podido inscribir en la puerta de la galeria lo que en las puertas republicanas de 1792:

¡Igualdad ó muerte!

D. Atodo encareció á sus compañeros todos los detalles de este establecimiento-modelo, al cual era debido, segun su feliz expresion, el aniquilamiento de las supersticiones maternales. Demostró luego que con el empleo de las máquinas se habia obtenido para cada niño un ahorro de tres maravedises diarios, el cual equivalia á 32 rs. 7 mrs. por año, y á mas de 300 millones de economia por los 10 millones de recién nacidos. Explicó en seguida la division del establecimiento en nueve salas, correspondientes á las nueve clases de la sociedad. El brevaje, los cuidados, el aire y el sol estaban distribuidos en ellas conforme al principio de justicia romana: *habita ratione*

personarum et dignitatum. El hijo del millonario tenia nueve partes, y el hijo del mendigo el noveno de una parte, lo cual servia á los dos de aprendizaje para las desigualdades sociales. De este modo el uno se acostumbraba á exigirlo todo desde el primer dia, el otro á no esperar nada. ¡Combinacion maravillosa, que aseguraba para siempre el equilibrio de la república!

Durante esta explicacion, doña Fastidio buscaba su número, es decir, su hijo, cuyas gracias infantiles habia elogiado á Marta, Divisólo, en fin, en su casilla, pero la supra-lactogune producía su efecto, y el heredero de los Atodos se retorcia como un gusano, dividido en cuatro.

Avisado el médico de servicio, acudió inmediatamente, y declaró que las contorsiones del número 743 eran motivadas por ciertos dolores agudos que afectaban especialmente las regiones del *colon*, de donde habian tomado vulgarmente el nombre de *cólicos*; pero el académico protestó contra esta etimología, é hizo observar que *cólico* tenia el mismo radical que *cólera*, y que por lo tanto debia derivar precisamente del griego *κολη*, *bilis*. De aqui nació una larga discusion, adornada con multitud de citas sirias ó chinas, durante la cual el número dolorido fué sufriendo el mal, cuyo nombre se disputaba. Por último, no habiendo podido entenderse el doctor y D. Atodo, marcharon cada uno por su lado, firmemente decididos á escribir una memoria sobre aquel punto.

En tanto, enfadada doña Fastidio por los visajes de su heredero, habia pasado adelante con sus dos huéspedes, y se ocupaba en hacerles admirar la grandeza opulenta de todo lo que les rodeaba.

Las paredes estaban entapizadas con esterillas preciosamente trabajadas, los techos cargados de molduras entalladas, las ventanas adornadas con cortinas de seda, guarnecidas con franjas de oro. Las casillas de las criaturas estaban acolchadas de blando tapiz, los números brillaban sobre planchas esmaltadas, el aire de las galerías se renovaba incensantemente por medio de anchos ventiladores de gasa con listas de plata; en una palabra, la industria habia agotado su lujo y prevision á favor de los recién nacidos, de manera que nada absolutamente les faltaba sino las madres.

A continuacion del edificio de lactancia se hallaba otro destinado para el destete. Se recibian allí los niños de quince meses, y se les sometia desde su entrada á una combinacion de ejercicios destinados á perfeccionar los órganos. Habia un aparato

para enseñarles á oír y otros además para habituarlos á gustar, sentir y respirar.

—En vuestro tiempo, dijo D. Atodo á Mauricio, el niño estaba abandonado á sí mismo; hacia uso de sus pulmones, ignorando el cómo; obraba sin aprendizaje y se ejercitaba viviendo en la vida. Método bárbaro que solo podia justificarse por la falta de luces; hoy dia todo esto se halla considerablemente mejorado: la especie humana ya no es mas que una materia viviente á la que damos una forma y un destino; la Providencia no entra en ello para nada, pues dirigiendo el mundo sin discernimiento, le hemos quitado su gobierno y le fabricamos el hombre del mismo modo que los percales, por procedimientos perfeccionados. Por lo demás, estos primeros estudios no pasan de un prólogo de la vida, pues hasta que sale de la casa de destete no emprende verdaderamente el camino que debe recorrer en seguida.

—¿Y quién señala este camino? preguntó Mauricio.

—Los doctores del establecimiento que tiene Vd. delante.

Acababan de llegar en efecto á un tercer edificio menor que los anteriores y en el cual entraron desde luego. Era un museo frenológico, en donde se veian una docena de médicos ocupados en la fijacion de las diferentes aptitudes. Algunos muchachos empleados en el establecimiento les llevaban incesantemente canastillos de niños, cuyo cráneo palpaban, y á los cuales daban un nombre y designaban un destino segun las protuberancias ó abolladuras de cada uno. El resultado del exámen quedaba indicado por el cartelón colgado del cuello del individuo.

Allí recibia el niño su certificado de gran matemático, de grande artista ó de gran poeta, y con tal documento no le faltaba mas que llegar á serlo. Por este medio desaparecia toda incertidumbre acerca de su vocacion: en vez de divagar al traves de veinte gustos opuestos, como un extranjero que pregunta por el camino á todos los que encuentra, se tenia una direccion marcada, no habia mas que ponerse en marcha, proseguir, y se estaba seguro de llegar al término... á no ser que se hubieran equivocado en enseñarles el camino.

De esta oficina pasaron Marta y Mauricio á las escuelas. D. Atodo, que á sus muchos títulos juntaba el de inspector general de estudios, quiso que lo vieran todo, hasta lo mas insignificante.

El tibetano era la base de la instruccion que se daba en el colegio de Sin-Par, y el

idioma tanto mas interesante, por cuanto que hacia como unos mil años que habia caido en desuso. Los alumnos consagraban á su estudio las cuatro quintas partes del tiempo que pasaban en el establecimiento; el resto se empleaba en el exámen de los geoglíficos de las antiguas pirámides de Egipto, de las cuales no se conservaba mas que un grabado apócrifo, y en el estudio profundo de la diferencia que existe entre el absoluto completo y el absoluto universal.

El objeto de estas enseñanzas era preparar el alumno para la vida práctica y fijarle el punto de partida para llegar á ser ingeniero, médico o comerciante.

Deseaba D. Atodo que su huésped se enterase de la estension de conocimientos adquiridos por los escolares del colegio, y por este le manifestó el programa de los exámenes que debían sufrir antes de dejar el establecimiento.

UNIVERSIDAD DE LOS INTERESES-UNIDOS.

GRAN COLEGIO DE SIN-PAR.

PROGRAMA PARA EL BACHILLERATO EN LETRAS.

TIBETINO.

- 1.º Los treinta libros de la historia de la Tortuga Verde de Rapput, por Shah-Rah-Pah Shah.
- 2.º Los doce libros de la historia del elefante negro, de Rouf-Tapouf.
- 3.º Los seis cantos de las Cisternas del desierto, de Felraadi.
- 4.º El tratado sobre la felicidad de los tuertos, del mismo.
- 5.º Los discursos de Bal-Poul Child contra Child-Poul-Bal.

HISTORIA.

- 1.º Explicar desde Noé la sucesion de los reyes del Congo, de la Patagonia y de la bahia de Hudson.
- 2.º Descifrar la inscripcion de la gran pirámide de Egipto que ya no existe.
- 3.º Narrar la expedicion de lord Ellenborough en la India, con el número de bueyes, carneros y legumbres destruidos por la armada inglesa y las campañas del general Bugeaud en Argel, con los discursos, brindis, proclamas y órdenes del dia, en número de doce mil seiscientos cuarenta y tres.

- 4.º Enumerar cuantas princesas nubles ha proporcionado la Alemania á los demás estados de Europa.

GEOGRAFÍA.

- 1.º Nombrar los diferentes estados de las cuatro partes del mundo antes del diluvio, y designar sus capitales.
- 2.º Citar todos los ríos, lagos, mares y montañas, y darles los nombres que ya no tienen.
- 3.º Marcar exactamente los límites de la antigua república de Andorra, y del célebre principado de Monaco.
- 4.º Espresar la poblacion de las regiones desconocidas todavía, que se estienden desde el 40.º al 60.º de latitud.

LITERATURA.

El examinando deberá presentar una lista de las diferentes formas de estilo, con el modo de servirse de ellas; explicar los procedimientos del sublime, del florido, del gracioso, y hacer la biografía de todos los literatos conocidos desde Salomon hasta nuestros dias.

FILOSOFÍA.

Demostrar la identidad del todo con el universal por la relacion entre el conjunto y la suma de las partes. Inquirir en qué el yo difiere del no yo, y si el yo eficiente puede ser confundido con el yo correctivo. Establecer la libertad del causal plástico bajo la dependencia del fenomenal concreto.

MATEMÁTICAS.

Conocer todos los teoremas sin aplicacion que pueden deducirse del álgebra, la geometría y la trigonometría y resolver todos los problemas inútiles que lleguen á proponerse.

FÍSICA.

Esponer las teorías de todas las grandes leyes que se buscan sin cesar.

QUÍMICA.

Explicar por medio de las fórmulas de la cocinera de aldea todos los ingredientes que componen cada una de las salsas científicas conocidas con el nombre de *cuerpo*.

Mauricio se asombró al principio de los conocimientos que se exigían á los alumnos;

pero se acordó felizmente que en su tiempo no siempre los programas eran verdades. Para este exámen, como para todo lo restante, no se exigía mas que la forma, esa ley suprema de los Brid-Oison de todos tiempos: pues cualquiera que pide lo imposible, se compromete anticipadamente á no exigir nada.

D. Atodo le esplicó en seguida la série de métodos ingeniosos que facilitaban á los alumnos del gran colegio el estudio de los conocimientos que en él se esplicaban. Empezó por enseñarles la clase destinada al curso de historia, cuyas paredes ofrecían en cada lienzo una raza y en la cual cada banco figuraba una sucesion de reyes, y cada viga una teogonia. Todos los objetos tenían allí una fecha ó recordaban un suceso; de modo que nadie colgaba su sombrero en una percha sin pensar en un hombre ilustre, y nadie limpiaba su calzado en la estera sin pisar una revolucion. Merced á este sistema mnemotécnico tan espedito como profundo, la historia universal quedada reducida á una cuestion de mueblaje, el discípulo la aprendía á pesar suyo, y nada menos que mirando se le preguntaba por ejemplo el nombre del primer rey de Francia, se acordaba del de los tornillos interiores ó de la cerradura y contestaba: *Clo-vis*. Se trataba de saber la fecha del descubrimiento de la América, su pensamiento se fijaba en los cuatro piés de la cátedra, que representaban cada uno su cifra diferente, y el discípulo respondía: 1492. Se queria averiguar, por fin, cuál era el suceso mas importante que siguió al nacimiento del cristianismo, y viendo las dos barras de la barandilla que se internaban en el anfiteatro, contestaba resueltamente: *la invasion de los bár-baros*.

No dejó D. Atodo de advertir á Mauricio las ventajas de este metodo, desnudo de todo dato filosófico y á favor del cual bastaba pensar en dos cosas para acordarse de una sola.

Condújole en seguida á la sala de geografía, donde se habia figurado la tierra de relieve con el fin de que los discípulos se formasen una idea mas exacta de su grandor y hermosura. Las montañas se representaban en ella con topineras, los rios con tubos barométricos, y las florestas virgenes con semilleros de berros rotulados. Se veían tambien ciudades y aldeas de carton y volcanes de hoja de lata, en cuyo fondo humeaban lamparillas sin mechas.

La sala inmediata contenía todo el sistema planetario en tafetan engomado y puesto en movimiento por una máquina de

vapor de la fuerza de dos asnos. Únicamente habia sido imposible conservar á los diversos cuerpos celestes su grandor proporcional, sus distancias respectivas y sus movimientos reales; pero advertidos los discípulos de estas ligeras imperfecciones, no dejaban por esto de comprender la verdad por la representacion de lo que no existia.

Un museo general completaba estos medios de instruccion del gran colegio de Sin-Par. Se habian reunido muestras de todas las producciones naturales y de todas las industrias humanas: y lo que el niño aprendía en otro tiempo tan solo viviendo ó por la práctica, lo adquiría artificialmente de aquel modo. Tenía á la mano la creacion entera en casillas numeradas: aqui se enseñaba dentro de una botella una muestra del Océano: allá en un fragmento de roca la cascada del Niágara: mas abajo, en el fondo de un crisol de arena amarilla, las minas de oro en la América del Sud. Estudiaba la agricultura en un armario cerrado con cristales: las diferentes industrias en las casillas de una papelería, y las máquinas en pequeños modelos espuestos bajo fanales. Nada mas cómodo; el mundo entero se habia reducido á una caja de muestras; el niño se enteraba de él como si jugara á los naipes y sin conocer sus realidades.

Tales eran los principios de instruccion adoptados por la universidad de Sin-Par; en cuanto á la educación estaba basada sobre una idea mas ingeniosa todavía. Como tenia por único objeto formar ciudadanos honrados, es decir, suficientemente hábiles para enriquecerse, se les habia dado por única base el *desprendimiento para sí mismos*.

Cada niño se acostumbraba desde el principio á llevar una cuenta de las ventajas y pérdidas que cada una de sus acciones le ocasionaba. Todas las noches calculaba lo que su conducta le habia valido durante el día, y esto se llamaba el exámen de conciencia. Para los méritos y las faltas se tenia una tarifa graduada: tanto por la paciencia, tanto por la amabilidad, tanto por el buen carácter. Las virtudes se reasumían en rentas ó privilegios, con tal que estuviesen comprendidas las primeras en el programa; pues en cuanto á este punto, la universidad de los *intereses-unidos* demostraba una sábia prudencia, protegiendo tan solo las cualidades que podían ser útiles un día á su poseedor. Las virtudes sumamente costosas eran contadas en el número de los vicios.

Para escitar mejor en los niños el deseo

de enriquecerse, se les iniciaba temprano en el culto de lo positivo, se les habituaba á él, bañándolos en el río de los goces materiales, que hace mas anchas é ingeniosas las conciencias. Era su colegio un palacio en el cual la industria habia agotado sus recursos: contenia picaderos, billares, un casino para la lectura, y un teatro contiguo á la capilla. Cada alumno tenia una habitacion en que nada faltaba y un tilburi con un *groom* para los paseos.

D. Atodo quiso que Mauricio viera uno de los cuartos de colegial, y al entrar en él se encontraron con un alumno de sexto, iniciado ya completamente en la vida de estudiante.

Lo útil no habia sido olvidado por esto; en el centro del patio principal se elevaba una bolsa, en la cual se reunian cada mañana todos los discípulos. Los negocios que se trataban en ella versaban sobre frutas de la estacion, conejos blancos y plumas metálicas. Allí, como en la gran bolsa de Sin-Par, se realizaban operaciones hábiles ó atrevidas, y las ruinas y opulencias repentinas se dejaban sentir igualmente. Se jugaba tambien á la alza por medio de monopolios combinadas, y á la baja con el auxilio de falsas noticias; de suerte, que desde la infancia los discípulos se ejercitaban en la mentira legal y tomaban el hábito importante de desconfiar de todo el mundo.

Tambien se ejercitaban en el empleo de la prensa periódica, y para ello redactaban cuatro periódicos de opiniones contrarias, en los cuales, á la manera de hombres hechos, se entretenian en calumniarse y dañarse mutuamente.

Despues de Sin-Par se veia el grande Ateneo nacional, cuyas cátedras eran frecuentadas por oyentes de ambos sexos y de todas edades.

El profesor de numismática, á quien estubo escuchando un rato Mauricio, explicaba aquel dia los pormenores de la cocina del siglo décimo nono, en tanto que el profesor de economía política trataba de una cuestion sobre las antigüedades mejicanas. Pero el catedrático de filosofía se encerraba mas estrictamente en la materia de su asignatura: así es que apenas se ocupaba mas que en dirigir injurias á sus adversarios.

Al salir D. Atodo enseñó á sus huéspedes las escuelas de derecho, medicina, industria, bellas artes; pero no entraron en ellas. Su organizacion diferia poco de la del gran colegio, y hubiera sido necesario

mucho tiempo para examinar las doctrinas que componian sus enseñanzas. Este exámen se hacia, pues, supérfluo, y mas si se atiende á que Mauricio debia hallar mas tarde todas aquellas doctrinas puestas en práctica en el mundo por los comerciantes, los artistas, los abogados y los doctores. Por esta razon no se detuvieron hasta hallarse delante del edificio construido para los exámenes.

Cada facultad tenia una sala dispuesta de tal modo, que los examinados hacian los ejercicios de exámen sin intervencion de examinadores. Formaba el todo una especie de laberinto cerrado con cien puertecitas, y en cada una de ellas se veia escrita una de las preguntas del programa, con unas veinte respuestas equivocadas, mezcladas con la verdadera. Si el preguntado ponía el dedo en esta, la puerta se abria por sí misma y pasaba adelante; de lo contrario, quedaba encerrado como raton cogido en la ratonera. Por este medio se hacia del todo imposible el error y la injusticia; el examinador habia llegado á la perfeccion de indiferencia y de impassibilidad por tanto tiempo buscadas: ya no era un hombre con sus afecciones, sus repugnancias, sino una máquina como la verdad inmutable. En vez de escoger los aspirantes, se les cernia: á un lado la flor de cebada, al otro el salvado grosero. En lo sucesivo, los profesores no tenian que ocuparse de los exámenes, sino para cobrar la retribucion por el trabajo que no hacian.

Llegaban ya á la última puerta del recinto nniversitario, cuando D. Atodo señaló otro establecimiento, de estension casi igual al que acababan de visitar, y destinado especialmente á la instruccion de las niñas. La organizacion era igual con coita diferencia á la del colegio de niños; pero se distinguian esencialmente en el orden de conocimientos que formaban el objeto de su enseñanza. El principal estudio era el órgano espresivo aplicado á los bailes de carácter, al que dedicaban las alumnas siete horas diarias; el tiempo restante se consagraba á la mineralogía, á la arquitectura y á la anatomía. Una vez á la semana aprendian las reglas de ortografía y dedicaban todos los meses un dia solo para coser.

La moral se hallaba formulada en un catecismo que debia servir de regla de conducta á las niñas, y que se les hacia aprender de memoria. Contenia un capítulo sobre el tocador, otro sobre el wals y las visitas, y un tercero sobre el matrimonio.

Pregunta. ¿Debe desear el matrimonio una mujer?



La señora pensativa loca del año 3,000.

Respuesta. Si puede estar bien casada, |
si señor.

Pregunta. ¿Qué es una mujer bien ca- |
sada?

Respuesta. La que habiéndose casado con un hombre ilustre, aprovecha y goza de su posición.

Pregunta. ¿Qué entiende Vd. por un hombre ilustre?

Respuesta. El hombre que paga la cuota de elegibilidad.

Pregunta. ¿Cómo debe amar una mujer á su marido?

Respuesta. Proporcionalmente á la pensión que le señale.

Pregunta. ¿Podrá Vd. recitarme un acto de esperanza matrimonial?

Respuesta. «Yo cuento, Dios mio, en vuestra bondad infinita, que hallaré un esposo segun desea mi corazón; que sea bastante rico para proporcionarme coche, palacio y palco en el gran teatro de Sin-Par, y ¡ojalá que tenga suficiente ánimo para engrandecer su fortuna, que tendré gran placer en derrocharla!»

Aquí se detuvo Mauricio, y preguntó al académico si las dos instituciones universitarias que acababa de enseñarle eran los únicos establecimientos de instrucción pública que en Sin-Par existían.

—Hay además las instituciones explotadas por la industria particular, contestó D. Atodo; escuelas, institutos, liceos dotados de profesores de todas ciencias, conocidas y enseñadas por todos los métodos inventados. Pero el mas célebre de todos estos establecimientos es el del Sr. Precoz, quien ha hallado el medio de aplicar á la instrucción de los niños el sistema de los invernáculos, y obtiene con su auxilio sábios á la fuerza, como los jardineros obtenían en otros tiempos los melones primerizos. Bástale colocar sus discípulos bajo una campana, propia para activar el curso de la savia intelectual, y observar el termómetro que indica el grado de calor conveniente para la maduración de sus cerebros. De esta manera se tiene constantemente debajo del vidrio varios centenares de escolares que son grandes hombres á los diez años, y niños á los veinte.

Por lo demás, su fábrica de prodigios prospera, pues de su casa salen todas esas especialidades que improvisan sinfonías en la envoltura, todos los matemáticos que calculan la circunferencia de la tierra antes que sepan hablar, y todos los poetas prematuros que componen sus primeras elegías antes de que aparezca la primera dentición.

VIII.

Engrandecimiento del almacén de modas.—Historia de la señorita Roman.—Aspecto pintoresco de la ciudad de Sin-Par.—Enfermedad de doña Fastidio, tratada por catorce médicos especialistas, y curada por Mauricio.—Sociedad de seguros para impedir á los vivos que lloren á los muertos.—Encuentro con el gran filántropo D. Filadelfio el Dulce.

Esplicando estos pormenores el académico habia llegado á su calesa, é iba á subir á ella, cuando doña Fastidio propuso acompañar á Marta á las nuevas galerías del Buen-Pastor.

Formaban estas un vasto almacén, donde hallaba reunidas el comprador todas las producciones del mundo conocido. Ocupaba una superficie de treinta fanegas, y ocupaba á doce mil comisionistas; además de la línea de ómnibus que hacia el servicio interior, á la entrada de cada departamento se hallaban multitud de carruajes de prevención. Arrolladas y desarrolladas las piezas de ropa por cilindros inmensos, pasaban á vista de la multitud como las telas movibles que representan las cascadas en el teatro; relojes gigantescos guarnecidos de joyas y pedrería que giraban por todas partes sobre sí mismos; algunos anaqueles cubiertos de cristales, de marfiles esculpidos, de preciosos caprichos, iban y volvían incesantemente sobre los carriles de cobre, y parecia que llamaban á los compradores; en fin, en medio de toda esta magnificencia y riqueza varios criados con librea y cargados de bandejas circulaban en todas direcciones, ofreciendo refrescos á los concurrentes.

—Ya lo veis, dijo D. Atodo, el comercio se ha engrandecido como los demás ramos: esto no es mas que un banco perfeccionado. Los beneficios que en otra época proporcionaban una mediana subsistencia á cien mil personas, forman hoy día el producto de diez existencias reales, para las cuales todo es posible: vuestra época era tan solo la de los mercaderes del pormenor; acabado el aprendizaje todo el mundo se casaba, y abría su tienda sin contar con mas recursos que el amor y el trabajo. Pero ahora con la buena voluntad no se forma el menor capital, y la primera condición que se requiere para emprender un negocio no es conocerlo, sino tener un millon.

Al decir esto, el académico se puso á calcular en alta voz, para inteligencia de Mauricio, el valor de las mercaderías amontonadas en las galerías que atravesaban, y doña Fastidio fué mostrando á Marta la variedad prodigiosa que ofrecían. Pero á poco

rato Marta y Mauricio no escuchaban, porque acababan de ver la muestra del almacén monstruo: EL BUEN PASTOR. Sus miradas se buscaron desde luego, y sus labios pronunciaron á un tiempo el nombre de la señorita Roman, y los dos quedaron súbitamente extasiados.

Efectivamente, aquel nombre habia despertado en ellos el recuerdo del mundo anterior; una de esas reminiscencias que enternecen como la vista del antiguo hogar, en torno del cual escuchábamos los cuentos de nuestra nodriza; como el aspecto del pequeño jardín en donde plantábamos los ramos de blanca espina; como el poyo, en fin, que servia de asiento al mendigo, con el cual partíamos nuestro pan de la escuela! Y sin embargo, la señorita Roman no habia sido parienta ni compañera de infancia; era tan solo una antigua vecina, que tenia por muestra de su tienda EL BUEN PASTOR... Pero en cambio, ¡qué vecina! ¿y cómo olvidarla?

Cualquiera que la hubiese visto una vez en el fondo de su pequeña y oscura tienda, era imposible que no recordase su alta silla, su calienta-piés de barro, sus grandes agujas de hacer media, y su rostro sonriendo entre las arrugas de su fealdad.

Dios, que se habia mostrado severo para con la señocita Roman, quiso que naciera pobre, enfermiza y desgraciada. Verdaderamente le sobraban motivos para quejarse de tantos infortunios; pero prefirió sacar el mejor partido del poco bien que en ellos se encerraba.

Su indigencia la privaba de los placeres, y la aceptó como una salvaguardia contra los excesos; sus padecimientos no tenían trégua, y los consideraba como una útil lección de paciencia; su fealdad le quitaba toda esperanza de ser amada, y se desquitaba amando á los demás.

Pero Dios no se habia mostrado del todo inexorable para con ella; en vez de concederle la dicha le habia asignado un deber sagrado, que cumpliéndolo debia aminorar su desgracia. El padre de la señorita Roman era paralítico, y no tenia mas apoyo que su hija; era ya su cuerpo un cadáver insensible, pero la cabeza pensaba todavía, y los latidos del corazón no habian cesado... Incapaz de procurarse por sí mismo el bienestar ó la miseria, podia aun sentirlos y apreciarlos en su justo valor. Comprendiólo su hija, y se determinó á suavizar su situación y proporcionarle todos los goces posibles, y al efecto reunió sus últimos recursos, compró algunos géneros, y fué á establecerse en EL BUEN PASTOR.

Pequeña era la tienda, y muchos de sus estantes hallaban vacíos; pero aquella buena y sensible hija tenia la fé de los corazones amorosos. Dispuesta á todo género de sacrificios en beneficio de aquel á quien se propusiera hacer dichoso, no era dado creer que pudiese verse burlada por la Providencia; ¿y cómo suponer en efecto menos bondad en Dios que en nosotros mismos? Con la calceta en las manos á todas horas, al lado del mostrador, solo interrumpia su trabajo á la entrada de algun comprador; y si estos tardaban en aparecer, si la inquietud ó el desaliento disminuía el movimiento de sus largas agujas de boj, sus ojos se fijaban en la trastienda, y leyendo en el semblante del paralítico la dulce confianza que en su actividad tenia, prestaba á sus agujas mas rápido movimiento.

Cortas eran sin duda las ganancias; pero qué no puede esperarse de los milagros de la economía y del desprendimiento? Todas las privaciones de la señorita Roman aumentaban el bienestar del anciano, quien engañado, se le figuraba mas rica á medida que iba creciendo el número de sacrificios, y disfrutaba de ellos sin sospechar lo que costaban. La hija daba gracias al cielo por este error, lo consideraba como un beneficio, y para merecerlo se imponía nuevos deberes.

Acababa de morir una pobre mujer á la cual ocupara varias veces, y solo un hijo casi idiota la habia sobrevivido: la señorita Roman quiso privarle de presenciar la operación de clavar el ataúd de su madre, y se lo llevó desde luego á su casa; pero al dia siguiente, al tratar de llevarlo al hospicio, se sintió sin fuerzas para ello. El jóven habia tomado ya posesion de un sitio cerca del hogar, y apoyando su cabeza en las rodillas del paralítico, se sonreía mirando á la bienhechora que lo habia recogido.

—¿Por qué no ha de ser mi hermano? dijo esta enternecida así que lo tuvo en su casa; y mirando luego á los dos infortunados que parecia que Dios los habia reunido con algun designio, añadió murmurando:

—¡Ah, sí! es mi hermano.

Y desde entonces el jóven no se separó de su lado.

Cuando Marta y Mauricio la conocieron, el anciano y el idiota se hallaban aun á su lado, felices por su trabajo y por su ternura. La tienda continuaba tan pequeña como en su principio; los estantes se hallaban mejor provistos, pero todos conocian á la señorita Roman y la compraban sus géneros.

Los ancianos eran los primeros en des-

ubrirse delante de ella, los jóvenes la salu- | vidriera de su tienda sin mas objeto que
aban cual si hubiese sido una hermosa, y | verla!



Doña Fácil, mujer á la moda en el año 3,000.

las madres la enseñaban á sus hijos como
modelo. ¡Cuántas veces se habian parado
Marta y Mauricio delante de la estrecha

— Es la bondadosa señorita, decian en
voz baja; la mujer á quien debemos imitar.
Y al decir esto la saludaban afectuosa-

mente: la señorita Roman contestaba con amabilidad al saludo, y siguiendo satisfechos y enternecidos su camino, se prometían imitar su extraordinario proceder.

¿Qué valían todas las riquezas amontonadas en las galerías de Sin-Par al lado de la humilde tienda cuya vista nos daba tan saludable lección? ¿Qué eran aquellos millares de comisionistas al lado de la pobre mujer que sin más auxilio que su ánimo había conservado dos existencias y salvado dos almas? ¡Ah! si Dios la hubiese hecho nacer más tarde, en medio de una sociedad más ilustrada, todo su trabajo y esperanza hubieran sido inútiles. *La buena voluntad no le habría representado capital alguno...*

Queriendo el académico dar á sus huéspedes una idea de la magnificencia de Sin-Par, antes de regresar á su casa les condujo á la grande encrucijada de la Reunion. Consistía esta en una plaza en la que desembocaban todas las calles de la capital, y se hallaba adornada con cincuenta fuentes y doscientos mecheros de gas purificado. Formaban su circuito el museo, la biblioteca, el teatro nacional y la Cámara de los representantes, cuyas fachadas ostentaban una decoración magnífica compuesta de carteles pintados al óleo. Desde aquel punto partían las calles en líneas rectas de algunas leguas, compuestas todas de casas cuadrangulares de tal manera semejantes, que solo por sus números era posible distinguir las. Un bosque de tubos humeantes coronaba esta encantadora perspectiva, dispuesta con tanto tino que se podía inspeccionar de un solo golpe de vista.

Las veinticuatro divisiones que formaba toda la ciudad se designaban por los veinticuatro signos del alfabeto, y cada ciudadano tenía que habitar el cuartel correspondiente á la inicial de su profesion. Semejante arreglo adolecía de la pequeña desventaja de colocar vuestro zapatero á sesenta y ocho mil varas del sastre; pero en cambio daba á la ciudad un aspecto regular que hubiera podido rivalizar con la de un tablero de damas; y si afectaba á las relaciones de la vida, la pura razon se hallaba por lo menos satisfecha.

Sin embargo, aquella organizacion había sido censurada ágridamente por Mr. Empireo, sábio astrónomo, porque la ercia tomada de la numeracion duodecimal abandonada hacia mucho tiempo. Proponía en su vista atendiendo al interés de la unidad matemática que se demoliese Sin-Par y que se reedificase bajo un plan compuesto de diez cuarteles, correspondientes á las diez cifras de la tabla de numeracion, y en los

cuales se colocase cada uno conforme á su mérito, es decir, segun la cuota de sus contribuciones. Este profundo pensamiento había conmovido lo bastante los ánimos para distraer la atencion pública de los descubrimientos lunares, debidos al mismo sábio como lo dejamos insinuado.

Mauricio observó, que construidas con hierro las casas, se podían desarmar con la misma facilidad que los muebles. Si el propietario cambiaba de barrio, no tenía más que dirigirse á la compañía de mudanzas de casa, la que le trasportaba su domicilio al nuevo cuartel que debía habitar.

Más sencillas eran todavía las viviendas de los criados, pues consistían en una maleta mecánica cuya llave quedaba en poder del dueño. Cuando llegaba la noche se desplegaba la maleta y formaba un cuarto dormitorio con su alcoba y tocador correspondientes. La cocina se había hecho enteramente inútil desde la invencion de ciertos hornillos que proporcionaban á cada fumador el que pudiese preparar tres manjares con el solo calor de su pipa, y de los eslabones autoclavios que á la luz de una pajuela cocían dos bifecks y un puchero.

Al pasar de nuevo los dos esposos cerca del puerto, divisaron en él una isla cubierta de bosquecillos y de granjas que pocos momentos antes no habían visto. Su conductor les participó que aquello era el pueblo flotante, *el Cosmopolita*, que regresaba de su paseo alrededor del mundo.

La estension de este barco monstruo era la de algunos miles de varas. Cada pasajero tenía en él su alojamiento con jardín, patio y huerta. En el centro de la poblacion se elevaba la iglesia, y en uno de los extremos el teatro. Ciento cincuenta máquinas de la fuerza de cuatrocientos caballos ponían en movimiento al *Cosmopolita*, quien hendía las olas con la rapidez del Leviathan. Ocho días duraba su viaje de circunnavegacion; tocaba en la Nueva Guinea, pasaba el canal abierto en el istmo de Panamá, atravesaba el océano Atlántico, subía hasta el Mediterráneo, entraba en el mar Rojo por el estrecho de Suez, y volvía al punto de partida al traves del mar de las Indias.

Los pasajeros á quienes cansaba la navegacion, desembarcaban en el Cairo, donde tomaban el gran camino de hierro del Asia, el cual en wagons-berlinas los conducía hasta Malaca. Semejantes wagons-berlinas eran casas con ruedas, que tenían en su interior dormitorios, fondas, varios billares y baños rusos.

Una multitud de barcos flotaban en tor-

no del *Cosmopolita*, y se indicaban sus varios destino por medio de letreros y banderolas. Los unos formaban teatros flotantes, que atravesando los mares y subiendo los rios, llevaban á los pueblos mas romotos los beneficios del sainete ó de la ópera bufa; dispuestos otros en forma de salas de baile, iban á enseñar por las cinco partes del mundo las cuadrillas de los Musards sin-parianos; los mas pequeños, en fin, consagrados á los dioramas ó gabinetes de lectura, echaban sucesivamente el ancla en los mas apartados rincones de la tierra habitada para popularizar las bellezas del universo, las bestias sábias y los romances de Mr. César Robinet.

Algo mas lejos nuestros paseante encontraron el gran dock, al cual llegaban los productos de todas las minas conocidas. Un sistema de canales subterráneos alimentados por las aguas de las mismas minas, las enlazaban unas con otras y permitian que las explotaciones se socorriesen mutuamente. Por mil bóvedas sombrías veíanse llegar al recinto de Sin-Par una multitud de barcas cargadas de diferentes minerales, sacados de la tierra y conducidos por hombres de todas razas y de todos trages. Aquí venian los chinos con plomo y estaño; allí los españoles con azogue; mas lejos los sicilianos trasportando el azúfre de sus volcanes, los americanos ricos en oro, los ingleses negros de ulla, los africanos cargados de betun y los pueblos del Norte llevando el cobre, el hierro y la platina. La facilidad y frecuencia de las comunicaciones habian unido de tal modo todas las naciones, sin necesidad de que una asociacion fraternal hubiese podido confundirlas. Todas habian perdido su carácter, y ninguna habia adoptado el de los demás. Aquellas fisonomías borradas se parecian á las monedas gastadas por el roce, las cuales, estando despojadas de su marca, disminuyen su valor igualmente. A fuerza de mirar el mundo como un largo camino, habian perdido todos el sentimiento de nacionalidad; la patria y el hogar habian desaparecido para todos; las casas solo eran puntos de apoyo, á los cuales se arribaba un instante la vida, como se cuelga el reló en la pared de la posada.

Mauricio empezaba á comunicar estas reflexiones á su guia, cuando fué interrumpido por Doña Fastidio, la cual, hallándose muy fatigada deseaba retirarse. Subieron, pues, á la calesa voladora, y llegaron pronto á la casa del médico.

Por mas veloz que hubiera sido el viaje, habia sido bastante para aumentar la

indisposicion de Doña Fastidio; y apenas habian llegado, cuando dijo que se hallaba peor, y queria que la visitase el médico.

La dificultad estaba en saber cuál, porque el progreso de las luces habia introducido la division del trabajo hasta en las ciencias.

Los médicos se habian repartido el cuerpo humano como una herencia; hasta entonces habia estado *pro indiviso*. Cada uno habia adquirido su terreno, mas allá del cual nada pretendia. Al uno pertenecía la cabeza, al otro el estómago, á este el hígado, y á aquel el corazon. Si el cuerpo tenia indispuestos varios órganos, se llamaban distintos médicos, y si dolian todos, se llamaban mas todavía. Cada uno de ellos examinaba la enfermedad de la parte que se le habia destinado, y el paciente curaba por fragmentos, si no morian todos á un tiempo.

Como Doña Fastidio padecia especialmente de espasmos, se creyó oportuno llamar al doctor Hipertrofo.

Empezó este por explicar que estando sostenida la vida por la sangre, y hallándose esta en circulacion por el corazon, la causa de toda enfermedad residia necesariamente en la falta de equilibrio en las funciones de este músculo hueco y carnoso. En consecuencia, despues de haber examinado á la paciente, declaró que su indisposicion provenia de un flujo pletórico en el ala izquierda del corazon, y ordenóle un jarabe antiflogístico, de que se vanagloriaba haber sido el inventor.

Pero apenas se hubo marchado, cuando los dolores de la enferma pasaron á otra parte del cuerpo, precisando al esposo á llamar desde luego al doctor Jecur, especialmente conocido por sus trabajos sobre las vísceras bilio-dispensadoras. En cuanto vió á Doña Fastidio, declaró que el mal evidentemente se habia fijado en el hígado, víscera glandulosa, destinada á segregar la bilis de la sangre, y que siendo él mismo principio de la vida, decidia necesariamente por sí solo de la salud ó de la enfermedad. Sus preceptos, sin embargo, no fueron mas afortunados que los de su cofrade, y despues de su salida el dolor se trasladó á los nervios.

Acudió entonces el académico al doctor Nevretico, cuya especialidad era la de las enfermedades sin causas. Llegó en un momento, y gritando: los nervios, los nervios... órganos de la voluntad... de la sensacion... allí está todo... todo en los nervios, dió tres vueltas alrededor de la cama de la enfer-

ma, y ordenó los walses, el teatro y una infusión de hojas de naranjo.

La sofocación de Doña Fastidio continuaba del mismo modo, á despecho de la ciencia de los especialistas, cuando Mauricio recordó la especie de armadura acolchada que envolvía á la enferma.

—Salga Vd. de este envoltorio, le dijo timidamente, y su curación es infalible.

El suceso fué inmediato; en cuanto Doña Atodo adquirió la libertad de sus movimientos, se halló súbitamente curada: su enfermedad no era más que una sofocación, y por culpa de no haber llamado al doctor de los pulmones, hubiera muerto ahogada indefectiblemente.

Dando las disposiciones necesarias, don Atodo no había olvidado la presencia de un notario y de los testigos convenientes para certificar de la enfermedad de su señora: así es que apenas se halló restablecida, tomó el testimonio estendido por el primero, y acompañado de Mauricio se dirigió á las oficinas de la *Compañía de los Centenarios*.

Esta sociedad aseguraba no solamente la vida, sino también la salud: indemnizaba con un premio las menores indisposiciones, como la sociedad del Fénix resarcía en otro tiempo los perjuicios causados por un incendio parcial. Por este medio la enfermedad de los padres hacía vivir á los hijos en tanto que su muerte venía á enriquecerlos; el interés sofocaba con aquel sistema las acciones más puras, y calculando lo que producía cada sufrimiento del enfermo, se hallaba un consuelo en la prolongación de sus males. Llegaba la última hora, y al divisarla al través de la prima suprema, no parecía tan cruel, pues las heridas del corazón se cicatrizaban fácilmente bajo el benéfico inflajo de las ifras de la aritmética. Esta ciencia había roto de este modo los incitativos de la muerte, para los que sobreviven por lo menos.

Al marcharse, el académico vió un asegurado que salía de la oficina mortuoria, y reconoció en él á D. Fiadelfio el Dulce, presidente de la *Sociedad humana de Sin-Par* y miembro de todos los clubs filantrópicos del mundo habitado.

Se hallaba cubierto de lazos de crespon negro en testimonio de las pérdidas crueles que acababa de experimentar, y le acompañaba un criado cargado de sacos de moneda que atestiguaban los consuelos pagados por la compañía.

Cuando le encontraron asomaba á sus labios aquella sonrisa alegremente modesta del sabio en la prosperidad; pero apenas sus miradas se fijaron en Mauricio y en su

compañero, su semblante cambió de aspecto, y una expresión dolorosa cubrió su frente cual una súbita nube. El académico le detuvo y preguntóle con ansiedad qué desgracia le había sucedido.

—¡Ay de mí! dijo el filántropo con una mirada melancólica que desde los lazos de luto fué á parar al criado; ya lo ve Vd.; la Providencia se ha cebado cruelmente conmigo. Mi hermano... mi tío... mi primo... y paróse dando un profundo gemido al mismo tiempo que fijaba su vista en el paquete de billetes de Banco que tenía en la mano.

—¡Ah! dijo el académico como despertando un recuerdo; los tres se habían embarcado en la flotilla de los globos incendiados...

—Diga Vd. los cuatro, repuso el Sr. Dulce, pues mi sobrino iba en ella también... Su pérdida es para mí la más sensible... ¡Morir á los veinte años!... y los directores de la compañía se resisten á pagar esta preciosa existencia!... Me piden las pruebas auténticas de su muerte... ¿Entende Vd.? ¡Yo recoger las pruebas! ¡Estos desgraciados no tienen absolutamente alma!... ¡Cuando he hecho inútilmente tantas investigaciones! Pero yo les obligaré á cumplir sus compromisos... solo porque se interesa la moral pública... Yo sobrellevaré en toda su extensión el peso de mi infortunio.

En este momento el filántropo volvió la vista cual si hubiese querido calcular lo que esta dolorosa carga podía aumentar el peso de la que llevaba el mozo, y el académico aprovechó la coyuntura para darle el pésame de costumbre. Después de recitar la oda de Malherbe á Duperrier, acompañándola de varias citas en lenguas muertas (lo que tiene siempre grande autoridad entre los que no conocen más que las vivas), y formando la estadística de todos los males de que se habían librado los cuatro difuntos al morir, vino á deducir de que el único digno de la fortuna era su heredero sobreviviente.

El Sr. Dulce aparentó hallar algún consuelo en esta demostración de su desgracia, y mostróse reconocido á D. Atodo, esperando suavizar sus disgustos, cualesquiera que fuesen, en el noble ejercicio de la beneficencia. El género humano debía servirle de familia; y en lo sucesivo trataba de dedicarse exclusivamente á la propagación de la sociedad de ¡Ayúdate! que el cielo no te ayuda.

Recordó con este motivo el académico que le había dado palabra de inscribirse en la sociedad, y suplicóle que asistiese al día siguiente á la exhibición de sus pupilos.

IX.

Paseos de Sin-Par embellecidos con legumbres mónstruos.—Casa de colocacion matrimonial, con privilegio del gobierno (sin garantía).—Una pastoral aritmética.—Un mónstruo feliz.—Memorias filosóficas del rey Extra.

Hablando de esta suerte llegaron los dos á la puerta de un jardin público adonde acudian en tropel los paseantes; y acompañados de Mauricio entraron en él con el objeto de enseñarle su admirable plantío.

Las plantas de aquel jardin diferian completamente de todas las que el jóven había visto hasta entónces. En las grandes alamedas había sustituido la col coosal á los floridos castaños, las lechugas arbórescentes reemplazaban á los bosquecitos de acacias y de perfumados tilos. Las flores se hallaban sustituidas por las plantas de tabaco, de arroz y de añil.

El Sr. Dulce hizo notar á Mauricio este dichoso cambio.

—Ya lo vé Vd., le dijo, merced á los esfuerzos de los economistas y de los filántropos, el mundo ha cambiado talmente de aspecto, que el mismo Dios tendría trabajo en conocerle. Todo lo que no era mas que un vano adorno para la tierra, ha desaparecido completamente; las legumbres perfeccionadas y engrandecidas forman hoy dia la base de nuestro sistema de plantíos. A vuestras encinas ridículas que no producian mas que bellotas, se ha sustituido la remolachamónstruo; los rosales, de los cuales solo sacaba partido el perfumista, se han reemplazado con el palo de regaliz y los rábanos mejorados. Así está todo á la altura de las necesidades del hombre, mediante que se ha reducido la creacion á las justas proporciones de su estómago.

Mauricio callaba; absorto al principio por las monstruosas plantas, miraba á algunas mujeres que seguian una alameda de alcachofas gigantescas, en cuya entrada se leia:

CALLE DEL MATRIMONIO.

Cada una de las que por allí se dirigian, iba envuelta en una manteleta donde se leian las señas de su casa y la suma de su dote. Aquella avenida terminaba en una vasta rotonda, llena de gente á todas horas; allí se hallaba la grande agencia de matrimonios de Sin-Par, y en ella había constantemente un completo surtido de corazones que deseaban colocacion, con todas las noticias apetecibles sobre su edad, carácter,

fortuna y color de los cabellos. Las paredes estaban cubiertas de anuncios del establecimiento y adornados la mayor parte de grabados esplicativos, cuyo contenido admiró á Mauricio.

El primero, sobre el cual fijó su vista, representaba una inmensa cartera, hinchada de billetes de banco que subian á la suma de tres millones, y debajo se leian estas solas palabras:

UN CABALLERO QUE DESEA CASARSE.

En otro anuncio se hablaba de un señora representada por la espalda con este letrero:

UNA VIUDA

que ha hecho ya la felicidad de cinco esposos,

desearia encontrar la del sexto.

LE LLEVARA EN DOTE MUCHA GRACIA

Y UN CORAZON TIERNO.

Se podrá entrar en trato por medio de correspondencia.

(Franco de porte.)

Algo mas distante se presentaban cuatro perfiles de mujer unidos por un cordón de una bolsa, y debajo decia:

UN PADRE DE FAMILIA,

[QUE TIENE VARIAS RUJAS,

desearia deshacerse de ellas por via de desahogo.

Hay una morena, otra rubia, otra roja y otra mista.

Al casarse recibirá cada una

LA SUMA DE 60,000 FRANCOS.

Observacion importante.—Solo se aceptarán los pretendientes que hayan sido vacanados tres veces.

En tanto que Mauricio iba recorriendo estos curiosos anuncios, llegó al establecimiento una parienta del Sr. Dulce, la cual acababa de arreglar el casamiento de su hijo con la hija de un rico abogado. Estos dos jóvenes se hallaban sentados algo lejos y hablando por lo bajo en uno de los bosquecitos mas solitarios, mientras que las familias fijaban definitivamente la época y

los preparativos de la boda, á cuya discusion fueron llamados el académico y el filántropo. Mauricio, una vez vueltos sus ojos hácia los novios, no le habia sido posible separarlos, é interpretaba todos sus gestos, esplicaba todas sus sonrisas, les comprendia sin oírlos y sin mas trabajo que despertar un recuerdo. Habia pasado tambien las deliciosas horas que preceden á la posesion... Suaves desahogos en los cuales la jóven, tímida todavía, pero ya con alguna confianza, comienza balbuciendo aquel poema encantador, siempre acabado y siempre pronto á repetirse. Ella dice cuándo ha dudado, por qué ha temido, en qué fundó su esperanza... Acaban los tormentos y empiezan los proyectos... Todo un porvenir ideal lleno de ilusiones, quizás de penas pero pasadas en compañía; peligros arrostrados de frente, con las manos enlazadas y los corazones unidos para recibir todos los golpes... ¡Ah! ¿Quién puede olvidar estas primeras ilusiones de la juventud despues de haberlas conocido, si cuando ya se borraron, con solo oír las nombrar nos conmueven, si vemos con la vista de los otros como el ciego sumergido en la sombra de la noche?

Sin advertirlo, Mauricio habia cedido á este deseo, y mientras que los compañeros continuaban su conversacion, se habia ido acercando á los novios, que distraidos en su entrevista no lo advirtieron.

El jóven estaba amorosamente inclinado hácia su futura esposa, la cual cistraida y con la vista baja arrollaba el lazo de su cinturon.

—Sí, decia aquel en voz seductora, si; tú eres el ídolo de mi adolescencia y de mi juventud... mi esperanza no alcanzaba á tanto...

—Y sin embargo... tú podias aspirar á otras muchas, contestaba modestamente la jóven.

—¿Cuál será la que reuna tanto mérito? preguntaba con calor el primero. ¡Un dote de tres millones de pesos!

—A mas algunas esperanzas.

—Lo sé; tú tienes un tio generoso.

—Y un primo hidrópico.

—¿Sin hijos?

—Ni colaterales.

—¿Y de los cuales herederás dentro de poco?

—Están los dos desahuciados.

—¡Ah! ¡tú eres un ángel! exclamó el novio, y cogiendo la mano de la heredera en perspectiva, la besó con entusiasmo.

Mauricio no quiso escuchar mas, y se apresuró á reunirse con su amigo.

Pero apenas acababan de entrar en la última calle, cuando parándose de repente D. Atodo, señaló á su huésped una pareja que iba hácia su encuentro, y se componia de una hermosa jóven y un hombre pequeño, tan asqueroso, que la vista se resistia á mirarle. Pero la desgracia de toda su figura desaparecia, por decirlo así, á la vista de una de aquellas monstruosidades de que los anales de las ciencias ofrecen raros ejemplos. En medio de su frente se elevaba un cuerno que daba á su fisonomia un aspecto grotesco, y á la vez terrible, de modo que al verle Mauricio no pudo contener un grito de horror, mezclado de un sentimiento de lástima.

—No le compadezca Vd., dijo D. Atodo, quien acababa de saludarle; debe á su cuerno el reposo, la fortuna, la gloria; todo, en fin, hasta su esposa, que es la hermosa mujer que le acompaña.

Mauricio dió muestras de asombro.

—El rey Extra, repuso el académico, ha sido por mucho tiempo parecido á los demás hombres, y no puede recordarlo sin asustarse. Por lo demas, Vd. mismo podrá leer las memorias que há publicado al frente de sus obras completas.

—Y esto le será á Vd. tanto mas fácil, por cuanto acabo de comprarlas, dijo el señor Dulce presentando á Mauricio un libro con magníficos grabados.

Abriólo con precipitacion el jóven, y como sus dos acompañantes tuviesen un negocio que arreglar con su banquero, pidiéronles permiso para aguardarles en el bosquecillo de ápios con el que terminaba el paseo.

Además del discurso dirigido á la cámara de los enviados, el libro del rey Extra contenia varios tratados filosóficos, y algunas poesias elegiacas dedicadas por él á las mujeres mas hermosas de las cuatro partes del mundo. Precedia el prefacio biográfico, al cual D. Atodo habia dado el nombre de *memorias*, y cuya lectura empezó desde luego Mauricio.

AL LECTOR :

«El dia 15 de agosto de 1971, el llanto de una mujer resonaba en una de las casas mas humildes del arrabal de los mercaderes de Sin Par. Sofocado este llanto en un principio, mas vivo y mas doloroso despues, fué de repente interrumpido por un grito agudo y claro, un grito de un recién nacido.

«Este recién nacido era yo, aquella mujer mi madre. Yo acababa de nacer, y no me quedaba mas que vivir. ¡Vivir! ¡Cuántas

cosas en esta palabra! ¡Vivir! es decir, aspirar eternamente á lo desconocido, esperar lo imposible, ir en pos de lo infinito, recorrer larga y penosamente mi camino...

»Empecé por echar los dientes. Despues pasé á la escuela, y adelanté á la mayor parte de mis condiscipulos, y cada año me hallaba cubierto de coronas; pero un rival que la fatalidad habia puesto á mi lado, ofuscaba completamente mi gloria; este era Claudio Mirmidon. Apenas tenia tres piés de estatura, pero en cuanto se presentaba, todas las miradas se dirigian hácia él, y admirando la gentileza de su talle, no se cesaba de exaltar su inteligencia. Sobre su pequeña frente el grandor de cada corona parecia doble, y cuando se trataba de mí, que tenia la estatura general, para elogiarme, decian simplemente:

—»Buen muchacho!
»Al salir del colegio, quise obtener un destino en la administracion, y resolvime á pretender todos los dias. Me presentaba á las personas influyentes para que mi vista las recordase lo que yo esperaba; pero ni siquiera era notado, y quedaba confundido con la multitud. Dejose ver Mirmidon al mismo tiempo, y desde el primer momento se tomó interés por su pretension, y al cabo de pocos dias se calzó con el empleo que desde tres años tenia yo pedido.

»Rechazado por el poder, me dirigí á las letras; escribí un glosario usual, en cuyas páginas desarrollé, con el auxilio de los signos alfabeto, una serie de ideas filosóficas, literarias y políticas. Mi libro debia colocarme desde luego en la clase de los publicistas de fama; desgraciadamente todos los librerros se rehusaron á leerlo, pretestando que era mi primera obra. Segun ellos, hubiera sido necesario darme á conocer por la segunda...

—»Si Vd. fuese conocido por algun otro trabajo, me dijo el mas afable; si se le conociese á lo menos como al Sr. Mirmidon, á quien he comprado un tomo de elegias... Todo el mundo querrá saber qué versos compone un hombre tan pequeño, al paso que ninguna curiosidad deberá escitar un libro escrito por un hombre de vuestra estatura. Al oír esto, me retiré desesperado.

»En medio de tantas desgracias, no me queda mas consuelo que el amor que profesaba á una joven parienta, con quien debia casarme. Pensando en este amor, temia que mi rival liliputiense no me privase tambien de esta dicha, porque tambien tenia entrada en casa de Blondineta, á la cual divertia con sus chistes. Se metia en el caño del ca-

lorífero para cantar romances, bailaba la polonesa sobre los barrotes de las sillas, y con los ojos vendados recorría los caminos de un laberinto de cáscaras de huevo. Poco tardé en quejarme de lo pueril de este pasatiempo; pero Blondineta se divertia en estas cosas, y se incomodó de mis advertencias.

»Entonces le eché en cara las familiaridades que se tomaba con ella, y por toda respuesta me dijo que lo pequeño de su estatura no permitia que se le tratase como á cualquier otro. Me enfadé en fin, y declaréle que escogiese entre los dos: entre el enano y yo; contestóme sin titubear que la eleccion estaba hecha, y me abrió la puerta; sofocado de cólera salime inmediatamente.

»Este último lance habia agotado mi valor; cansado de aspirar en vano á la gloria, á los empleos y al amor, me decidí á suicidarme: al efecto compré el veneno necesario, y despues de haberlo bebido, aguardaba tranquilamente como Sócrates la venida de aquel dia que no tiene vispera ni otro dia que le siga.

»Pero yo habia calculado sin contar con mi droguero: el veneno que me habia vendido era adulterado, y solo pudo matarme á medias; un mes entero estuve luchando entre la vida y la muerte, invocando la una en voz alta, y llorando quizás en voz baja la otra.

»No dejó sin embargo de dar algun fruto mi primer ensayo: una multitud de mis amigos que me habian olvidado mientras vivia, tan luego como supieron mi envenenamiento, se apresuraron á visitarme, y me presentaron sucesivamente todos los toxicólogos de Sin-Par. La curacion duró un año entero, hasta que al fin dejé la cama, pero los efectos del veneno habian sido terribles. Se habia obrado en mí una trasformacion completa, y habia quedado... tal como me encuentro ahora.

»Cuando me miré al espejo quedé petrificado; la desesperacion fué mi primer sentimiento, la vergüenza el segundo. Yo mismo me preguntaba cuál seria el abismo bastante profundo y oscuro donde ocultar mi fealdad en lo sucesivo, y me lamentaba amargamente de no haber succumbido.

»Entregado á tal abatimiento, llegó el Sr. Blaguefort, quien iba á verme con la intencion de asegurarse de mi curacion. Examinóme largo rato con una atencion singular, y despues del cual me propuso de repente cien mil escudos por la esplotacion del cuerno de mi frente. Figuróme que trataba de burlarse de mí, y le eché á la calle; pero la misma noche volvió á mi casa, y

ofreciéndome el doble lo eché de nuevo. A pocos días me escribió para ofrecerme ochocientos mil francos, que aumentó en seguida hasta un millón.

«Desde entonces mi dolor empezó á cambiarse en admiración, casi en alegría. Lo que se me habia figurado una vergüenza para mí, se trasformaba en un manantial inesperado de riqueza. Miré de nuevo en el espejo el adorno que figuraba sobre mi frente, y me pareció menos extraño que en un principio. La preocupación habia tenido sin duda una buena parte en mi primera sensación; las primitivas colonias de la América, ¿no habian mirado en otro tiempo como el mas precioso adorno del guerrero las armas de la danta y del bisonte? Y los caballeros de la edad media ¿no adornaban sus cascos con las medias lunas de acero? Y los cuernos luminosos de Moisés ¿no eran el signo distintivo de la potencia sobrehumana? En los pueblos sabios de la Grecia, lo mismo que en las belicosas naciones del Norte, el cuerno fué siempre simbolo de la fuerza y de la abundancia; las chanzas groseras de los siglos barbaros consiguieron relegarle al ridiculo; pero ha llegado el dia de su rehabilitación,

«Después de estos razonamientos y de otros no menos concluyentes, modifiqué hasta tal punto mis ideas, que lejos de quejarme de tener un cuerno, sentia vivamente que no apareciera en mi frente un compañero.

Dos cuernos hubieran ofrecido evidentemente mejor aspecto, mas completo y grandioso, y hubieran valido dos millones...

«Pero tuve que contentarme con la proposición que me habian hecho, y mi exhibición tuvo un éxito prodigioso. Se acudia de todas partes para ver el rey Extra (así me habia bautizado Blaguefort), y los mas altos personajes de la república me recibian en sus tertulias; llegué á ser la diversión á la moda; todos querian oirme y hablarme, y el monstruo consiguió que se le llegara á conocer al hombre de talento. Algunas señoras amables me escribieron por curiosidad, y yo las contesté con versos galantes, que fueron bien acogidos, y desde entonces se suscitaba á perfia el deseo de obtenerlo. Todas las mañanas se veia mi despacho lleno de albums, en los cuales era preciso escribir, y de cartas á que me era preciso contestar. Escribia y contestaba sin detenerme un momento, lo que me dió desde luego una reputación universal. Todas las mujeres que poseian un madrigal mio no cesaban de hablar de mis conocimientos, de lo profundo de mis jui-

cios, de la fecundidad de mi imaginación. Los antiguos libreros que habian desechado mi manuscrito filosófico, acudieron á mi casa para comprarme mis madrigales.

«Su publicación fué un verdadero acontecimiento; hasta el mismo sultán de las críticas se dignó hacer que resonasen en favor mio todos los timbales del folletin. Después de analizar estensamente mi libro, sin hablar de él, exclamó:

«Al fin hemos encontrado un segundo hombre dotado de estilo, ¡pero qué estilo! ¡oh! ¡qué forma tan hermosa la cornuda para nosotros, jóvenes escritores, que somos tan amigos de atrevidos ataques! El dichoso y encantador monstruo del génio, cuyo génio mismo es una monstruosidad...

Esta aprobación importante indujo al gobierno á sacar utilidad de mis superiores conocimientos. Me habia ocupado de literatura y bellas artes, y por esta razon me destinaron á una yeguada, con el empleo de gran conservador de los caballos padres de la república.

«Este distinguido cargo me colocó en una posición social, de la cual saqué partido para introducirme en las asambleas políticas, sociedades de templanza y clubs filantrópicos. Cuando tomaba yo la palabra, la multitud acudia, y mi cuerno recomendaba mi elocuencia.

«Llegó en fin el dia de las elecciones. El distrito de los drogueros se habia distinguido siempre en la elección de sus diputados para la asamblea nacional, pues habia enviado á ella uno en pos de otro el gigante Pelion, quien al retirarse un dia se llevó áuestas la tribuna; el mimico Cottorin, imitador hábil de todas las voces, y diestro remedador de todas las fisonomias; el prestidigitador Soplillo, en fin, que arreglaba las mayorías sacando de la urna con disimulo las bolas del escrutinio. El candidato sucesor de tales hombres necesitaba tambien poseer alguna circunstancia notable y extraordinaria, pues el honor del distrito electoral tenia vivo interés en ello. Se pronunció mi nombre, que fué desde luego aclamado por unanimidad, y héme aquí representante de los drogueros en la asamblea nacional de los Intereses-Unidos.

«Pero ni fueron estos solos mis progresos; los que hacia por otro lado eran menos ruidosos, pero en cambio mas agradables. La curiosidad de las mujeres no habia disminuido; después de haberse cerciorado de mi modo de escribir; las mas amigas de aventuras quisieron probar si sabia amar. El monstruo es tan raro como el Antinoo y valia la pena de hacer la prueba: así es que

las desventajas que tuve en estos negocios fueron muy pocas, y mi reputacion fué siguiendo en aumento.

«A pesar de conquistas tan fáciles, no me era sin embargo dado olvidar á mi prima Blondineta. Era la única mujer que me habia despreciado y humillado, y la única, por consiguiente, cuyo recuerdo debia ser indeleble para mí, pues ya se sabe que en el amor hay algo de contradictorio siempre.

«Mi prima misma sentia la imprudencia de aquel rompimiento; mi posición era entonces demasiado ventajosa para que considerara ya á Mirmidon como un rival terrible; por esta razón me presenté con valor, se me recibió con emoción, y á los pocos días Blondineta se habia acostumbrado completamente á mi nueva forma. A medida que le iba haciendo relación de mis rentas, mis piernas le parecían mas derechas y mi cuerno menos protuberante. Al llegar al millon primero ya me creia de presencia regular, al segundo millon fui encantador.

«Celebróse nuestra boda con toda la pompa que semejante suceso exigia, y el mismo arzobispo de Sin-Par no se desdenó de casarnos. Desde entonces mi felicidad no ha sufrido interrupción ni cambio alguno y la constancia de la buena fortuna ha trocado el nombre de *rey Extra* en el de *monstruo dichoso*.

«En cuanto á los lectores que desearan saber por qué he puesto al frente de esta obra la larga historia de mi vida, les contestaré que ha sido con objeto de dar una lección á todos, que puede resumirse en los términos siguientes: la buena suerte de cualquiera depende mas de lo que aparenta que de lo que realmente es, y la primera condición para conseguirla no consiste en *hacer*, sino en publicar lo que se hace. Para esto, el génio puede ser útil, servir á veces el ridículo, con frecuencia basta un vicio, pero nada equivale á una monstruosidad.»

X.

Un envenenador culto.—Audiencia de Sin-Par.

—Derrotero de la probidad legal.—Procedimientos fabriles para la elocuencia de los abogados.—Tarifa de los siete pecados capitales.—El viejo mendigo y su perro.

Mauricio acababa su lectura cuando su amigo y el señor Dulce salieron de casa del banquero. El filántropo les dijo que se veia precisado á dejarles para ir á la audiencia.

—¿Hay algun informe interesante? preguntó D. Atodo.

—¡Cómo! exclamó el señor Dulce; ¿y Vd. no sabe que pasado mañana es la vista de la causa sobre aquel famoso envenenamiento...

—¿Del doctor Papaver?

—Justamente. El acusado ha prodigado las esquelas de convite y se ha olvidado de mí. ¿Lo comprenden Vds.? ¿Olvidarse de mí, siendo como soy un antiguo colega!... ¿Habiendo sido juntos vicepresidentes de la *Sociedad humana*! Pero debo reclamar, y con mas motivo, cuanto que muchas señoras que saben que soy amigo del doctor me han pedido papeletas. Se cree que el acto será magnifico; habrá seiscientos testigos y sesenta abogados... El presidente ha tomado la providencia de que durante el debate se distribuirán limonadas y algunas tortitas; en los intermedios se podrá almorzar en mesa redonda.

—¿Y este doctor Papaver, preguntó Mauricio, está acusado como envenenador?

—De toda una familia, contestó el filántropo; á siete personas cuyos restos perfectamente conservados se espondrán al público. Se ensayarán los efectos del veneno en los mismos testigos, y se leerá tambien una carta que compromete á una señora distinguida: en fin, la hija del doctor, que solo tiene seis años, declarará tambien contra su padre. Será la causa mas interesante de cuantas se han visto hace diez años. Por esta razón los billetes de entrada se venden ya á ochocientos reales.

D. Atodo indicó que queria tomar tambien billetes, y acompañó al filántropo á la audiencia. La puerta de entrada se hallaba decorada con la estatua colosal de la Justicia: tenia los ojos tapados con una venda, á fin de que nadie pudiese dudar de su lucidez: en su mano izquierda tenia una balanza, y en la derecha una espada, como para espresar que se ocupaba menos en pensar bien que en pegar fuerte. En el remate del frontispicio se habian grabado estas palabras:

LA ADMINISTRACION DE JUSTICIA ES GRATUITA.

Y debajo se hallaban puestas las tarifas de los diferentes actos, sin las cuales no podia entablarse pleito. Tanto por el registro, tanto al escribano, tanto por el sello, tanto á los peritos, tanto al procurador, tanto al abogado... El todo ascendia á una suma que solo permitia á los ricos el que hiciesen valer sus derechos.

Felizmente los pobres encontraban en cambio la máxima siguiente, impresa encima de cada puerta:

TODOS LOS CIUDADANOS SON IGUALES ANTE

LA LEY.

Mauricio pasó primero á una sala, donde un tasador de pleitos revisaba y media las cuentas de los abogados. La longitud de cada uno debía figurarse con anticipación; así para los negocios sumarios ó breves treinta varas, para los graves ciento, para los mas complicados dos mil. Los letrados habian discurrido un medio muy sencillo para llenar las páginas de sus escritos, y consistia en poner á continuación de cada palabra todas las demás que podian tener alguna relacion con su significado; de este modo una sola frase les permitia dar un repaso á una buena parte del diccionario. Si se les ofrecia citar, por ejemplo, un testigo por el término de ocho dias, escribian regularmente:

«A consecuencia de las razones arriba espuestas y de todas las demás que puedan haberse manifestado en otra parte, ó que creyéramos oportuno emitir mas adelante;

«Con todas las que en contrario puede indicar la razon, tanto implícita como esplicitamente;

«Hemos llamado, citado, emplazado y notificado en los términos acostumbrados y designados, así por el uso como por la costumbre, tanto por los decretos como por las reales órdenes y las leyes, al Sr. D...

«Para que se presente y comparezca, sin oponer objecion de ningun género, ni recusacion de ninguna especie, ni excusa que valer pudicra;

«Con el fin de responder sincera, libre, clara, categórica y espontáneamente, ya sea sobre lo que pueda saber por si propio relativamente al negocio, ya sea sobre aquello de que tenga conocimiento por haberlo oído decir á otra persona, ya sea sobre lo que él haya juzgado, auxiliado por la comparación ó racionio;

«Cuyos señalamiento y notificacion se le hacen por el plazo de ocho dias, es decir, por el octavo á contar desde el presente, ó en otros términos, y á fin de no dar lugar á duda alguna, ni á falsa interpretacion, para el... de febrero del año...

«Cuyo dia queda exacta y debidamente fijado, salvo error en la fecha ó en el cómputo de los dias.»

Esta ingeniosa amplificación se hallaba escrita en papel sellado, en caracteres de cuatro líneas y bien distantes los renglones. Y todo con el objeto de mejor ilustrar al tribunal... y de aumentar la suma de costas...

En tanto que D. Atodo y el filántropo se

dirigian al despacho para obtener los billetes deseados, Mauricio entró en la sala de los pasos perdidos. donde halló una multitud de abogados entretenidos en varias ocupaciones. Veianse en primer lugar los pasantes en abogacia rodeados de maestros ancianos, que tenian á su cargo la enseñanza de los límites rigurosos de la ley, cuya esplicacion se habia hecho fácil por medio de un inmenso cuadro sinóptico. que contenia la legislacion entera de los Intereses-Unidos.

Algunas líneas coloradas, semejantes á las que en nuestras cartas geográficas señalan las conquistas de Alejandro ó la invasion de los bárbaros, indicaban la marcha de la probidad. Se veian figurados además los atajos, á merced de los cuales se tergiversaban los artículos mas formidables, los desfiladeros que no estaban bien guardados permitian eludir las diligencias de la causa, las gargantas poco frecuentadas donde podia esperarse un adversario, y asesinarlo legalmente.

En otra carta se regulaba el honor del abogado por orden numérico. Allí se le esplicaba cómo podia injuriar y á qué personas; cuándo podia mentir y á favor de quién; qué precio debía señalar á su animacion en la defensa; cuál correspondia á la irritabilidad; qué era mas elevado y cuándo convenia al enternecimiento, que solo debía tener lugar en el caso de mediar una gran suma...

Seguian mas abajo las fórmulas de defensa. Se ofrecia un caso de medicina legal, se hablaba de la incertidumbre de las ciencias... Se trataba de defender á un ladrón, se le pintaba como una victima de la policia... Se queria salvar á un asesón, se le hacia pasar por loco...

Los movimientos de elocuencia eran invariables. Si la causa exigia uncion, se esclamaba:

«Señores, nada tiene que temer mi cliente, pues ha entrado en este recinto rodeado de su inocencia como de una aureola...

(Un movimiento hácia la cabeza del acusado, quien creia que se hablaba de su gorro y se descubria).

«Ha venido al santuario de la ley custodiado de la humanidad y la justicia.

(La mano del abogado señalaba los dos gendarmes que estaban colocados en la puerta.)

«Mi defendido tiene, en fin, á su frente la cruz del Dios de verdad que murió por salvar á todos los hombres.»

(El regente se inclinaba con veneracion).

¿Se requería algo de dramático?

«Si, mi defendido puede arrostrar todas las pruebas... Si es cierto que su mano haya herido, que se levante el difunto para acusarlo...»

(Un momento de pausa... El difunto no parece).

«Que se levante y que grite:—Este es mi asesino.»

(El abogado se sienta, y las niñeras se miran y quedan convencidas de la inocencia del acusado).

¿Se necesita audacia?

«Si á pesar de tantas pruebas, la calumnia y el odio insistieren en perseguir á mi cliente, no haria ya mas resistencia; confiado en el fallo de la posteridad, ofreceria tranquilamente su cabeza á sus enemigos.»

(Los escolares del auditorio daban muestras de aprobacion).

¿Se deseaba, en fin, algo de patético?

«Despues de haber convencido vuestro entendimiento, señores, réstame conmover vuestro carazon; acordáos del padre del acusado, de aquel noble anciano cuyas canas no querreis manchar.»

(Todos los jueces calvos se enternecian).

«De su madre que ha velado tanto tiempo al lado de su cuna...»

(Los padres de familia se sonaban las narices).

Y de sus hijos sobre todo, de esas criaturas inocentes, á quienes quedará en todo caso por único patrimonio la infamia...»

(Emocion general; las portereras que se hallan en el auditorio prorumpen en aplausos).

Despues de los abogados novicios ocupados en recibir esta instruccion, seguian los otros cuya reputacion se hallaba ya formada y cuya fortuna estaba en visperas de llegar á su colmo; se les veia hablar continuamente, disputar hasta en la misma conversacion, mezclarse en todo, hacerse necesarios por todas partes, pero sin utilidad en ninguna de ellas. Los jefes de escuadron eran los viejos prácticos colmados de destinos, honores y riquezas, especie de buitres cuyas garras cansadas no podian dar abasto á las presas que se les ofrecian, y que antes de dignarse concluir con el metálico del litigante le obligaban á hacer su antecala.

Mezclados entre estos grupos los procuradores, iban de uno á otro como abastecedores destinados á proveerlos de alimento, y seguian á su lado los porteros de estrados, gusanos subalternos, quienes se co-

mian las migajas dejadas por los que los precedian.

Mauricio se paseó largo rato por en medio de aquella multitud alegre y siniestra que vivian á costa de desórdenes y crímenes de otros, como viven de calenturas y úlceras los médicos; tristes doctores del alma, siempre con el dedo en alguna llaga moral, y sostenidos por los desgraciados ó por los malvados.

Insensiblemente se habia ido acercando á una sala en que se administraba justicia; las paredes se hallaban cubiertas de extractos de los artículos del Código, con objeto de designar las penas impuestas por cada falta. Allí era donde podia estudiarse la tarifa de la consumacion de los malos instintos: los siete pecados capitales tenian señalados en números el tiempo de duracion de la pena, del mismo modo que se ponen los precios á los géneros de un almacén de modas.

La imagen de Jesucristo tristemente inclinada aparecia en medio de aquellas sentencias legales; cerca del costado cuya sangre habia brotado en beneficio de la humanidad, se leia:

LOS ACUSADOS DEMASIADO POBRES PARA PRESENTAR CAUCION, SERÁN ENCARCELADOS.

Y debajo de aquella boca que habia proclamado la fraternidad humana y la obligacion de socorrer á nuestros semejantes, se habian estampado las palabras siguientes:

EL HOMBRE SOLO DEBE LOS ALIMENTOS Á LOS ASCENDIENTES Y DESCENDIENTES HASTA LA SEGUNDA GENERACION.

Los asientos de los jueces eran camas de descanso, con hermosos almohadones cuya pluma estaba á cargo de los acusados, quienes sabian que serian juzgados con tanta mayor suavidad, cuanto mayor fuese la comodidad de los jueces. El regente, al contrario, se hallaba sentado en un sillón cuyos ángulos agudos escitaban en él una inquietud é irritacion, que escitaba su humor atrabiliario. Tocante á los abogados, se habia suspendido delante de su banco una tarifa de derechos cuya vista les alentaba extraordinariamente.

Cuando entró Mauricio, el banquillo de los reos estaba ocupado por un labrador anciano, á quien el peso de los años habia encorvado. Sus cabellos blancos caian sobre un capisayo de algodón lleno de girones. Con la barba apoyada en las manos, que estaban fijadas en un bastón de caña, y con

los labios entreabiertos por la vaga sonrisa de los ancianos, tenía fijos los ojos en un perro echado á sus piés, el cual con la cabeza medio levantada le contemplaba al mismo tiempo que meneaba ligeramente la cola. Se verificaba evidentemente entre los dos uno de aquellos éxtasis de amistad y recuerdo que para renovarse solo necesitan la mirada y la sonrisa. El anciano dueño y el viejo servidor se comprendían; y esta intimidad formaba precisamente el objeto de los debates.

Demasiado débil y viejo para procurarse la subsistencia por medio del trabajo, el Labrador había apelado á la caridad legal. Después de cincuenta años de fatigas, de probidad y paciencia, la sociedad hubiera podido dejarle morir en el borde de algun ribazo, como una bestia de carga inútil para el servicio; pero la filantropía había abierto uno de esos asilos en donde se concede, á los que se han inutilizado para el trabajo, la paja y el pan negro, necesarios para aguardar la muerte.

Desgraciadamente el anciano había tratado de partir su infortunio con su perro, y la administracion se había opuesto á ello: le quisieron separar de su compañero; se opuso; y esta resistencia era la causa por qué le habían conducido ante los jueces.

El fiscal del tribunal tomó la palabra en nombre de la administracion: empezó por hacer una reseña de los servicios que había prestado la *Sociedad humana*, á la cual tenía el honor de pertenecer. Después de haber indicado el número de esta clase de asilos, que aumentaba rápidamente como incontestable indicio de la prosperidad nacional, con una completa satisfaccion anunció que el gasto ocasionado por sus pensionistas acababa de reducirse á la mitad, merced á un medio tan sencillo como ingenioso. Había bastado cercenarles una parte de su alimento, sustituir el gergon á los colchones, y reemplazar la tela de algodón con la lona... Pero estas mejoras se hacian inútiles, si se hallaban combatidas por la prodigalidad de algunos privilegiados... Y sirviéndose de esta transicion para llegar al perro del Labrador, acabó por decir que aquel animal era un escándalo humanitario... Calculó lo que podía consumir en huesos roídos, en escudillas, lamidas y vino á deducir por resultado, que el todo hubiera sido suficiente para sostener las tres quintas partes de un mendigo.

Viendo que este argumento había llamado la atencion de los jueces, sostuvo en seguida que toda vez que la administracion se había hecho cargo de la tutela del an-

ciano, también tenía un indisputable derecho de vender el perro; que esto no sería mas que una débil compensacion de tantos sacrificios, un ejemplo indispensable para la moralidad y dignidad humanas. Acabó, en fin, por rogar al tribunal que no fomentase en las clases pobres el punible lujo de un compañero inútil, y que le acostumbrase á comer solo la sopa económica del asilo, sazónada por la simpatía de los filántropos sus bienhechores.

Concluida aquella arenga, que los magistrados habían escuchado con marcadas muestras de asentimiento, el presidente invitó al anciano á que dijese algo en su defensa; pero este aparentó que no le había oído, y no contestó palabra alguna. Fijos sus ojos en el antiguo amigo que descansaba á sus piés, parecía estar embebido en una contemplacion melancólica. El perro comprendió sin duda la emocion de aquel silencio, pues se levantó lentamente, miró de mas cerca á su dueño, y exhaló uno de los suspiros lastimeros que conmueven.

El Labrador bajó su arrugada mano, y poniéndola sobre la cabeza del animal:

—Ya lo has oído, le dijo con una tierna tristeza y sin mirar á los jueces; ya lo has oído: ¿no es cierto? Es preciso que nos separemos. El gasto de tu comida arruinaría la república. ¿Y qué razon alegaría yo para detenerte? ¿diría que hace quince años que comes mi pan, que bebes de la misma agua, que disfrutas de mi proteccion? ¿que estoy habituado á escuchar á mis piés el resuello de tu aliento? ¿que eres el último sobreviviente que tiene necesidad de mí y que me ama? Lo que solo sirve para amarnos, es inútil, amigo; lo acabas de oír. ¡Ah! si viviésemos los dos en país bárbaro, andaría contigo vagando por los campos; me pararía á las puertas de las chozas, y viendo mis canas, los hombres se descubrirían, los niños te acariciarían y las mujeres nos darían el pan y la sal... Beberíamos los dos en las fuentes cristalinas, nos daríamos calor mutuamente, dormiríamos á la sombra de las peñas, caminaríamos pisando las florecillas de los caminos, aspirando el perfume de los bosques, y acompañados del cántico de las aves, del murmullo de los manantiales... pero nos hallamos en un país civilizado, y tenemos obstruidos todos los caminos; aquí está prohibido acariciar á los dichosos, y dormir bajo techado es un crimen. Con las trabas de la libertad se nos han quitado todos los beneficios de la compasion, y la bondad de los hombres nos ha abierto una cárcel, donde se da á cada uno por medida el pan, el aire y la luz. Para tí solamente,

amigo mio, para ti no hay asilo; se puede comer y dormir; pero amarse para que ser- ganta y el estómago una cosa que se llama corazon? Vaya, amigo, deseaba conservarte



Milord Cant, rey de los elegantes en el año 3000.

viria? ¿seria posible estampar en los reglamentos que el hombre tenga entre la gar- á mi lado para ver que todavia me quedaba algo; pero ya te se ha dicho: el reglamento y contandis los por los hasta el mismo año

no habla de los perros. ¡Búscate un nuevo amo, y ojalá te haga olvidar el antiguo!

Cuando acabó de pronunciar estas palabras el anciano, cogió la cabeza del perro entre sus manos trémulas, la levantó hasta la altura de su pecho, apoyó sus labios en ella, y quedó inmóvil por algunos momentos.

Cuando se levantó se vieron rodar algunas lágrimas por entre las arrugas que surcaban sus mejillas. Mauricio no pudo contener una exclamación de enternecimiento:

—¡Ah! dejadle su perro para que ejercite la amistad, gritó involuntariamente.

Pero los jueces habían deliberado durante esta muda despedida del anciano, y la sentencia de separación acababa de ser pronunciada.

XI.

Casa de los trapistas.—Moralización de los condenados por medio del idiotismo, primera diatriba de Mauricio.—Los Pentagrueñistas, ventajas de la profesión de criminal; segunda diatriba de Mauricio.—El Sr. Dulce nada contesta y se queda con su opinión.

Al salir de allí Mauricio se encontró con D. Filadelfo el Dulce que le iba buscando, pues se había acordado que aquella era la hora de su visita a las cárceles, y quería que nuestro joven las visitara. La casa de detención de Sin-Par, construida detrás de la Audiencia, se componía de dos establecimientos distintos, sujetos a sistemas contrarios.

El primero en que entró el Sr. Dulce se llamaba *Casa de los Trapistas*, y la tristeza de su aspecto justificaba completamente su nombre. No se veía en ella ventana alguna por la parte exterior, y únicamente se hallaban iluminadas por las aberturas que daban a los patios. El pavimento de madera que le rodeaba impedía que hiciera eco cualquiera ruido, y lo sumía por decirlo así en un silencio siniestro. Hasta la misma puerta de entrada giraba sin ruido sobre sus goznes de hierro pulimentado, y los tapices forrados de los corredores sofocaban el sonido de los pasos. Las paredes estaban acolchadas de modo que interceptaban todos los sonidos; en cada puerta había una triple estera y una inscripción que aparecía a cada vuelta para advertir a los que recorrían aquellos lugares que hablaban en voz baja.

No se había economizado menos la luz que el ruido; no se veía más que un resplandor crepuscular que agrandaba las formas y confundía los perfiles. Hasta el mismo aire

en fin, llegaba imperceptible sin fuerza ni murmullo.

A medida que Mauricio se internaba en aquellos largos pasillos silenciosos y sombríos, se sentía dominado por una indisposición que iba en aumento; aquella atmósfera no interrumpida por ningún ruido ni por luz alguna, le oprimía; hielo circulaba por sus venas, y a pesar suyo hubo de estremecerse.

—Esta calma espanta, dijo medio azorado; parece que estamos en un sepulcro.

—Y no obstante, replicó el Sr. Dulce, os encontráis en medio de diez mil encarcelados; mirad.

Al decir esto descorrió una cortina, y Mauricio se halló en el interior de una linterna cerrada con cristales y situada en el centro de un inmenso círculo de celdas donde estaban encerrados los sentenciados. Al ver estas líneas de celdillas sobrepuestas, girando como una espiral gigantesca hasta perderse en las armaduras del edificio, se hubiera dicho que aquello era el infierno de Dante puesto boca arriba. Ni un solo quejido se oía, ni un suspiro, ni una oración; un silencio sepulcral dominaba en aquella estraña colmena de piedra. Cada encarcelado, en su enrejado alveolo se movía sin hacer ruido, como un muerto a quien el galvanismo levantase de su tumba. Todos tenían el rostro pálido, los movimientos inquietos, la mirada idiota ó uraña. Mudos y melancólicos daban movimiento a los brazos de las máquinas, sin conocer siquiera su acción. La disposición de las celdillas era tal, que cada prisionero no podía saber lo que pasaba a su alrededor pues hasta los guardas eran para él invisibles. Sujeto a una vigilancia misteriosa, el detenido sabía que se le veía incesantemente sin que él pudiese ver a su vez.

El Sr. Dulce explicó a Mauricio todos los beneficios de aquel sistema perfeccionado de *confinamiento solitario*.

—Por este medio, dijo, doblegamos las naturalezas más enérgicas. Colocado el cautivo entre la oscuridad y el silencio, opone al principio alguna resistencia; pero son vanos sus esfuerzos; el fastidio, a la manera de una agua subterránea y encharcada, destruye insensiblemente su voluntad. Siéntete que sus músculos se aflojan, que su sangre se enfria, la inmovilidad de todo lo que le rodea viene a comunicarse a toda su existencia.

El vacío que le rodea le espanta; mira y no ve más que las paredes de su cárcel; llama y solo oye su propia voz. Hay algunos que no pueden resistir a esta prueba y

se vuelven locos, pero son en corto número; la mayor parte se adormecen en una especie de embrutecimiento. Convencidos de que sus menores acciones serán espiadas, habiendo perdido su propio pensamiento renuncian al movimiento. No tienen mas conciencia que el reglamento, ni mas deseos que la cosumbre; olvidan hasta su idioma, y al cabo de poco tiempo no son mas que animales domesticos que obedecen por instinto los preceptos del establecimiento. Se han borrado sus recuerdos, apagado sus pasiones, cortado de raíz sus esperanzas; desde entonces aquellos entendimientos quedan como una tabla rasa, y nuestro objeto que la cumplido. Transformados en idiotas, merced á nuestros desvelos, no les queda mas que ser instruidos y moralizados.

—¡Dios mio! ya lo veo, dijo Mauricio; haber hecho á favor de los hombres lo que la Castellana de Valencia quiso hacer un dia por su hijo. Esta santa mujer habia quedado viuda con un solo hijo y por el cual hubiera cedido hasta su parte de Paraiso; pero el niño, cuya sangre hervia en las venas, se escapaba con frecuencia del castillo, no resonaban mas que las campanas y las oraciones, y se iba á gozar de los encantos de la vida. Fué tomando insensiblemente tanta aficion al mal, que su única tristeza provenia de no poder entregarse con demasiado ardor al vicio. Conocia los tres grandes carros que arrastran el género humano á los abismos, tirado el primero por el orgullo, el segundo por la concupiscencia, y por la pereza el tercero, y se habia sentado sucesivamente en cada uno de ellos, sin tomarse el trabajo de echar una mirada al carro del arrepentimiento que una cabalgadura ceca conducia detras y á lo lejos. Viendo la santa Castellana que era segura la pérdida de su hijo, invocó llorando al arcángel San Miguel, patron especial de su familia, y le pidió que intercediese por la salvacion del jóven, aunque fuese á costa de su vida. El arcángel se sintió conmovido y presentándose á la santa mujer, la dijo:

—Animáos; todavía puede salvarse vuestro hijo; Jesucristo ha contado sus dias, y ya no debe pasar en la tierra mas que trescientos; procurad que no peque en este tiempo, y todas las faltas pasadas le serán perdonadas. Cuando llegue la hora indicada, yo mismo vendré á buscar su alma para llevármela al cielo.

Esta revelacion ocasionó una grande alegría á la Castellana, pues su hijo podia aspirar todavía al honor de los elegidos. Semejante idea contriñia á que mirase casi sin pena una muerte cercana, pudiendo las

esperanzas de la cristiana servir de consuelo á las lágrimas de la madre.

Pero para merecer esta recompensa era preciso que el pecador terminase sus ofensas contra la ley de Dios, y esto era lo mas difícil; la Castellana habia ya empleado inútilmente las súplicas, y aun las oraciones de la iglesia no habia sido mas poderosas. Se acordó entonces de un doctor árabe, cuyos encantos ejercian, segun se decia, una fuerza sobrenatural en todas las voluntades, y se dirigió á su habitacion para explicarle su deseo.

Despues de haberla escuchado, el doctor pidió que se le acompañase donde se hallaba el hijo entregado todavía al sueño, y comenzó los poderosos conjuros que debian librarle de sus pasiones. Tocóle primero los costados, y la Castellana vió salir de ellos una nube de génios de semblante violento ó atrevido, y era la fuerza, la cólera, la audacia, el valor y la astucia. Despues le puso las manos en la frente, y salió de ella la imaginacion revestida con los colores del arco iris, el raciocinio armado con la espada de dos filos, y la memoria que llevaba en la mano la cadena de oro que enlaza el presente con el pasado. Por último, le tocó el corazon, que al momento se entreabrió para dar salida á los deseos ardientes, los amores inscontantes, las ilusiones, tropa loca y encantadora que desaparece con un grito lastimero.

Cuando despertó el jóven, se hallaba completamente transformado; habian desaparecido todas las ideas que su madre habia combatido sin descanso, y todas las inclinaciones que tantos pesares la habian ocasionado; la voluntad del hijo era la suya, sus inclinaciones las que ella le inspiraba. Aquel espiritu se habia hecho semejante á la barquilla que va donde la lleva la ola, donde empuja el viento, donde la mano la conduce. Deseaba caminar la madre, el hijo caminaba; queria orar, y oraba tambien. En vano pasaban por su lado las tentaciones, pues las cedia el paso como cosas desconocidas, á que no se dedica ni una mirada ni un saludo.

De este modo trascurrieron los trescientos dias en una especie de sonambulismo para el hijo, y cuando la Castellana divisó al arcángel Miguel, exclamó:

—La condicion impuesta se ha cumplido; mi hijo ha conquistado su puesto en el cielo: venid, pues, Señor, y sin mas tardanza lleváos su alma. Pero el arcángel movió tristemente la cabeza, y dijo:

—¡Pobre madre! El alma de vuestro hijo ya no existe; nadie quita las piedras que

sostienen un edificio sin que este no se venga abajo. Lo que el doctor árabe ha quitado á vuestro hijo era lo que constituía su alma entera, y esta ha sido entregada á Satanás; el cuerpo es lo único que le queda.

Esta leyenda es la verdadera historia de los que han discurrido esta prision. Bajo pretexto de redimir al culpable, Vds. le han trasegado fraudulentamente su alma... ¿Desde cuándo ha de depender el mejoramiento del hombre de la destruccion de sus instintos? Si esos desgraciados han delinquido, es porque en ellos la sociabilidad no estaba bastante desarrollada, y les condenais á la soledad; porque las buenas pasiones eran mas débiles que las malas, y Vds. las ahogan todas indiferentemente; es porque su razon no habia madurado lo bastante con el calor de la esperiencia, y la sujetais á la inaccion... En los primeros siglos, cortando con el hierro los miembros de un enemigo, se le reducía á la impotencia: pero habeis perfeccionado admirablemente este recurso, pues con el fastidio cortais hoy dia los músculos del alma, creyendo que quedan curados, porque su enervacion les quita el movimiento. Pero despues de semejante curacion ¿de qué servirán? ¿Qué utilidad podrá sacarse de unos hombres que han perdido su personalidad, que ya no saben querer, que se hallan reducidos al estado de animales domésticos que viven bajo la férula de su dueño? En vez de los ignorantes, y quizás de los culpables que antes teniais, solo os quedan ahora locos, idiotas ó hipócritas.

Tal vez se podría apaciguar la primera efervescencia de un corazon rebelde por medio de la soledad, pues debia considerarse esta como un chorro de agua helada que sustituye la calma al furioso; pero convertido en régimen lo que no debia pasar de un remedio, han imitado aquellas madres inglesas que hartan de ópio á sus hijos para que no les incomoden con sus lloros; y no se diga que se ha hecho todo esto por interés de los criminales, por su rehabilitacion. Respetando en el hombre las potencias exteriores que forman su vida, la tarea era difícil; preciso era disciplinar unos espíritus sin regla, amansar unos corazones endurecidos, restablecer el orden, en fin, en un interior desconcertado. Se ha adoptado con preferencia el medio de construir un sepúlcro, tapiando sus puertas. En nuestro tiempo se encadenaban los cuerpos dejando libres las almas; pero segun vuestros principios, el remedio empleado era brutal. —¿Para qué servian, decis, aquellas cadenas, cuyo ruido molestaba los oídos? Li-

brad de ellas el cuerpo, y matad suavemente el alma; nadie percibirá el sistema de curacion, y el cuerpo quedará inmóvil tan luego como el alma haya desaparecido. ¡Oh fariseos que simulais ignorar que no hay regeneracion en el embrutecimiento! ¡Hombres de mala fé que no sabeis lo que pueden obtener de los criminales el amor y la paciencia! Buscad el corazon mas duro, herid en el punto conveniente, y brotará de él un manantial vivo. Mientras vive el hombre, en tanto que ama algo de la creacion, Dios no le ha abandonado completamente, y su alma no está perdida para siempre.

D. Filadelfio el Dulce habia aprovechado aquella larga improvisacion de Mauricio para recitar á D. Atodo su memoria anual, reducida á probar los excelentes resultados que se obtienen por el sistema celular, y para escribir con lápiz algunas apuntaciones sobre la necesidad de suprimir los números de los cuartos que podían aun distraer la atencion de los sentenciados. As que hubo concluido su tarea, levantó la cabeza y miró al jóven con aquella vaga sonrisa de los que pretenden haber oido sin escuchar.

—¡Ah! perfectamente, dijo; veo que habeis estudiado la materia... Pero hoy dia hay dos sistemas que tienen divididos los ánimos y los presos. Hemos visto la casa de los *Tropistas*; ahora nos queda que ver la de los *Pentagruelistas*. Adelantáos y entrad en la puerta de la izquierda, y nos encontraremos allí á la hora precisamente de comer los presos.

Siguiendo Mauricio las señas dadas, se entró en un gran patio que atravesó sin detenerse, hasta poner el pié en las gradas de un edificio, precedido de un pórtico de mármol y rodeado de paseos y surtidores; era la segunda prision de Sin-Par, fundada recientemente para los malvados tenidos por incorregibles.

Allí no se oian mas que músicas, cantos y risotadas; la primera sala era un locutorio, donde recibian sus visitas los sentenciados, y á la cual acudian las señoras principales, atraidas por el desco de conversar con los malvados de profesion, ó de hacerles escribir algo en su album; allí se veian varios artistas ocupados en retratar los mas célebres criminales, y diferentes literatos entretenidos en redactar para la instruccion del público las intimas memorias de los falsarios y de los asesinos. Los presos hacian los honores de la casa con la soberbia cortesía de gentes que comprenden su importancia.

Al lado del locutorio se hallaba la sala de conciertos, en la cual se oian las can-

ciones de Alemania, con acompañamiento de clarinete y de gaitas organizadas. Venía á continuación el salón de fumar, y los parroquianos tendidos en divanes de terciopelo fumaban el correspondiente puro; el billar, provisto de tacos perfectos, y la galería de consumo, donde á cada hora se servían á los habitantes de aquella mansion los sorbetes, el vino rancio, ó los ponches á la romana.

Por la noche habia comedia, en seguida baile de máscaras sin guardias municipales.

Los visitantes encontraron los *Pentagruevistas* en la mesa, como lo habia anunciado el señor Dulce; se les servían tres clases de platos, volateria y legumbres, con los postres, el café y varias copas.

—Ya lo ve Vd., dijo sonriéndose el filántropo; el sistema de moralizacion es aqui enteramente inverso. Allá bajo quitando al culpable lo necesario, lo mejoramos; aqui logramos el mismo objeto, prodigándole lo superfluo. Cada metodo tiene sus ventajas, y en ambos se obtienen resultados igualmente satisfactorios. En los *Trapistas* alcanzamos la sumision, debilitando el hombre, y en los *Pentagruevistas* saciándole. Los primeros pierden la energía necesaria para sustraerse á la cautividad, los últimos están ligados á ella por los vinculos del placer. No se sabe hasta ahora que haya habido un solo *Pentagruevista* que haya intentado fugarse, y la mayor parte salen de la cárcel llorando. Se tiene además el cuidado de entregar á cada uno de los que salen en libertad, con el fin de suavizar su pena, una suma proporcionada al tiempo que ha permanecido en la cárcel, de manera que los mas célebres bandidos salen de aqui electores, y con frecuencia elegibles. Algunos espíritus frenéticos han declamado contra semejante generosidad á favor de los sentenciados; pero es preciso conocer que son nuestros semejantes estos malvados, conforme lo hice observar en mi último dictámen. *Homo sum, et nihil humani a me alienum puto*. Máxima filantrópica que la *Sociedad humana* ha grabado en el corazón de todos sus individuos, y al principio de todas sus circulares. ¡Ah! ¿por qué no la comprenderán todos? ¡*Homo sum!* es decir, yo podría ser un ladrón, un incendiario, un asesino; *nihil humani a me alienum puto*, luego yo debo mirar como hermanos á todos los que asesinan, roban é incendian.

—Démolo por cierto, dijo Mauricio; pero entonces, ¿qué concepto formais de los que edifican, trabajan y hacen vivir? Siendo in-

dulgentes con los desgraciados criminales, ¿seriais desapiadados con los pobres honrados? La filantropia se ocupa mucho de los que han sucumbido al mal, les abre asilos, les procura recursos, les ofrece proteccion, y los que han resistido á las tentaciones, ó que las combaten, quedan abandonados... Para obtener vuestra proteccion se necesita un certificado de un crimen, como era preciso en otro tiempo un certificado de civismo. ¡Ah! tened misericordia para los culpables; Jesucristo perdonó á la mujer adúltera y absolvió á la Magdalena; pero acordáos tambien de los inocentes. Debeis procurar que no les sea muy difícil el cumplimiento del deber; no esperéis tenderles la mano cuando hayan caído, ni les espongais á encontrar que la sociedad hace mas esfuerzos y sacrificios por sus hijos ingratos que por los piadosos; que no maten todos los becerros gordos en provecho del niño pródigo, antes bien reserven algunos para los hermanos que ni les han despojado ni afrentado. Lo que me pasma no es que estos *Pentagruevistas* acepten la felicidad que se les procura, sino que los trabajadores se resignen á la miseria á que se les condena. ¡Ah! para llenar el deber con tanta dificultad y con tan poca ayuda, es preciso, digase lo que se quiera, que el bien tenga tambien su delicia; ¿cuántos desgraciados pueden envidiar el pan cotidiano, el vestido de paño, la sala bien caliente con la estufa, y sin embargo insiste tenazmente en su dolorosa probidad!

—Los deseos han sido previstos, dijo el señor Dulce; nuestra benéfica tutela se ha extendido igualmente sobre los trabajadores, y ya que tratamos de estudios filantrópicos, quiero enseñaros la colonia industrial de nuestro vicepresidente, el honorable Isaac Branqman. No solo es poseedor de un gran capital, y un hombre político de inmensa influencia, sino que la república no tiene otro miembro mas celoso para conseguir el perfeccionamiento de las máquinas y de las clases trabajadoras. Vamos á tomar el ferro-carril del cuartel que en tres segundos nos pondrá á la puerta de su establecimiento.

El señor Branqman contaba su interés en esta época, y el tiempo que un hombre importante debe esperar para que crea que se halla ocupado. No bajo la

XII.

Fábrica de Mr. Isaac Branqman: superioridad de las máquinas sobre los hombres.—Recuerdos de Mauricio; el soldado Matías.—Pupilos de la sociedad humana; hombres perfeccionados segun el método inglés, por la mezcla de las razas.—Una mujer depravada por los instintos de maternidad y de la pasión.

La fábrica de Mr. Isaac Branqman estaba situada á la parte opuesta de una montaña taladrada en todas direcciones por bóvedas subterráneas, donde crugian las locomotoras y que sin cesar atravesaban los rapidos wagons. Cien chimeneas vomitaban torrentes de humo que se reunian en lo alto, se condensaban y formaban encima de la colina una especie de cúpula flotante. Inmensas ruedas giraban lentamente á la altura de los mas elevados pisos, al paso que ruidos sordos y acompasados conmovian la montaña.

Todo aquel ruido, todos aquellos movimientos y todo aquel humo se empleaba en la confeccion de hormillas de botones! tal era la especialidad á la que Branqman debía su fortuna y su importancia política.

A la verdad, el célebre industrial habia introducido en esta fabricacion tan perfectas mejoras que no podian menos de realzar su importancia. En primer lugar, habia arruinado á todos los fabricantes de menos capital que se aventuraron á sostener la competencia: en seguida, encontrándose solo, habia aumentado un cincuenta por ciento el precio de venta de sus productos; en fin, gracias á su valimiento político, acababa de conseguir que el ministro diese un decreto obligando á todos los funcionarios públicos á añadir tres botones á sus calzoncillos.

Habia merecido este favor al anunciar que suministraria gratuitamente á los hospitales de Sin-Par todas las hormillas de boton que pudieran necesitar los enfermos, los muertos y los niños de pecho.

Se habia decidido tambien á establecer en su misma fábrica la colonia de trabajadores de que D. Filadelfio el Dulce habia hablado á Marta y á Mauricio.

Al llegar á la fábrica el filántropo mandó que avisaran al honorable señor Branqman, que se hallaba en su gabinete ocupado en mirar unos peces que tenia dentro de una pecera de cristal.

El señor Branqman continuó su interesante exámen todo el tiempo que un hombre importante debe hacerse esperar para que crean que se halla ocupado. No bajó hasta

el cabo de media hora, y se escusó con la multitud de negocios que le abrumaban. El gobierno acudia á él para todas las cuestiones difíciles; era victima de su reputacion de hombre práctico. Habíase comprendido el peligro de consultar á los teóricos, á los pensadores; no se queria oír mas que á aquellos que como él habian estudiado los grandes principios de economía política fabricando hormillas de boton. Así es que no podia disponer de su persona ni un solo momento; todo el tiempo le empleaba en beneficio del Estado y de la humanidad.

El Sr. Dulce le interrumpió al pronunciar esta palabra, para manifestar el objeto de su visita. Sumamente satisfecho Branqman, declaró que se hallaba dispuesto á enseñarle la colonia-modelo, cuya organizacion debia realizar el dia que se llegara á generalizar la edad de oro para todo el mundo.

Les hizo atravesar la fábrica, y conforme la iban recorriendo, les explicó los diferentes trabajos ejecutados por las máquinas de todos tamaños y de todas formas.

Se veian larguissimos brazos adelantarse lentamente y levantar los pesos, su engranaje, como si fueran dedos gigantes, coger los objetos, sus mil ruedas girar, correr, cruzarse. Al mirar la exactitud de aquellos movimientos, al oír aquellos murmullos jadeantes del vapor y de las llamas, se hubiera dicho que el arte infernal de un mágico habia dado alma á semejantes esqueletos de acero. No se parecia ya á conjuntos de materia, pero sí á monstruos ciegos que trabajaban con sordos rugidos.

De vez en cuando se veian algunos hombres ennegrecidos en medio de los torbellinos de humo: estos eran los conductores de aquellos elefantes de cobre y de acero, los criados encargados de suministrarles su alimento de agua y de fuego, de untarles de aceite, como en otro tiempo se hacia con los atletas, de dirigir sus fuerzas brutales á riesgo de perecer tarde ó temprano, pulverizados bajo uno de sus esfuerzos, ó devorados por las llamas de su aliento.

Mauricio siguió con triste mirada aquellas victimas de la mecánica perfeccionada. No podia menos de comparar instintivamente las maravillosas máquinas cuyos miembros eran lisos, relucientes y bien cuidados, con aquellos hombres ajados y semi-salvajes que se agitaban á su alrededor. Al oír el terrible sonido del vapor silbante, del hierro frotado contra el hierro, del ruido de las llamas, el hervir del agua, de los sopladores atizando las hornillas como una

e mpestad, se sentia sobrecogido de una especie de terror. En vano buscaba la vida en medio de aquella tempestad de la materia en accion; no oia bien el ruido, no distinguia bien el movimiento, pero veia una perfecta imitacion artificial; aquella actividad carecia de impetus contagiosos. En vez de sentir agitacion, se participaba de entorpecimiento. El movimiento uniforme de aquellas máquinas no hablaba; nada habia que fuese comun entre ellas y los espectadores: eran mónstruos ciegos y sordos, cuya fuerza espantaba.

Mauricio recordó entonces repentinamente la pequeña fábrica situada en otro tiempo al lado de la casa de su tio; el ruido de los útiles movidos por las manos de los niños ó de muchachas, las risas prolongadas que amortiguaban el chillido de las lanzaderas, las canciones que resonaban de un banco á otro, las alegres chanzonetas y las confidencias á media voz. Acordóse de Matias el veterano; ¡dulce y placentero recuerdo que hacia revivir en él las impresiones de su adolescencia!

Matias se habia paseado quince años por la Europa sufriendo el hambre, viviendo entre la metralla y conquistando cada mañana á la bayoneta la plaza en que dormia por la noche, y todo esto lo habia hecho por una palabra que no comprendia en toda su estension, pero que sabia de memoria: ¡la Francia! Así habia obrado hasta el dia en que su patria, vencida por el número, aceptó la paz, y en este dia Matias con el corazon lleno de valor y de cólera, se separó sollozando de la escarapela que le condenó por espacio de quince años á pelear y á sufrir.

Al volver á Francia, se acordó de una hermana, única parienta que le quedaba, y se dirigió al pueblo que habitaba.

Allí supo que habia muerto, dejando un niño y una niña que el vecino arrendatario habia recogido por caridad.

Pero la caridad, que no es hija de la sensibilidad, es un préstamo con usura; no enriquece mas que al que la hace. Cuando Matias llegó al cortijo halló en el umbral de la puerta á los dos huérfanos que se disputaban un pedazo de pan, al paso que el labrador indignado gritaba:

—¡Estos chicos son insufribles!

—Decid que no pueden aguantar el hambre, replicó Matias.

Y cogiendo por la mano á los dos hambrientos se los llevó consigo.

La carga era pesada para el veterano, pero no por esto se desanimó. Acordábase de la máxima de su subteniente, que para

hacer la jornada mas larga era necesario poner sin cesar un pié delante del otro, y él habia hecho aplicacion de este principio á todas las cosas de la vida.

Despues de haber llegado á Paris con los niños, los estuvo sosteniendo con el producto de su trabajo, hasta el momento en que pudieron uncirse con él á la rueda que molia el pan cotidiano: Matias los habia colocado en la misma fábrica. A la hora en que concluia el trabajo, no dejaba nunca de vérselo llegar, llevando en la mano la cesta cubierta que contenia su alimento. Al distinguirle, los niños se colocaban en hilera y batian generala, al paso que las niñas repetian sonriendo:

—Es el padre Matias; ¡buenos dias, señor Matias!

Porque niñas y niños aman del mismo modo á los viejos leones que solo rugen contra los fuertes.

Despues de haber contestado á todos con un signo, con una palabra ó con una sonrisa, el anciano iba á sentarse en algun rincón abrigado, con Georgeta y Julian. Despues les repartia lo que contenia la cesta; pero no de una vez; era preciso adivinar antes lo que traia Matias: y Dios sabe cuántos esfuerzos para que no acertaran y dejarles la alegría de la sorpresa. En fin, cuando los niños declaraban haber agotado la lista de sus suposiciones, el veterano levantaba la tapadera de mimbre, sacaba lentamente la sopera desconocida, y la ofrecia á las miradas de sus convidados.

—¡Ah! ¡ah! ¡no esperábais esto! esclamaba: hoy hay fiesta en la cantina; hemos puesto lazos de cinta en la marmita.

Y riendo ponía de manifiesto, encima de la cesta trasformada en velador, la pobre comida que la buena voluntad de todos hacia tan sabrosa como la que se sirve en un festin.

Durante la comida conversaban. Los niños contaban las nuevas del taller, y Matias encontraba siempre ocasion de darles buenos consejos; porque durante las multiplicadas noches de vivac, cuando el hambre ó el frio lo tenian despierto, el veterano habia reflexionado para distraerse, y se habia formado una filosofía, reducida á varios axiomas, que él denominaba la carga de la vida en doce tiempos.

Entre estos axiomas habia cuatro, sobre todo, que repetia sin cesar, como un resumen de todos los demás:

1.º Serás fiel á tu bandera hasta la muerte.

2.º Procurarás menos por tu pellejo que por el triunfo de tu regimiento.

3.º No harás la guerra á los que carecen de cartuchos.

4.º En tiempo de lluvia no pedirás sol.

Y con el objeto de que los huérfanos pudiesen comprender estas máximas, les explicaba que la bandera para ellos era el honor; que su regimiento comprendía todos los hombres; que los cartuchos faltaban á los pobres y á los débiles, y que la lluvia y el sol eran la escabrosa ó suave suerte que Dios nos habia señalado.

Añadia tambien muchas lecciones preciosas sobre la perseverancia, el orgullo, la amistad, y acababa siempre por escitar al trabajo á Georgeta y Julian.

—La semana, decia, es un arcon de viveres arrastrado por siete caballos; si quitais uno, el arcon marchará todavia; dos, adelantará con dificultad; tres, permanecerá sin moverse, y dejará sin pan al ejército.

Los niños oian religiosamente, y retenian en su memoria las lecciones del viejo soldado. Mauricio los habia visto por el espacio de tres años acudir todos los dias al mismo sitio siempre sumisos, siempre alegres.

Matias era su esperiencia, y ellos el porvenir de Matias. Mientras que la edad encorvaba su espalda y despoblaba su cabeza, los dos niños crecian á su lado, jóvenes y juguetones, como dos retoños vigorosos que salen de un tronco medio seco.

Los demás niños de la fábrica iban tambien á menudo á sentarse en derredor del soldado pidiéndole que hiciera relacion de una de sus batallas, y asistian á las lecciones del viejo, que antes de dejar la tierra les legaba de este modo las semillas de su alma. Escuela perpétua abierta para el pueblo cerca del hogar, ó en el umbral de la puerta, y en la que el que se marchaba procuraba iniciar suavemente á los que acababan de llegar á esta vida de valor, de paciencia y de sacrificios.

¡Ay! Mauricio buscaba en vano alguna cosa que pudiese recordarle la pequeña fábrica de su tiempo. Aquí no habia casuchas sombrías, oficios imperfectos; pero tampoco penetraban en el oido ni las risas ni los cantos; inútilmente se esforzaba en descubrir un padre Matias, una Georgeta, un Julian... ¡Solo veia máquinas perfectas y operarios embrutecidos!

Despues que Mr. Banqman hubo enseñado y explicado todo á sus huéspedes, llegó con ellos al departamento de los *pupilos de la sociedad humana*.

Se componia este de una serie de casillas, cada una de las que estaba ocupada por un matrimonio sin hijos; porque estos se

hallaban separados de sus padres desde su nacimiento, y eran educados á destajo. De este modo la mujer se veia desembarazada de los cuidados propios de una madre, y del mismo modo se libraba de las atenciones que debiera dispensar como esposa. No tenia que preparar ni el alimento, ni los vestidos, ni la casa; todo esto se hacia por contrata. Tampoco se hallaba encargada de economizar las ganancias del marido, puesto que habia un administrador que regulaba los gastos y los salarios; un médico tenia el encargo de velar por su salud, hacia cada mañana su visita; para conservar las buenas ideas, habia un capellan que predicaba todas las semanas. El marido, por su parte, se hallaba exento de prevision, de proteccion y de estimulo.

—De este modo, dijo Mr. Banqman, el trabajador permanece bajo nuestra tutela, en buena habitacion, bien alimentado, perfectamente vestido, obligado á ser instruido al mismo tiempo que se hace su completa felicidad. No solo arreglamos sus acciones, sino que atendemos á su porvenir, lo aplicamos desde muy temprano á lo que debe hacer. Los ingleses habian antiguamente perfeccionado los animales domésticos, conforme al objeto de su destino; nosotros hemos aplicado este sistema á la raza humana, perfeccionándola. Mezclas bien entendidas nos han producido una raza de herberos, cuya fuerza se ha concentrado toda en los brazos; otra que solo tienen desarrollados sus riñones; una raza de andarines, en los que solo las piernas han crecido; una raza de habladores públicos, dotados únicamente de lengua y pulmones; podeis ver en esas habitaciones las muestras de estas diferentes especies de proletarios, á las cuales hemos dado el nombre de *mestizos industriales*.

—Y no por eso se ha descuidado su instruccion, añadió el señor Dulce, que se cansaba de oir esplicaciones en vez de darlas. Hemos procurado alejar de la enseñanza popular todo lo que no tenia una aplicacion práctica é inmediata. Antiguamente se perdía un tiempo precioso en leer la historia de las grandes acciones, en aprender versos que conmovian el ánimo, en repetir máximas de moral y religion; pero ahora hemos creido mas oportuno sustituir todo esto con la aritmética y el código; todos *los pupilos* aprenden á leer y escribir, pero solo con el objeto de que puedan leer los precios corrientes y escribir las notas de gastos.

—¿Y se someten con paciencia á este método? preguntó Mauricio.

—Solo algunas naturalezas depravadas

resisten á nuestra paternal direccion, replicó Banqman; aquí teneis un ejemplo.

—¿Cómo! ¿esa jóven, cuya mirada es tan altiva y cariñosa á la vez? dijo Mauricio.

—No se la puede sujetar, continuó el fabricante; sostiene que le hemos arrebatado el reposo al aligerarla de los penosos cuidados que exigia su niño, y que la hemos despojado de sus mas dulces goces, no dejándole ninguna de las cargas del matrimonio!

Mauricio dirigió la vista hácia la jóven.

—¡La voz de Dios todavía resuena en algunos corazones! pensó Mauricio; ¡los hay todavía que han conservado el instinto de las grandes leyes! Sí, resiste siempre, valerosa mujer, contra la tranquilidad y comodidad que te conceden, porque las consigues á costa de tus mas santos goces. ¿No pueden comprender que las vigiliias y los cuidados de la madre, las labores y economías de la esposa son los mas preciosos eslabones de la cadena doméstica? Solo miran la union del hombre y de la mujer como una asociacion comercial, cuyo primer objeto es la ganancia. El fondo social no se compone aquí solamente de dinero, sino de paciencia, de buena voluntad, de afectos; este es sobre todo el capital que es preciso aumentar, para que la asociacion prospere. ¡Ah! dejad á la mujer su utilidad cada instante, para que el hombre conozca á cada momento lo preciosa que es! ¡Dejadla hacer el mismo trabajo que mejor haria un extraño, á fin de obtener el salario, sin el cual no podria vivir; el reconocimiento de aquellos á quienes ama! ¿Para qué quereis regenerar al pobre, eximiéndole de los deberes de familia? ¿No conoceis que estos deberes son el manantial de donde procede todo el bien? Lejos de aminorarlos, hacedlos mas santos á su vista, facilitándole su cumplimiento; no sustituyais su raciocinio, ilustradlo tan solo; no compreis, en fin, estas almas á censo, sino dadles por el contrario mas voluntad, mayor vida. El pueblo no es un pródigo que sea necesario contener, es un niño á quien es preciso dirigir y ayudarle á que procure su prosperidad.

Banqman y el señor Dulce continuaron sus esplicaciones, enseñando á los dos visitantes la casa de retiro de los trabajadores, donde se utilizaba los restos de su fuerza hasta el momento de la agonía, y el anfiteatro en el que sus cuerpos eran entregados al escalpelo de los practicantes de medicina por un precio convenido; porque no habiendo los padres cuidado de la infancia de los hijos, estos se desentendian de procurarles ataúdes.

Pero Mauricio miraba sin ver, escuchaba sin oír. Una sorda tristeza se habia apoderado de su corazon, y entró desalentado en casa de D. Atodo.

Marta por su parte habia percibido mas de cerca la sequedad y las miserias de la vida doméstica: cuando Mauricio le hubo contado lo que habia visto, se arrojó en sus brazos con los ojos bañados en lágrimas.

—¡Ah! ¿qué hemos hecho? exclamó; en el mundo en que viviamos las almas no habian abandonado el temor de Dios por el vello-cino de oro; los vinculos de familia no se hallaban rotos; las inspiraciones del corazon no se hallaban completamente estinguidas; aun cuando se reian del mal, se apreciaba todavía el bien; pero aquí, Mauricio, todo está perdido para siempre.

—¿Y por qué? preguntó el jóven, que deseaba dudar todavía.

—¡Ay! respondió Marta, porque no se sabe amar.

Segunda Jornada.

XIII.

Gran hospital de Sin-Par, construido por los sábios, los médicos y el director. —Por el recelo de recibir á los pacientes poco enfermos, solo se les admite despues de su muerte. —Reflexiones de Marta. —Los hombres juzgados por el doctor Monómano. —Los locos del año tres mil. —Casa de fieras y el jardin botánico.

Cuando los dos esposos bajaron al dia siguiente, encontraron á su huésped con uno de sus parientes, el doctor Exiguo, que habia sabido la indisposicion de Doña Fastidio, y venia á informarse del estado en que se encontraba su salud.

El doctor Exiguo era el mas ilustre representante del nuevo sistema médico, que consistia en crear una enfermedad que no se tenia, y en encerrarnos en un invernadero caliente para apresurar el desarrollo. De este modo el paciente moria, por lo general, al segundo ó tercer dia, lo que para él era una evidente economia de tiempo.

Fiel el médico á los principios adoptados en Sin-Par, debia procurar que se aumentase el mal, para curarlo con mayor seguridad. ¿Teniais, por ejemplo, un reuma? Le trasformaba en pleuresia. ¿Una jaqueca? La convertia en una fiebre cerebral. ¿Un atolondramiento de cabeza? Se le impulsaba á la apoplejia.

En el momento en que entraron los dos esposos, el señor Exiguo contaba á su primo los maravillosos resultados obtenidos por este método, y le rogaba fuese á visitar el hospital, donde acababa de hacerse aplicación de ellos. D. Atodo se escusó, pero Mauricio aceptó en su lugar, y despues de haber citado á su huésped para casa del señor del Empireo, que los aguardaba á eso de las doce, subió con Marta en el carruaje del médico, el cual los condujo al grande hospital de Sin-Par, construido en un extremo del arrabal.

Primeramente divisaron unas elegantes galerías rodeadas de céspedes y de sotillos, que eran las salas destinadas á los médicos; seguia un edificio suntuoso, que se elevaba en medio de las flores, y eran las habitaciones destinadas á las hermanas hospitalarias; luego un palacio, ante el cual se extendian jardines decorados de grutas y juegos de agua; tal era la habitacion del director.

—La ciudad ha gastado 20 millones, dijo el doctor Exiguo, para hacer de su hospital un establecimiento modelo. Médicos, vigilantes, administradores, se hallan aquí alojados y sostenidos á espensas de la república. Los coches siempre dispuestos aguardan sus órdenes, y sus hijos reciben un dote de la caja de ahorros del establecimiento.

—Pero ¿y los enfermos? preguntó Mauricio.

—¡Ah! los enfermos se hallan allá abajo, dijo el doctor, enseñando un sombrío edificio oculto en el fondo de largos patios sin aire y sin jardines. La vista de sus salas es triste; no hubiera hecho buena armonía con el todo del establecimiento; se las ha puesto detrás, á fin de que no se vea sino lo que verdaderamente constituye el hospital, es decir, la habitacion de los directores. Desgraciadamente no ha habido el suficiente terreno. Despues de haber trazado el jardin de los médicos, el trozo de huerta de los religiosos, el parque del mayordomo, no ha quedado mas que un pequeño patio para los convalecientes; pero como la mayor parte de los enfermos sucumben, no les es absolutamente necesario el paseo.

—Qué, ¿no los admitis hasta el momento de la agonía? dijo Marta.

Cuando no los admitimos despues, contestó Exiguo. Cualquiera que desee ingresar en el hospital, debe en primer lugar acudir á la oficina de exámen, situada al otro extremo de Sin-Par, aguardar su turno, obtener un certificado, y despues andar ocho leguas para meterse en cama. Gracias á estas escesentes precauciones, estamos

seguros de no admitir jamás á gente sana; solamente sucede que llegan enfermos moribundos; este es un ligero inconveniente del buen orden establecido entre los administradores. Por lo demas, nada de lo que puede convenirles se ha echado en olvido, para que el grande hospital de Sin-Par pueda servir á los progresos de la ciencia. Tenemos siempre una sala de ensayo, en la que se experimentan las nuevas doctrinas. Si el enfermo cura, se adopta el tratamiento; si sucumbe, tanto peor para el sistema. Hay además un lavatorio para estudiar las diferentes particulas que pueden emplearse en cada medicamento, y el nombre de cada una de ellas; una perrera, de la que se sacan los perros destinados á ser envenenados y destrozados en beneficio de la humanidad; anfiteatros, siempre provistos de cadáveres escogidos, y una magnífica coleccion de esqueletos dentro de campanas de cristal. Todavía nos faltan muchas cosas; la galería de mónstruos no está completa; tendríamos necesidad de renovar nuestros botes de fetos, y se están pidiendo hace mucho tiempo las muestras de las diferentes razas humanas, empajadas con toda propiedad, pero nuestro mayordomo espera realizar todas estas mejoras con las bonificaciones.

Mauricio preguntó en qué consistian estas.

—Así se llaman, continuó el médico, las economías realizadas en los gastos de los enfermos. Que la sopa tenga menos grasa, *bonificación*; el pan mas moreno, mas *bonificación*; el vino mezclado con agua, superior *bonificación*! Este es un método perfeccionado para hacer bailar el asa de un cesto que contiene diez mil porciones. De este modo es como se enriquecen los establecimientos, y como los administradores adquieren los derechos al reconocimiento y á las gratificaciones. Se puede, pues, decir, como principio, que un hospital bien administrado es aquel en que los enfermos se hallan bastante mal para que la caja esté en buen estado.

Hablando de este modo el doctor, habian llegado á la primera sala.

El pavimento estaba cuidadosamente encerado, las camas elegantes, las paredestapizadas de esterillas de colores, y las ventanas guarnecidas de cortinas de seda; pero este lujo hacia un particular contraste con el aspecto de los aparatos operatorios de todas dimensiones, que enseñaban por todas partes sus brazos de acero. La asistencia no era ni mas tierna ni mas delicada que en otros tiempos. Los médicos examinaban

siempre públicamente los enfermos, descubriendo cada herida á la vista de los alumnos; describian con toda frialdad sus padecimientos; esplicaban en alta voz sus resultados felices ó fatales. El estertor del agonizante horrorizaba al desgraciado entregado á la crisis que debia decidir de su vida; el aspecto del muerto, cubierto con el sudario, helaba la sonrisa del convaleciente que se sentia revivir.

Marta, con el corazon oprimido, dirigió hácia Mauricio sus ojos húmedos.

—¡Ah! no es esto lo que yo esperaba, dijo en voz baja; esta es siempre, como en nuestro tiempo, la enfermería del pobre y del abandonado. El pavimento puede ser mas brillante, las paredes mejor adornadas, las ventanas mas ricamente colgadas; pero ¿qué se ha hecho en beneficio de aquellos que sufren? ¿no han quedado confundidos como un rebaño, entregados á las tentativas y á las investigaciones de la ciencia, horrorizados á la vista de tantos instrumentos de tortura? ¡Ah! lo que yo esperaba de una civilizaci6n mas ilustrada era que el hospital hubiese perdido su carácter de dureza; que el enfermo hubiese dejado de ser una cosa que se remendaba gratuitamente para convertirse en un sér que sufre; al que se le hubiesen ahorrado las sensaciones, respetado el miedo, sostenido el corazon; que hubiese hallado en fin en esta morada comun algunos de los cuidados de familia. ¿A qué tanto oro prodigado en las cosas, si nada ha cambiado en los séres? Conceded á cada uno de estos desgraciados un triste rinc6n aislado, donde los ayes del moribundo no penetren y le horroricen; no trateis su cuerpo dolorido como una propiedad que ha debido abandonar al atravesar el umbral de la puerta; no le hagais comprender que ese lecho es una limosna; que se halla á vuestra discreci6n, no solo por el mal, sino tambien por la miseria. Puesto que sufre, él es rey y vosotros los vasallos. ¿No habeis sentido nunca que se aumenta vuestra ternura con aquel individuo de vuestra familia que se ve oprimido por el dolor? ¿Cuán santa es su voluntad; cómo se le perdona todo; cómo se daría con júbilo una parte de vuestra salud y aun de vuestra vida para curarle! ¿El pobre y el abandonado no son miembros de la gran familia? Las madres mas crueles se hallan poseidas de algun amor hácia el niño enfermo; ¿por qué la sociedad tendrá menos corazon que sus hijos?

—Perfectamente dicho, exclamó Exiguo que solo habia oido las últimas palabras pronunciadas por Marta; yo he sostenido

siempre que nada debia economizarse en el servicio de los hospitales, y que nuestros sueldos deberian ser dobles. Pero se desconocen las verdaderas necesidades. Todos los recursos de la república se hallan devorados por las mujeres y los abogados. Felizmente se consuela uno con el sentimiento, su obligaci6n y la clientela. La mia aumenta cada dia, gracias á los buenos resultados que obtiene aqui mi tratamiento. Le he dado el nombre de *método infinitesimal*, porque no procedo sino por los átomos; átomos de tilo, átomos de azahar, átomos de azúcar piedra. Mientras menos cantidad hay, mas seguro es el resultado. Tomo una molécula de un cuerpo, una cosita impalpable, insípida, invisible; el milésimo de nada; le echo en treinta azumbres de agua, le mezclo, lo decanto, y hago tomar la loci6n á cucharadas. Toda enfermedad que resista á este medicamento es positivamente incurable. y la muerte del sugeto solo puede atribuirse á su organizaci6n.

Después de haber visitado algunas salas, salieron por el otro extremo del hospital, y se hallaron enfrente de un segundo edificio destinado á los dementes. A invitaci6n de sus dos compañeros, hizo el doctor avisar á su cólega Mon6mano, que desempeñaba las funciones de primer médico.

Se presentó con el semblante azorado, examinó á Marta y Mauricio, y exclamó:

—Comprendo, comprendo... miradas fijas... contracci6n de cejas... fisionomia asombrada... Debe haber absorci6n de facultades generales con inclinaciones de una preocupaci6n parcial. Esta clase se halla algun tiempo hace clasificada, y puede curarse.

—Dios me perdone, cree que sois locos, interrumpió Exiguo; declaradle vosotros mismos que no venis aqui como enfermos, sino como curiosos.

—¡Ah! es una visita, repuso Mon6mano, que examinaba á los dos resucitados con ojo escudriñador; ¿una visita de curiosidad!... un sistema mas...

E inclinándose hácia su cofrade:

—Decid que desconfias de ellos... Esta apariencia de calma... esta sonrisa, ya lo conozco: desconfiais...

Y como Exiguo soltó una careajada, le miró con mas atenci6n y murmuró:

—Incapacidad de seguir un discurso... crelulidad ciega... tercera especie observada por el doctor Insane y declarada incurable!...

Pasando en seguida delante del médico y de sus dos compañeros, les invitó bruscamente á que lo siguiesen.

El trato continuo con sus enfermos ha

bia insensiblemente llegado á ser contagioso para el doctor Monómano. Pretendia que la sociedad habia encerrado ciertos locos para hacer creer en el buen sentido de aquellos que dejaba libres, pero que en realidad el mundo solo se hallaba poblado de dementes de diferentes géneros. Los mas sábios eran á lo menos candidatos de la locura.

Desarrolló sus principios bajo este concepto, enumerando todos los signos que servian para demostrar la aberracion. ¿Pensais en una cosa con mas frecuencia que en otra? ¿locura! ¿Preferís alguno á vos mismo? ¿mayor locura! ¿Os alegráis de una esperanza incierta? ¿colmo de locura!...

Monómano contó de este modo, en forma de letanía, seiscientas treinta y tres diferentes especies de enfermedades mentales, comprendiendo todos los giros de imaginacion y todos los sentimientos del corazón.

Enseñaba al propio tiempo á sus tres compañeros los ejemplos de estas diferentes locuras, clasificadas por órden como las familias de plantas de un herbario.

En esta especie de exhibicion, Mauricio se detuvo delante de un hombre de aspecto tranquilo y que se sonreia.

—Este, dijo el doctor, ha sido uno de los comerciantes mas ricos de la capital. Desgraciadamente todo el mundo le creia en su sana razon, cuando un antiguo socio arruinado por su padre le demandó de restitution. Los jueces decidieron en su favor; pero él mismo, ilustrado por los debates judiciales, rehusó los beneficios de la sentencia, y quiso despojarse de sus bienes en favor de su adversario. Ha sido preciso encerrarlo para impedir la restitution.

Al anciano que escribe allá bajo, solo le conocemos con el dictado de el *Padre de los hombres*. Trabaja hace cincuenta años en un sistema social, segun el cual seria cada uno recompensado en este mundo segun sus obras. Afirma que Dios ha dado á todas las criaturas humanas un derecho igual á la felicidad, y que en una sociedad cristiana la miseria no deberia ser el resultado de la casualidad; sino el castigo del vicio. Por la noche y por la mañana se pone de rodillas y repite con las manos cruzadas esta súplica:

«Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.»

La autoridad ha juzgado peligrosa semejante locura, y le ha enviado á este establecimiento.

A todo esto habian llegado delante de un jóven, de fisonomia pensativa y animada.

—Aquí teneis, dijo Monómano, un viajero sin objeto. Al paso que otros recorren los países civilizados por el investigaciones ó de su industria, él no aspira mas que á los caminos desconocidos, á las regiones ignoradas. ¿Tres veces ha penetrado en las inmensas regiones del antiguo continente sin mas motivo que el de visitar los pueblos que se hallan en decadencia, atravesar los rios olvidados, dormir en ruinas sin nombre! Preguntadle cuál era su objeto; os responderá: ¿Ver! En vano le direis que os hable de la estadística natural ó la geología de los países que ha recorrido; el desgraciado no ha recogido en sus viaje ni el mas pequeño fragmento de roca, ni el menor escarabajo; solo ha traído congeturas é impresiones. Así es, que desde su regreso, su familia ha tomado el partido de encerrarle, y aquí lo tratamos hace tres meses por las embrocaciones y las sangrías.

Podéis no obstante darle conversacion; no es furioso, y comunica sus observaciones con mucho gusto.

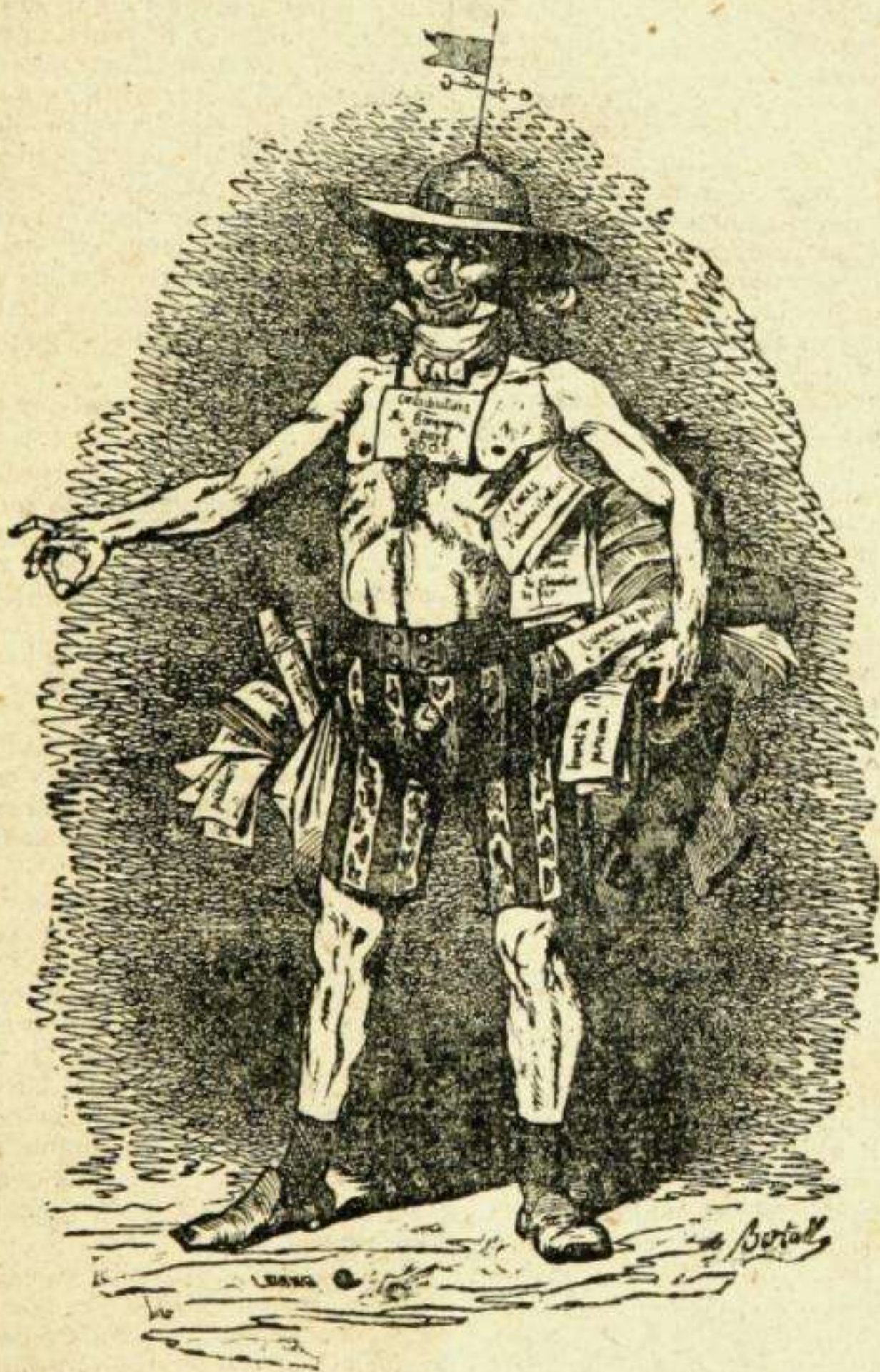
Mauricio se aprovechó del permiso para acercarse al Peregrino é interrogarle sobre lo que habia visto. El jóven viajero, que habia recorrido minuciosamente los antiguos continentes, le hizo una rápida pintura del estado del mundo en el año tres mil. Le dijo que el Africa, iniciada en los progresos, habia en fin adoptado las costumbres civilizadas.

En Guinea se acababa de proclamar la Constitucion; el rey de Congo se preparaba á imitar este ejemplo; los hotentotes habian formado la república del Capricornio, y el Africa central se hallaba dirigida por un presidente electo. Peregrino enalteció sobre todo á Mauricio la escuela politécnica de Tambouctou y el conservatorio de música del gran desierto. La Senegambia solo era célebre por su tráfico de médicos compuestos, y suministraba drogueros al mundo entero.

El Asia, por el contrario, habia caído en un embrutecimiento cada dia mas profundo; Peregrino la habia recorrido en todas direcciones sin poder hallar en ella ni el menor indicio de su antiguo esplendor. El Indostan se hallaba habitado por un pueblo de saltimbanquis que no conocian mas industria que la de tragar espadas y hacer bailar serpientes. Dos sectas dividian la Persia, y se degollaban á cada paso por saber si era mas agradable á Dios introducirse una semilla de tamarindo en la nariz izquierda ó

en la derecha; el imperio Chino, adormecido por el opio, solo ofrecía el aspecto de un pueblo de somnábulo embutecidos.

tables, porque la vitalidad ardiente de los pueblos había debido precipitar su vuelo en la pendiente escogida por cada uno. En otras



Mr. Bangnam, diputado en el año 3000.

Quedaba la Europa, cuya transformación interesaba á Mauricio y á su compañera; Peregrino la había recorrido muy despacio, y pudo hablarle con alguna minuciosidad.

Los cambios allí eran todavía mas no-

partes. las razas se habían dejado deslizar lentamente hacia el fin inevitable; pero en Europa cada uno había subido en su locura como si montara un corcel infernal, y la había escitado con la voz y la espuela. Al verlos correr ciegos á su perdición, y vo-

lando al galope de sus malos instintos, no podía menos de creerse que eran aquellos bárbaros de Alarico, que dominados por el vértigo en el momento de la derrota, lanzaban sus grandes galeras en medio de los vencedores, que creyéndolos fugitivos volaban á la muerte con toda la rapidez de sus cuadrigas. Peregrino había visto la Rusia destruida con su precoz civilización; gigante educado con mucho esmero por emperadores de génio, que en vano habían creído transformarla en una nación. Despojada de su personalidad sin tener la voluntad necesaria para crearse otra, ni con la instrucción necesaria, ni suficientemente bárbara, había aniquilado los esfuerzos de cincuenta czares, reflejando siempre las civilizaciones vecinas, y entrando en la oscuridad á medida que su sol descendía al ocaso.

No había sido mas feliz la Alemania. Filosofando entre la pipa y los vasos, había disputado un siglo sobre la etimología de la palabra *libertad*, otro siglo sobre su esencia, un siglo mas sobre su estension, otros cien años sobre sus efectos. Al llegar á este punto sus reyes le habían dado una Constitución que permitía pensarlo todo, siempre que se ocultase en el silencio, con la condicion que tenia por esencial de no dejar ver lo mas mínimo, y desearlo todo sin nacer nada para conseguirlo. La Alemania estaxiada había encendido su pipa, llenado su vaso, y cantaba patrióticamente, enseñando los puños á la Francia:

¡No, no tendreis nuestro Rhin!

Por esta razon la Francia no soñaba en reclamarlo. Esta nación, á fuerza de gobiernos baratos, de electores honrados, de tiendas conquistadas al emperador de Marruecos, había llegado á la bancarota pública que había sido precedida de las quiebras privadas. Conducida al feudalismo por el omnimodo poder de los banqueros, sucesivamente espulsada de todos los mares que en otro tiempo recorria en beneficio de su comercio, sin otro medio de fomentar su agricultura que las relaciones de las sociedades científicas y las asignaciones concedidas á los directores de las yeguas, había tomado el partido de consolarse con los sainetes y bailes de máscaras. El pueblo francés, personificado en los tipos de Chicard y del difunto Puaigre, bailaba, en medio de las incultas y áridas llanuras de sus puertos desamparados y de sus ciudades arruinadas, una polka prohibida por el prefecto de policía. La nación mas espiritual

había conservado una de sus antiguas glorias; suministraba siempre al mundo modistas y cocineros.

La Bélgica, convertida en falsificadora de las publicaciones impresas en las cinco partes del mundo, no tenia ya terreno suficiente para hacer almacenes donde acomodar tantos tomos en 18.º y 36.º. Había tenido precision de echar mano de los morrillos para construir las ciudades, habitadas solo por papeleros, cajistas, encuadernadores y satinadores; cada uno vivia así como el raton en su agujero; pero se incendiaron un dia con un fosforo aquellas montañas de papel impreso, y la Bélgica había sido devorada juntamente con su pequeña población.

Cuando Peregrino pasó por ella, se buscaban los restos entre la ceniza.

La Suiza, en este tiempo, había sido comprada por una compañía que la había encerrado con muralla que imitaba en un todo á las fortificaciones de Paris, y que sacaba partido de sus paisajes, sus cascadas y sus ventisqueros. Habíase establecido un portazgo al lado de cada belleza natural, y no se podía contemplar el Rhin sin que se tomase un billete y se depositase el paraguas. Este parque gigantesco tenia doce puertas monumentales, y en cada una de ellas la compañía había mandado grabar el axioma antiguo: ¡NO HAY SUIZA SIN DINERO!

La Italia había igualmente venido á ser una propiedad particular; pero se había prohibido la entrada al público. Los estados del Papa habían sido comprados por un banquero judío, el que había hecho gran caudal con las espropiaciones del rey de Nápoles, del emperador de Austria y del duque de Toscana. Había mandado construir nuevamente los monumentos públicos, restaurar los cuadros y componer las estatuas; pero el pueblo había quedado desnudo y hambriento.

En cuanto á la Turquía, ya era otra cosa. Estirada por mucho tiempo por todas las potencias europeas, como un vestido viejo de púrpura del que cada uno quiere llevarse un pedazo, había permanecido con los brazos cruzados y dejado que cada uno hiciese lo que se le antojaba. A cada provincia que le arrebataban, repetia: *Dios es grande!* y tomaba un sorbete. Esto duró hasta el momento en que los cuervos que le comian se volvieron el uno contra el otro y empezaron á reñir para saber á quien tocaria la mejor parte. Despues de una guerra en la que perecieron dos ó tres millones de

hombres, todo el mundo acabó por tomar lo que habia despreciado.

Se convinieron en repartirse la presa pacíficamente; pero al ir á tomar posesion de cada lote na la hallaron. Interin disputaban, la nacion turca se habia dejado morir suavemente, y donde sus invasores creian encontrar una parte de poblacion solo se presentaron á su vista estensos desiertos, en los que dormian algunos viejos dromedarios ya cansados.

La Inglaterra trató, no obstante, de sacar partido de estos últimos, matándolos para vender sus pieles, pero una revolucion detuvo de pronto la carrera de sus triunfantes usurpaciones. Hasta entonces una aristocracia abrigada con vestidos de lana fina, alimentada de rosbif y de Jerez, é instruida lo mismo en la ciencia del gobierno que en la riña al trompis, habia tenido bajo el pié á la multitud andrajosa, medio asfixiada por el aire de las fábricas, las patátas y la ginebra. Habia dejado extinguir en estas almas los últimos destellos de la divinidad. Cuando se la habia advertido que eran tambien hijos de Dios, y que era preciso hacerles lugar al sol de los hombres y no relegarlas á la clase de los brutos, contestó:

—¿De qué sirve? Los animales trabajan con mas paciencia.

Pero llegó el dia en que esta paciencia se habia acabado; el dolor se habia convertido en valor, el bruto se habia transformado en bestia feroz, y arrojándose sobre sus amos, los habia degollado.

Al acabar este primer atentado, la cólera de los miserables habia resonado por toda la Inglaterra como el sonido de una trompa marina. ¿Qué podian conservar los que jamás habian poseido en nada! Su mortal enemiga era la propiedad. Durante veinte siglos se sometieron á ella. Siendo hombres sufrieron la esclavitud de las cosas; pero estas fueron destruidas, aniquiladas; todo pereció en aquel primer ímpetu de destruccion. Palacios que ellos mismos habian construido, fábricas en las que gemian prisioneros, máquinas cuyas manos de acero les habian arrebatado, pedazo por pedazo, el pan de la familia, embarcaciones en que los encerraba la violencia y donde los retenia el miedo, puertos, ciudades, arsenales, monumentos de una gloria siempre pagada con sus lágrimas ó con su sangre; ¡oh! ¿qué gritos de regocijo sobre aquellos montes de ruinas y de cenizas! Aquellas riquezas, ese poder, esa gloria, eran otros tantos eslabones de su cadena rotos por la venganza. ¿Podian tener una bandera care-

ciendo de derechos? ¿Podian llamarse pueblo, habiendo dejado de ser hombres? Borraban lo pasado, porque solo les traia á la memoria recuerdos de humillacion y de sufrimiento; y cuando todo se halló derribado, bailaron en derredor de las ruinas, como lo verifica el salvaje en cuanto recobra su libertad en torno del poste en que ha sufrido sus prolongados tormentos.

Pero en el solar de aquel edificio, sus manos inhábiles no podian levantar otro; los reyes de Inglaterra, al caer, habian roto su corona; el atrevido vencedor no se habia cuidado de reunir los pedazos. Dejó crecer los espinos en los caminos desiertos; las espadañas en los canales no frecuentados; los acebos y ogiacantas en los surcos ahora estériles; la revolucion no habia sido una reforma, era solo un retroceso á los primitivos tiempos; despues de haber roto su cabezada la caballería de carga se habia vuelto á los montes.

Cuando Peregrino vió los tres reinos, esta transformacion se habia realizado completamente. En lugar de la raza enérgica, tenaz y altiva cuyo génio habia encadenado los dos continentes á la proca de sus barcos, no habia hallado mas que un pueblo salvaje, pirata, siempre en guerra y comiéndose sus prisioneros por falta del rosbif de la antigua Inglaterra... Algunos débiles restos de la aristocracia proscripta recordian todavia las montañas, siempre perseguidos por los descendientes de John Bull, que á falta de gamuzas cazaba á los loras.

La España habia tambien recorrido el período de guerra de montaña; pero gracias á la perfeccion á que habia llegado este género de ejercicio, los partidos se habian visto diezmados y destruidos. La mesta habia acabado la obra comenzada. A medida que disminuian los españoles aumentaban las marinas; y sus inmensos rebaños, pastando los setos, las mieses y las praderas, habian concluido por convertir el reino en una gran cañada, en que la nacion se hallaba representada por carneros.

Interin que Mauricio escuchaba esta relacion, Monómano habia continuado su visita con Marta, y habian llegado á la intermediacion de un bosquecillo de algodoueros cuyos copos sedosos flotaban á impulso del viento, y en cuyo centro se veia una jóven sentada. Vestida con un taparrabos de colores deslucidos y el talle medio cubierto con una túnica azul celeste, estaba inclinada y se entretenia en deshojar una flor cogida á sus piés. Un ramo arrancado de los setos y cargado con sus frutos salvajes se

hallaba enroscado en sus negros cabellos.

Al oír pasos levantó con prontitud la cabeza, se sonrojó á vista de los estraños, y apretó su rebocillo contra sus espaldas.

Pero á poco rato levantó los ojos y los fijó en Marta con tierna timidez.

La jóven, dominada por una súbita simpatía, se quedó suspensa: en sus miradas hubo uno de aquellos cambios de emociones que tienen lugar en un largo desahogo: despues, por un movimiento que se hubiera creído involuntario, se levantó, y haciendo una exclamacion ininteligible, tendió sus manos á Marta.

—¡Por vida mia, mi bella Pensativa se os anticipa! dijo Monómano con sequedad.

—¡Ah!... me ha parecido... sí... ¡sus facciones me han recordado mi madre! dijo la jóven, cuyos ojos se habian humedecido.

Marta tomó sus manos, que ella apretó entre las suyas.

—Este es un capricho de miss Pensativa, repuso el médico sonriendo; por lo regular huye cuando se la acercan curiosos.

—¿Para qué darles el triste espectáculo de mi locura? dijo la jóven con dulzura; los malos se burlan de ella y los buenos se entristecen.

—¿Pero y yo? preguntó Marta inclinándose hácia ella.

—Vos, dijo miss pensativa con una mirada que manifestaba confianza y ternura... ¡vos me comprendereis!

—¿Lo oís? murmuró Monómano, dirigiéndose á su cofrade; ¡los locos se conocen! Dejémoslas y ya vereis.

Los hombres se alejaron continuando su exámen. al paso que la jóven y Marta entablaron una de aquellas conversaciones en que las almas, llenas de confianza, se lanzan juntas al traves de la fantasía, como dos niños que cogidos por la mano corren por el campo.

Pensativa habló de su madre, á quien apenas habia conocido, y lloró; luego enseñó á Marta las flores que cultivaba, y dió gritos de alegría al verlas abiertas. Contó suspirando sus tristezas, y sonriendo sus regocijos. ¡Las olas de su corazon subían y bajaban á igual de las del mar, ya sombrías como un abismo, ya radiantes al pleno sol de la esperanza!

Marta escuchaba estaxiada, siguiendo todos los movimientos de aquella imaginacion, como se siguen los del niño que camina sin objeto: en vano buscaba la locura, y solo hallaba los caprichos de una imaginacion jóven é inconstante.

Sin embargo, Pensativa confesaba esta locura, la sentia; no podia acordarse de ella sin que se deslizaran las lágrimas bajo sus largas pestañas negras; cruzaba las manos sobre su pecho con la resignacion lastimera del niño, y todos los vislumbres de esperanza se ofuscaban repentinamente ante estas palabras:

—¡Soy loca!

—¿Loca? repetia Marta incrédula; ¿quién os lo ha dicho? ¿cómo lo sabeis? ¿cuál es la prueba?

—¡Ay! ¡toda mi vida! respondió Pensativa. Mis pensamientos jamás han sido iguales á los de las demás personas; jamás he participado de su dicha y de sus afecciones. Cuando niña, preferia la vista de mi madre á to los los placeres: me sentaba á sus piés sin decir una palabra, bastante feliz de sentir en mi espalda el roce de los pliegues de su vestido, y en mi frente su mirada. Cuando murió quise acompañarla; nada comprendia de la muerte, sino que era una separacion, y yo no queria vivir separada de mi madre. Hui de casa, corri al cementerio, iba de tumba en tumba, deletreando lo nombres, y cuando encontré el que buscaba, me senté diciendo: Es mi madre, no quiero separarme de ella...

Pasóse el dia sin que me aquejara el hambre. Floraba porque habia quedado sola; despues cogí yerbas de las mayores que habia, con las que formé ramilletes para mi madre. Vino la noche, recé mi oracion, dí las buenas noches á la difunta, y me dormí sobre su tumba.

Allí fué donde me encontraron al dia siguiente, y los que me buscaban sin duda me llevaron por fuerza en sus brazos. Cuando llegué á casa me puse de rodillas pidiendo que me devolviesen á mi madre; me obstiné en ayunar; queria morir para que se me pudiese con ella en la hoya. Esta fué la primera vez que oí decir cerca de mí:

—Es loca.

El tiempo suavizó mi dolor sin extinguirlo. Me acostumbré á no separarme de los trabajos que preferia aquella á quien no podia olvidar, á servirme de lo que le habia servido, á continuar sus gustos y sus costumbres. Al principio causaba inquietud mi tenacidad de afeccion, y se acabó por ridiculizarla. Estas burlas acabaron de convencerme. Solamente evitaba que hablasen de ella no visitando su sepúlcró, y de este modo fui creciendo siempre con mi recuerdo.

Esta soledad desarrolló en mí el gusto por la lectura; los libros son los compañeros consoladores y fieles de los aislados.

Abrí mi desierto á las ereaciones: de los antiguos romanceros y poetas; tomé á sus héroes por amigos, me interesé en sus desgracias y en sus triunfos como si fuesen vivas realidades. Me encontraban con un acceso de alegría, ó bañada en lágrimas sin que pudiese alegar otra causa que la felicidad de la familia Primorosa ó la muerte de Margarita.

Ya no vivía con los vivos y solo sí con las fantasmas. Únicamente ellas poseían mi admiración, mis amores, mi odio. Ignoraba quiénes eran nuestros vecinos, y conocía con bastante familiaridad á Childe Harold, Jocelyn, Faust. Pronunciaba sus nombres continuamente, y á pesar mio y los que me rodeaban, poseídos de una piedad despreciable, repetían en voz alta:

—Es loca.

Pero esta cura, ¡ay! debía ir en aumento. A fuerza de frecuentar las hechiceras visiones de los poetas, insensiblemente se llenó de ellas mi imaginación: mis deseos se exaltaron con sus inspiraciones. Acostumbrada á una poción embriagadora, rechazaba la vida vulgar como una bebida sin sabor. Erigí en mi corazón un templo misterioso al amor, donde no podían entrar mas que las mas nobles y las mas encantadoras tantasías; me creé un bello ideal cuyo modelo juré que esperaría.

Mi familia me anunció inútilmente que la hora del matrimonio había llegado, que ricos pretendientes se presentaban; el único que yo hubiera querido aceptar se hallaba elegido hacia mucho tiempo; ¡pero no era mas que una imagen! Me figuraba á los héroes de los cuentos de las hadas que morían de amor por una princesa desconocida, cuyo retrato solo ellos habían visto. Rehusé al principio sin alegar motivos; despues, como se pasaba de la sorpresa al descontento, y de esta á las reconvenções, creí que cesaría todo revelando mi esperanza.

No hubo mas que un solo grito:

—¡Es loca, es loca!

Fué preciso creerlo, porque nadie me comprendía, nadie sentía como yo. Acepté la resolución tomada, resignéme á no hallar sitio acomodado para mí en un mundo hecho para otros espíritus y otros corazones; y me dije igualmente á mí misma:

—¡Eres loca!

Y no opuse resistencia cuando me trajeron aquí.

—¿Y os quedais? exclamó Marta, que estrechaba las manos de Pensativa con ternura.

—Hasta que el doctor me haga trasladar

como incurable á la isla de los Reprobados. Pero hé aquí nuevos visitantes. Su curiosidad me humilla, como sus preguntas; adios, no me olvideis.

Abrazó tiernamente á Marta, y desapareció por entre los bosquecillos como una cierva fugitiva.

Marta se reunió con sus compañeros, á quienes había dejado un momento antes, y se encaminaron hácia el observatorio, donde los aguardaba don Atodo.

Visitaron de paso el Museo, en el que encontraron entre las muestras de razas perdidas los animales domésticos recomendables sobre su fidelidad, y los venados que no habían recibido otro don que su hermosura.

La utilidad bien entendida había eliminado del reino animal todo lo que no producía un beneficio apreciable é inmediato.

Las especies que se conservaban habían recibido su perfeccionamiento por el método de la mezcla de las razas, de modo que cambiaban enteramente de forma. No eran seres sometidos á una ley de armonía, sino cosas vivas modificadas en beneficio de la carnicería.

Los bueyes destinados al cuchillo habían perdido sus huesos; las vacas no eran mas que alambiques animados, que transformaban la yerba en lacticinios, los cerdos masas de carne que engordaban hasta ponerse como bolas. Todo esto era perfecto, pero disforme. La creación, aumentada y corregida, había dejado de ser un espectáculo para convertirse en una dispensa; el mismo Dios no hubiera podido reconocerla; la mayor parte de los seres solo aparecían en el estado científico; la obra de los siete días había sido colocada en un frasco de espíritu de vino y confiada al arte de los cesteros.

El jardín botánico, cultivado cerca del museo, encerraba la colección completa de todas las yerbas, arregladas por familias, con hermosos rótulos encarnados que tenían inscritos nombres latinos por temor de que no se pudiese reconocerlas. Había tambien invernáculos en que se cultivaban las plantas de las cinco partes del mundo para la instrucción y recreo del público, que jamás entraba. Nuestros visitantes encontraron felizmente á D. Vértebra, á quien habían conocido á bordo de *la Dorada*, y que les hizo abrir las puertas generalmente cerradas.

Enseñóles un semillero de pinabetes del Norte, debajo de una campana, robles en botes, y una porción de álamos blancos de quince centímetros de altura. Estos eran

los prospectos de las selvas vírgenes del antiguo mundo. Pero en cambio admiraron guindas del tamaño de un melon, y ananas que era preciso cortar por el pie como los árboles de construcción.

Al dejar los invernáculos, D. Vértebra los condujo á las habitaciones reservadas del establecimiento, donde les enseñó embriones de ballena que se criaban en grandes estanques como si fuesen peces, pequeñas focas criadas por él con biberón, y osos blancos apenas salidos de la adolescencia, que se esperaba aclimatar al país. Por último, haciéndosele tarde, se despidieron del honorable profesor de zoología, que los volvió á llamar para anunciarles el próximo parto de un gran sauriano de las Antillas, y rogarlos que volvieran á ver los pequenuelos.

XIV.

Un cementerio á la moda.—Carruajes establecidos en favor de los muertos.—Bazar funerario.—Sistema de impuestos.—Epitafios-omnibus.—Un corredor mortuario.

Al salir del jardín botánico, nuestros visitantes fueron detenidos por una larga fila de gente que seguía un carro fúnebre; Blaguefort se hallaba entre los acompañantes, reconoció á Mauricio y se separó del cortejo para saludarlo. El joven preguntó quién era el muerto.

—¡Hola! le conocéis, replicó Blaguefort; es nuestro antiguo compañero de viaje, el hombre del racahout! Queriéndolo hacer enflaquecer, los quita-manchas aprobados han logrado justificar su identidad; pero ha muerto. Es una pérdida muy sensible á su familia, y sobre todo á la compañía á quien servía de prospecto vivo. Yo también lo siento por haber perdido la hechura de un corsé ortonásico que me había pedido, como no ignorais.

—De este modo, dijo Mauricio, el error de un gendarme habrá costado la vida á un hombre, arruinado una familia y comprometido muchos intereses!...

—Sin que haya derecho á reclamar indemnización alguna, acabó Blaguefort. Si un particular acusa sin motivo, es condenado como calumniador; si se engaña en un juicio, si hace alarde de precipitación ó de imprudencia, queda responsable. Pero la sociedad tiene el privilegio de equivocarse; si desconoce un derecho, si pierde un hombre honrado, si ocasiona la muerte y la desolación de algunos inocentes, bástale el decir:—Me he engañado; y esto pasa por

una reparación suficiente. Esto se parece á la historia del lobo que mira á la cigüeña muy contenta por no haber sido devorada.

Hablando de esta manera, Blaguefort se había aproximado á la comitiva; y Mauricio y Marta, que se habían despedido del doctor Exiguo lo siguieron maquinalmente.

Llegaron al fúnebre recinto, á cuyo alrededor se extendía un bazar.

—Aquí teneis el cementerio de la moda, les dijo Blaguefort; todas las gentes que saben vivir deben hacerse enterrar en él, so pena de mal tono. A la verdad, nada ha sido olvidado por los directores de este establecimiento mortuario para conservar su reputación. Han comprendido que era preciso llorar los muertos del modo más recreativo para los vivos; así es que el cementerio se halla servido por tres clases de carruajes llamados los *lamentables*. La viuda y el huérfano no tienen que hacer más que tirar del cordón para que el conductor haga parar el carruaje en la puerta que les corresponde. Hay además gabinetes particulares para las personas que desean llorar retiradas, y vendedores de pomada para los ojos inflamados de tanto llorar.

El bazar construido al lado del cementerio contiene todo lo que puede servir á los difuntos y á los que sobreviven, desde las coronas de siempreviva en raspaduras de ballena hasta los capones á lo Marengo. Hallanse también oradores fúnebres que, mediante una retribución moderada, se encargan en hacer el elogio del difunto, y de desear que *la tierra le sea ligera!* El que habla en este momento y que no podemos oír por la mucha distancia, es uno de los más en boga. Alguacil en otro tiempo, ha introducido en su nuevo cargo todas las astucias de su nuevo oficio. A proporción del dinero que se le da, hace subir ó bajar un treinta por ciento las virtudes de los difuntos. Por lo demás, hé aquí la ceremonia concluida; nada más tenemos que hacer que despedirnos del hermano del difunto que ha presidido el duelo.

Quisieron aproximarse á este último, que acababa de hacer un saludo á los asistentes y que iba á salir por otra puerta del cementerio; pero la hallaron ya asaltada por una multitud de industriales que acababa de explotar su ternura para el difunto. En primer lugar, se presentaban el marmolista enseñando modelos en pequeño de monumentos fúnebres á todos precios y de todas formas; el sepulturero, que solicitaba una gratificación, alargando un sombrero, en el cual se hallaba escrito: *Está prohibido pedir*; el jardinero del cementerio, que

ofrecia plantar en derredor de la tumba cipreses y judías de España; el portero aguardando la propina que debe todo nuevo inquilino; el recaudador de los *lamentables*, ofreciendo un abono de cincuenta sellos; en fin, los vendedores de siemprevivas, de ángeles de carton-piedra y de lámparas funerarias de porcelana, que ofrecían sus artículos á precios de fábrica. Blaguefort le apretó la mano, y se alejó con sus compañeros.

—El desgraciado quedará arruinado, dijo; diez años se vivirán en Sin-Par con la suma que es preciso satisfacer para conseguir el permiso de morir. Aun aquí no veis más que los gastos pequeños. Además hay los derechos del fisco! En todas partes donde se ponen cortinajes negros sembrados de lágrimas, los vereis correr hacia ellas con la boca entreabierta y las garras tendidas. Todo patrimonio está sujeto á su diezmo. Se engorda con los muertos así como los vampiros de la Bohemia. Aun cuando una mujer haya perdido el marido que le proporcionaba la subsistencia; aun cuando una viuda llore el hijo que era su apoyo; aun cuando un niño vea sucumbir al padre, de quien todo lo recibía, el fisco corre en nombre de la sociedad y les quita una parte de lo que tienen para permitirles que conserven el resto. Cada fe de muerto es una letra de cambio pagadera á su orden. A la verdad, estos derechos aumentan el activo del presupuesto, y permiten sostener treinta y dos millones de funcionarios públicos que emplean ocho horas al día en cortar plumas y rayar papel. Es una de las ramas de este grande árbol siempre con flores y frutos que nosotros llamamos sistema de impuestos.

—¿Pero ese sistema reconoció algun principio? preguntó Mauricio.

—Un principio admirable, respondió Blaguefort; hacia mucho tiempo que se observaba que los hombres que poseían menos riquezas eran los que conocían menos necesidades; nuestros legisladores han deducido de aquí que el proletario, que de nada vivía, era el que debía tener cosas superfluas. En consecuencia le han hecho soportar doble carga, hacer doble servicio, y pagar doble tasa. Todo cuanto él consume pasa tres ó cuatro veces por el registro fiscal. Pero ha costado muchos trabajos conseguirlo. Por mucho tiempo la obstinacion del pobre diablo ha luchado contra la equidad *distributiva* de la ley. Se señalaban impuestos á los alimentos, ayunaba; se imponían derechos á los vestidos, andaba desnudo; al sol, tapiaba sus ventanas! Todas las

tentativas para encontrar un impuesto que no pudiera evitar habían sido inútiles, cuando nuestro ministro de Hacienda há en fin, descubierto lo que se buscaba en vano, ha creado la contribucion de narices! En lo sucesivo, cualquiera que goce de esta anexidad, paga la talla sin mas informacion; el recaudador no tiene que averiguar ni la edad, ni la profesion, ni el domicilio, ni la fortuna; bástale ver que hay nariz. Algunos representantes habían querido que el impuesto fuese proporcional á esta última; y no se necesitaba mas que aplicarle la medida rectificada, que daría la relacion de la nariz de cada ciudadano con el diámetro de la tierra; pero los diputados de la oposicion han alegado que todos los hombres debían ser iguales ante la ley, y se ha renunciado á la naso-estática propuesta.

—Sin embargo, replicó Mauricio, el que nada posee, nada puede pagar por ejemplo, los mendigos...

—No se conocen, respondió Blaguefort.

—Estarán recogidos en los asilos.

—Se han erigido columnas de madera que lo indican. El dinero consagrado en otro tiempo á aliviar á los indigentes, se emplea ahora en anunciarles que no se les socorrerá: en todas partes se lee la famosa inscripcion: *se prohíbe mendigar en este distrito*. De modo que de poste en poste, y de prohibicion en prohibicion, llegan infaliblemente á algun barranco, donde mueren de hambre y de cansancio. No podriais creer la rapidez con que han desaparecido los mendigos á virtud de este procedimiento. Algunos se obstinan, sin embargo, sostenidos por los socorros de los malos ciudadanos; pero el gobierno acaba de dictar una ley en virtud de la cual sería castigado con la misma pena el que da limosna que el que la recibe. De este modo, esperamos estirpar en las almas hasta las últimas raíces de lo que en otro tiempo se llamaba caridad. No teniendo que auxiliar á nadie, cada uno se ocupará de socorrerse á sí mismo; no se pedirá mas porque se habrá cesado de dar, y todos los hombres disfrutarán tranquilamente de su fortuna... ó de su miseria! Pero ya llegamos al cementerio; ¿no tendreis la curiosidad de revisar un momento la ciudad de los muertos?

Advertidos por esta pregunta, el jóven y su compañera miraron á su alrededor. El fúnebre recinto se hallaba dividido en tres departamentos enverjados y favorecidos por la custodia de un conerge. El mas pequeño encerraba los muertos célebres, cuyas tumbas no podían visitarse sino acompañados por muchos guardas. El primero

de estos enseñaba el sitio que ocupaban los ilustres guerreros, recibía su propina y os encomendaba á un segundo guarda, que después de haberos enseñado los grandes literatos y obtenido una segunda gratificación, os dejaba en poder de un tercer compañero, especialmente encargado de los sábios, pero mediando siempre alguna pequeña moneda, el cual os remitía á un cuarto guía que tenía á su cuidado los célebres artistas.

Cada uno ejercía además pequeñas industrias accesorias, tales como ventas de ramas del sauce de Napoleon, rizos de cabellos de Voltaire, rubios ó negros, según se querían; fragmentos del ataúd de Heloisa y Abelardo; caja de tabaco de polvo de lord Byron, que no lo tomaba; rosas blancas cogidas al pié de la tumba de Robespierre, y acónitos puestos sobre la de monsieur de Talleyrand.

El segundo cuartel se hallaba consagrado á los banqueros, labradores, rentistas, comerciantes y funcionarios públicos. Allí era donde se hallaban las cruces de honor, los bustos debajo de campanas, y los perritos disecados. No había más que tres epitafios colocados debajo de los nombres. En la tumba de un jefe de familia se ponía:

**Fué buen esposo, buen padre,
buen amigo,
y elector de su distrito.**

En la de una jóven:

**Siendo rosa ha vivido lo que viven
las rosas: el espacio de una ma-
ñana.**

Requiescant in pace.

Se leía en la de un niño:

**Este es un nuevo ángel en el
cielo.**

CONCESION PERPETUA.

El tercer distrito se hallaba consagrado á los pobres. Estos no dejaban monumentos sino en los corazones de los que sobrevivían... cuando los dejaban. A lo más algunas piedras, algunas cruces de madera ennegrecida indicaban el camino de la grande hoya comun, donde iban á hacinarse las generaciones nacidas en la miseria, viviendo sin esperanzas y muertas en el abandono. En este último punto nada de piedras ni de cruces... de rato en rato se veían algunos niños arrodillados, algunas mujeres lloran-

do retiradas, epitafios vivos que todo el mundo podía leer, y que decían mucho más que los grabados en mármol y en el bronce.

Blagnafort y sus compañeros se dirigían de una de las calles de salida, cuando fueron detenidos por un corredor mortuorio que se les puso delante. Era este una especie de gigante flaco, vestido con unos calzoncillos negros salpicados de lágrimas, y con una especie de capa del mismo color, en la que llevaba á guisa de bordados huesos cruzados y calaveras.

—Estos señores han visto el cementerio; dijo con la volubilidad mecánica de esos mercaderes acostumbrados á ensartar sin puntuación un día entero... estos señores habrán quedado satisfechos... es el mejor establecimiento de Sin-Par, el único en que puede uno hacerse inhumar de una manera decente... los nichos suben de precio todos los días, se consiguen con dificultad, porque todos quieren enterrarse en este sitio. Dentro de poco todo estará comprado. ¿Estos señores no querrán elegir de antemano el sitio que deben ocupar algún día? Yo puedo facilitarles esta elección, hacerles ajustar por tres varas, seis varas, nueve varas. Nadie podrá ofrecerles tantas ventajas como yo, pues soy el favorecido por la administración. Estos señores pueden designar el sitio... los hay rodeados de árboles... Estos señores podrían tener un sauce... vástago del de Napoleon... garantía... ¡el sauce está muy bien cuidado!... Yo me encargo igualmente de los monumentos á destajo; tumbas sencillas, historiadas, edificios fúnebres con estatuas y accesorios. En cuanto á los embalsamamientos, el privilegio del método Patridus me pertenece; poseo el método de conservar los cuerpos con toda su gracia y con toda su frescura, la persona más allegada no encuentra diferencia alguna entre el sujeto preparado y el vivo. Proporciono además epitafios inéditos; imprimo artículos biográficos; hago entrar por favor á los difuntos en el departamento de los grandes hombres... Estos señores no hallarán persona alguna que pueda colocarles como yo. Hace veinte años que trato á los muertos; conozco aquí á todo el mundo, estoy en mi casa y en mi centro. Si estos señores quieren rebaja, podremos arreglarnos. El momento no puede ser más oportuno; la administración proyecta mejoras; necesito dinero; se puede adquirir un nicho por una bicoca... Estos se persuadirán que hacen un excelente negocio... al paso que si no quieren hacer uso por sí mismos del terreno, podrán cederlo á otro; esta es la propiedad de que uno se des-

prende con mas facilidad; esta es una casa que siempre encuentra inquilinos... Estos señores no quieren decidirse... pues les aseguro que tendrán motivo de arrepentirse.

Mauricio llegó á la puerta del cementerio; el corredor mortuorio se detuvo en la reja como un mercader en el umbral de su tienda; pero su voz se dejó oír por algun tiempo de los visitantes que se encaminaban al observatorio.

XV.

Observatorio de Sin-Par — De qué modo el señor del Empireo distingue en la luna lo que pasa en su casa. — Reunion de todos los académicos. — Utilidad de la milicia urbana para los drogueros, pasamaneros y tratantes en vino. — Lo que es necesario para constituir derechos á un premio de virtud.

El observatorio de Sin-Par se hallaba construido en el centro de un vasto jardín, y en una altura, desde donde se veía sin obstáculo el horizonte. Allí era donde el grande astrónomo de Sin-Par tenia el registro del estado civil de los cuerpos celestes, en el que constaba con toda escrupulosidad su edad, sus alianzas, sus divorcios y sus muertes. Pero desde sus últimos descubrimientos, la luna absorbía por si sola toda su atencion. La buscaba de dia, la contemplaba de noche, hablaba de ella despierto y dormido. Jamás Endimion se habia hallado tan tiernamente preocupado por su pálida amante.

D. Atodo y sus huéspedes le hallaron clavado en su infinito telescopio, poseido de una alegría inesplicable.

— Todavía los veo, decia á Blaguefort que se hallaba en pié detrás de él; ¡son las mismas personas que ayer!

— ¿Quiénes son? preguntó el académico aproximándose.

— ¿Quiénes? respondió Blaguefort enagado; dos amantes lunares que nuestro amigo está viendo hace ocho dias. Ha observado todos los preliminares de la pasión; los telégrafos de las ventanas, cambio de cartas, escalamiento...

— Hélos aquí; ya se acercan, interrumpió el astrónomo. ¡Oh, qué bien lo distingo! excepto el rostro de la mujer, que se halla cubierto con un velo... Es en un gran jardín... con un pabellon... y calles de cocos... Ahora van á sentarse bajo una higuera.

— ¡Diablo! ¡el árbol bajo el cual nuestra primera madre encontró á Satanás! dijo don Atodo.

— La mujer parece que está sobresaltada...

repuso el astrónomo, que no abandonaba su lente. Mirá trás si...

— ¿Es que habrá maridos en la luna? exclamó el comisionista-viajero. ¡Ahora comprendo por qué afecta la forma simbólica del creciente!

— Aguardad, interrumpió el Sr. del Empireo, la mujer se decide á sentarse...

— Bien...

— *El* le toma la mano...

— ¿Y *ella* se la deja?

— No, *ella* resiste...

— Entonces es para que la estreche con mas fuerza.

— Sí, *el* la aprieta contra su corazon...

— ¡Vaya!...

— *El* cae de rodillas...

— ¿Pero todo eso es lo mismo que lo que sucede acá abajo? exclamó Blaguefort algo admirado.

— En efecto, hay mucha semejanza, interrumpió Mauricio, que hasta entonces lo habia observado todo sin hablar palabra.

— ¿Por qué? preguntó D. Atodo.

— Porque el telescopio ha vuelto á tomar su posicion horizontal, y en vez de hallarse dirigido hácia la luna mira al jardín.

El Sr. Empireo dió entonces un salto terrible.

— ¡El jardín! repitió. ¡Cómo!.. ¡los locos... ¡el pabellon! ¡la higuera!...

— ¡Los tenemos delante de nosotros!

El astrónomo miró.

— Es pura verdad, dijo, jamás habia observado...

Y levantándose de pronto:

— ¡Pero la mujer, exclamó, la mujer que acaba de quitarse el velo!...

Y se precipitó hácia el telescopio, miró y dió un grito... ¡era la señora del Empireo! ¡Lo que él buscaba en el cielo lo encontraba en su casa!

Hubo un momento de turbación general. Blaguefort y Atodo se miraban; Mauricio se separó algunos pasos: el Sr. del Empireo se habia dejado caer en su sillón, pálido y desencajado.

— ¡No era nuestro satélite! exclamó aterrado.

— ¡Era vuestro jardín! respondió Blaguefort igualmente estupefacto.

— ¡No era una mujer de la luna! repuso el astrónomo.

— ¡Era vuestra esposa! continuó el comisionista-viajero.

— ¡Todo esto sucedia á pocos pasos de nosotros! prosiguió el sábio.

— ¡Y ya que habiamos formado una sociedad para los telégrafos transaéreos! acabó el industrial.

El Sr. del Empíreo llevó ambas manos á su rostro.

—De este modo, nada he descubierto! dijo desesperado.

—Permitidme, interrumpió Blaguefort, siempre pronto en recobrar su sangre fría; lo que habeis visto no debe despreciarse, y podemos sacar buen partido. No os propondré que forméis una sociedad por acciones; los progresos del siglo no nos han conducido todavía á este terreno, pero podeis intentar una accion judicial, exigir reparacion de perjuicios.

—¿Para?...

—Precisamente.

—¿Pero contra quien?

—El hombre lunar que acabo de reconocer, y que es únicamente nuestro ministro de la moral y cultos, que ha olvidado en este momento el ejercicio de sus funciones!

—¡Ah, traidor!

—Decid mas bien desgraciado. Podreis exigirle lo que la ley llama *prima de consuelo*; algunos cuantos miles de francos.

—Con los cuales haré perfeccionar el telescopio! teneis razon, quiero aprovecharme de mi posicion. Señores, vosotros acabais de presenciar el insulto; vais á seguirme al tribunal para presentaros en clase de testigos.

Se habia levantado buscando su baston y su sombrero. Mauricio quiso inútilmente detenerle; la idea de la reparacion de los perjuicios se habia apoderado del sábio. Calculaba todas las mejoras que podria introducir en sus medios de exploracion. Gracias al dinero del ministro de los cultos, estaba cierto de saber de una manera positiva, y antes de tres meses, si los maridos de la luna tenian derecho á las mismas *primas de consuelo* que los de la tierra.

Sus acompañantes se hubieran visto obligados á seguirle al tribunal de justicia, si D. Atcdo no se hubiese repentinamente acordado del gran congreso anual del Instituto de Sin-Par, al que pertenecian los dos, y que debia celebrarse aquella misma mañana.

Solo quedaba el tiempo preciso para que pudiera llegar. El Sr. del Empíreo se resignó, pues, á aplazar su denuncia, y aceptó un asiento en el carruaje del académico, en tanto que Mauricio y Marta los seguian en el cupé volador de Blaguefort.

Este último, que habia observado la turbacion de los dos esposos en el momento en que el astrónomo habia hecho tan fatal descubrimiento, se encargó de consolarles.

—Por fortuna, dijo, ya han pasado aque-

los tiempos en que el marido engañado pedia la condena ó la vida del seductor: hoy dia se contenta con su metálico. La traicion de una mujer es una ingratitud compensada por los beneficios: de este modo nada tiene de impúdico para el marido; los ingresos que proceden de su falta son como patrimonios indirectos cuyo origen rescata la opulencia. Es un medio seguro de querer por mucho tiempo á la mujer que os ha hecho rico.

Si los judíos hubiesen conocido las *primas de consuelo*, lejos de apedrear á la esposa adúltera, la hubieran erigido una estatua al lado de la del becerro de oro. Las infidelidades matrimoniales no son ya cuestiones de sentimiento, sino de aritmética. A cada nuevo descubrimiento, el marido adquiere con el metálico que produce una nueva finca ó se consuela de su desgracia viajando. Todo esto se hace sin escandalo, sin ruido, por auto sencillo de primera instancia. Se dice: —*El señor N*** ha obtenido una prima, como se diria que ha sido nombrado mayordomo ó cabo de la guardia nacional.* Esta es una chanza que puede enriqueceros sin la menor dificultad, y realizar la fábula del hombre que corre en vano tras de la fortuna y la halla á su vuelta en casa. Por último, bastará decir para que se crea que hay legalidad, que este procedimiento es oriundo de Inglaterra, y que nuestra civilizacion no ha hecho mas que perfeccionarlo.

Las puertas del Instituto se hallaban guardadas por una compañía de guardias nacionales. Esta fué la primera vez que Mauricio veia esta milicia, y se asombró de su elegancia.

Se la habia obsequiado con las armas y uniforme que se habia visto eran muy incómodos para el ejército, como se hace con aquellos niños á quienes se abandonan los antiguos adornos militares con los cuales juegan á los soldados. Cada ciudadano granadero llevaba una gorra de pelo de tres piés para resguardarse de los rayos del sol, un par de botas á lo postillon, que les podian librar muy bien de los sabañones, y una caja de municiones conteniendo pasta pectoral ó pastillas de malvavisco. En vez de sable colgaba del lado izquierdo una caja de anteojos.

—Hé aquí una de nuestras mas bellas instituciones, dijo Blaguefort. La guardia nacional de Sin-Par se ha cubierto de gloria en otras ocasiones, segun lo prueban las condecoraciones de aquellos. Con dificultad encontrareis dos ó tres tambores que carezcan de cruz, y aun esto es por falta de pro-

teccion. Es el baluarte de nuestras libertades, aunque se prohíbe tener opinion cuando se llevan las armas; el sosten del orden público, aun cuando la policia se haya hecho para los municipales. Abre por otra parte una carrera legitima á ambiciones que, sin ella, jamas podrian satisfacerse. Aquel droguero que paga su patente moriria virgen de toda representacion pública si no obtuviese de sus vecinos el título de subteniente: el otro tocintero venderia jamones privado de toda distincion social, si sus funciones de cabo no le hubiesen valido tres condecoraciones. La milicia urbana da además que comer á muchas industrias nacionales, tales como la de los taberneros, los vendedores de albayalde y de bolas para cartucheras; produce una poblacion flotante de acatarrados, reumáticos y concurvados, que da utilidad á los médicos y á las fábricas de regaliz: conserva en fin en el país un espíritu militar, tanto mas digno de fomentar, cuanto mas lejanos están á aprovecharse. Respecto de los servicios prestados por los ciudadanos armados son muy evidentes y numerosos para que haya necesidad de enumerarlos. Defienden en primer lugar todas las puertas, ya custodiadas por la policia ó el ejército: guardan los monumentos públicos dentro de verjas cerradas; recorren la ciudad cargados con su cartuchera, gorra de pelo, botas á lo postillon y de su fusil, para prender á la carrera, á los ladrones atacados por su sola malicia: últimamente sirven para adornar con sus batallones las fiestas públicas, como las viñetas con que el impresor embellece á su vez los anuncios de casamientos ó las esquelas de entierro.

Los dos esposos hallaron el Instituto de Sin-Par establecido en una sala circular, cuyas tribunas ocupaba el público. Cada académico llevaba unos calzoncillos, en los que estaba bordada una guirnalda de verde manzana, y una espada suspendida de un cinturon de siemprevivas.

Se empezó el acto por la recepcion de un miembro recientemente admitido en la academia del buen lenguaje. Blaguefort participó á Mauricio que los nombramientos eran el resultado de un concurso. Aquel que en el tiempo que se le designaba hacia mayor número de visitas, era preferido á todos sus competidores, y resultaba que el mejor título para obtener un buen resultado no era una bella obra, sino un buen tren. Así es que el nuevamente elegido lo habia alcanzado sin dificultad. Era ricote, cuyas obras completas se componian de dos canciones, tres felicitaciones de año nuevo y un madrigal.

El secretario perpétuo, encargado de explicar la causa de su recepcion, refirió la historia de uno de sus antepasados, que habia sido general de caballeria. El elegido contestó con el elogio de su predecesor, contra el cual habia compuesto sus dos canciones; pasóse despues á la distribucion de los premios de virtud, llamados, segun una antigua costumbre, premio Montyon.

El encargado de informar al auditorio, empezó por explicar este nombre, cuyo origen se perdia en la noche de los tiempos. Hizo saber que se componia primitivamente de *mont*, altura, y de *ione*, piedra preciosa, de cuyas palabras se habia formado *mont-ione*, y por corrupcion, *mont-yone*, expresion simbólica que se podia traducir por *montaña preciosa*, siendo efectivamente la virtud lo que hay de mas precioso y de mas sublime.

Se procedió despues á leer la lista de los candidatos premiados por la academia. El primero era un hombre, cuya única ocupacion habia sido la de socorrer los pobres de su parroquia. Despues de haberlos vestido y dado de comer por el espacio de veinte años, habia él mismo quedado sin pan y desnudo.

La academia, que por medio de su secretario le habia titulado el San Vicente de Paul de la república de los Intereses-Unidos, le concedió, á título de auxilio ó socorro, tres libras de chocolate y unos calzoncillos de honor.

El segundo candidato era un operario, á quien acababan de hacerle la operacion del trépano, porque tratando de salvar á una familia del furor de las llamas cayó una viga y le fracturó la cabeza. Se le comparó á Mucio Scévola, y se le gratificó con un gorro de algodón adornado de una corona de laurel.

El tercero (era una mujer); habia cegado trabajando todas las noches para dar de comer á su anciano amo. Se le relegaron un par de anteojos con la marca del Instituto.

El cuarto consiguió unos zapatos honoríficos por haber sucesivamente salvado á veintidos personas que se ahogaban.

En fin, otros muchos, mas ó menos pobres, ó estropeados á causa de su generosidad, recibieron gratificaciones que subieron de dos reales hasta diez pesetas.

Premióse igualmente á un soldado de la patria, alistado hacia treinta años sin haber faltado una sola vez á la guardia; un cochero que habia celebrado sétimas nupcias, y que jamás habia hecho uso del látigo sino para con sus caballos; un oficial de la caja de ahorros siempre activo, y un emplea-

do de la biblioteca de extraordinaria complacencia.

Estos dos últimos fueron los únicos cuyas virtudes parecieron inverosímiles, y que escitaron un murmullo de incredulidad.

Pasóse en seguida al premio de historia, de economía política y de poesía.

En historia se trataba de decidir quién había tenido mas atrevimiento, si Anibal ó Alejandro (decidiendo el programa que debía haber sido Alejandro).

El secretario perpétuo declaró que ninguno de los opositores había tratado la cuestion como él, y que el premio quedaba por lo tanto aplazado para el año siguiente.

A los economistas se les había preguntado por qué medios se podría mejorar la suerte de las clases mas ignorantes y mas pobres.

Se dijo que todos los candidatos se habían extraviado buscando estos medios, que no existían, y que se había borrado del programa esta parte.

Por último, el asunto de poesía era la descripción de la primavera, con un episodio elegiaco sobre el cultivo de las patatas.

La comisión nombrada para juzgar las tres mil piezas que se habían presentado, hizo saber que todos los poetas habiéndose descrito la primavera de su país en lugar de pintar la *primavera absoluta*; y que la mayor parte habían incurrido en errores crasísimos respecto del cultivo de las solánacas. Por lo tanto, el premio se había transformado en una mención honorífica concedida á la pieza número 940, la que no tenía nombre de autor.

Al llegar aquí se suspendió la sesión. Una parte de los inmortales salió de la sala, y los vendedores de limonada aparecieron en las tribunas. Los que se conocían le saludaron y preguntaron por los ausentes; se habló de los bailes, á los cuales se hallaban convidados, de las cotizaciones de la bolsa, de todo, en fin, menos de lo que se acababa de oír. Al cabo de una hora, la campanilla del presidente anunció que la sesión continuaría.

Tratábase de las comunicaciones dirigidas por diversas academias.

Se leyó en primer lugar una memoria destinada á ilustrar si los reyes pastores eran negros, ó solamente de un moreno oscuro; despues una fábula que desarrollaba esta verdad: *que el débil es oprimido con mas frecuencia que el fuerte*; en fin, una disertacion arqueológica relativa á la espuela de Francisco I.

Pero esto no era mas que el preludio de

la sesión, el prólogo destinado á hacer aguardar la gran pieza. Apareció, en fin, el bibliófilo con el primer capítulo de su famoso tratado sobre las *costumbres de la Francia en el siglo diez y nueve*. Esta lectura se hallaba anunciada hacia ya tres meses, y de antemano se contaban maravillas; todo el auditorio se inclinó hácia la balaustrada de las tribunas; se guardó el silencio mas profundo, y el académico comenzó con el acento solemne y de cadencia que constituye lo que la gente campesina llama un *hermoso órgano*.

XVI.

Memoria de un académico del año tres mil sobre las costumbres de los franceses en el siglo décimo nono.—Cómo los franceses no conocían la mecánica, la navegacion ni la estadística, y morían todos de muerte repentina por causa de los notarios.—El gobierno encargado de componer epitafios para las célebres cortesanas.—Tráge de los reyes de Francia cuando montaban á caballo.—Los nombres de los autores eran fábulas mitológicas.—Lenguaje singular empleado en la conversacion.

«Muchísimas veces, señores, se ha dicho que cuantos mas vestigios quedan de la literatura y de las artes de una nacion, esta nacion no ha muerto; el estudio puede reconstituirla, hacerla revivir como las creaciones antediluvianas deducidas por las inducciones de la ciencia.

«¿La literatura y las artes, no son acaso el reflejo fiel de las costumbres de una época? ¿no encontráis en ellas la pintura de costumbres, creencias, caracteres y sentimientos? Si no poseemos mas que datos falsos sobre los pueblos que vivieron en otro tiempo, no debemos atribuirlos á otra causa que á nuestra pereza; un serio estudio nos hubiera ilustrado en toda su estension.

«Este estudio es el que hemos intentado respecto á los franceses del siglo diez y nueve.

«Quince años he empleado en visitar las ruinas de sus monumentos, en examinar sus cuadros y estatuas, en conocer, sobre todo, sus obras, inmensa galeria donde todas las individualidades de lo pasado se agitan y empujan.

«El trabajo que tengo el honor de someter á vuestro examen es el resultado de estas largas investigaciones.»

(Aqui el lector se para con pretesto de

beber; el público, prevenido así de que se halla en un buen punto, aplaude.)

«Y desde luego, señores, protestamos contra la preocupacion vulgar que hacia mirar á los franceses como hombres ligeros, inconstantes y amigos del placer: ¡Nada de eso! El estudio atento de todo cuanto han dejado nos los manifiesta sombríos, apasionados, sanguinarios, siempre con el veneno ó el puñal en la mano. Sus autores dramáticos, sus poetas, sus novelistas que han pintado las costumbres de su tiempo, no dejan respecto á este punto la menor duda.

«Así, para no citar mas que un hecho, hemos calculado, en vista de la lectura de sus obras, que de trescientas uniones legítimas solo uno moria de muerte natural. La consecuencia normal del casamiento era el suicidio ó el homicidio; los esposos solo se dejaban vivir por escepcion.

«Era tal bajo este punto de vista la fuerza de la costumbre, que un marido estranguló á su mujer la noche de boda, solamente porque no podia acordarse de su nombre (1).

«Los amantes no eran felices, ya sea que la mujer matase al hombre para hacerlo mas prudente (2), ya sea que el hombre asesinasen á la esposa para evitarle las quejas de su marido (3), sea que ambos se matasen juntos y amistosamente como se lee en cada página de los periódicos de su época.

Habia además mil lancecillos imprevistos: una mano cogida en una puerta y que era preciso amputar (4); ojo sacado por un marido tuerto, muy partidario de la igualdad (5); señal hecha en la frente con un hierro candente (6); desafíos repetidos todos los años en la época de los guisantes (7); piedras que caian de propósito desde lo alto de un andamio de albañil (8).

«Por lo demás, estos lances imprevistos y otros varios pertenecian indistintamente á todas las clases y á todas las edades. Basta leer *los Misterios de Paris*, esa admirable pintura de la sociedad en el siglo diez y nueve, para comprender cuán difícil era no

morir ahogado, acuchillado, envenenado, emparedado ó estrangulado en ese centro de la civilizacion francesa. Sin disputa, las gentes que no asesinaban formaban una clase particular; una especie de rareza social que servia, sin duda, para la renovacion de la Cámara alta, compuesta como todo el mundo de ancianos, *pares atate*, de donde se derivaba el nombre *pares*.

«Esta multiplicidad de muertes violentas era principalmente obra de los notarios, de las mujeres de gran mundo, de los millonarios y de los médicos. Los médicos se libraban de este modo de sus enfermos para heredarlos mas pronto (1); los millonarios empleaban sus rentas en hacer matar á los hombres por medio de espadachines, y en envenenar las mujeres con ramilletes (2) de flores; las señoras principales iban á ver cómo asesinaban sus rivales á domicilio (3), y los notarios tenian cuenta corriente con los envenenadores, los asesinos y los estranguladores de Paris ó de su distrito.

«El único recurso para las gentes honradas, en medio de este desorden, eran los principes alemanes que abandonaban sus estados disfrazados, de operarios, para ir á defender la virtud en las cavernas de la calle de las Habas (4), ó los desterrados fugitivos que aseguraban el porvenir á las jóvenes pobres, y descubrian en un lupanar la mujer que debia hacerlos felices (5).

«Con todo, la influencia de estos defensores de la virtud se inutilizaba algunas veces por la famosa sociedad de Jesús, la que, se hallaba secundada por los domadores de fieras de la Alemania, los estranguladores de las Indias, y los directores de hospitales de Paris (6).

«Ya adivinais de antemano, señores, lo que serian las costumbres en una sociedad semejante. Salvo las grisetas que vivian como santas en medio de los aprendices, de los practicantes de escribano y de los comisionistas viajeros (7), las mujeres bien nacidas no tenian otra ocupacion que la galanteria, y los buenos padres de familia se encargaban de alquilar una casita en la que sus hijas casadas pudiesen recibir fácilmente

(1) Véase *La Confesion* (J. Janin).

(2) Véanse *Las Memorias del Diablo* (F. Soulié).

(3) Véase *Antonio* (A. Dumas).

(4) Véase *La Reja del Castillo* (F. Soulié).

(5) Véase *El General Guillermo* (E. Souvestre).

(6) Véase *Matilde* (E. Sué).

(7) Véase *Sueño de Amor* (F. Soulié).

(8) Véase *La Historia de los Trece* (H. de Balzac).

(1) Véanse *Los Reprobados y los Elegidos* (E. Souvestre).

(2) Véase *Matilde* (E. Sué).

(3) Véase *La Historia de los Trece* (H. de Balzac).

(4) Véanse *Los Misterios de Paris* (E. Sué).

(5) Véase *El Padre Goriot* y la continuacion (H. de Balzac).

(6) Véase *El Judio Errante* (E. Sué).

(7) Véase *Los Misterios de Paris* (E. Sué).

te á sus amantes (1). Si por casualidad una señora de alta clase habia guardado castidad no dejaba de espresar su arrepentimiento en el momento de la muerte (2), y de cantar, con el acento de la desesperacion, el famoso salmo:

Cuanto me he arrepentido.

»A la verdad, nada se habia dejado en olvido para inclinar á las mujeres á esas ideas. Además del arte, que no tenia cincel, pluma, ni pincel, sino para las bellas pecadoras, los empleados les manifestaban una tierna simpatía. Los mismos prefectos erigian monumentos á las mas célebres cortesanas, con inscripciones que tenian todas para instruccion de las jóvenes. La tumba de Inés Sorel ha sido recientemente descubierta en las orillas del Loire, y se lee en ella:

LOS CANÓNICOS DE LOCHES, ENRIQUECIDOS POR
SUS DADIVAS, PIDIERON Á LUIS XI
QUE ALEJARA SU TUMBA DEL CORO.

«CONSIENTO, DIJO, PERO DEVOLVEDME LAS
LIMOSNAS.»

LA TUMBA NO FUÉ TRASLABADA.

UN ARZOBISPO DE TOURS, MENOS JUSTO,
LA HIZO PONER EN UNA CAPILLA.

CUANDO LA REVOLUCION, FUÉ DESTRUIDA.

HOMBRES SENSIBLES RECOGIERON LOS RESTOS
DE INÉS.

Y EL GENERAL POMMERUEL, PREFECTO
DE INDRE-ET-LOIRE,

LEVANTÓ DE NUEVO EL MAUSOLEO
DE LA ÚNICA SEÑORA DE NUESTROS REYES
QUE HAYA MERECIDO BIEN DE LA PATRIA,
Y QUE PONIA

POR PRECIO DE SUS FAVORES
LA ESPULSION DE LOS INGLESES DE FRANCIA.
SU RESTAURACION TUVO LUGAR
EN EL AÑO M. DCCC. VI.

»Tales eran los cursos de moral que en estilo lapidario se veian todavía en el castillo de Loches en 1845, para la mayor edificacion de los *hombres sensibles* y de los franceses que querian *espulsar los ingleses de la Francia*.

»El modo de hacer fortuna en la misma época, no era menos notable. Los unos se enriquecian con los legados dejados por el Judio Errante; otros se hacian capitalistas, llevando luises á las ciudades en que escaseaban, y plantando olmos á las orillas de un rio (3); otros haciéndose derribar por la jauría de un gran señor (4).

»Pero cualquiera que fuera el origen de estas fortunas, cada uno las llevaba consigo en una cartera, como lo manifiestan los dramas de Mr. Scribe, y de este modo podian legarse sin testamento; uso generalmente adoptado á causa del legítimo terror que inspiraban los notarios.

»Si de los hábitos morales de la nacion pasamos á los esternos, los hallaremos no menos raros y variados. El trage sobre todo ofrecia estraños disparates. Intérin que los diputados aparecian en la tribuna sin otro vestido que un manto, como lo prueba la tumba del general Foy, los jefes militares llevaban, cuando iban á pié, calzones de piel de gamo y grandes botas de montar, como puede verse en la estatua del general Mortier. Hay tambien motivos para creer que se paseaban alguna vez cubiertos de una coraza, porque el autor de las *Meditaciones* afirma, hablando del emperador Napoleon:

Nada humano latia bajo su esposa armadura.

»Lo que nos indica de una manera indudable que llevaba una. El capote gris con capucha de que habla Berenguer, no era sin duda mas que su trage de elegancia media.

»Las estatuas colosales que se han encontrado entre los escombros de la antigua plaza de la Concordia, y que como hemos indicado en otra parte representan las princesas de sangre real, nos dan ideas del trage de las mujeres. Este era ciertamente mas favorable á las bellas formas que á las afecciones de pecho; así es que todos los autores de la época señalan la tisis como una de las enfermedades comunes á los franceses del siglo diez y nueve.

»La poca armonía de los trages adoptados en los diferentes monumentos del arte francés, prueba por otra parte hasta la evidencia que el vestido variaba segun las circunstancias y el objeto. No citaré mas que un ejemplo; ese retrato nos presenta á Luis XIV en pié, con calzones de terciopelo, casaca de brocado, medias de seda y zapatos de altos tacones; al paso que en la estatua ecuestre le vemos sin mas vestido que su peluca, de lo que se debe necesariamente deducir que los reyes de Francia guardaban esta última para cuando montaban á caballo.

»Si juzgamos de la ciencia y de las artes mecánicas por los monumentos que han quedado, los franceses del siglo diez y nueve se hallaban, cuando mas, al nivel de los conocimientos antiguos. En efecto, vemos que al colocarse en la capital de su reino un obelisco erigido dos mil años antes por

(1) Véase *El Padre Goriot* (H. de Balzac).

(2) Véase *El Lirio en el Valle* (H. de Balzac).

(3) Véase *Eugenio Grandet* (H. de Balzac).

(4) Véase *El camino mas corto* (J. Jannin).

los egipcios, un arquitecto hizo grabar en el zócalo una inscripción triunfal, como si hubiese concluido una obra milagrosa. Además sus flotas solo se componían de triremes, como lo prueba la medalla acuñada en conmemoración de la victoria de Navarino.

»Un trozo de pilón de una fuente recogido últimamente, ofrece sin embargo, en bajo relieve la figura de un buque particular. Tiene cuatro mástiles, de los cuales uno se halla fuera del eje del buque, así como el bauprés colocado atrás, lo que, según observación de un gracioso, lo asemeja á un caballo, cuya brida estuviese en la cola. El viento hincha su vela hácia la popa, lo que no le impide cortar las olas con la proa, casi lo mismo que un carretón que marcha delante, á medida que se le empuja hácia atrás!

»Pero, ¿cómo hemos de creer que si la Francia de aquel siglo conociera las leyes de la estática, hubiera permitido que se grabara en un monumento público un buque tan contrario á ellas? Un pueblo no se calumnia á sí mismo: cuando la ciencia le enseña el verdadero camino no permite se perpetúen en el hierro y en el granito falsos testimonios de su ignorancia, mayormente cuando tiene un ministerio de trabajos públicos, un prefecto del Sena y un director de bellas artes. No citaremos al ministro de Marina, puesto que sin duda se halla muy ocupado de las embarcaciones que surcan los mares para mirar las que se graban en las fuentes de agua dulce.

»Es preciso confesar, señores, que la Francia del siglo diez y nueve nada sabía. Si miramos á su gloria militar, dudo que se pueda hablar de ella después de los trabajos hechos por nuestro ilustre colega Mitófono, puesto que justifican hasta la evidencia que las expediciones del pretendido emperador Napoleón no eran otra cosa que la repetición de las de Baco, modificadas por la misma imaginación popular que inventó con posterioridad las aventuras simbólicas de ese Roberto Macaire y de ese Bertrand, en los que es imposible dejar de reconocer á los dos mellizos de Leda. El único guerrero de alguna importancia sin disputa en el siglo diez y nueve es el general Tom Pouce, en cuyo honor fué acuñada una medalla, que felizmente se ha conservado. El autor del *Plutarco universal*, que ha hecho acerca de este punto profundas investigaciones, afirma que recorrió triunfante el antiguo y nuevo mundo, en un carro ante el cual se precipitaba la muchedumbre. Las testas coronadas se apresuraban á rendirle homenaje, y las mujeres deponían una

ofrenda por conseguir uno de sus besos.

»Los que deseen más detalles pueden enterarse de los trabajos anteriormente citados, puesto que nuestro principal objeto es el exámen de la cuestión literaria.

»Ya se sabe que los franceses de todas épocas se han manifestado apasionados del brillo y del ruido. A esta inclinación debieron su primer nombre de *Golli* ó *Gallos*, del que se manifestaron tan orgullosos, que no dudaron después de colocar en sus banderas al volátil que les había servido de padrino. Semejantes disposiciones debían por precisión producir una nación de periodistas, abogados y literatos, y tanto sobresalieron en estas diferentes profesiones, que muchas veces consiguieron poseerlas todas. Pero el siglo diez y nueve, sobre todo, se hizo notable por la locuacidad atronadora de sus escritores. A ellos se debe la invención de esa literatura mosaico, compuesta de pequeños nada brillantes, y cuya reunión parece algo; esa reunión de palabras sonoras, que dan continuamente vueltas en derredor del pensamiento sin alcanzarlo jamás; en fin, ese arte de prolongar el yo de manera que todo lo ocupe.

»La pasión de lo brillante y de lo ingenioso les indujo también á abandonar sus propios nombres para adoptar otros compuestos; así lo he llegado á comprender según mis recientes estudios; he visto también por ellos, que todos los nombres, bajo los cuales conocemos á los escritores franceses del siglo diez y nueve, no son más que señales muy marcadas para revelar el carácter, el talento y las pretensiones del autor.

»Podríamos apoyar esta opinión en una multitud de testimonios; pero la falta de tiempo no nos permite más que citar alguno que otro ejemplo.

»Hablaresmos por el poeta-peluquero Jazmin (Jasmim), cuyo perfumado nombre está en perfecta armonía con su doble profesión; al versificador-albañil Poncey, sobrenombre tan sólido y apedernado como su talento; al escritor zapatero Lapunta (Lapointe) que haciéndose paso por entre la muchedumbre, justifica su simbólico apodo; al historiador Lorenzo (Laurent), así denominado por alusión a su héroe, el emperador Napoleón, quemado á fuego lento en la isla de Santa Elena, como en otro tiempo lo fué San Lorenzo en las parrillas; al novelista Dumas, abreviatura de Dumanoir, nombre guerrero que recuerda felizmente las maneras atrevidas y caballerescas del autor; al monógrafo Pitre-Chevalier, con cuyo nombre fir-

mó su hermosa obra de *Bretaña y Venecia*, á fin de prestar homenaje, desde el título á los dos países caballerescos cuyas grandes aventuras cuenta.

nuestra Memoria sin hablar del curioso lenguaje adoptado por los franceses de la época de que nos ocupamos.

»Todo se habia convertido en diferen-



Mr. Pretoriano, periodista en el año 3,000.

»No estenderemos mas esta demostracion, señores, porque no puede admitir contradiccion de parte de todos los hombres de buena fé: pero nos es imposible concluir

cias y análisis. Se queria hacer el retrato de una morena algun tanto barbuda; decíase que un vello sutil se presentaba á lo largo de sus mejillas y en los contornos del cuello, en

el que se retenia la luz que se hacia sedosa (1); hablábase de la frescura de sus lábios, se enaltecia *minio vivo y pensador* (2); queríanse hacer resaltar sus orejas pequeñas y bien formadas, se las declaraba *orejas de esclava y de madre* (3); en fin, si se hablaba de un viaje por España, era preciso decir: *He visto Madrid con sus balcones de hierro; Barcelona que estiende ambos brazos hácia el mar cual un nadador que se echa al agua; Cádiz que se parece á un buque dispuesto á hacerse á la vela, y que se halla detenido por la tierra con una cinta; despues en medio de la España, así como un ramillete de flores colocado en el pecho de una mujer, Sevilla la andaluza, la favorita del sol.*

»Este lenguaje prueba cuán poco fundada es la opinion de aquellos que creen que el idioma francés es el mas claro, mas conciso y de mayor pureza de todas las lenguas de Europa.

»Diré, pues, señores, para concluir, que el siglo diez y nueve fué en Francia una época de semi barbarie, en la que los espíritus sutiles, pero ignorantes, tenaces y sanguinarios, se abandonaban á todos los excesos de una superabundante vitalidad. En la memoria que publicaré próximamente, probaré que fué tambien el siglo de las ardientes creencias religiosas, como lo indican las odas de una multitud de poetas, que se ofrecian continuamente en holocausto, como asimismo el de los grandes sacrificios políticos, segun puede uno cerciorarse en vista de los discursos de los ministros, que decian siempre que si permanecian en el *banco del dolor* es solo por el interés de la patria.

XVII.

La *Gran Sabana*, periódico universal, que los contiene todos y muchos otros.—Tres artículos contradictorios sobre una sola verdad.—Administración de la *Gran Sabana*.—Mr. César Robinet, editor general de todas las clases de literatura.—Máquinas para construir folletines.—D. Pretoriano, director en jefe de la *Gran Sabana*.—Una empresa literaria con primas.—Blaguefort obligado á comprar la crítica de la obra que quiere publicar.

En el momento en que el bibliófilo volvió á sentarse, la sala entera aplaudió. No se podia admirar bastante esa prodigiosa erudicion que le permitia decir, sin que dudara en lo mas mínimo, cuáles eran doce

siglos atrás las costumbres y hábitos de otro pueblo.

Blaguefort no habia atendido á la lectura; pero notó la impresion que habia producido, y dejó de pronto á sus compañeros, prometiéndoles volver al instante.

Mauricio se figuró que soñaba. Miró á Marta que se habia quedado estupefacta; despues, y á un mismo tiempo, soltaron los dos una carcajada.

—Con el tiempo sabremos lo que es la ciencia histórica, dijo el jóven; y lo debemos creer de las *verdades demostradas*. No obstante, yo me esplico por qué estas verdades cambian á cada siglo. La historia es una madeja que cada cual devana y teje á su modo; siempre es el mismo hilo, pero la tela y el dibujo varían segun el operario.

—¿Habeis encontrado algunas equivocaciones en la Memoria del bibliófilo? preguntó D. Atodo que acababa de entrar.

—¡Ay! contestó Mauricio sonriendo; os ha dado á conocer la Francia en el año 3000, del mismo modo conocíamos nosotros la Grecia en 1845. Su obra se parece á esos monstruos que cada uno de sus miembros pertenece á un animal real, pero cuyo conjunto no puede ser mas que un sueño; todo es verdad, salvo el monstruo.

—¿Y podríais señalar las principales faltas?

—Si tuviese la análisis de la Memoria...?

—La tendreis, interrumpió vivamente el académico bajando la voz, la encontraremos en las oficinas del periódico. Vamos luego. Aunque sea muy penoso demostrar los errores de un colega, se debe sacrificarlo todo en obsequio de la verdad... Será preciso redactar una réplica que lo abrume, con algunas alusiones bien marcadas. Os facilitaré los puntos, y con tanta mas seguridad cuanto que el bibliófilo es amigo mio. Conozco las coyunturas, y sé de qué manera se ha de herir.

Dirigiéronse hácia la grande agencia literaria que ocupaba nada menos que una calle, y era esplotada por una sociedad de capitalistas que ejercian en Sin-Par el monopolio de la publicacion.

A este efecto habian reunido los periódicos de las diversas opiniones en uno solo, denominado la *Gran Sabana*, que los sostenia á todos alternativamente. La *Gran Sabana* no se publicaba ni en día ni en hora fija; impreso en un papel sin fin, *salia á luz continuamente*.

Un batallon de periodistas, interesados en el establecimiento, enviaba sucesivamente piquetes de publicistas para suministrar materiales á la redaccion.

(1) H. de Balzac.

(2) *Idem*.

(3) Dumas:

Al salir de la prensa la inmensa hoja se distribuía por sí misma á domicilio, corriendo sobre un aparato general de rodillos. Veíase atravesar las calles, subir á los terceros pisos, volver á descender á los pisos bajos, atravesar los cafés, los bazares, los gabinetes de lectura perseguida por los que no estaban suscritos, que al pasar procuraban leer algunas palabras; recorrida en el aire por los que tenían prisa; estudiada con placer por los que estaban retirados de los negocios; pero siempre en su movimiento continuo, y haciendo desaparecer, por el techo ó la pared, el artículo no acabado que se había leído demasiado despacio.

Signos particulares, que se colocaban al principio de cada artículo, indicaban sus tendencias y su color, á fin de que cada suscriptor pudiese reconocer, al primer golpe de vista, lo que le convenia. Era monárquico, solo leía aquello que se hallaba señalado por un cangrejo; radical, corría á la balanza igual para el millonario y el mendigo; justo-medio, buscaba el límite pacífico; pietista, se detenía ante la bolsa de limosnero y la escobilla. El todo daba al periódico el aspecto pintoresco y literario que sigue:

LA GRAN SABANA,

PERIODICO PERPETUO,

que suministra seis mil treinta y cinco varas
cuadradas de redaccion

CADA VEINTICUATRO HORAS.

PRECIO DE LA SUSCRICION:

un año, 20 rs.; seis meses, 40 rs.; tres meses 20 rs.; un mes, 420 rs.

HALLÁNDOSE COMPLETO EL NÚMERO DE SUSCRITORES POR AÑO, SOLO SE ADMITEN SUSCRICIONES AL MES.

«La nueva ley propuesta á la cámara de la república de los Intereses-Unidos ha sido aceptada, á pesar de los esfuerzos de la oposición; este desenlace, que parece á primera vista una victoria alcanzada por el ministerio, no es en realidad mas que su derrota; y sino examínese el resultado del escrutinio.

»Se han contado 540 votantes, y solo el ministerio ha obtenido 500 votos. Si se añaden á las 40 bolas negras los enfermos y los ausentes, que, como ya es sabido, votan siempre con la oposición, se verá que esta

hubiera podido reunir cerca de 490 votos, en cuyo caso los 11 monárquicos podían hacer desechar la ley.

»Hállase pues justificado, para todos los hombres de buena fé, que la mayoría depende enteramente de estos once votos, y que pueden asegurar la victoria al partido á que se adhieran.

»Todo esto no necesita comentarios: cuando una cuestion ha llegado á poder decidir de todos los negocios del Estado, su triunfo se halla necesariamente próximo.

»La república se ha salvado otra vez. El buen sentido de la cámara ha despreciado los sofismas de algunos malévolos, de unos pocos ambiciosos que querían conducirnos á un reinado de sangre. El ministerio no ha obtenido mayoría, sino lo que es mas unanimidad. ¿Qué son cuarenta diputados de pocos alcances y mezquinas pasiones, comparativamente á quinientos ciudadanos tan notables por su sabiduría como por su desinterés? Respecto de los diputados monárquicos, nada tenemos que decir, puesto que se han abstenido de votar. Cuando un partido llega á hacer su dimision de una manera tan marcada, se puede augurar sin temor de equivocarse que no tardará en desaparecer.

»¡El ministerio ha conseguido la victoria! ¡Enhorabuena! ¡nosotros nos alegramos de sus triunfos!

»¡Otra victoria igual, decia Pirro á Cínéas, despues de una batalla dada á los romanos, y ya no tendré que abandonar la Italia.

»Otra victoria igual, diremos nosotros á los ministros, y tendreis que abandonar vuestras poltronas. ¡Decís que teneis mayoría! ¡Ay! ¡desgraciados! ¡eso es lo que os mata! ¿Qué es esa mayoría? ¡Algunos centenares de favorecidos colmados de destinos, llenos de pensiones! ¡Sumisos á todos los poderes y cuyos pechos condecorados cubren una cartera y no un corazon! Que estos apoyen, no es extraño porque así deben hacerlo, mediante á que reciben vuestros salarios porque son vuestros pan-aguados; pero en circunstancias difíciles, ¿quién es el que cuenta con sus lacayos? ¡Ah! creed las noticias que os dan los enemigos leales: ¡la época anunciada se aproxima! Esta minoría de que os burlais, no tendria mas que dar una patada en el suelo para hacersalir legiones.

»Pero cuando se tiene á su favor el número y la justicia, no hay necesidad de debate; basta aguardar.

»Se ha echado la suerte; el siglo no se obstinará en su ceguedad; todavia una ley

impia, inspirada por esa filosofía estéril que solo ha producido el viento y las tempestades, ¡*ventum et tempestates!*

»Y la oposicion no la hallaba suficiente; ¡queria mas libertad! ¡Libertad, gran Dios! como si no fuera ella la que habia muerto la fé: *libertas mors Dei*. ¿Libertades? ¡ah, pedid mas bien el yugo amable y fuerte que solo sabe imponer el pietismo por medio de sus ministros! Pero no, hundidos en el fango de vuestra iniquidad, como el gusano inundo, y destilando sobre las cosas mas santas la baba venenosa de vuestra facundia, habeis perdido la ilustracion del entendimiento, la moderacion del juicio, y la amenidad del lenguaje reservado únicamente en otro tiempo para nosotros.»

D. Atodo y Mauricio encontraron en la primera sala muchas personas de diferentes edades y condiciones que aguardaban la audiencia del director de *La Gran Sábana*. El académico habló un instante con algunos conocidos. Todos afectaban poco aprecio hacia la autoridad á que iban á rendir homenaje; todos se quejaban de su iniquidad y de su corrupcion; todos se declaraban igualmente indiferentes á su amistad ó á su odio.

Viendo D. Atodo que seria preciso aguardar algun tiempo, propuso á su compañero que visitaran, aunque fuera rápidamente, lo que se llamaban las oficinas del periódico.

Despues de haber atravesado muchísimas piezas, en las que se cuidaba de los mas ínfimos pormenores por millares de empleados, llegaron á la sala de redaccion, que se hallaba dividida en doscientas celdillas enrejadas y ocupadas por otros tantos periodistas de servicio. Cada uno de ellos desempeñaba funciones distintas, indicadas por la inscripcion de su celda. Habia un redactor para los envenenamientos de mujeres por sus maridos, dos para los de los maridos por sus esposas, tres para los reciprocos, conocidos bajo la denominacion de *envenenamientos adecuados*, y así para todo lo demás.

Venian en seguida los *pufistas*, compañía escogida cuyas fuerzas se ponian á prueba. Uno se hallaba encargado de las ciudades desconocidas, de los temblores de tierra, de paises no descubiertos, de los naufragios de personajes distinguidos que únicamente tenían una inicial por nombre; otro tenia á su cargo las historias de los osos que devoraban á los veteranos, de las serpientes marinas y de los cocodrilos domesticados; un tercero se habia reservado el reino vegetal,

embellecido con las maravillas de la mostaza blanca y de la berza colosal.

Uná vez concluido el artículo se ponía en un tubo que lo conducía hasta la máquina, donde era impreso sin la mediacion de los cajistas, lo que entre otras ventajas tenía la de dejar las faltas ortográficas y gramaticales bajo la exclusiva responsabilidad del periodista.

La segunda sala era la de los redactores de reclamos, perpétuamente empleados en encontrar nuevas fórmulas para la ficcion; la tercera, la de las correspondencias sostenidas por medio de los telégrafos eléctricos; finalmente, las últimas salas se hallaban destinadas á la construccion de folletines.

Hacia ya algunos años que este ramo era explotado por César Robinet, que se habia ajustado á destajo para todas las novelas que debían publicarse en *La Gran Sábana* y en los demás periódicos de la república. Muchísimas máquinas de su invencion confeccionaban los folletines de todo género á razon de cien líneas por hora.

Habia en primer lugar la máquina histórica, en la que se echaban las crónicas, biografías ó memorias, y de la que salían novelas de las del género de Walter Scott.

La máquina de *variedades*, que se rellenaba de *colecciones de sentencias*, de leyendas y de almanaques anecdóticos, y producía viajes como los de Sterne.

La de *fantasías*, que recibía los antiguos poetas, los romances de otro siglo, los dramas olvidados, y de la que se obtenían novelas iguales á las de Bernardino de Saint-Pierre y del abate Prevost.

Por último, la de los *residuos*, en la que se echan á brazos los desperdicios sobrantes, porque no se habían podido utilizar en otra parte, y que producía, bajo la influencia de la máquina, Perrault y Berquin de segunda calidad.

César Robinet no leía sus producciones, pero sí las firmaba todas, lo que le condenaba á catorce horas de trabajo por día. Cuando llegó Blaguefort, estaba rubricando el tomo ciento treinta y tres de las aventuras del coronel Crakman, hermosa narracion, en la que habia logrado que se insertaran todas las memorias impresas acerca de Federico el Grande y su corte.

Sesenta secretarios escogían á su alrededor los libros de los demás, que debían pasar por suyos.

Mauricio quedó maravillado. El sistema de amazon, en otro tiempo limitado á sombreros, se habia extendido hasta á las ideas. La prendería perfeccionada habia invadido

la república de las las letras; los volúmenes mas viejos, descosidos, recortados, reñidos, y engomados, se convertian en novedades muy buscadas; bastábale la estampilla CESAR ROBINET para que la estofa usada pareciese nueva!

D. Atodo, creyendo próxima la hora de la recepcion, volvió atrás y se presentó en la habitacion del director de *La Gran Sábana*.

D. Pretoriano era en Sin-Par el verdadero fundador de la libertad de la prensa; es decir, de la libertad de pensar á la multitud. No se le podia negar nada impunemente. Con la pluma cruzada delante de su periódico, cual el centinela ante su campo, solo él decidía lo que podia admitirse ó rechazarse. De buen trato para con sus amigos, compartía con ellos sus ganancias, su poder, su crédito, y era el mejor rey del mundo, con tal que no lo fuese de sus súbditos.

En el momento en que entraron nuestros visitantes, daba audiencia á todos aquellos que Mauricio habia visto esperar. Su desden por el periodismo habia cedido el campo al respeto, su indiferencia á los deseos.

Vió, primero, pasar unos veinte autores, que iban á ofrecer sus obras embellecidas con el autógrafo sacramental: *homenaje del autor*.

En seguida pintores, escultores y músicos que, como prueba de sus talentos, entregaban cartas de recomendacion; actrices, perfumadas de patchouli, girando sobre sí mismas con mil amables ondulaciones, cual panteras domesticadas, y que al retirarse dejaban su tarjeta con las señas de su habitacion. Hombres graves que traian ya hechos sus elogios, y otros todavía mas graves que habian intercalado en los suyos útiles diatribas contra sus adversarios.

Pero la visita que mas llamó la atención de Mauricio fué la de la señorita Virginia Spartacus, fundadora de la sociedad de las *mujeres doctas*, á la que pertenecian todas aquellas que no habian podido vivir con sus maridos.

La señorita Spartacus era sin embargo la escepcion de la regla, porque, tal cual lo declaró en su discurso de apertura, al sacar á relucir, por pudor, una imagen de la antigüedad, *nadie habia aun desnudado su cintura*.

Su hostilidad contra los hombres se hallaba, pues, libre de todo recuerdo personal; era odio metafísico, un encarnizamiento virtuoso, nacido de los principios que

profesaba, y sostenido en beneficio de la humanidad.

Habia ido á pedir á Pretoriano la insercion de varios artículos, porque la señorita Spartacus reunía á su título de fundadora el de literata, y si no ocupaba el primer puesto en la literatura contemporánea, la falta estaba en la odiosa liga que habian formado los hombres contra su sexo. Pero esta tiranía, segun ella habia dicho, tocaba á su fin; se acercaba el día en que los señores debían forzosamente consentir en la manumision de los esclavos, y esta manumision habia ya sido formulada de antemano por la señorita Virginia; los derechos de la mujer eran tan sencillos como caros; consistian en no reconocer á los hombres.

D. Pretoriano recibió con urbanidad á la reina de las insurgentes; pero rehusó la insercion de sus artículos, y la señorita Virginia salió gritando que ya era hora de procurar por la salud del género humano.

Así que se hubieron retirado todos los visitantes, el director de *La Gran Sábana* se llegó á D. Atodo con los brazos estendidos y escusándose.

—Ya veis mi agonía, dijo con una especie de disgusto burlesco; parecemos á esos árboles plantados en los caminos reales, y de los que cada pasajero se cree con el derecho de llevarse ó una rama ó una hoja; nada puedo guardar para mí ni para mis amigos.

—Y no obstante, observó el académico con una sonrisa de elogio, siempre encontráis un medio para concluir todas vuestras tareas.

—Acabo de imponerme una nueva, interrumpió Pretoriano, reanimándose súbitamente; una empresa completamente nueva.

—¿Sí?

—¡Gigantesca! Pero, es preciso que os participe el plan... Sentáos ahí; quiero que me deis vuestro parecer.

D. Atodo tenia demasiado conocimiento del mundo para no traducir:—¡Quiero que me aplaudais!—Tuvo que resignarse á la admiracion, pero decidido á hacérsela reembolsar á la primera ocasion.

Pretoriano le enseñó el prospecto de su nueva publicacion, despues de haberlo buscado entre sus papeles. Tratábase de una *Biografía general* que debía comprender la historia pública y privada de todos los ciudadanos de Sin-Par.

El prospecto iba encabezado con esta máxima filosófica...

LOS SUSCRITORES TIENEN DERECHO
A LA INDULGENCIA.

LOS NO SUSCRITORES SOLO TIENEN DERECHO
A LA VERDAD.

Venia en seguida un sistema de primas tan hábilmente combinadas, que el editor reembolsaba al menos ciento veinte veces el importe de cada suscripcion.

Los privilegios de cada categoría se hallaban establecidos con toda claridad.

Despues de haber oido los detalles relativos á esta empresa literaria, y alabado los servicios que iba á prestar á la humanidad, D. Atodo habló al fin de lo que allí le habia conducido.

Pretoriano tiró en seguida del cordon de los estenógrafos á la palabra ACADEMIA, y un papel en cuatro dobleces cayó de una de las bocas de redaccion colocadas encima de su bufete; este papel era el resumen de la Memoria leida por el bibliófilo.

D. Atodo lo desplegó y comenzó á examinarlo con Mauricio, que lo detenia en cada línea para hacer alguna rectificacion. Pretoriano declaró que era preciso *escribir un artículo sobre las observaciones de Mauricio*, lo que ocasionará murmullos y escándalo, y nada es mas ventajoso que esto para un periódico.

—No andeis con contemplaciones con el bibliófilo, añadió resueltamente; siempre es bueno decir la verdad, y sobre todo cuando produce nuevos suscritores. Por otra parte ha rehusado ser de los nuestros y el que no nos sigue es nuestro enemigo. Es preciso ridiculizar la Memoria acerca de *los franceses del siglo diez y nueve*.

—¡Diablo! ¿qué es lo que acabo de oír? exclamó Blaguefort, cuyo rostro acababa de aparecer en la puerta entreabierta. Un instante, señores míos; no se ridiculiza así la propiedad de los amigos.

—¡La propiedad! repitió Pretoriano; ¿acaso has contratado tú con el bibliófilo?

—Para sus cinco Memorias.

—¿Has firmado?

—¡Y pagado ciento veinte mil francos en billetes del banco! Ya comprendes que no es posible hablar mal de un libro que me ha costado ciento veinte mil francos! y cuyos anuncios ascienden ya á cuatrocientos luises.

—¡Vaya! es muy justo, dijo Pretoriano cortado.

—Sin embargo, objetó D. Atodo, haré observar que la verdad...

—Es sobre todo, acabó Pretoriano; los antiguos la habian proclamado. *Amica veritas sed magis amicus Blaguefort*.

—¡De este modo os negais admitir las

reclamaciones de mi huésped! dijo el académico picado.

—Por la sola razon de que me costaria doscientos luises... y la amistad de Blaguefort, que vale mucho mas.

—¡Diez veces mas! añadió el comisionista; cada año le pago por mis anuncios mas de ciento cincuenta mil francos.

—Entonces D. Mauricio se presentará en otra parte, repuso D. Atodo con un aire sarcónico; *La Gran Sábana* no es el único órgano de la publicidad.

—Es muy justo; pòdeis dirigiros á la *Serpiente de cascabel*, dijo Pretoriano con tono burlon.

—O al *Chacal del Oeste*, añadió Blaguefort con indiferencia.

—¿Y por qué no al *Mosquito*? espresó don Atodo con un aire de natural bondad.

El periodista se mordió los labios, y su compañero pareció inquietarse. El *Mosquito* era uno de esos periodiquitos que todos leen por el placer que le causa el mal que se dice de los demás; pilletes de la prensa, con los que os divertis hasta que ellos se divierten con vosotros, y que arrojan lodo á todos aquellos que pasan sin temer las represalias, porque el lodo no deja en ellos mancha alguna. Aunque fuese muy superior en la prensa la posicion, Pretoriano temia al periodiquillo, así como el leon teme el zumbido y picadura de mosquito; pero Blaguefort sabia de positivo que los ataques del *Mosquito* podian disminuir el número de compradores; así es que adquirió repentinamente esa fisonomía dilatada, propia de los negociantes en el momento en que quieren tenderos un lazo, y pasando una mano por debajo del brazo del académico que iba á retirarse:

—No nos separemos así, exclamó; ¡no, pardiez! no se dirá que *los franceses del siglo diez y nueve* me han enemistado con el mas ilustre escritor de la república de los Intereses-Unidos.

D. Atodo quiso responder:

—¡Con aquel cuya brillante imaginacion ha hecho retroceder el imperio de la poesia!...

D. Atodo protestó con mas fuerza.

—Con el genio fácil y universal que nos ha asegurado la superioridad en todos los géneros.

D. Atodo se confundió en protestas.

—Con el hombre mas eminente de nuestra época.

D. Atodo estrechó la mano de Blaguefort, afirmándole que iba á incomodarse.

Este, que habia agotado ya sus fórmulas de elogios, cedió al parecer con dificul-

XVIII.

tad; pero constante en su exordio espresivo, comenzó á atemorizar al académico acerca de las consecuencias de la publicacion anunciada; díjole que esto era crearse enemigos, esponerse á represalias, y perjudicar la consideracion de esa academia, cuyo protector y única gloria era.

Estas razones eran al parecer convincentes; pero no se renuncia con tanta facilidad á la esperanza de poner á un colega en ridiculo; la fraternidad desciende en linea recta de la de Abel y Cain; D. Atodo resistia, y siempre encontraba algun argumento que oponer. Alegaba el interés de la ciencia, de la historia, el de los principios, y en fin, todos los intereses que se citan cuando no se quiere decir ni una sola palabra de verdad. Invocaba, sobre todo, los mandatos de su conciencia, ídolo misterioso que habla ó se calla, segun sea la voluntad del sumo sacerdote.

Blaguefort, que se hallaba en el colmo de la elocuencia, se detuvo, en fin, repentinamente, cual iluminado por una súbita inspiracion.

—Comprendo, exclamó; no quereis perder la ocasion: esta critica de la obra del bibliófilo debe picar la curiosidad; se pueden vender tantos ejemplares como de la misma obra.

—O tal vez mas, añadió D. Atodo; pues tengo motivos para creer...

—Lo sé, lo sé, interrumpió Blaguefort; la ciencia... los principios... la conciencia... pues bien, ¡yo os lo compro todo!

El académico hizo un movimiento.

—Ciento veinte mil francos por la obra del bibliófilo, y ciento veintemil francos por la refutacion, continuó el especulador, esto lo arregla todo. Venderé desde luego la primera como una obra maestra; y despues la segunda para probar que es un centon. De este modo, el público hará un doble estudio, y yo obtendré un doble lucro. Vamos, quedamos convenidos, ¿no es verdad? Voy a redactar el papel de compromiso para evitar cualquier mala inteligencia.

Blaguefort se sentó á la mesa de don Pretoriano, y estendió D. Atodo, firmó, recibió una carta-orden, é iba á hablar con el director de la *Gran Sábana*, cuando este, que se dirigia al museo, propuso acompañar á los dos resucitados. Aceptaron con prontitud, y D. Atodo se retiró solo.

La biblioteca nacional y su catálogo.—Utilizacion del paseo.—Lo que es un artista en Sin-Par.—Retratos al por mayor, con semejanza garantida.—El Sr. Ilustrandini, estatuario del universo.—Mr. Prestet, pintor del gobierno á pié y á caballo.—Opinion de Grelotin sobre la pintura.

Mauricio y Marta, siguiendo á su guia, pasaron por delante de un edificio oscuro, guardado por soldados. Hubiérales parecido que veian una casa de reclusion, si no hubiesen leído encima de la puerta de entrada :

BIBLIOTECA NACIONAL.

Manifestaron el deseo de entrar á visitarla; pero Pretoriano les advirtió que se hallaba cerrada.

—La inscripcion os ha engañado, dijo conriéndose; la Biblioteca nacional en Sin-Par la sostiene el pueblo; pero no la disfruta. Lo propio acontece con ella que con los caminos públicos, siempre cortados por orden de la autoridad superior, y que perpétuamente se reparan. ¿Qué hubiérais visto en ella? Montañas de libros, puestos unos encima de otros por casualidad. El celo y la ciencia de sus conservadores se esfuerzan en vano en desentredar ese caos. Los fondos que hacen falta para arreglarlos se distribuyen entre los yernos y sobrinos de diputados, que obtienen misiones artísticas para la catadura de los vinos de Tokai, el estudio de las ostras de Ostendé, ó el examen de las circasianas del Cáucaso. Hace ya tres siglos que se trabaja en el catálogo; cada mes se clasifican cien volúmenes, y se reciben mil que quedan por clasificar! es un mar en el que desembocan cada dia nuevos rios, y del que se intentan formar fondeaderos con una cáscara de nuez. El edificio hubiera ya cedido al peso, cada vez mayor de los libros que allí se amontonan, si los ratones y los colectores no trabajasen sordamente para su aligeramiento. Se halla establecida en la puerta, á pesar de esto, la policia mas rigurosa; se prohíbe la entrada con zapatos gruesos, que levantarían demasiado polvo; las sombrillas tambien se hallan severamente prohibidas, y cada prógimo tiene que dejar al entrar su sombrero al portero. Así es que la biblioteca de Sin-Par es citada en todas partes como modelo, y salvo los libros, nada se halla en ella en perfecto desorden.

En frente de la biblioteca habia un jardín público que Pretoriano atravesó, y en

el que pudo Mauricio repetir la observación que había ya hecho. Todos los paseantes se entretenían en algún trabajo que utilizaba la locomoción. Los unos bordaban caminando, los otros tejían cestas ó fabricaban bolsillos para los aguinaldos. Los juegos públicos servían igualmente para la producción. Cada columpio daba movimiento á una artesa mecánica que servía para la fabricación de tortas; los caballos de madera hacían dar vueltas á un molino de café, y los tiros de pistola servían para partir nueces.

Mauricio observó sobretodo á un hombre de la edad media que había logrado hacer su paseo triplemente provechoso: leía, hacía calceta, y daba impulso un aparato económico en el que cocía su comida.

Al salir del paseo, los esposos se hallaron ante un nuevo cuartel.

Todo había cambiado de aspecto en este punto. Unicamente se veían hombres barbudos y mujeres desgredadas, que llevaban todos los trages que se han conocido desde la hoja de higuera de nuestros primeros padres hasta la bata del siglo diez y nueve. D. Pretoriano les dijo que este era el cuartel de los artistas.

Su primera y constante manía consistía en no vestirse del mismo modo, en no tener los mismos muebles, y en no asemejarse en lo mas mínimo á la clase media. Por consiguiente, vestían togas, corazas ó calzones de punto de media; caminaban con babuchas turcas; se sentaban en grandes sillones cojos del tiempo de las cruzadas, bebían en antiguos jarros abollados, y fumaban tabaco belga en unas especies de pipas de doce piés. Todo por el mayor interés del arte y por el ódio que profesaban á la clase media.

Nos hemos olvidado decir que la clase media era todo el mundo, excepto ellos.

Además de ese ódio tan marcado, los artistas de Sin-Par habían adoptado ciertos principios que formaban el código de su asociación, y podían resumirse en los siguientes aforismos:

Artículo 1.º El escultor juzga que la pintura ha dejado de existir.

Art. 2.º El pintor juzga que la escultura no existe.

Art. 3.º Los pintores y escultores no reconocen otro talento que el de los muertos, y para eso es preciso que lo sean de mucho tiempo.

Art. 4.º La mejor república es aquella en que se compran mas estatuas y cuadros.

Art. 5.º Débese siempre socorrer á un

compañero, mas no se halla uno obligado á elogiarle.

Art. 6.º El artista tiene tres enemigos; el vendedor de colores, el público y su casero.

Pretoriano visitó en seguida, con sus compañeros, la escuela en que se veían los jóvenes que se conocían aptos para las artes. Habíasela adornado con estatuas y cuadros encontrados en las ruinas de Paris, y que se habían convertido en verdaderas obras maestras que el tiempo había destruido una parte de ellas; pero el director de *La Gran Sábana* no dejó á Mauricio ni siquiera el tiempo de verlos. Habíale ofrecido llevarlo á casa de los artistas mas célebres de Sin-Par, y entró en seguida en la de D. Amado Lindo, pintor de todos los principes, de todos los banqueros y de todas las bellezas de la república.

D. Amado Lindo fué el primero que procuró aplicar al retrato el sistema de la confección en pacotilla. A este fin había reducido todas las fisonomías á cinco caracteres; *grave, alegre, salvaje, voluptuoso é indiferente*, y había hecho pintar de ante mano una colección de lienzos que reproducían estos diferentes tipos *sin la cara!* Estos lienzos estaban espuestos en su taller con una tarjeta que señalaba el precio, calculado por pulgadas cúbicas, de modo que cada cual podía escoger su retrato ya pintado, como se escoge un vestido. Tan solo faltaba añadir la cabeza; pero en esto D. Amado Lindo lograba siempre complacer al comprador. El mismo esplicó su proceder á Mauricio.

—La misión del retratista, dijo, no es como se ha creído hasta ahora reproducir lo que ve; pero sí lo que debería ser. La naturaleza es generalmente fea; nuestra misión es la de embellecerla; diré también que es nuestro deber; porque ¿qué es lo que desean la mayor parte de los que hacen retratar? Adquirir la prueba de que son mas hermosos de lo que parecen. Si un retrato se limita á reproducir nuestra fealdad, ¿para qué gastar en él? ¿No es bastante poseer aquella? ¿Creeis que un tartamudo pagaría caro el oír remedar su tartamudez? El retratista tiene siempre un medio seguro de saber si ha cumplido su cometido; si aquel á quien retrata cree que hay parecido es necesario que lo borre inmediatamente; se reconoce favorecido, todo va bien; el trabajo será satisfecho sin la menor reclamación, y alabado á los amigos.

De la casa del señor Lindo; Marta y Mauricio se dirigieron á la del señor Ilustrandini, estatuario vulgar de las cinco

partes del mundo, á las que suministraba indiferentemente Virgenes con hijo ó sin él, Venus púdicas ó impúdicas, Jesucristos muertos ó vivos, mártires en pié, paganos con pedestal y hombres célebres de todas dimensiones. El señor Ilustrandini poseía canteras de mármol, que hacia explotar fundiciones siempre en ejercicio, y mil doscientos jóvenes que modelaban y tallaban para él.

Pretoriano le halló ocupado en espedir sesenta bultos de santos no canonizados, destinados á Irlanda, y una estatua colosal, representando la *Incredulidad*, que le habia encargado el club de ateos de Boston.

Al ver al periodista, se adelantó con los brazos abiertos.

—Hélo aquí, gritó, nuestra providencia, nuestra estrella tutelar, nuestro sol. El es el que ha iluminado á los ministros.

—¿Cómo? preguntó Pretoriano, que al pronto no comprendia.

—¿No os acordais de aquellos trabajos que querian repartir entre varios artistas? repuso Ilustrandini.

—¿Y bien?

—Acaban de encargármelos á mi solo.

—¿Ah! han cedido al fin, dijo el periodista con un movimiento de orgullo.

—¿Gracias á vos! exclamó Ilustrandini cogiéndole ambas manos; ¿quién se atreveria á resistiros? ¿no sois el rey de la opinion? Pero puedo decir que al prestarme este servicio, no habeis dejado por eso de ser útil al arte. Corresponderé dignamente, señor..... mientras los primeros premios sean..... de quinientos mil francos. ¿Cómo no hacer una obra maestra? Así es que, desde ayer, mi cabeza se abrasa; veo mis estatuas; andan, miran, gritan...

Ilustrandini poseía ese entusiasmo mecánico de los artistas atrevidos, que en vez de beber con una emocion silenciosa en las sagradas fuentes, se meten en ellas hasta el cuello con grandes voces. Cuando hablaba de arte, cada palabra tenia en su boca dobles silabas; era como el trueno que se oye en el teatro; alguna cosa pesada rodando sobre una hueca. Lo pesado era en él la palabra, lo hueco el talento.

Sin embargo, estas convulsiones sin pasion conseguian su maravilloso resultado; como Ilustrandini carecia de buen sentido, se suponía que tenia imaginacion.

Una buena boda acabó de elevarle; tomó criados, dió banquetes, baile, y la celebridad de anfitrión acabó por conseguir que desapareciese el artista.

Ilustrandini lo habia previsto, porque, ante todo, era hombre de negocios. Una

vez en posesion del gran crédito, se puso á explotarla con la sequedad furiosa de los recién llegados. Prospecto vivo de su propio mérito, iba por todas partes haciendo proposiciones, instando y solicitando. Cada trabajo confiado á otro era á su modo de ver un robo; clamaba por la pérdida del arte, deploraba los hermosos siglos de Napoleón y de Luis Felipe, y amotinaba contra su malhadado rival la multitud de los que le obsequiaban y de los bobalicones. Para él nada era suficiente.

Mientras daba libre curso al entusiasmo continuo que le era propio, Pretoriano miraba distraído á su alrededor. Ilustrandini exclamó de improviso:

—¿Ah! ¿contemplais mi Minerva?

—¿Una Minerva! repitió el periodista, cuyos ojos se fijaron con perplegidad en un trozo de arcilla.

—¿Ella es! repitió Ilustrandini con deferencia; ha salido enteramente armada de mi cerebro como del de Júpiter. La he modelado con un ardor tal, que la tierra humeaba á causa del calor que le comunicaban mis dedos.

—Sin embargo, se aventuró á decir con timidez Pretoriano: pareceme que queda todavía mucho que hacer...

—Para mis alumnos, acabó Ilustrandini, si, la parte concerniente al oficio; los brazos, las piernas, el cuerpo. Mas ¿qué es esto cuando se ha encontrado la idea? el todo está en la idea. La diosa, apoyada con una mano en su lanza, presenta con la otra una rama de olivo. Hé aquí la estatua; lo demás no son mas que pormenores que no necesitan de la inspiracion del artista. Volved dentro de un mes, que habrá caído el velo que ahora oculta á Minerva, y la vereis en toda su divinidad y esplendor.

Pretoriano prometió volver y se dirigió hácia el salón de Mr. Prestet que ocupaba entre los pintores el mismo rango que Ilustrandini entre los escultores.

Pero nada tenia de poético ni de solemne; Prestet cantaba los lamentos del taller, cultivaba el calembour, daba trompetas de caza é imitaba el grito de toda clase de animales; era un buen artista; pintaba lo mismo que cazaba, que jugaba al billar, esto es, con una suma y negligente facilidad.

Así es que ensayaba indiferentemente todos los géneros: el arte no era para él una preferencia, mas si una profesion. Anotaba en un libro diario todos los pedidos que se le hacian, y los ejecutaba por orden sucesivo. Se creía que para satisfacer todos los pedidos debería llegar á la edad

de ciento doce años, y que entonces habria ejecutado 745 kilómetros de pintura de todo género.

Habia logrado hacer mas rápido el trabajo de los grandes cuadros destinados al panteon de Sin-Par, pintándolos sobre una locomotora y armado de una pértiga con cuatro pinceles. A los mas pequeños tenia aplicado un ingenioso aparato que le permitia ejecutar cinco á un propio tiempo.

Recibió sin turbarse á nuestros visitantes, y se escusó de acompañarles á causa de que debia entregar aquella misma noche ocho cuadros, y aun cuando hablaba, no por eso dejó de continuar pintando tres.

Mauricio quiso conocer sus ideas sobre la pintura; Mr. Prestet se las indicó con su facilidad y apto como habituales.

—La pintura, dijo, es el arte de representar todo lo que indican los programas á satisfaccion del gobierno. Os encargan una batalla, pintais hombres con uniforme que se batan; un grupo de ninfas; pintais tres mujeres casi desnudas; una máquina ingeniosa; delineais un telar del que salgan un par de calcetines. Si reconoce todo el dibujado aun cuando no tenga inscripcion, podeis decir como el viejo italiano: *Tambien yo soy pintor*; y la prueba de que lo sois es que os encargan cuadros. Se ha hablado de melodia de tonos, de colores vibrantes, de armonia de líneas, ¡locura! toda la pintura se halla comprendida en una palabra: Copiar lo que es, de modo que el ministro de bellas artes pueda distinguir que un haz de leña no es un consejero de Estado. Todo lo demás es de la poesia Grelotin, bueno para Grelotin, digno de Grelotin.

Mauricio preguntó quién era ese Grelotin.

—Un cuasi idiota que sirve de juguete á nuestros artistas, respondió Pretoriano. Ha estudiado veinte años el arte, y no pudiendo llegar á su ideal, se ha resignado á quedar de conserje del museo, donde continúa estudiando su sistema; porque Grelotin profesa un sistema que infaliblemente haria un gran pintor ó un gran escultor, si pintase ó esculpiese. Podeis, no obstante, preguntarle cuándo atravesaremos las galerias.

Despidiéronse de Prestet y se dirigieron hácia el museo.

Todas las escuelas, reunidas por grupos como las diferentes familias de una misma raza, habian sido amontonadas en solo una sala, porque las demás quedaban reservadas para *el arte nacional*; así es como se designaban en Sin-Par las obras de Ilustrandini, de Lindo y de Prestet.

Estaba Grelotin á la puerta de la inmensa galeria, como un dragon ante el tesoro que guarda. Era un hombre muy pequeño, contrahecho, casi calvo, cuyos labios se hallaban agitados por un temblor continuo, y que miraba con unos ojos dulces y semiestraviados.

Pretoriano le presentó á Marta y Mauricio como dos consortes de los antiguos siglos; Grelotin los miró y preguntó con una viva curiosidad:

—¿Vivian en los tiempos en que se pintaban cuadros que cantaban?

Los dos resucitados miraron á su guia.

—Sí, sí, repuso Grelotin; ha habido un tiempo en que la brocha y el cincel comunicaban una voz melodiosa á sus obras; lo sé muy bien, pues los oigo aquí.

—¿Los ois? repitió Marta admirada.

—¡Todas las noches! repuso Grelotin; cuando la puerta de la galeria se halla cerrada, y cuando el sol al entrar en él deja deslizar por las paredes sus grandes rayos inflamados, echo á correr cuando puedo, allá bajo, cerca de los italianos, y oigo que todos los lienzos cantan en coro sin que se confundan sus acentos. Reconozco el de Rafael, con su sublime dulzura; el de Correggio, amplio y tierno; el de Ticiano, que parece que todo lo cubre; los de Carraca, de Leonardo de Vinci, de Guide, de Guercchin, de Andrés del Sarto, á su vez fogosos, suaves, espresivos ó cariñosos. Despues vienen los flamencos, de melodia menos celeste, pero mas vibrante; Rubens, cuya fuerte voz canta sucesivamente en todos los tonos; Vandyck, profundo y sombrío; el armonioso Jordaens; el gracioso Teniers, Van-Ostade, Ruisdaël, Berghem, Wouvermans, mezclando sus agrestes pastorales con las cantinelas de Mieris y de Gerardo Dow. Despues le llega el turno á los españoles con Murillo, de timbre vario, Ribera el atrevido, Velazquez el caballeresco, Zurbarán el místico. En fin los antiguos pintores franceses: Poussin, Lesueur, Claudio, Lorrain, Watteau, Lancret, coro de voces nobles ó embelesadoras, que se oirian mucho mejor sin sus suaves oras; porque la pintura francesa tambien habia perdido el arte. Ved estos últimos lienzos; no cantan, tampoco hablan, solo saben dar puntos discordes; se diria que disputan quién hará el grito mas agudo. De cuando en cuando algunas murmuran todavia melodiosamente; pero en medio del tumulto, apenas se las distingue; se parecen á las voces de ángeles en un caos.

—Felizmente ha salido de este caos un nuevo mundo, dijo Pretoriano.

—Sí, dijo Grelotin sacudiendo la cabeza; un mundo nuevo.

—¿Cómo! ¿nuestro arte nacional?...

—Ha perdido la voz, continuó el idiota tristemente. Recorred estas salas, escuchad esos cuadros y esas estatuas; nada oís. Créese ver todavía el arte, y solo hay apariencia. El arte vivo no existe ya entre nosotros; el lienzo y el mármol han cesado de cantar. El periodista soltó una carcajada y se despidió del portero; pero Mauricio se quedó pensativo. De todos cuantos acaba de oír, Grelotin fué el único que le conmovió. Los demás esplotaban el arte: él lo sentía.

XIX.

Reforma dramática en virtud de la que la pieza se ha hecho accesoria.—Trasformaciones sucesivas de un drama histórico.—Primera representación.—Un palco escénico.—Análisis de *Kléber en Egipto*, drama en cinco actos, y de muchas fieras.

Al salir del museo, Pretoriano se acordó de que tenía que asistir á la primera representación de un drama cuyo anuncio tenía revuelto á todo Sin-Par. Tratábase de una pieza intitulada *Kléber en Egipto*, que según los iniciados revelaba los más profundos estudios históricos. El autor había sabido trasladar sus caracteres y sus fábulas á la antigua sencillez del siglo diez y nueve. Con todo, no había podido conseguir poner su drama en escena sino después de una serie de pruebas que refirió el director de *La Gran Sábana* á sus compañeros.

—En otro tiempo, les dijo, la pieza era en una representación escénica el objeto principal; para ella se disponían las decoraciones, los trages y los actores; admitíase la supremacía del talento sobre la materia, la sumisión del instrumento á la música que debía producir; pero ahora hemos cambiado esta costumbre demasiado cómoda. Hoy, la pieza es el accesorio; el director la ensaya en sus bastidores, la arregla para su compañía. La recorta al principio, la alarga en el final, la ensancha en la mitad. Cada cómico, en vez de representar un carácter, revela al público su propia personalidad; no se ponen en escena dramas, sino actores. El de KLÉBER EN EGIPTO ofrece un admirable ejemplo de la molición con que autores de esta época acomodan la idea á todas las exigencias. La pieza denominada *La Joven esclava* había sido escrita para la salida de una hermosa actriz, que desgraciadamente se ha hallado de pronto

imposibilitada de representar el papel de virgen. Hase propuesto en este caso sustituirle un amante, adoptando por segunda vez el título *La Joven esclava*. Esto tan solo era una modificación de artista, como lo hizo observar el editor (porque los directores tienen talento desde que no lo dejan tener á los autores); pero el amante se negó á desempeñar el papel á causa del trage, que no le permitía llevar botas á lo dragon. Las botas á lo dragon eran su especialidad y el origen de todos sus triunfos brillantes. Un autor de vuestro tiempo hubiera sin duda renunciado á su obra en vista de semejantes dificultades, pero los nuestros son más tenaces. El del nuevo drama supo que acababa de llegar á Sin-Par un célebre domador de fieras, y en seguida trasformó su plan. Sustituyó Kléber al gran Sesostris, una águila al capitán de los guardias, y reemplazó al amante por un joven caiman de las más halagüeñas esperanzas. A este es al que iremos á ver. Se dice que el papel está maravillosamente apropiado á sus facultades dramáticas y lleno de efectos que asombran. Pero todavía no es hora del espectáculo, y la de comer acaba de dar; entremos en el BUEY DE LA REINA DE INGLATERRA; es una fonda nueva establecida por nuestra sociedad, y cuyas acciones se hallan ya en el día á ochenta por ciento; se recibe todo por vía de pago; sombreros sin alas, cadenillas de reló; ruedas de cabriolé. Un pobre diablo puede cambiar en ella sus botas viejas por una chuleta, ó bien sus tirantes por un potaje; ese es el motivo que haya siempre la concurrencia que ahora veis. Sin embargo, los consumidores que pagan en metálico ocupan una sala particular y se les reservan las mejores viandas.

Entraron en un comedor en el que había una docena de mesas colosales; en cada una de ellas se hallaban servidos animales enteros. Aquí había un buey echado en una cama de patatas fritas ó berza ácida; mas allá, terneras medio hundidas en jelatina, carneros mechados con ajos, jamones dorados al fuego, montones de pollos exhalando el perfume de las criadillas, hileras de ánades nadando en estanques de nabos ó guisantes tiernos. Enormes cuchillos, movidos por el vapor, procedían á la partición de este festín homérico.

—Tal vez os sorprenderá semejante exhibición culinaria, dijo Pretoriano, pero tiene por objeto asegurarnos contra el fraude de los fondistas. Aquí cada convidado justifica la identidad del nombre y de la cosa; lo que come es sin disputa lo que quería comer; lo

mismo que Santo Tomás, puede ver y tocar.

Sentémonos ante este buey todavía intacto, en el que para mayor autenticidad se han conservado los cuernos y la piel, y señalad el pedazo de que mas gustéis, que al instante os será cortado y servido. Si queréis beber no teneis mas que mirar el nombre del vino grabado encima de cada tonel, y abrid la llave del que hubiéreis escogido.

Los dos esposos se sentaron á una mesa rodeada, segun la moda inglesa, por tabiques que formaban una piececita y proporcionaban á cada consumidor la satisfaccion de no ver ni ser visto de sus vecinos. Cada uno comia á manera de los caballos, solo en su establo. Jamás se veia uno espuesto á hablar con otro concurrente, á prestarle uno de esos pequeños servicios que mantienen la sociabilidad entre los hombres; estaba uno en su propia casa, nada mas que para sí.

Desde la fonda se dirigió Pretoriano al gran teatro de la república, donde iba á representarse el nuevo drama.

El peristilo se hallaba decorado con las estatuas de Shakespeare, de Schiller, de Calderon y Moliere, puestas sin duda á la puerta para advertir que su génio no podia ser admitido en el interior. Los recién llegados hallaron la sala iluminada y llena de espectadores. Estos eran esa multitud de artistas, de literatos y periodistas, convidados á examinar las primicias de todas las fiestas de ingénio y que no habian asistido con otro objeto que el de ridiculizar el anfitrión y el festin; raza estenuada, despreciada, que no hace caso de los placeres que se la proporcionan, y que se indignaria si se los rehusasen.

Al pasar por uno de los corredores, Pretoriano vió un grupo en medio del cual se hallaba Mr. Claqueville, asegurador de buen éxito en todos géneros.

Mr. Claqueville era un hombre de cabellos blancos, tenia la cruz de honor y tres mil seiscientas cuarenta y tres medallas que le habia dado la sociedad de autores dramáticos por otras tantas piezas salvadas del naufragio.

Era, además, inventor de una multitud de métodos perfeccionados con objeto de transformar en obras maestras todas las aseguradas por su casa. No solo tenia gente que reia á sueldo, llorones con despacho y jornaleros para aplaudir, todos educados para estas diferentes ocupaciones en el cebra humano de Mr. Baqman, sino que tambien mantenía un ejército de *caudatarios*

encargados de figurar entre la muchedumbre; ocho mujeres que descollaban en los ataques de nervios y en los desmayos; tres viejos que tenian el especial encargo de dejarse aplastar en las puertas de los teatros con el único objeto de probar la concurrencia; en fin, un regimiento de prestidigitadores encargados de quitar de todos los bolsillos los silbatos y llaves agujereadas.

En el momento que Marta y Mauricio lo encontraron, hallábase precisamente rodeado por los jefes de escuadra, á quienes comunicaba la orden del dia.

—¡Atencion en toda la línea! exclamó levantando su baston como si fuera la espada de comandante; la administracion ha gastado seiscientos mil francos, es necesario que la pieza cause admiracion al cielo y á la tierra. Levantadla al nivel de la gran pirámide de Egipto... cuya reduccion vereis en un telon. Será menester que se repita trescientas veces, corderos míos Los palmo-teadores que me enseñen ampollas recibirán una gratificacion, y los llorones que consigan un reuma del cerebro tendrán derecho á una propina. Sobre todo, mirad por los entradas del cocodrilo, en atencion á que me ha dado billetes.

Pretoriano mandó abrir un palco, en el que habia reconocido á la señorita Fáeil en compañía de los señores Baqman, Dulce, Blaguefort y de milord Cant, reconocido en Sin-Par por el rey de la moda,

Milord Cant merecia, bajo todos conceptos, esa dignidad: sostenia el mejor tren y las queridas mas gastadoras; hacia las mayo es apuestas, y se presentaba en todas partes en que nada útil habia que hacer. Con dificultad se hubiera encontrado en su vida un rasgo de sensibilidad, un fervor de simpatia, una hora de nobles esfuerzos. Milord Cant jamás se habia desviado de esa distincion que nos hace envancernos del acaso, no de la voluntad, de lo que nos es extraño, nunca de nosotros mismos.

Su principal objeto no era vivir, sino brillar; su ley no era el bien sino la comodidad.

Triste egoísta hinchado de vanidad, que representaba en el mundo el papel de esos colosos bordados de oro que se colocan al frente de los regimientos los dias de revista para admiracion de las viejas y de los niños.

En el momento en que Pretoriano y sus compañeros entraron, acababa de ponerse á la oreja una pequeña trompetilla de marfil que lograba sostener en dicho punto por medio de una contraccion particular. La trompetilla de marfil pasaba en Sin-Par por

el símbolo de la suprema elegancia; era mas caro que un antejo. Ser miope era de buen tono, pero lo era mucho mas ser sordo. Era una prueba mas de inutilidad.

Milord Cant habia dejado crecer tambien sus uñas, á ejemplo de los Chinos, á fin de justificar su ociosidad. Iba vestido de tela de cáñamo, cuya produccion era ya muy rara, y por lo tanto se habia hecho un objeto de lujo, y en vez de diamantes, ya ridiculos desde que se usaban tanto como el vidrio, botones de piedras de chispa, cuya hermosura causaba la admiracion de todas las señoras.

El periodista y él se saludaron cual dos reyes, de los que el uno ha conquistado su corona y el otro la ha recibido: Pretoriano con disimulada ironia; milord Cant con una volubilidad algun tanto desdeñosa.

Mad. Fácil se asombró al ver á Marta y Mauricio; hizoles sentar á su lado, quiso que contaran su historia, y pareció mas maravillada del deseo que les animaba que de verle satisfecho.

—¡Conocer el porvenir del mundo! exclamó; ¡y habeis atravesado tantos siglos solo para eso! ¿Qué nos importa el porvenir á los que no tenemos mas que el presente? ¿qué son para nosotros los hombres que vendrán despues? ¿tenemos acaso otro interés que el que podemos ver y sentir? El porvenir es el incógnito, y el incógnito el vacío.

—No para los que tienen esperanzas, dijo Mauricio. El incógnito es el campo en que se hallan sembrados nuestros sueños, donde los vemos crecer y florecer. ¿Y quién querría vivir sin este beneficio de la duda otorgado á nuestra miseria? ¿qué sería la vida sin los horizontes fugitivos y sin las nubes que ofuscan su lontananza? El alma, privada del incógnito, quedaria reducida á un pequeño recinto cual la mirada que no puede ir mas allá de los muros de un calabozo; sus alas dejarían de volar. ¡Ah! ¿no experimentais esa impaciencia que hace mirar lo que debe venir en seguida como si pasara hoy? ¿no teneis la sed de conocer la aspiracion hácia lo infinito, ese horror de la duda que os grita sin cesar: —¡Adelante! ¿no amais tanto hoy como mañana? ¿En qué pensais, pues, cuando estais sola y mirando al cielo?

—¿En qué piensa? interrumpió Baqman, riendo; piensa en el tiempo que hará.

—Yo procuro acordarme de las sesiones á que debo asistir, añadió el Sr. Dulce.

—Yo las visitas que he de hacer, repuso milord Cant.

—Yo en los vencimientos de mis pagarés, continuó Blaguefort.

—Yo en nada pienso, acabó Pretoriano.

Mauricio los miró á todos con sorpresa.

—¿Qué! ¿ni un sueño? repitió; ¿ninguna inquietud por lo invisible? Y entonces, ¿para qué vivis?

—¿Cómo! toma... ¡para vivir! replicó Baqman dandole una gran carcajada.

E inclinándose hacia Pretoriano:

—Ciertamente, vuestro resucitado es algo loco, le dijo á media voz.

—No, contestó Pretoriano en el mismo tono; es un niño.

En aquel momento cesó la conversacion, porque el retintin de la campana anunciaba que se iba á principiar el espectáculo. Cada uno ocupó su asiento; todas las miradas se dirigieron hácia la escena; levantóse el telon.

Aqui nos vemos obligados á recurrir á la forma de narracion, y á dar á nuestro relato la apariencia de un folletin de revista. Que Dios y nuestros lectores nos lo perdonen.

El teatro representa una campiña á orillas del Nilo; hacia el horizonte aparece el Cairo, copiado de una lámina inglesa; á la derecha se halla la casa de Achmet, antiguo ministro del soldan de Egipto, pero en desgracia ya hacia tiempo y acaba de morir. Su cuerpo se halla espuesto en una silla de manos a la puerta de su habitacion, y los que le rodean están orando por lo bajo. Algunas figurantas, para completar la ilusion, hacen la señal de la cruz. Distinguese, sobre todo, en medio de ellas, á Astarbe, hija del difunto, que tiene los brazos levantados al cielo, interin la multitud canta en coro:

—¡El virtuoso Achmet ha muerto! ¡Oh Dios, es infinita tu sabiduria! Su hija queda sola en el mundo; bendito seas, Dios prudente y fuerte.

Cuando la orquesta concluye el retorneo dedicado al dolor público, la multitud se retira y deja á Astarbé sola con un extranjero que hace algunos dias se hospedaba en casa de su padre.

¡Viene á anunciar á la huerfanita su marcha!...

Al oír tal nueva, Astarbé no puede contener sus lagrimas.

El extranjero exclama:

—¡Llora! ¡oh felicidad! ¡Llorais!... ¡Ah! ¡me amas!

La huérfana baja los ojos y nada responde.

El extranjero, que conoce el proverbio, le propone en seguida que le acompañe.

Astarbé, que no quiere ser inferior en urbanidad, le propone por su parte que no la abandone; pero á tal proposición, el desconocido mira por todas partes para enterarse de que no puede ser oído, sino por los diez mil espectadores: llama á Astarbé y la dice:

EL ESTRANJERO.

Oye; pero tú sola, niña... ¡Te he engañado! Mi traje es prestado: el nombre con que me conocen no es el mío.

ASTARBÉ.

Acaba.

EL ESTRANJERO.

Pues bien, no... ¡soy egipcio!

ASTARBÉ.

¡Oh cielos!

EL ESTRANJERO.

¡Soy francés!

ASTARBÉ.

¡Que Osiris nos asista! ¡Y cuál es vuestro nombre?

EL ESTRANJERO.

¡Juan Bautista Kléber!...

Astarbé, asustada al principio, se abandona en seguida al placer de ser amada por el general del ejército francés. El único objeto que había llevado á este cerca del Cairo era el estudiar de las fuerzas del soldan; pero ya ha terminado su misión, y debe reunirse con sus soldados. Astarbé consiente en seguirle, con la condición de que un morabito del pueblo bendiga su unión. Kléber, cuya tolerancia se extiende á los párrocos de todas las naciones, acepta el morabito, y sale él mismo á llamarlo.

Astarbé, una vez sola, se entrega á la alegría, interrumpida por la melancolía, y se despide de todo lo que la rodea.

—Adios, techo paterno, tierra de negras jóvenes; río de olas fangosas, perfumadas con cocodrilos; horizonte erizado de obeliscos, que de lejos parecen las piernas de los cielos; bueyes que en otros países se comen y que aquí se adoran; esfinges, cuya frente cubierta se corona de aurora; ibis de pensativos picos, simbólicos lotos; legumbres tres veces santas, mas santo papiro; noble caña del Nilo, cuya débil cubierta fija este alfabeto que nuestra infancia deletrea. Y tú, padre embalsamado que aguarda el juicio

final, feliz en huirte, te dejo llorando; y sin embargo, donde viva Kléber nada me pasará; cuando el corazón es francés, el alma es muy luego francesa.

Después, oyendo de repente un ruido entre los zarzales de la orilla, se acuerda del anfibio domesticado por ella, y exclama:

—El es, el caiman domesticado por mí, que lo atrae mi voz y este plato de aluvias.

Aquí, todos los instrumentos de viento de la orquesta hacen resonar un *forte*, el tam tam tumba en los oídos, y la cabeza del cocodrilo aparece entre dos cañaverales de hoja de lata.

Su entrada es saludada con unánimes aplausos.

El animal apoya sus cortas patas en la plancha pintada que representa las márgenes del Nilo; lánzase pesadamente á la escena; corre hácia la comida que le presenta Astarbé; engúllela en un instante; después se echa amorosamente de lomo, y frota su escamosa cabeza en los pies de la joven.

Apláudese de nuevo, y Astarbé empieza los inocentes ejercicios que ha enseñado á Moisés; este es el nombre de su cocodrilo.

Primero lo hace jugar á la taba, saltar atravesando un aro, y después bailar una polka.

Un gran ruido que se oye detrás de la escena, pone fin á esta: Moisés se entra en su Nilo de cartón, y Astarbé, horrorizada, se dirige hácia el medio del teatro, anunciando al soldan.

Este llega en efecto con sus guardias, y seguido de la multitud que sale siempre cuando hay coros. Los guardias cantan:

—Hé aquí nuestro supremo señor; nada temais; él quiere que se le ame. ¡Alá, alá! Dios es grande, y su profeta es el soldan.

Mas la multitud varía ingeniosamente este estribillo, repitiendo con un tono sarcónico:

—Hé aquí al señor duro y triste; puesto que se le teme, forzoso es que se le ame. ¡Alá, Alá! Dios es grande; pero guardaos del soldan.

Finalizado el coro, el príncipe manda retirar á todo el mundo, excepto Astarbé, á la que declara que ha visto en el baño hace tres días, y que á su vista quedó enamorado de ella, y que se halla decidido á que sea su quinienta novena y dos esposa.

Astarbé asustada, dice que es imposible; el rey quiere llevársela á viva fuerza; pero llega Kléber con el pueblo, que se ha reunido para asistir al juicio de los muertos

al cual debe ser sometido Achmet antes de obtener los honores de la sepultura. El soldan, que tiene consigo pocos guardias para dar un golpe de estado, da muestras de someterse á la ley; pero en el momento en que se va á dar sepultura al padre de Astarbé, presenta el título de una multa que el antiguo ministro no ha podido pagarle, y reclama, según costumbre, su cuerpo en prenda.

Astarbé se echa á sus piés, suplicándole inútilmente que no esconda la sombra del anciano á errar sin asilo por las lúgubres playas; el soldan responde con este verso inimitable:

Si os entregáis á los vivos, os entregarán los muertos.

Y se prepara para llevarse el cuerpo de Achmet.

Pero Kléber, enternecido al ver la desesperacion de la jóven, coge uno de los caballos del rey, y montando en él con Astarbé en sus brazos, mete ambas espuelas al corcel y desaparece al galope, seguido de Moisés que se lleva el cuerpo de Achmet.

Aombro obligado.

—¡Corred! ¡traédmela! esclama el soldan cuando ha desaparecido. La orquesta toca una aria que se anunció como egipciaca, y en la que Mauricio reconoce la de *rete á ver si vienen, Juan*.

SEGUNDO CUADRO.

El lugar de la escena se muda. Se ven arenas hechas con paja molida que remolitan: dos avestruces domesticados que se pasean con cierto aire de enfado; gacelas que corren hácia los vizcochos, y una pirámide en el fondo; esto es, el desierto.

Kléber y Astarbé, y el viejo Achmet, que en su calidad de embalsamado representa un papel mudo, llegan en el corcel que trota. Los tres sucumben á la fatiga. Se paran, y Astarbé, acometida de una especie de delirio, dice:

—¡Por qué descansamos aquí, cuando allí abajo, cerca de los pozos, veo la fresca sombra de los grandes palmeros, y en seguida la casa en que se da á los huéspedes gratuitamente arroz con leche que con un *gracias* se paga; en la que la mujer modesta, guardando la casa, hace la felicidad de un hombre é hila algodón con la rueca?

KLEBER.

¡Astarbé! ¿qué dices? ¡mira por Dios! el desierto está abrasando.

ASTARBE.

¡Yo quisiera un sorbete!

KLEBER.

¡No oyes venir el Simour destructor!

ASTARBE.

Quisiera una rosa para colocarla sobre mi corazón.

Kléber se esfuerza en llegar á la sombra de la gran pirámide, pero el torbellino de paja molida alcanza al caballo, se lo lleva y deja á pié al muerto y á los vivos.

Kléber desesperado, llama á su ejército. Cuenta sus proezas, lo que es siempre agradable para un militar, y no interrumpe su narracion sino al percibir un ruido de caballos; cree que son sus valientes dromedarios que lo han oido, y hace un movimiento de gozo; pero muy luego reconoce al soldan y á su caballería. Se le intima que se rinda; él se niega, y va á perecer con su esposa, cuando el Nilo, que ha llegado á su medida de mes, sale á propósito de madre, y ahoga á los guardias del tirano!

Kléber coge á Astarbé que se ha desmayado, sube con ella á la cima de la gran pirámide, y dispuesto á internarse por las tenebrosas bóvedas, esclama:

—En fin, la he salvado.

ASTARBE, *volviendo en sí.*

¡Ah padre mio! ¡padre mio! ¡Si, quiero morir!

KLEBER, *con un grito de alegría.*

¡Oh suerte próspera! Mirad allá abajo cómo le trae Moisés.

ASTARBE, *cayendo de rodillas con una exaltacion piadosa.*

¡Ah! quiero creer en el Dios que hizo el caiman.

Cuadro final, compuesto de la pirámide de Kléber, de Astarbé y del cocodrilo. Música dulce, imitando una inundacion; cae el telon.

TERCER CUADRO.

Nos hallamos en el interior del gran pirámide; Achmet ha encontrado su puesto en medio de las ilustres momias que la pueblan; los vivos son los únicos que están algo apurados.

Sin embargo, Astarbé que sabe tambien ennoblecer los trabajos de los dioses lares, da muy bien de comer á su general en jefe, gracias á Moisés que le trae cada dia pesca y caza. Pero, á pesar de eso, Kléber enflaquece, la jóven lo estraña, y dice llorando:

¿Qué necesitais, mi jefe, qué debo creer?

el francés responde:

¡Lo que me falta es el pan negro de la gloria!

Al mismo tiempo llega el cocodrilo con | fragio. El general sabe por ellos que el ejér-
diferentes provisiones, entre las cuales se | cito le cree muerto, y trata de embarcarse;



Mr. Marcellus, neo-cristiano en el año 3000.

halla una botella de vino de Burdeos; pero
solo contiene papeles echados al mar por
un buque francés en el momento del nau-

esta noticia le causa un acceso de dolor y
de rabia:

—¿Dónde están mis batallones, glorias

numeradas, cuya pólvora ha enrojecido las pipas de los reclutas? ¿Qué haces tú veterano, que admites sin recelo el tiempo tal cual viene, el rancho tal cual está? Noble sencillez de los grandes tiempos homéricos, en los que se comían bueyes ensartados en picas! ¡Ah! quiero (aunque mis esfuerzos me cuesten la vida) llegar á nado hasta donde están mis coroneles.

Astarbé procura inútilmente calmar esta desesperacion. Al ver á Kléber decidido á partir:

.. Embarcado en la nave del valor.

Se acuerda de diversos subterráneos que ponen las pirámides en comunicacion con la playa; pero los busca en vano; en fin, como última esperanza, dirigese á los restos de su padre, que conoce las salidas.

El muerto, que oye le llaman, abre lentamente su caja, enseña la puerta secreta, y despues entra en su mansion.

Astarbé y Kléber se precipitan en el subterráneo, precedidos del caiman, que meneala cola en señal de alegría.

CUARTO CUADRO.

El espectador ve un sitio encantador con el mar en el fondo, y una isla inaccesible en lontananza. El soldan se halla sentado á la turca bajo un bosquecillo de palmeros, y sus esclavos procuran distraerle. Se le sirven confituras de todas clases, y no las come; cantan canciones en todos los tonos, y no las escucha; preséntanle odaliscas de todos colores, y no las mira.

Llega un oficial con partes relativos al ejército francés; el soldan las pone en un plato de confitura sin leerlas; finalmente, se presenta un etiope con un águila disforme que ha sido la admiracion de todas las testas coronadas del Africa, y que viene á ofrecérsela como regalo.

Además de otros muchos talentos de sociedad, el águila sabe llevar cartas, dar vueltas al asador y pescar con sedal.

Despues de haber seguido sus ejercicios con una mirada distraida, el soldan tira una bolsa de oro al etiope, despide á todo el mundo, y una vez solo, saca de su pecho una chinela que besa con delirio.

Esta chinela la halló el dia que por primera vez vió á Astarbé en el baño; pertenece á la hija de Achmet, y su vista alimenta el amor del soldan.

Despues de haberla contemplado un gran rato, la pone á su lado, toma su guitarra y canta lo siguiente, acompañado de un aria copta, en otro tiempo compuesta por la señorita Luisa Puget.

CANTO DE LA CHINELA.

—¡Oh babucha! por mí bien conocida, ahí te veo junto á mis piés replegados; pero si fuese tu señora, ¿qué seria, qué seria?

—Chinela, cuando te beso, tengo en el alma un horno, en mis sentidos un volcan; y si fuese tu señora, ¿qué seria, qué seria?

—Mas algun dia, hermosa mia, para compensar tanto esperar, tantos disgustos, si puedo ver á Astarbé cara á cara, ¿qué será, qué será?

Aquí, el canto copto con acompañamiento de guitarra hace su efecto, y el soldan se duerme. La orquesta toca á la sordina para merecerlo, y en seguida se ve aparecer á Kléber conduciendo á Astarbé, cabalgando en Moisés.

Encantados por la belleza del sitio, se proponen á descansar, cuando observan al soldan. Moisés que en su calidad de cocodrilo es algun tanto voraz, abre ya la boca para tragárselo, pero Kléber se opone á ello y esclama:

—¡Deteneos, el francés combate á sus enemigos, pero no se come á los soldanes dormidos!

Únicamente permite á Astarbé que recupere la babucha, interin por su parte se apodera de los partes.

Moisés, á quien no se le permite desayunarse con el dormido, se desquita lo mejor que puede, devorando primero las confituras y despues el plato.

Pero el general, que ha leído los papeles, acaba de saber que el ejército francés se encuentra á pocas leguas. En el colmo de la alegría esclama:

—¡Vuelvo, vuelvo á compartir vuestras fatigas! Acudid, granaderos, cazadores y dromedarios.

Ni los dromedarios ni los cazadores acuden; pero se despierta el soldan, llegan sus guardias, rodean á Kléber, que echa mano á la espada y que, para escitar á Moisés á cumplir con su deber, le enseña la pirámide que se ve en el horizonte, diciendo:

—De lo alto de ese granito veinte siglos te contemplan.

El caiman, deseoso de dar á los espectadores una grande idea de su persona, hace prodigios de valor. Kléber, por su parte, rechaza á cuantos le acometen. Pero el águila que lo ha visto todo, remonta su vuelo, déjase caer encima de su cabeza, y despues, dando un chillido salvaje, coge su espada y se la lleva; los egipcios se precipitan sobre su enemigo desarmado.

Moisés, que entonces se ve solo contra todos, retrocede hasta el mar, llevándose á Astarbé, con la cual aborda la isla que se ve en el fondo.

El soldan manda perseguirlos, pero se le contesta que no hay barco alguno, lo que causa gran desesperacion.

EL SOLDAN.

—¿Se puede, no hay medio alguno de llegar por el mar? ¿Qué haremos?

Quédase pensativo. De repente el águila vuelve, con la espada de Kléber, que deja caer á los piés del soldan. Este, poseído de una súbita inspiracion, esclama:

—¡Ah, se puede llegar por el aire!

El águila agita las alas, los guardias mueven sus espadas; coro final.

QUINTO CUADRO.

Vese una peña llena de grandes nidos; es la ciudad natal de Moisés, la capital de los cocodrilos.

Estos se mueven en torno de sus habitaciones, porque ya han cumplido con sus quehaceres domésticos. Las madres cuidan sus pequeñuelos, los padres de familia se dirigen á la pesca ó la caza. Los caimanes jóvenes se llevan á solas á las hembras jovencitas. Tal es la perfeccion á que se ha llegado á poner en escena, que se creeria ver un pueblo civilizado.

Astarbé, separada de todo este movimiento, está melancólicamente sentada al lado de la peña. Moisés acaba de dejarla para hacer algunas visitas de familia. Astarbé se acuerda de su esposo, cuyo retrato tiene en la mano, y despues de haber derramado un torrente de lágrimas y de versos, se pone su albornoz declarando que

¡No viendo á Kléber, no quiere ver nada mas!

El águila aparece entonces en los aires, descendiendo con lentitud, coge entre sus uñas las cuatro puntas del albornoz, y se lleva á la jóven.

Moisés, que llega en este momento, levántase inútilmente sobre su cola tendiendo hácia ella sus patas; Astarbé desaparece en las nubes!

Aquí comienza un monólogo pantomímico del caiman que manifiesta su dolor por cuantos medios están á su alcance; gime, se coge la cabeza con las patas delanteras, cual si quisiese arrancarse los cabellos; se arrastra por tierra, donde al fin queda sofocado por el dolor.

El ruido del tambor le arranca de este estupor; este ruido es producido por el

ejército francés que va á desembarcar en la isla de los caimanes.

Aparece en seguida la vanguardia con el tambor mayor á la cabeza. El cocodrilo corre á su encuentro, y por medio de gestos quiere persuadir á los soldados á que le sigan para libertar á su general. Pero los franceses, que no comprenden su lenguaje, y á quienes la esperiencia ha hecho desconfiar de los cocodrilos, calan la bayoneta. Moisés desesperado quiere escaparse, de lo que deducea que es un traidor, y lo ponen preso. En el mismo instante, un oficial ve el retrato caido de las manos de Astarbé, y dice:

—¡El retrato de Kléber!... no hay duda; este mónstruo ha devorado á nuestro invencible jefe.

Los soldados, furiosos, lanzan gritos de muerte, y se llevan á Moisés para ser fusilado.

Salida militar al son de la marcha: Se le va á flanquear.

SESTO CUADRO.

Nos hallamos en el palacio del soldan; Kléber está encerrado en un calabozo que da al rio, y se entretiene en un globo que debe poner á salvo su persona.

Entre una infinidad de reflexiones personales, esta fabricacion le inspira un gran pensamiento.

—¡Admirable influencia de la ciencia humana! el bárbaro ignorante me cree sujeto; pero el arte de Montgolfier se rie de un tirano vil: por muy astuto que él sea, es mucho mas sutil el gas.

Es interrumpido en la espresion de estas verdades físicas por el estampido del cañon; se estremece; ha reconocido el eco del cañon francés,

Cuya voz es el acento de la misma gloria.

El soldan llega al momento confuso; la ciudad se halla sitiada y va á ser tomada si Kléber no ordena á su ejército que se retire. Kléber se niega, á pesar de las amenazas que el soldan le hace de hacer morir á Astarbé, siempre envuelta en su albornoz!

La hija de Achamet se lanza en los brazos del general francés, y declara que quiere morir con él. Empieza la disputa, y llega al último extremo: llegan hasta á tutearse.

¡Tiembla!

dice Kléber;

¡Tiembla!

añade Astarbé;

¡Temblad!

contesta el soldan.

Y como vienen á advertirle que los franceses son ya dueños de la ciudad, saca el alfanje para herir á los dos amantes. Entonces Kléber corre á la reja de la prision, arranca uno de los barrotes de hierro, y todos los egipcios huyen.

Pero por la ventanilla de la puerta, cerrada ya, el soldan le repite su terrible

¡Temblad!

y añade, dirigiéndose á sus esclavos:

¡Ni piedad, ni perdon! ¡Las serpientes!

Y los esclavos repiten en coro:

¡Las serpientes!

Astarbé horrorizada se refugia en los brazos de Kléber, que aterrizado dirige la vista á todo lo que le rodea... La orquesta toca una marcha con platillos y chinoscos; oýese un sordo chis chas de escamas; despues se abre una trampa en el fondo, y por ella salen las cabezas de dos monstruosas boas.

Los amantes no se han movido del mismo sitio, helados, mudos, con una mano tendida hácia los reptiles, que se desenroscan lentamente, y se dirigen hácia ellos.

Un recuerdo pasa por la mente de Kléber. Corre á su globo, lo acerca á la ventana, hace entrar á Astarbé en la barquilla... pero ya demasiado tarde; las boas tan solo se hallan á algunos pasos; un salto no mas, y cogen su presa. Las dos dan un silbido de alegría! ¡y un aullido terrible les responde!

Las dos serpientes se paran; Moisés acaba de penetrar por la ventana del calabozo y se precipita á su encuentro.

Las boas retroceden lentamente como asustadas é inciertas. Kléber se aprovecha de esta retirada para entrar á su vez en la barquilla, y el globo desaparece.

Sin embargo, las boas han ya recobrado su valor; vuélvense, y se empeña una terrible lucha. Moisés combate al principio con ventaja; dos veces se desprende de los lazos de sus enemigas; dos veces las hace retroceder; en fin, sus fuerzas se agotan! Cogido de nuevo en sus anillos, combate con menos ardor, lanza un sordo quejido y cae moribundo.

Las boas victoriosas dejan oír un silbido de triunfo y se vuelven á su retiro.

En el mismo instante se oye un gran ruido de pasos y de armas, entra Astarbé con Kléber al frente de los soldados franceses, pero llegan ya demasiado tarde; el cocodrilo se inclina, pone una pata sobre su corazon, y en seguida espira.

Al ver esto, Astarbé se desmaya de dolor, el general queda aterrado, y los granaderos enjugan una lágrima.

Finalmente, Kléber es el primero que vuelve en sí. Arráncase la cruz de honor que lleva en el ojal, y, poniéndola sobre el cadáver de Moisés, dice con profunda emocion:

—Salvaje hijo del Nilo ¡ah! guarda en tu corazon este premio de adhesion, estrella del honor. Hombre ó animal, ¿qué importa que repose? El alma es la que todo lo anima, la especie es muy poca cosa.

La acogida fué inmensa; se llamó al cocodrilo, que volvió á salir, hizo tres saludos y se retiró cubierto de ramilletes de flores.

—Vereis como esta pieza se repetirá trescientas veces, dijo la señorita Fácil: los mismos periodistas hablarán bien de ella, porque está desempeñada por fieras, y porque estas no se incomodan aunque se hable mal de ellas. Además es obra de un autor desconocido, y no podeis imaginaros la recomendacion que en sí lleva esta palabra. El escritor ya célebre, no solamente es odioso á aquellos que son tanto como él, sino á los que todavía están en camino, para los primeros es un rival; para los segundos un primer ocupante, y para todos un enemigo natural.

El autor ignorado por el célebre no inspira ni temor, ni celos: los candidatos á la celebridad lo aplauden como uno de los suyos, y cada hombre célebre lo anima en la esperanza de que ocupará el puesto de uno de sus vecinos de gloria. Armanse con su triunfo contra aquellos que le han obtenido antes que él; llévase hasta á las azoteas el extremo de la tabla en que acaba de sentarse, á fin de hacer bajar al otro hasta la calle. Es tan dulce hablar favorablemente de un cofrade, cuando esto da ocasion de hacerlo mal de otros muchos. Los desconocidos son casi muertos, y ¡ya sabeis de qué manera apreciariamos los muertos! ¡por odio á los vivos! Del autor de Kléber va á hacerse un génio, tan solo por tener el placer de tratar de imbéciles á sus predecesores.

—Todavía hay otra causa, objeto Pretoriano; el nuevo poeta es conocido de todos nosotros; nos ha consultado cada escena; nos ha desgraciado sus versos distico á distico; todos tenemos en su drama algo que nos pertenece ó que nosotros creemos pertenecernos, y este algo es necesariamente admirable. Así es que apoyaremos el drama en conjunto. Esto es una especie de compromiso tácito tomado de antemano por ca-

da uno. La mayor parte de los autores vienen á presentarnos su inspiracion como un incógnito súbitamente ofrecido á nuestra admiracion, y nosotros nos quedamos con desconfianza, examinamos por partes, juzgamos con severidad. En esta, nada de eso, la mu- a que ha dictado Kléber es una buena hija que ha dormido en nuestra almohada, y á la que nada tenemos que reprender, porque para admirar á una mujer, lo principal no es que sea hermosa, sino que tengais algun dominio en ella.

—He aquí una explicacion notablemente impertinente para los pobres admiradores, interrumpió la señorita Fácil.

—¿Por qué? preguntó Pretoriano; ¿no sabeis que pertenecemos quiere decir reinar sobre nosotros?

—¿Qué chiste!

—Ensayadlo; yo me ofrezco para la prueba.

—¿Y qué diria la reina de vuestro destino?

—Diria, como todo el mundo, que nada puede resistir á vuestros encantos.

—Razon mas para que yo pueda resistirlo todo.

—¿Ah! creeis vos arreglarlo todo con el talento.

—¿No es esa nuestra moneda?

—Hace ya tiempo que he gastado los fondos.

—¿En ese caso, yo os convido á cenar!

—¿Esta noche?

—Sí, con estos señores; y espero que nuestros resucitados tambien asistirán; habrá, por via de diversion, una sesion de la sociedad de las mujeres doctas. La señorita Spartacus tiene que pronunciar un discurso: venid, será el sainete despues del drama.

Pretoriano aceptó por él y sus compañeros, y todos se dirigieron á casa de la señorita Fácil.

XX.

Lo que es una reunion escogida.—Las críticas de primera, segunda y tercera clase.—Cómo un hombre que ha dejado muchas viudas y huérfanos, es lo que se llama un hombre de corazon.—Marcelo el pietista.—Conversacion de las personas bien nacidas.—Seccion de la sociedad de las mujeres doctas.—Discurso de la señorita Spartacus llamando á las mujeres á la libertad.

La habitacion de la señorita Fácil pasaba por el mas hermoso palacio de Sin-Par.

Era el resultado de una rivalidad galan-

te que reinaba entre los principales miembros del gobierno.

El ministro de los Trabajos públicos lo habia hecho con los escombros de una antigua iglesia; el director de bellas artes lo habia adornado con cuadros y estatuas cuyo importe es por el presupuesto; el inspector de la libreria habia formado en él una biblioteca con las obras destinadas á los depósitos públicos; el conservador de las yegüadas habia destinado para sus caballerizas los mas hermosos caballos padres comprados para el fomento de la cria caballar; por último, el mismo ministro de los Cultos habia enriquecido su capilla con un altar completo.

La señorita Fácil aceptaba todos estos donativos como pago de algunos servicios; cabalgaba en compania del domador de caballos, obtenia misiones para el inspector de libros, admitia las señoras recomendadas por el ministro de las artes, y conquistaba votos al ministerio.

Tenia además amigos en todas las clases y en todos los partidos, lo que no dejaba de ponerla al abrigo de las recriminaciones.

Su casa, abierta para todo el mundo, era una especie de terreno neutral en que se encontraban los adversarios. Solo se daba entrada al placer. Allí cada uno ridiculizaba los sentimientos de que se vanagloriaba en otra parte, y se reia libremente de los demás y de sí mismo. Hubiérase dicho que eran lo interior de un teatro, donde los actores parodiaban sus propios papeles. Allí era donde la nueva generacion de Sin-Par aprendia esa burla escéptica, cierzo helado que sopla por entre los floridos años de la juventud; ahí donde la ironia contenia sucesivamente en su vuelo los naturales entusiasmos, las ardientes creencias, las pasajeras esperanzas, las veleidosas ilusiones, pobres mariposas de falsos colores á quienes atraviesa el sarcasmo riendo, con su alfiler de acero, y cuyas convulsiones espone á la befa de la muchedumbre. La diferencia del bien y del mal era lo que se llamaba buen sentido; el egoismo espíritu de gobierno, y esperiencia el desprecio de los hombres. Considerábase allí la ciencia de la corrupcion lo mismo que la de la vida; tambien lo sublime habia cesado de escitar la colera; no lo comprendian y se burlaban de él.

Mauricio llegó algunos instantes despues que la señorita Fácil, y halló una reunion bastante numerosa.

Además de los que ya conocia, Pretoriano le enseñó un cierto número de hombres

célebres en política ó en artes, porque habian hecho alguna cosa, y un número mayor conocidos en el mundo elegante, solo porque nada hacian.

Mauricio observó particularmente, entre los primeros, á un hombre delgado, de semblante adusto, que hablaba á todo el mundo con una familiaridad algo negligente.

—Este es el Sr. Malo, nuestro gran crítico, le dijo Pretoriano; al ver que era incapaz de producir, se ha puesto á hacer trizas las producciones contemporáneas, lo mismo que esas mujeres que porque son estériles, afirman que los hijos de las demás son insupportables.

Mientras no le recomendaban por su talento, no se cuidaba mas que de sí propio; ha recurrido á la ruindad, y hoy es un hombre célebre. Nada mas sencillo que su manera de criticar. Consiste en llevar al retortero tres ó cuatro grandes nombres que perpétuamente opone á los nuevos. Cada gloria antigua se convierte en sus manos en una porcion de cicuta con el que envenena las glorias presentes. A toda obra nueva opone una teoría eminente que la condena con tanta mayor seguridad cuanto que precisamente la ha inventado para esto. El medio no ha dejado de surtir buen efecto, no respecto del público, que se ocupa muy poco de su modo de pensar, pero sí de los que sufren sus tiros, que se indignan de ella y la desean; porque siempre hay algo de mujer en el artista, y mas vale que se murmure de él que no se guarde silencio acerca de su persona. Nuestros escritores se parecen á las marquesas del siglo XVIII, que tenian por grande honor ser deshonoradas por Richelieu; á esto llegarán los rigores del maestro Malo; van colocándose uno tras otro para que él los estrangule.

—¿Y no hay otro Aristarco contemporáneo?

—Tenemos también á ese hombre bajito, jovial y bullicioso que se ha hecho el tribulet del público y procura divertir á su maestro con epigramas ó escándalos. Con ese oficio ha conseguido una reputacion adornada con algunos bastonazos, que él ha aceptado como percances naturales. Tambien ha llegado á maestro de escuela, y á su sombra se ha formado una falange de bufones cotidianos que, careciendo de talento para saber elogiar, han tomado el partido de ridiculizarlo todo. Este manejo ó repaso de las altas obras del pensamiento les da una especie de valor; el hombre que tiene la cuerda en la mano, jamás es vulgar á vista de los que pueden ser ahorcados. Se les adula, y se hacen célebres á

fuerza de mala fé y de hablar mal, así como otros solo lo consiguen á fuerza de mérito.

—¿Y no teneis escepciones?

—Son raras, pero existen. Aun tenemos algunos jueces justos que tratan el arte como una flor cuyo perfume se respira, y no como una presa que se ahoga para vivir de ella. Aquellos son los grandes talentos y los corazones nobles; pero rara vez recurrimos á ellos. Un periódico solo es una fonda abierta á los apetitos intelectuales de la multitud, y esta no apetece tanto los platos sanos como los bien condimentados.

De los críticos, Pretoriano pasó á los leones, de que habia en gran número en casa de la señorita Fácil. Cada uno de ellos poseia una especialidad que lo recomendaba en el mundo elegante: consistian estas en juego, las jaurias, los caballos y las queridas; pero no por eso dejaban de tener ocupaciones serias, tales como los dados, la barra y las corridas de caballos.

Mauricio reparó en uno á quien todo el mundo manifestaba una deferencia particular.

—Ese es el conde Mortífero, dijo el periodista; el espadachin mas temible de toda la república. Casi siempre mata á su adversario; así es que no se puede menos de demostrarle una alta consideracion. Se le dejan pasar sus impertinencias, y se le sufren sus insultos sin manifestar el mas minimo disgusto por temor de que no os pida satisfaccion.

En este momento el conde se volvió y fué al encuentro de Pretoriano.

—Y bien, ¿sabeis lo que pasa? dijo sin saludar; ese perillan de Tamaño acaba de presentar á la cámara un proyecto de ley contra los desafíos.

—Esa es una precaucion personal, indicó el periodista.

—Yo digo que es un insulto, repuso Mortífero, que apretaba los dientes; en verdad que la proposicion va dirigida contra mí, y yo podria pedir satisfaccion.

—¿A un procurador? Os responderá con una conclusion de no admitir.

—¿Y dejareis pasar semejante ley? continuó el conde dirigiéndose á Banqman, que se acercaba, una ley que multa á cualquiera que mate á un hombre.

—¿Temeis arruinaros? preguntó el industrial riendo.

—¿Quién sabe? repuso Mortífero ciertamente adulado; cuando uno es algun tanto delicado en punto de honor... Yo me he batido sesenta y cuatro veces, caballero.

—¿Diablo!

—Y he muerto á treinta y dos de mis aniversarios.

—¿Es decir que os habeis limitado á un cincuenta por ciento! dijo Banqman con la misma gracia.

—¿Y un monigote como Tamaño quiere arrebatarme la libertad de continuar? dijo el conde indignado; ¡no, esto no sucederá! El duelo es la última salvaguardia de la moral y del honor. Sin él, todos los que no saben manejar una espada nos dirian frente á frente y descaradamente lo que piensan. Bastaria tener razon para atreverse á levantar la voz. ¡No sufriremos semejante bochorno! El único medio de conservar la urbanidad, la justicia y la lealtad entre la clase media, es permitir á cualquiera que se crea ofendido el derecho de enviar una bala á la mandibula ó de atravesar la piel de su contrario.

Al terminar estas palabras, pronunciadas con aire de satisfaccion, Mortifero giró sobre sus talones y se dirigió hácia otro grupo.

—Acabais de oir el modo de pensar de aquellos que por sí mismos se califican de *hombres de corazon*, dijo Pretoriano á su compañero; los agujereamientos de piel y las fracturas de mandibula les hacen sonreir con tanto mas motivo, cuanto que creen asegurado su monopolio. Prueban la necesidad del duelo para castigar los crímenes no previstos por la ley, sin añadir que en esta justicia de la casualidad sucede á menudo que el ofendido muere y el culpable triunfa. Lo señalan como una garantia contra el atrevimiento de los cobardes; pero no dicen que es al mismo tiempo un auxiliar para la de los espadachines.

Avisaron que la cena estaba servida, y los convidados pasaron al comedor.

Hallaron la mesa cubierta de los mas exquisitos manjares, es decir, los mas raros. Mauricio procuraba reconocer en vano esas nuevas invenciones de la cocina simpariana, cuando distinguió en las paredes cuadros que conteian la lista de la cena. Veíanse tartas con pepitas, consumados de corazon de pichon, compotas de lenguas de perdiz, y guisados de higados de cogujadas. Nuestro héroe no leyó mas. La civilizacion imitaba seguramente á las hadas de los antiguos cuentos que mandaban á las princesas encantadas les sirviesen platos de ojos de langosta ó de uñas de hormiga. Lo imposible se habia convertido en necesario.

Los convidados que tenian buen apetito, aseguraron que todo les agradaba, y los vinos no tardaron en reanimar la conversacion que por un instante fué lánguida.

Mauricio tenia á su lado á un hombre, con una barba de pachá y anteojos, y Pretoriano se le habia presentado como el mas esclarecido escritor de la prensa pietista. Las grandes esperanzas que habia hecho concebir fueron causa de que le apellidasen Marcelo, por alusion al jóven héroe celebrado por Virgilio: *¡Tu Marcellus eris!*

Su conversacion era fácil, y su fé tanto mas sólida cuanto mas se acomodaba á todo. Encontrábasele sucesivamente en los cafés de los leones y en las visperas, en los sermones del abate Gracias, y en los bailes de máscara; pero veíasele siempre igualmente ortodoxo, ya cantase el *Dies iræ*, ó bien bailase una polaca descabellada.

Marcelo habia al principio aplicado su piedad á beber y comer; pero cuando hubo cumplido estos primeros deberes para con su prision (así llamaba á su cuerpo), empezó á ocuparse de su vecino.

—¿Habeis vivido en el siglo diez y nueve, caballero? dijo, con la vista fija en Mauricio, y comiendo al mismo tiempo un pastelillo; ¡habeis visto esas edades de creencias naturales en que el hombre, libre de los deseos secundarios, no procuraba mas que por la alimentacion de su alma!...

Y tomó un segundo pastelillo.

—Dichosa época, perdida para siempre; generaciones fuertes y fieles, que se preparaban para la felicidad de un mundo mejor, bebiendo en los manantiales puros de la fé!

Vació su vaso, hizo sonar su lengua contra su paladar, y permaneció con el ademán pensativo de un creyente que digiere.

La conversacion continuaba, no obstante, en el otro extremo de la mesa, donde Pretoriano contaba la historia de una simpariana que, entre sus antojos de mujer embarazada, habia tenido el de comerse á su marido.

—¿Y se lo ha comido? preguntó Blaguetfort.

—¡Hasta los dedos de los piés! contestó el director de la *Gran Sábana*.

—Estaba en su derecho: la ley declara que el marido debe alimentar á su mujer.

—Y la iglesia añade que los dos no son mas que una misma carne.

—Lo que no ha sido bastante á impedir que fuese reducida á prision por orden del procurador del rey, repuso Pretoriano.

—Habrá sin duda temido fuese un mal ejemplo para su esposa.

—¿Quién diablos habia de comerse á un procurador del rey?

—Cuando se trata de un marido, no se debe consultar su gusto.

—¿Pero si á pesar de todo justifica esa desgraciada que ha sucumbido á una necesidad irresistible? objetó Banqman.

—¿Qué, iba en ello la vida de su embrion? continuó Malo.

—¿Y qué, si se ha comido á su marido, ha sido por conservarle un hijo? acabó Blaguefort.

—¿Es al menos jóven? preguntó el conde Mortifero.

—Veinte años.

—¿Y hermosa?

—Fresca como una rosa y con piel de cisne.

—Entonces está claro que el régimen es bueno, interrumpió Blaguefort, y que nuestras bellezas deben adoptarlo.

—Ya se ha observado que los que comen carne tienen la sangre mucho mas hermosa.

—Indudablemente; la verdadera fuente de juventud está en el matadero.

—Como en la Hipocrone. Shakespeare era hijo de carnicero.

—Y gracias á sus roshifs ha merecido la antigua Inglaterra ser apellidada por lord Byron *un nido de cisne*.

—A propósito de la Inglaterra, interrumpió milord Cant, ¿sabeis lo que ha acontecido á la hija de nuestro embajador?

—Ha sido robada por el secretario de su padre.

—Y los dos se han salvado en el cabo.

—Eso ya pertenece á la historia antigua.

—Sí, pero lo moderno es que nuestro raptor ha acabado por parecerle miss Confianza demasiado amable y muy rabia.

—Entonces ¿la habrá hecho teñir?

—La ha jugado al billar en veinte tantos.

—¿Ah, bah!

—¿Y la ha perdido?

—Esa buena pieza ha sido siempre feliz en el juego.

—El capitán Malgache, que ganó, quiso entonces hacer valer sus derechos.

—¿Y ella se conformó?

—¿Se ha arrojado por la ventana!

—¿De un piso bajo?

—¿De un cuarto tercero!

—¿Diablo! ¿Y su amante?

—La ha hecho enterrar con arreglo á su clase, se ha embarcado en el paquebote submarino, y acaba de llegar á Sin-Par.

—¿Dispuesto á volver á empezar? Aviso á las muchachas que *deseen reposar en tierra extraña*. Se á necesario escribir una novela bajo este tema, Robinet.

—Enterado: esta es una idea, dijo el fabricante de folletines, que se acababa de

comer un pedazo de kanguroo asado; hablaré de ello á mi aparejador.

—¿Esto será moral ó inmoral? preguntó Blaguefort.

—Segun se quiere, contestó Robinet bebiendo; tenemos cuatro muestras; el género llamado á lo Luis XV para los periódicos regalones; el género aleman para los melancólicos; el comisionista para los bufones, y el llamado virtuoso para los periódicos que nadie lee. Cualquiera argumento puede acomodarse á una de las cuatro salsas segun el capricho del consumidor; bástale cambiar de especias y dar una vuelta á la cacerola.

—En ese caso, os encargo la historia del niño blanco de la Martinica, dijo el señor Baqman.

—¿Hay todavía blancos en las Antillas? preguntó la señorita Fácil admirada.

—Una sola familia que se libró del esterminio, y á quien los negros se complacen en atormentar.

—Filadelfio el Dulce lanzó un suspiro.

—¿Pobres gentes! dijo á media voz; las distracciones son tan raras!

—Ya han hecho morir al padre y sus dos hijos.

—Por ignorancia.

—Y ahogado al abuelo.

—Sin mala intencion; estos son verdaderos hijos.

—Finalmente, la madre ha sido encarcelada hasta que pueda rescatar su libertad por cien mil piastras.

—Precio que prueba la grande estimacion que hacen de los blancos, interrumpió el filántropo.

—Y así es que su hijo, de solo diez años de edad, ha partido para procurar reunir la suma.

—¿Y ha llegado á Sin-Par?

—Despues de haber naufragado dos veces.

—¿Hé aquí un modelo de amor filial! exclamó Blaguefort; yo doy mi voto para que se le haga una corona de rosas.

—Con un dote de cien escudos.

—Acompañado de un discurso del señor alcalde.

—Espera mas todavía, repuso Baqman; se debe organizar una loteria y un baile por suscripcion, en el que se bailará la polonesa de los negros.

—Para su madre, que á estas horas está tal vez estrangulada.

—¿Dejadlo, pues! exclamó Blaguefort; apuesto que vuestro blanquito de la Martinica es un perillan que sabe ganarse la subsistencia. El modo de verificarlo me parece

una completa perfeccion, y sin privilegio del robo á la americana. Sois muy bobos si todavia creéis en los huérfanos. Por otra parte, tratase de una esclava; enviad el negocio al club de la señorita Spartacus.

—¡Ah! ya no me acordaba, dijo la señorita Fácil, que os he ofrecido una sesion de la sociedad de las *mujeres doctas*...

—A la que perteneceis, dijo Blaguefort.

—¡Miembro libre! continuó Pretoriano.

—Y que se reune aqui, acabó la señorita Fácil aparentando la malignidad de esta doble interrupcion. He puesto á la disposicion de la señorita Spartacus la sala en que representamos los proverbios; pero me he reservado la alegría escenaria, y vamos á bajar á ella; la sesion debe ya haber empezado.

Todos los los convidados se levantaron de la mesa y siguieron á su anfitrión, á quien el ministro de los Cultos daba el brazo.

Cuando llegaron á la galeria reservada, se hallaba ya llena la sala de mujeres de todas edades, desde treinta y seis años hasta sesenta, y de todas condiciones, desde la viuda de un capitán general de un ejército cualquiera hasta la portera de gabinete de lectura inclusive.

Al ver los hombres que acompañaban á la señorita Fácil, se suscitó en toda la sala un murmullo de reprobacion. Las mas frenéticas se pusieron á gritar: —¡A la linterna! á pesar de que no habia reclamado mas que bugias; y las mas robustas enseñaban ya los puños cerrados, cuando la señorita Fácil hizo con la mano una señal reclamando silencio; despues, inclinándose á la multitud obstinada:

—Herманas mías, dijo con voz segura; os he traído los jefes del ejército enemigo á fin de que puedan juzgar de vuestras fuerzas y de vuestra resolucion. Cuando hayan visto el peligro que les amenaza, comprenderán que una resistencia mas continuada es inútil, y que por fin ha llegado el dia anunciado por estas palabras del Evangelio: *Los primeros serán los últimos*; lo que significa ciertamente que las mujeres marcharán delante desde ahora, y que los hombres se resignarán á besar y llevar la orla de su vestido.

Un aplauso general respondió á esta corta explicacion; los convidados de la señorita Fácil se sentaron y hubo una larga pausa.

En fin, oyóse una campanilla; era la señorita Spartacus que acababa de ocupar

su asiento en el teatro con las demás individuos de la direccion.

A su vista resonaron algunos aplausos, pero sin ardor y sin contagio. Hay que advertir que cada una de las asistentes se creía por lo menos con tantos derechos como ella para presidir la asamblea, y que su supremacia parecia una usurpacion.

Esta disposicion de los ánimos se reveló por un largo murmullo mezclado de las frases acostumbradas.

—¡Calle! ¿Esta es nuestra presidenta?

—Es una maravilla.

—¡Vaya un vestido mal hecho!

—¡Y qué nariz!

—Para revolucionarme, quisiera tener al frente un general mas lindo que este.

—Es fácil comprender que aborrece á los hombres, porque tiene que pagarlos en la misma moneda.

—¡Atencion! abre su ridículo.

—Vamos á tener discurso.

—¡Esto va á incomodarnos! Hablad, pues, comandanta, dadnos un polvito.

—Se ha dicho que habria música y refrescos.

—Siempre dicen lo mismo todos los programas: se promete mas manteca que pan.

—¡Silencio! levanta el brazo; esta es la señal de que va á principiar.

La señorita Spartacus habia en efecto desplegado su manuscrito, calándose sus gafas y echado la cabeza hácia atrás para darse cierto aire de nobleza. El rumor que circulaba en el auditorio cesó, y la presidenta del club de las mujeres doctas tomó la palabra:

—«Conmovidá aun por las muestras universales de benevolencia que se me han prodigado, experimento cierta indecision en abordar la grave cuestion para la que nos hallamos reunidas. La turbacion de mi corazón se halla á pique de apoderarse de mi mente, y á mi pesar me siento conquistada por la ternura del reconocimiento.

»Pero este mismo reconocimiento me recuerda mas vivamente el objeto de mi mision: reanima mis fuerzas, enardece mis esperanzas, y tras esa vehemencia de sensibilidad concedida á la naturaleza, entro con mas fuerza y mas inalterable en el cumplimiento de mi proyecto.

»Este proyecto, ¿lo conocéis ya? Quiero se cumpla para nuestro sexo la gran revolucion que la Francia llevó á cabo en otro tiempo para las clases. Mirabeau proclamó que no habia ya plebeyos; yo proclamo á mi vez que las mujeres no existen!

»No, no existen las mujeres, puesto que el hombre las ha condenado hasta este

momento á los cuidados abyectos de la casa y de la maternidad: no existen las mujeres puesto que no pueden dirigir talleres, ni mandar buques del Estado, ni hacer sus servicios de guardias nacionales; no existen las mujeres, puesto que únicamente á los hombres pertenece el privilegio de hacerse matar ó estropear en la guerra, en los viajes y en el trabajo.

»Pero me preguntareis, ¿el medio de llegar á esta trasfiguracion? Aquí, en efecto, está el programa. Inútilmente se ha buscado su solucion durante veinte siglos; todavía se la buscaría sin duda si Dios no me hubiese enviado para vuestra libertad.

»Sí, señoras y señoritas, vengo á dar cima á la obra incompletamente bosquejada; vengo á romper el último yugo que ha quedado sobre la tierra, vengo á daros el cetro del mundo!!!»

Aquí la señorita Spartacus hizo una pausa á fin de prolongar la ansiedad de la asamblea; esta se aprovechó de ella para sonarse.

Después que las narices se callaron (porque en todo auditorio la nariz es la parte turbulenta y rebelde), la oradora levantó la mano y prosiguió:

«Semejante resultado os deslumbra sin duda; suponéis de antemano que no se podrá obtener sin prolongados y dolorosos esfuerzos; prevenís alguna combinacion nueva y desconocida. Desengañaos, sexo amable del que formo parte! el medio inventado por mí lo habia sido hace dos mil años por un poeta griego llamado Aristófanes; pero sin que comprendiese todo su objeto. Teniendo por base la naturaleza y la observacion, doma al hombre con tal seguridad cual el hambre doma al caballo á quien el criado quiere enseñar á contar las horas; cual la falta de sueño subyuga al perro destinado á jugar al dominó; cual el ópio y la barra de hierro candente avasallan á la pantera que debe ser artista dramática. ¿Quereis saber lo que puede ser? Buscad cuál es en el hombre la pasion mas ardiente, la inclinacion mas general, mas continua y mas tenaz: ¿os acordais de lo que hizo arder á Troya, lo que trasformó á Roma en república, lo que en tiempo de las antiguas monarquías mantenía el favor de las familias nobles ó ennoblecía las pecheras? Y si esto no es espresarse con bastante claridad, leed la explicacion del mismo poeta griego, traducida para instruccion de los ignorantes, y de la que podeis cada una llevaros un ejemplar.»

A estas palabras, la señorita Spartacus hizo una seña, y las señoras de la direccion

tomaron, del canastillo, impresos que lanzaron entre la multitud. En un instante se halló la sala llena de hojas volantes que se cogian al caer ó que se trasmitian de mano en mano.

Algunas de ellas fueron á parar al lugar ocupado por la señorita Fácil y sus convidados, y Mauricio reconoció la traduccion de la escena tercera de Lisistrata. El medio que proponia la presidenta del club de las *mujeres doctas* se hallaba en efecto explicado con toda claridad. Tratábase de reducir á los hombres por el hambre, no el hambre material, sino la de corazon, como dijo el caballero de Boufflers. Todas las mujeres debian sujetarse á una especie de bloqueo continental (suponiendo que esta última palabra se derive de continencia), y sus tiranos, convertidos en victimas, no podrian dejar de rendirse á discrecion, á no ser que se resignasen á cantar solos el estribillo de Beranger:

Acabemos, el mundo es ya muy viejo.

La lectura del fragmento traducido obtuvo ciertamente un éxito maravilloso entre la asamblea; todas las miradas lo recorrian con avidez, y después de haberlo leído, se volvía á principiar á fin de comprenderlo mejor.

Cuando la señorita Spartacus creyó que todas se hallaban al corriente, volvió á coger su cuaderno, y continuó:

—«Ya conoceis todas, hermanas y amigas, el medio que debe asegurar nuestro triunfo, y ninguna de vosotras puede dudar acerca de su poder. El dia que las mujeres lo obtengan, el hombre será subyugado. ¡*Victus et inermis drago!* Esta cita latina no os admirará, señoras; una vez devuelto á nuestro sexo el trono, el latin entra necesariamente en nuestro dominio, así como la esgrima y los vasos. Repito, pues, ¡*Victus et inermis drago!*»

»Pero, derrotados ya nuestros enemigos, deberemos por necesidad aprovecharnos de nuestra ventaja para que no levanten mas la cabeza, y el medio mas seguro para esto es redactar otra vez la carta de la humanidad.»

»La revolucion francesa proclamó los derechos del hombre, nosotras les sustituiremos los de la mujer que he formulado en cinco articulos, que serán en adelante nuestra ley.»

DERECHOS DE LA MUJER LIBRE.

»Artículo 1.º Los derechos de la mujer consisten en no reconocer á los hombres.

»Art. 2.º Todas las mujeres serán iguales para mandar, y todos los hombres iguales para obedecerlas.

»Art. 3.º Todos los empleos serán desempeñados por el sexo mas interesante y mas débil, escepto los que no quiera ocupar, que pertenecerán de derecho al sexo mas feo y fuerte.

»Art. 4.º Todos los hombres se casarán y las mujeres permanecerán solteras, es decir, que los primeros serán encadenados y solo tendrán deberes que cumplir, al paso que las segundas serán libres, y solo gozarán de derechos.

»Art. 5.º Tan solo las mujeres tendrán en su poder las llaves de las arcas públicas y privadas; se deja á los hombres el privilegio de llenarlas.»

Frenéticas aclamaciones acogieron este hexálogo que restablecía con tal justicia la igualdad humana. Los gritos de ¡viva nuestra libertadora! ¡viva la señorita Spartacus! se cruzaban con mil exclamaciones de entusiasmo; cada una de las que escucharon anunciaba ya sus pretensiones. La una quería ser gobernadora ó generala de division, la otra procuradora general, una tercera gran rectora de la Universidad. Era esto una especie de Carnaval de la inteligencia, en el que todas las ambiciones se cruzaban y tropezaban al correr como las máscaras. La señorita Spartacus, embriagada con este triunfo, acariciaba con su mirada los veinte manuscritos que llenaban su bolsa de terciopelo. Aquí se encontraba el verdadero nudo del negocio; habia en primer lugar querido asegurarse de la benevolencia de su augurio; pero la gran cuestion consistía en que no disgustara el contenido de la bolsa.

Continuó tan luego como el entusiasmo de la multitud permitió que su voz fuese oída.

—«Ya preveía esas manifestaciones de alegría, y veo en ellas el nuevo testimonio de un triunfo seguro. Sí, queridas cómplices, os reunireis para vencer la barbárie de ese sexo que rechaza sin respeto á sus adversarios porque son débiles, y que ni tan siquiera tiene la vulgar generosidad de dejarse derrotar sin defenderse. Pero para llegar á este resultado es necesario que todas las mujeres secunden nuestro complot, que comprendan su importancia, que estén iniciadas tanto de los medios como del objeto, y para esto son indispensables las instrucciones.

»Hé aquí esas instrucciones; he consagrado á ellas por espacio de diez años mis facultades y mis vigiliias. Novelas, poesías,

tratados filosóficos, impresiones de viajes, sainetes; he adoptado sucesivamente todas las formas, he seguido todos los giros. Esta bolsa contiene la materia de noventa y dos volúmenes en octavo, sin interlineas, destinados á atraer á todas las mujeres á nuestro modo de pensar. Esto es la revolucion del mundo en manuscrito; solo falta gastar en la impresion.

»Pero estos gastos, inclusa la justa retribucion del trabajo del autor, ascienden á un millon doscientos mil francos, y no pueden por lo tanto suplirse sino por la asociacion de las interesadas. Tengo, pues, el honor de proponeros, á nombre de la direccion, una suscripcion que se abrirá, concluida la sesion, en interés de la causa, para la inmediata impresion de mis obras completas.

»El nombre de las suscriptoras y la cantidad porque lo verifiquen se anotará por mi secretaria, que aguarda en la puerta principal.»

Al pronunciar estas palabras, la señorita Spartacus se quitó sus gafas, saludó á la Asamblea, y salió con las que componian la direccion.

No se oyó ni un solo aplauso. La idea de suscripcion habia helado las esperanzas y apaciguado los ánimos mas altivos. Los murmullos volvieron otra vez á correr por encima de las cabezas agitadas, como lo brisa por encima de las espigas.

—Esto es un lazo, repetician muchas voces; se nos ha traído á una emboscada.

—Quiere obligarnos á imprimir sus centones.

—Y á crearle renta para que pueda encontrar marido, á pesar de sus antiparras y de su nariz descomunal.

—Es una loca.

—Una intriganta.

—Yo no daré un maravedí.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni yo.

Pero, á pesar de estas protestas, todas las miradas se fijaron en cierta especie de obstáculos que habia en la puerta principal, en que aguardaba la secretaria de la señorita Spartacus. Pasar por delante de una mesa de suscripcion sin dar nada es siempre cosa difícil, no para nuestra generosidad, pero sí para nuestra necesidad. ¿Qué se pensará de nosotras? ¿no se nos acusará de dureza, de avaricia, de pobreza? A este último pensamiento, nuestra frente se ruboriza, llevamos con presteza la mano al bolsillo.

Esto era lo que iban á hacer las mujeres

doctas, aunque contra su modo de pensar, cuando advirtieron que habia una puerta escusada que permitia evitar la salida por la principal; todas se precipitaron á aquel punto, interin que la secretaria y la señorita Spartacus, que se habia reunido con ella, aguardaban á las suscriptoras. En fin, un criado fué á preguntarles si podia apagar las bugias: ¡la sala estaba desierta!

La presidenta quiso cerciorarse con sus propios ojos: pero cuando no le quedó la menor duda, dejó caer sus gafas, y cubriéndose el rostro con sus dos guantes de filadiz hechos á punto de aguja, exclamó como Caton despues de la batalla de Filippes:

—¡*Divinus vixi!*

Lo que la secretaria tradujo por:

—¡Tenia tantos manuscritos!

Durante este intervalo, la señorita Fácil y sus acompañantes salian de la galería con las mayores risotadas y se volvian á los salones. Mauricio y Marta se quedaron solos, sentados en el mismo punto, con las manos cogidas y mirándose.

—Siempre la misma ilusion, dijo al fin Mauricio que apoyó en la espalda de la jóven su cabeza pensativa. ¡Ah! ¿para qué hacer dos campos de los hijos de Dios? ¿No es Eva la carne de Adan? ¿No se llegará jamás á comprender que no es el derecho lo que hara desaparecer la servidumbre y sí solo el amor? ¿Acaso se cimentan las alianzas con las sospechas y acusaciones? Amad bien y nadie ambicionará el papel de señor, sino el de esclavo; amad mas todavía, y no sabreis quién obedece ó quién manda, porque los dos corazones no serán mas que uno solo.

—Sí, dijo Marta, cuyos labios besaron la hermosa cabellera del jóven; así es como nosotros hemos vivido, y del mismo modo continuaremos!

Asomóse una lágrima á las pestañas de Mauricio; tuvo un buen rato á Marta oprimida contra su pecho: despues haciendo un esfuerzo:

—Deben buscarnos, dijo, vamos en seguida; ¿qué pensarían los convidados de la señorita Fácil si nos vieran y oyeran? ¡Ay! no nos comprenderían, porque la inteligencia no puede elevarse sino con las alas del alma. Entregada á la pesadez de la realidad, descende á los lugares bajos y ve cada dia que su horizonte se estrecha. Ayer llorásteis en este mundo nuevo, porque el amor lo habia abandonado; pero al emprender su vuelo se ha llevado tambien una compañera.

—¿Quién es pues? preguntó Marta.

—La poesía.

Tercera Jornada.

XXI.

Correspondencia-omnibus de D. Atodo.—Constitucion politica de la república de los Intereses-Unidos.—Circular electoral de M. Banqman.—Cámara de los diputados de la república de los Intereses-Unidos.—Crisis ministerial acerca de las hormillas de boton.—Magnifico discurso de Banqman sobre si conviene ó no al ejército llevar guantes de punto.—La Cámara vota todos los artículos de la ley, y desecha la totalidad.

El alma humana está formada de tal modo que únicamente la dificultad puede sostener su ardor. Apasionada por el bien mas fútil cuando cree que se le va á escapar, permanece indiferente á todo lo que obtiene sin sacrificio. Aspirase con todas las fuerzas del deseo al elogio que es preciso conseguir con trabajo, al paso que se recibe con indiferencia la carta de un admirador desconocido; cómpranse con solicitud las obras del escritor que jamás se ha visto; y el dia que él mismo os las entrega, se abandona su lectura. Se piensa mucho tiempo en los medios de presentarse en casa de un vecino, y si él nos precede en la visita, nos quedamos en seguida en reserva. Basta ver todos los dias al hombre que se aprecia para no pensar mas en él; cuando se le hallaba una vez al año, procurábamos informarnos de sus proyectos, de sus trabajos, de sus ideas; ahora nada averiguamos; ha entrado en el círculo de nuestros hábitos, ha cesado de ser un deseo, para nada lo miramos!

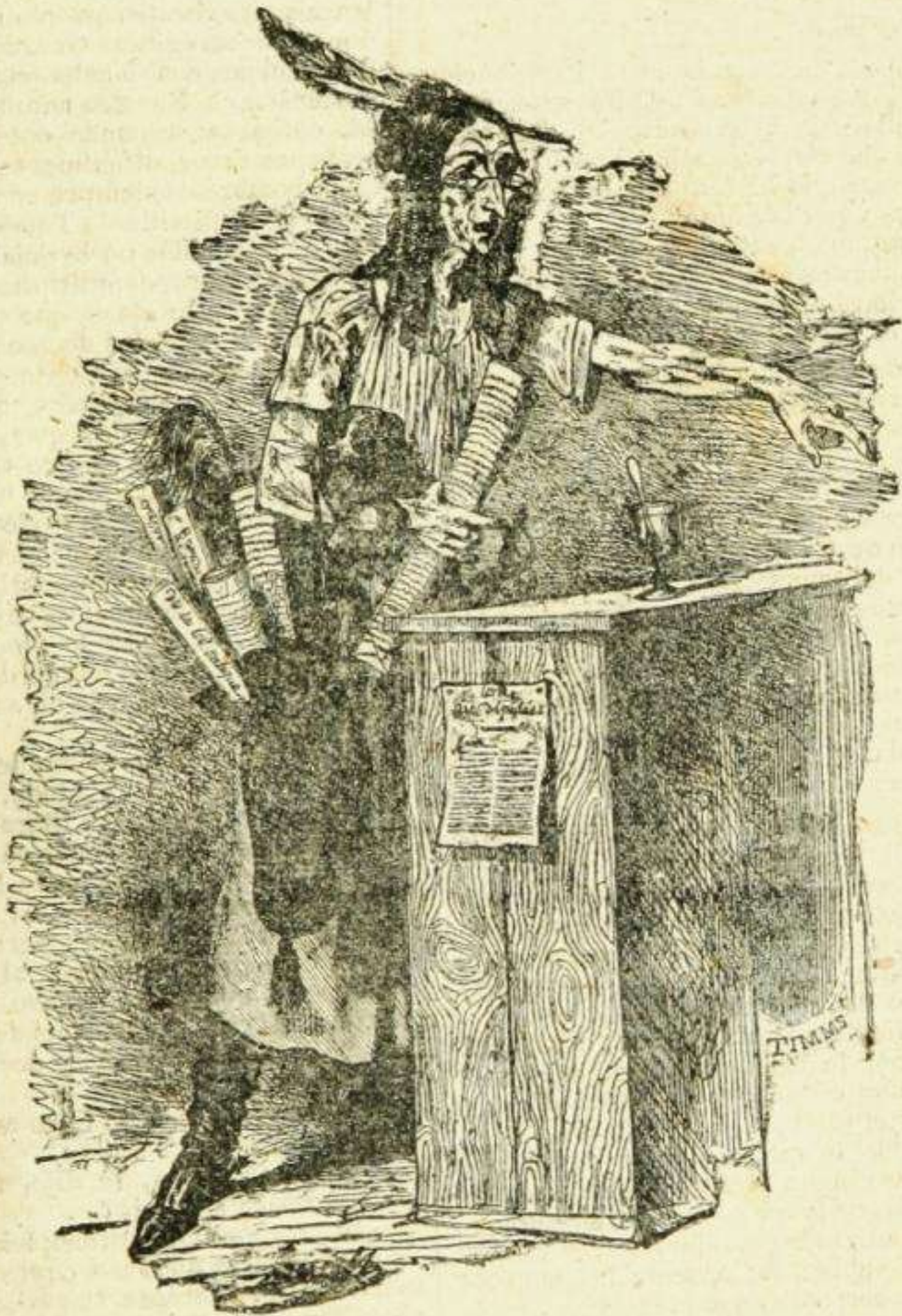
¡Estraña naturaleza! no perseguimos sino lo que huye, no amamos sino lo que nos rechaza, y todo lo que viene en busca nuestra despierta al instante nuestra indiferencia!

D. Atodo hacia estas reflexiones delante de su bufete cubierto de volúmenes sin abrir, á pesar de que los mismos autores se los hubiesen llevado; de periódicos que le enviaban gratis aun envueltos con sus fajas, y de paquetes francos que no habian sido abiertos.

Al principio de la carrera, estos homenajes públicos hubieran sin duda envanecido al futuro academico; pero despues, la costumbre lo habia esteanunado sobre esos homenajes de la gloria: así es que los recibia con una incuria desdeñosa. Lo que veia en ello mas claro, era la necesidad de responder á los trescientos envíos que se amon-

tonaban en su bufete: porque D. Atodo sabía que la exactitud era la policía así de los literatos como de los reyes, y él respondía siempre. Tenía para esto tres modelos de

«Caballero:
»¡Teneis una lira en el corazon! He leído... (aquí el título de la obra) con emociones que á cada instante se renovaban. La



La señorita Spartacus defendiendo los derechos de la mujer.

cartas estenografiadas, á los cuales solo faltaba poner el sobre.

Si se trataba, por ejemplo, de un tomo de poesías que le ha sido remitido junto con una carta extática, echaba mano del modelo número 1.º concebido en estos términos:

musa que lo ha dictado se asemeja á las aves de otras latitudes que anidan en las grandes plantas, cantan en el follaje de los bosques y se pasean en las nubes.

»Continuad, caballero, y todo lo que con benévola indulgencia se juzga de mí, el

porvenir lo dirá algun dia con mas justicia de vos.»

Tratábase, por el contrario, de una publicacion periódica; el modelo núm. 2 le venia al pié de la letra:

«Caballero:

»Teneis una espada en la imaginacion. He leído con un interés palpitante vuestra... (el nombre de la publicacion). Los argumentos que empleais son muy semejantes á esas armas que hieren igualmente por los dos filos y por la punta:

»Continuad; caballero, y todo el favor que dispensais á mis obras, la república entera lo hará algun dia, y con mayor razon á vuestro periódico.»

Debiase, en fin, contestar al envío de un manuscrito; era preciso recurrir al modelo núm. 3:

«Caballero:

»Teneis una orquesta en la mente. He leído con arrebatada avidez vuestro... (aquí el título del manuscrito). Las concepciones de vuestro génio están en relacion con esas sinfonías, cuyos acentos y tonos se oyen sucesivamente.

»Continuad, caballero, y la atencion que segun vos concede el público á mi voz, recaerá toda, y con mas undado motivo, á la vuestra.»

La remesa diaria de estas cartas habia aumentado prodigiosamente la popularidad del académico. Todas las personas en quienes él reconocia génio eran naturalmente los panegiristas de su discernimiento. ¿Cómo no sostener una celebridad que nos escribe? ¿No llegamos á ser alguna cosa en su gloria? Mientras mas ilustre es, mas honra su sufragio; le trasformaremos en grande hombre, aun cuando no sea mas que para aumentar el valor de sus autógrafos.

D. Atodo lo sabia, y no se descuidaba en emplear ninguno de esos medios de nombradía, porque lo mismo sucede en esto que en cualquiera otra cosa humana; la casualidad la siembra; únicamente la habilidad la hace crecer; así es que la mayor parte de los hombres pueden crearse una reputacion, pero son muy pocos los que conocen el arte de cultivarla. Es necesario para esto que la habilidad prepare, que la energía eleve, y que el egoismo afirme. Es necesario sobre todo mucha vanidad y poco orgullo; porque si la vanidad es una vela que nosotros henchimos y que nos hacer ir adelante, el orgullo es una áncora rígida y tenaz que nos hace quedar inmóviles. Adulad, si con-

viene, retroceded si es necesario; pero presentáos en todas partes: tened de vosotros mismos la opinion en que quereis os tengan los demás: el hombre es imitador hasta en sus sensaciones. La estimacion que demostrareis por vuestro propio mérito será mas ó menos contagiosa. Guardáos únicamente de justificar con mucha claridad vuestras pretensiones. Nuestra admiracion no quiere ser obligada; se puede obtenerla de nosotros por favor, difícilmente como derecho. Cada hombre es siempre en mayor ó menor grado de la familia de Temistocles; los troicos de Milciades no le dejan dormir.

Evitad, pues, el multiplicarla; no imiteis á esos avaros de gloria que se ven siempre en la arena, untados de aceite y con la manopla en la mano. Contentáos con nacer valer lo pasado; colocáos entre esos pares y duques de la gloria, que son hoy mucho para lo que fueron en otro tiempo. De este modo se os aceptará como una especie de ilustracion póstuma que todo el mundo honra, porque á nadie hace sombra; vuestra pereza será tenida por sobriedad, vuestra esterilidad por discrecion; se os considerará como un honor todo lo que no haceis, y pertenecereis á esa falange de artistas formales que hacen alarde de su valor guardando silencio.

Hemos ya dicho cómo le habia salido bien este método á D. Atodo, que ocupaba la mas elevada posicion literaria de los Intereses-Unidos sin escribir nada, y se hallaba en primera línea entre los profesores sin profesar cosa alguna. Así es que se hallaba muy resuelto á perseverar con un método que le permitia llegar al término que deseaba, sin dar un solo paso. Apresuróse, pues, á acabar su correspondencia ordinaria; despues, acordandose de su huésped, subió á su habitacion.

Le encontró con un libro en la mano, y se bajó para ver el título:

—¿Qué teneis ahí, le dijo, los fastos de la *Convencion francesa*?

—Sí, respondió Mauricio; leia la historia de esos estoicos audaces, cuyos subalternos morian como Sócrates. Contaba los sacrificios silenciosos del pueblo de Decio, y hallaba el secreto de tanta sencillez y grandeza en una sola palabra: ¡LA FÉ!

El académico movió la cabeza.

—En efecto, dijo con aire de sabiduria; esa era entonces la potencia móvil, el alma inmortal del cuerpo social; pero el tiempo ha ilustrado á los hombres; pero ahora hemos hecho mas fácil el patriotismo, porque le hemos perfeccionado. Vuestro motor se asemejaba al vapor, potencia irresistible,

pero difícil de conducir; las explotaciones producian siempre algunas desgracias; así es que nosotros lo hemos sustituido por una fuerza mas dócil y no menos irresistible.

—¿Queréis nombrármela?

—El interés. Nuestra constitucion se halla tan felizmente combinada, que los deberes de ciudadano se reducen á la obligacion de buscar en todo su propia utilidad. Vuestro gobierno constitucional contenia, en verdad, los gérmenes de esta maravillosa reforma; gérmenes ocultos, á que nosotros hemos aplicado habitualmente el agua de la legalidad para desarrollarlos. Así es que al presente, el sistema político de los Intereses- Unidos corresponde á todas las necesidades del hombre verdaderamente civilizado.

Compónese de cuatro poderes que resumen los principios sociales de la época.

A su cabeza se halla el presidente de la república, ó *el impecable*, así denominado, porque no puede hacer mal, y no es posible que lo haga porque no hace nada. *El impecable* no es ni hombre, ni mujer, ni niño; pero constituye lo que nosotros llamamos una ficcion gubernamental: compónese de un sillón desocupado bajo un dosel! Este sillón es el jefe legítimo del gobierno. Los ministros no pueden hablar sino en su nombre, y sus declaraciones políticas son denominadas discursos del sillón.

Esta feliz concepcion nos ha evitado de este modo la perplegidad de elegir un presidente por tiempo determinado, y los inconvenientes del poder heredado. Cuando el jefe del Estado envejece, se llama un tapicero para que lo renueve, y una docena de clavos bastan para restaurar el orden de cosas. Además no hay de corte ni de dotacion. Toda la comitiva presidencial se reduce á un cepillo y un plumero. No podemos temer ni golpes de Estado ni usurpaciones, porque un sillón está forzosamente condenado al *statu quo*. En fin, como no puede ejecutarse, le hemos abandonado con confianza el poder ejecutivo.

La segunda autoridad del Estado es la *Cámara de los enviados*, nombrada por todos aquellos que duermen en colchones elásticos y beben vino añejo.

El legislador ha pensado que todo ciudadano bien acostado y bien alimentado debia ser amigo del buen orden, es decir, de su mesa y de su cama, y que necesariamente tenia todas las luces que se requieren para no querer dar participacion en ellas á los consumidores de paja y de pan negro.

Sin embargo, como podian hallarse por

casualidad en la *Cámara de los enviados* algunos discoloros bastante egoistas para dar preferencia á las ideas en perjuicio de sus intereses, se les ha opuesto la *Cámara de los valetudinarios*, compuesta de gente á quien el movimiento inquieta y el ruido fatiga. Para ser admitido en ella, necesita probar el candidato que es sordo, mudo, gotoso ó asmático; los que reúnen mayor número de dolencias son preferidos; sin embargo, con un poquito de proteccion, la tenacidad y la ignorancia son mas que suficientes.

En fin, el cuarto poder se compone de los banqueros que se han constituido en mayordomos de la república, que le prestan en corta cantidad, y se encargan de pasar las rentas públicas por una criba que únicamente deja caer los ochavos y retiene los pesos fuertes. El Estado les ha dado en hipoteca la tierra, los rios, los mares, las minas y los trasportes aéreos; bien que á decir verdad serian ya dueños de todo, á no existir el sillón y las dos Cámaras que con su poder limitan al de los banqueros, los cuales á su vez ponen trabas á aquellos, porque en esto consiste lo sublime de nuestra organizacion política: en la compensacion y el equilibrio. El carro del Estado se parece con toda exactitud al que se ha descubierto en los escombros del Carrousel en Paris; tirado en sentido inverso por cuatro caballos de fuerzas iguales, queda necesariamente fijo y así evita el peligro de tropezar en los guardacantones.

—Pero no de ser destrozado, dijo Mauricio, y tarde ó temprano el carro se romperá.

—Si no tuviéramos una varita mágica que todo lo consolida, observó el académico.

—¿Y qué varita es esa?

—¡El miedo! Antiguamente se apasionaban por la política, pero el progreso de las luces ha hecho que desaparezcan en la actualidad esos hombres de *poca virtud* que se aterrian á sus ideas y que querian á toda costa el triunfo de lo que ellos consideraban como una verdad! Tanto se cree en lo que se defiende como en lo que se combate. Las opiniones son habitaciones alquiladas que se desocupan desde el momento que se encuentra otra mejor. Así es que las discusiones son mas de apariencia que de realidad: se combate lo mismo que en el teatro, teniendo cuidado de no herirse, y únicamente para que se llenen las galerías. Todos procuran no tirar cuchilladas peligrosas, para no recibirlas despues; los que hoy son adversarios serán mañana nuestros

aliados; la escarapela que ridiculizamos, es la que pondremos en nuestro sombrero; esta prevision ocupa el lugar de indulgencia: si cada cual tira en un sentido diferente, es con la moderacion de un caballo de simon pagado por horas.

—Comprendo, dijo Mauricio; os hallais al abrigo de las fiebres políticas, ¿pero quién os salvará de la indiferencia?

—Siempre la Constitucion, respondió don Atodo. ¿Creeis que nos hallamos en aquellos tiempos en que se exigia á los electores que pagasen á los diputados? Hemos comprendido lo mucho que desalentaria al celo electoral semejante pretension, y le hemos mudado el aspecto. En la actualidad el diputado es el que paga al elector. Se pregona el nombramiento, los candidatos hacen sus ofertas, y la diputacion queda á favor del mejor postor. De este modo, ni valen trampas ni intrigas; cada uno debate sus condiciones y sabe lo que hay. ¡Tambien es necesaria la diligencia de los electores! Algunos estaban á las puertas de la muerte, y á pesar de eso se han hecho conducir hasta las urnas del escrutinio para deponer sus votos y recibir sus primas. Grande ejemplo de la energía de esa vida política que sostiene instituciones fundadas sobre el unico principio verdaderamente social: el *afecto á sí propio*. A propósito, aqui tengo la última circular de M. Banqman, que os hará conocer mejor que mis esplicaciones las ventajas de nuestro sistema.

D. Atodo buscó en sus faltriqueras y sacó de una de ellas una grande hoja impresa, que entregó á su huésped.

M. BANQMAN, CANDIDATO PARA LA DIPUTACION,

á los electores del cuartel B

DE LA CIUDAD DE SIN-PAR.

«Señores:

«Si hubiese de seguir mis inclinaciones, no me veriais hoy solicitar vuestros sufragios; contento con una posicion honrosa y afortunada continuaria gozando de ella, lejos de las agitaciones de la política; pero las instancias de mis amigos han violentado mis inclinaciones, y me han decidido á reclamar la diputacion.

«Mis opiniones son conocidas, señores; deseo la felicidad de todos los ciudadanos de la república, y quiero todo lo que puede asegurar esa felicidad. Votaré siempre por el bien y la verdad; no adoptaré mas que el partido que defienda la razon; no

atacaré sino al culpado; no sostendré á los ministros mas que cuando se sostengan por sí solos; y si caen, me acordaré de que la voz del pueblo es la de Dios.

«Hé aqui mis ideas gubernamentales; en cuanto á los derechos que tengo para merecer vuestra confianza, hélos aqui:

«Gano unos años con otros tres millones cincuenta mil francos, lo que debe haceros comprender que soy un hombre de orden.

«Siempre he rehusado asociarme y casarme por el amor que profeso á la libertad.

«Fabrico hormillas de boton para todas las edades y para todas las clases, lo que os atestigua mi respeto por la igualdad.

«En todas mis relaciones á la *sociedad humana* he llamado á los hombres *mis semejantes*, espresion que prueba mis creencias acerca de la fraternidad.

«Sin embargo, forzoso es hacer mi profesion de fé: no seré menos esplicito.

«Desde luego declaro comprometerme á una distribucion de hormillas de boton de desecho á todos los pobres del cuartel.

«Daré al año seis bailes y doce banquetes, á los que serán invitados todos los electores que me hayan dado sus votos.

«Los que puedan reunir diez votos en mi favor tendrán derecho á una gratificacion del valor de mil francos, pagadera en raspaduras de astas de mi fábrica, en cerbeza de la fábrica que se trata de establecer en Noukaiva, ó en acciones de los telégrafos aéreos.

«Los que me faciliten quince votos tendrán además opcion á una medalla de bronce con caja de suela.

«En fin, el que me procure veinte votos recibirá una renta perpétua de dos litros de potaje con gelatina que podrá mandar á buscar todas las mañanas á la compañía holandesa de Kamtschatka.

«Haré distribuir á mis clientes, en el momento del escrutinio, papeletas con mi nombre, y en las que se encontrará envuelta una pieza de cien sueldos, para darles mas peso. Cada individuo meterá la papeleta en la urna y la moneda en el bolsillo.

«Me atrevo á esperar, señores, que la franqueza de estas esplicaciones me atraerá vuestros sufragios, y que podré muy luego ser portador á la tribuna nacional de la espresion de vuestros deseos y de vuestras necesidades.

«BANQMAN.»

—Y esta circular, ¿ha sido acogida por los electores? preguntó Mauricio despues de haberla leído.

—Y tanto, como que Banqman es ahora

uno de los miembros mas influyentes de la Cámara de los enviados, replicó D. Atodo; y en esta misma mañana debe dirigir al ministerio interpelaciones terribles.

—¿Combate al ministerio?

—Desde que ha autorizado la introduccion de los corchetes extranjeros, que amenazan de muerte á la fabricacion de los botones.

—¿Podria asistir á esta sesion?

—Venia casualmente á proponeros si queriais ir conmigo.

Mauricio aceptó en seguida; y miladi Enojo, que entró en este momento con Marta, dijo que ella los acompañaria.

Los debates de la Cámara de los enviados eran públicos; es decir, que no se podia entrar sino con papeleta de convite. Don Atodo conocia por fortuna al embajador del Congo, y obtuvo por su mediacion la entrada á la tribuna diplomática.

Miladi Enojo, dichosa porque iba á lucir su corsé mecánico en los primeros bancos, se apoyó en la barandilla, mirando con el lente á una y otra parte, mientras don Atodo esplicaba á la pareja extranjera la politica de Sin-Par.

—Aquel que veis enfrente, dijo, ocupado en examinar columnas de guarismos, tiene por especial ocupacion rebajar el presupuesto; pasa los dias enteros haciendo las adiciones de los que rinden cuentas y buscando supresiones; en la última sesion ha propuesto trece millones de economia, y solo le ha concedido la Cámara ochenta reales y treinta maravedises. Un poco mas allá está uno de mis colegas, que se ha hecho admitir en la Academia como hombre político, y en la Cámara como literato. Renueva cada año un discurso contra los autores contemporáneos, que tienen la culpa de no haberle dejado una plaza, y otro á favor del ministerio que le ha concedido siete. A su lado se halla el general Pataques, conocido por su elocuencia, mezclada de oropelas militares, de chis chas de sables y de gestos propios de los soldados. Aquel viejo que se pasea allá bajo es el famoso Tácito, especie de Montesquieu en miniatura, que ha adquirido la reputacion de excelente ciudadano absteniéndose de todo, y de pensador profundo desgarrando á sus colegas. Detrás de él está hablando un antiguo legista, el Sr. Tamaño, que considera el gobierno del Estado como un negocio judicial, y que no tendria reparo en que se vendiese la república, con tal de que se hiciese segun los códigos. Su interlocutor, milord Grave, es un antiguo ministro que ha sido el primero en introducir la

austeridad en la corrupcion. Por el otro lado se pasea el doctor Traverse, que habla á favor del gobierno popular, que es el que él no quiere, á fin de volvernos la monarquía, que todo el mundo rechaza. Por último, mirad D. Omnívoro; defensor de los intereses positivos de la república, siempre y cuando estos intereses sean los suyos. Todos estos diputados son los jefes de otras tantas fracciones, que procuran marchar de acuerdo cuando no pueden derrotarse.

El número mayor es el de los *equilibradores*, compuesto de personas que saben mantenerse con todos los ministerios, y cuya opinion se resuelve en una memoria de asignaciones. Tambien se los llama *conservadores*, visto el ardor que ponen en conservar sus empleos, sus provisiones y sus pensiones.

Tienen por contrario el partido de los *aspirantes*, que comprende á todos aquellos que han sido ministros ó que cuentan serlo.

Entre ellos pululan los *independientes*, cuya politica se parece al paso de un embriagado, y que, cuando se han inclinado á la izquierda, se dirigen precipitadamente á la derecha, solo para justificar que no siguen senda alguna.

En fin, vienen una docena de fracciones, ya separadas, ya unidas, especies de promontorios parlamentarios que sirven para formar las mayorías, y gracias á las cuales la Cámara contradice hoy sus decisiones de ayer.

Aquí el académico fué interrumpido por el sonido de una trompeta, que tocaba el tan conocido estribillo:

Animo y á la obra, los amigos están siempre allí.

D. Atodo advirtió á Mauricio que esta señal anunciaba la apertura de la sesion. Habíase ingeniosamente sustituido el clarín á la campanilla, como mas fácil de oírse en medio de la bulla, y poder evitar al presidente que emplease toda la parte que le tocaba desempeñar de elocuencia. Sus advertencias se traducen en estribillos conocidos. Quería, por ejemplo, llamar al orden á un diputado de la oposicion, tocaba el refran del romance:

Callaos, que yo no os creo.

Tratábase de anunciar que el ministro de la instruccion pública iba á tomar la palabra, tocaba en menor:

Soy Lindor, mi nacimiento es vulgar, y mis votos son los de un simple bachiller.

Llegaba el caso de poner á votacion el presupuesto, lo anunciaba por medio del estribillo:

¿Qué banquetes, qué banquetes nos han dado los ministros!

Era, en fin, necesario pedir licencia para que un general volviese á su destino, tocaba:

Malbroug se va á la guerra.

A la señal que acababa de dar, los diputados se dirigieron hácia sus asientos, y subió á la tribuna un orador para darles tiempo de sentarse y sonarse. Mauricio reconoció á D. Omnívoro. D. Atodo le dijo que era uno de los encargados de levantar el telon, y desempeñando el oficio de la copa de absinta, que se acepta antes de comer, no porque se la tenga afición, sino porque escita el apetito.

Fue reemplazado por oradores de un crédito mediano: estos eran la menestra.

En fin, hubo un momento de silencio; se daba principio al festin parlamentario; Mr. Banqman acababa de presentarse en la tribuna.

El ilustre fabricante tenia la barba sepultada en su corbata, y la mano derecha en su pechera: indicio evidente de profundidad. Paseó algun tiempo sus miradas por la asamblea, adelantó muy despacio la mano izquierda, y empezó con una voz que tenia á la vez algo de clarín y de chinesco:

«Señores:

»Por muy resuelto que esté un hombre político á cumplir su deber, hay circunstancias en que este cumplimiento es para él una dolorosa prueba, y en que este envidia la suerte de los ciudadanos sin responsabilidad que subordinan sus convicciones á sus simpatías, y confiesan á los amigos que no pueden continuar aprobando el favor de su silencio! Desgraciadamente no es tal nuestra posición. Encargado de una misión pública, debo á mis comitentes y á mí propio la obligación de declarar mi modo de pensar. Por mucho tiempo hemos abrigado la esperanza de que los hechos ilustrarian á los que nos gobiernan; pero nuestra esperanza se ha frustrado, y prolongarla es de todo punto imposible. La salud de la república debe ser la gran ley, y lo declaramos en alta voz y con la mano en el corazón; ha llegado el momento de perderla para siempre ó salvarla.

Murmullos en el centro; aplausos en los estremos; grande agitacion; el orador bebe un vaso de agua azucarada.

«Si, señores, jamás la situación ha producido mas ansiedad en cuanto al presente, ni mas peligros para el porvenir.

»Ya miremos el interior como el exterior, todo nos horroriza igualmente. La república nos presenta el aspecto de una máquina

guiada por manos inespertas, y que contrariada en sus movimientos se conmueve, hace crugir sus ruedas y amenaza saltar en pedazos.

Profunda sensacion.

»Y en tal situación es cuando se trata de imponer á la nación nuevas cargas! Se nos pide un crédito de doscientos millones, repitiendo que es solo un voto de confianza. De confianza, señores, pase; pero veamos si se ha hecho algo para merecerla.

Movimiento en diversos sentidos. El orador, que va animándose, bebe un segundo vaso de agua azucarada.

»Podria multiplicar las censuras, señores; pero quiero dar una prueba de moderación. No hablaré de que tantas veces y con tanta justicia he criticado el poder; me limitaré á examinar uno de sus actos, el mas reciente. Ese solo bastará para iniciarnos en la medida de la habilidad, del tino y de la justicia de los hombres que están al frente del gobierno!

»Cuando hablo así, señores, creo que comprendereis que mis ataques se dirigen á aquellos que pueden responderme, á los ministros aquí presentes, únicos reprobables y responsables. Hay un hombre de que no podemos valernos en todas nuestras discusiones; mis observaciones no pueden, pues, franquear la esfera invariable en que reside el jefe del Estado, siempre tranquilo é impecable.

Aprobacion general.

»Pero los agentes de su administración se hallan bajo nuestra vigilancia, y la Constitución nos permite apreciar sus actos.

»Cuando he anunciado que solo examinaria uno, debeis haber comprendido sin duda que tan solo queria hablar de la supresión de los tres pares de guantes suministrados por la república á sus defensores; supresión que ha introducido la desorganización en todo el ejército.

EL GENERAL PATAQUES: Sí, esa es idea de Pekin.

VARIAS VOCES DE ABOGADOS: ¡Pekin! eso es un insulto á la Cámara.

UN ANTIGUO BOTICARIO: Eso es indecente.

EL PUEBLO EN MASA: ¡Al orden! ¡Al orden!

El general Pataques se levanta y se pone el sombrero en facha, inclina el cuerpo sobre la cadera izquierda, y pasa sus bigotes por encima de las orejas; aumentase la alegría; el presidente toca la canción:

Granadero, que me affiges.

El general vuelve á sentarse y se sosiega el tumulto; el orador continúa:

»Debemos al menos, señores, creer que en esta supresion se ha procurado violar las prerogativas de las Cámaras que no han unido la desigualdad á la ignorancia! ;Pues bien! lo digo con dolor; pero me es forzoso confesarlo, esta medida capital ha sido tomada por un simple decreto.

Profunda sensacion.

»DON TORMAT esclama con energía: El acta es contraria á todas las reglas del procedimiento... quiero decir, de la legislatura.

»MUCHAS VOCES: Sí, sí.

»OTRAS VOCES: No, no.

»Los ministros se miran con cierta inquietud; grande agitacion; el presidente toca ei estribillo:

Acabemos aqui, el mundo es ya viejo.

»Baqman continúa:

»Y cuál era, ministros de sillón, el objeto que os proponiais aventurando semejante golpe de Estado! ¿Se veia acaso herido vuestro orgullo al ver con guantes como los vuestros las manos que defienden la patria?

»DON TRAVERSÉ: Son aristócratas.

»El Sr. BAQMAN: ¿Y no podiais, si era absolutamente preciso llevar á cabo esta inconcebible revolucion, salvar al menos las apariencias, suprimir los guantes; pero figurando su importe en el presupuesto? De este modo al menos nada se hubiera sabido, y el honor nacional quedaba salvado.

»MILORD GRAVE (con un signo de aprobacion): Eso se debió haber hecho.

»El Sr. BAQMAN: Pero no, habeis obrado con vuestra ligereza y audacia de costumbre, porque estos son los dos móviles de toda vuestra política; á ellos debeis vuestros buenos resultados, segun la admirable expresion del profundo pensador que ha dicho de vosotros: Se han elevado, porque estaban vacíos.

»Movimiento; todas las miradas se dirigen hácia el Sr. Tácito que al parecer tiene deseos de dormir; risas y aplausos.

»En consecuencia, continúa el orador, propongo el siguiente proyecto de ley, cuya copia ha quedado sobre la mesa del señor presidente:

»Artículo 1.º La Cámara declara que no aprueba la medida que acaba de herir al ejército, y determina se den á cada soldado seis pares de guantes, en lugar de los tres que le concedia antiguamente el reglamento.

»Art. 2.º Estos guantes serán de algo-

don de Escocia, hechos á punto de aguja, y guarnecidos de una tirita de goma elástica para que los ajuste á la muñeca.

»Art. 3.º Deberán distribuirse á todos los regimientos tres dias despues de la promulgacion de la presente ley.

»Art. 4.º No pudiendo los actuales ministros proceder con imparcialidad en esta reparticion, se les encarga la dejen á cargo de sus sucesores.

»Despues de la lectura de estas proposiciones, el señor Baqman baja de la tribuna y recibe las felicitaciones de todas las fracciones flotantes de la Cámara, incluso los independientes. El ministro del interior se dirige hácia la tribuna, pero es llamado por su colega de Trabajos públicos, que quiere ocupar su lugar, y este á su vez retenido por el ministro de Negocios extranjeros. Entáblase entre ellos una viva discusion; por último gritos: ¡A la votacion, á la votacion! van aumentando hasta el punto de verse el presidente preciso á pasar á ella.

»Se pone á votacion el artículo primero.

»Número de votantes. 613

»Bolas negras. 290

»Bolas blancas. 323

»La Cámara aprueba.

»Los ministros se quejan en alta voz.

»Se pasa á los artículos 2.º y 3.º que son igualmente aprobados.

»Los ministros se hallan á pique de tirarse de los cabellos; pero el presidente lee el artículo 4.º que los calma súbitamente; se retiran á solas mientras se vota y parece consultan.

»El artículo 4.º es igualmente aprobado.

»Únicamente falta la votacion de la totalidad de la ley. Los ministros que se han puesto de acuerdo, hacen pasar al señor Baqman una tarjeta en la que han escrito con lápiz:

»La introduccion de los corchetes extranjeros quedará prohibida desde mañana.

»El señor Baqman guarda la tarjeta con la bola blanca en el bolsillo, y vota contra la ley. En otra tarjeta participa el señor Format que se le ha nombrado abogado general; una tercera anuncia al general Pataques el título de capitán general; otra advierte á milord Grave que se ha determinado publicar unas cartas dirigidas á una condesa con sus respuestas, traduccion libre de la correspondencia de Eloisa y Abelardo, y una quinta hace saber á Tácito que su yerno obtendrá una recaudacion de contribuciones, y su prima un estanco.

»Número de votantes. . . . 613
 »Bolas negras. : 611
 »Bolas blancas. 2

»La Cámara desecha la ley.
 »El presidente toca la canción :

Vámonos, gentes de la boda.

»Y se levanta la sesión.»

XXII.

Un misionero inglés.—Un baile público que suministra las danzantes.

Marcelo había citado á Mauricio para la gran sala del casino de *los dos Mundos*. Le encontró jugando al billar con Jorge Traveller, misionero de origen inglés, que ejercía la triple profesión de dentista, de pastor y de mercader de frutos coloniales. Jorge Traveller había recorrido todos los países idólatras de la tierra en nombre de una *propaganda*, y nada le había costado grangearse la confianza de los pueblos bárbaros. Muy distante de imitar á esos apóstoles católicos, que sin otras armas que un libro de oraciones y un crucifijo se presentaban en medio de las tribus salvajes como los enviados de Dios, exhortándoles á que renunciasen á sus errores, el honorable misionero inglés se había resignado á participar de ellos, y había de este modo renovado el milagro de Alcibiades en beneficio de sus creencias y de su comercio. Así es que se le había visto alternativamente circuncidado en Mascát, casado con doce mujeres en las islas Marianas, mercader de esclavos en el Zanguevar, y algun tanto antropófago en Sandwich, pero todo sin que su fe se hubiese resentido en lo mas mínimo, y siempre por cuenta de la sociedad á que pertenecía.

Gracias á esa natural astucia, había logrado repartir algunos centenares de sermones impresos para la instrucción de los idólatras que no sabían leer, y vender diez y siete cargamentos de mercaderías de desecho.

A pesar de que no pertenecían á una misma iglesia, Marcelo se hallaba íntimamente relacionado con el doctor que le había traído pipas y tabaco de Oriente. Le presentó á Mauricio, delante el que bailó una polka africana no autorizada por la policía.

Esta exhibición hubiera podido prolongarse mucho mas si Mauricio no hubiese recordado á Marcelo la promesa que le había hecho la víspera de reconocer juntos y examinar detenidamente la ciudad pietista,

y salió con Mauricio para acompañarlo; pero al atravesar la nueva plaza de los anuncios, vió de repente un enorme cartel pegado á una pared.

—¡Dios me perdone! eso es la apertura del Eden! exclamó; permitid que me aproxime para que pueda asegurarme...

Atravesaron la plaza y pudieron leer la advertencia que cubría toda la fachada del edificio.

SALA DEL EDEN.-BAILES DE MASCARA.

el domingo por la noche,

GRAN FIESTA, LLAMADA DE LOS SALVAJES,

Dos mil hermosas mujeres, pertenecientes al establecimiento

EJECUTAN BAILES ADECUADOS A SU CARACTER.

Cada caballero recibirá al entrar un número que designará la señora á quien deberá acompañar durante todo el baile. Para conservar mejor el orden, quedan prohibidos los cambios.

El traje adoptado es el de los naturales de América cuando el descubrimiento del Nuevo Mundo; pero los guantes son de precisión.

Habrá un vestuario para depositar los paraguas y calzoncillos.

PRECIO DE ENTRADA 100 REALES.

Apenas había Marcelo ojeado el cartel, cuando espresó á Mauricio que no podía seguir mas adelante, y entró precipitadamente en el despacho, de donde salió muy luego con un billete.

—He llegado á tiempo, exclamó, cinco minutos mas y no había bailarina para mí; no han podido darme mas que el número 1983... ¡una morena de veintidos años! Me gustan mas las rubias, pero cuando no hay pan buenas sontortas. Me disimulareis que os deje solo; es preciso que advierta al presidente de la sociedad de *las buenas costumbres*, á quien debía entregar una memoria pasado mañana, que ocupaciones imprevistas han venido á retardar mi trabajo.

Se escusó con Mauricio de no acompañarle, y le dejó continuar su camino.

Esta era la primera vez que nuestro resucitado se hallaba solo en las calles de Sin-Par, y así es que se dedicó á examinarlo to-

do con mas escrupulosidad de lo que podia haberlo hecho hasta entonces.

Mauricio entró en su casa pensativo y desanimado; Marta, que lo aguardaba con impaciencia, participó de su tristeza.

—¿Qué has visto? le preguntó con ansiedad?

—Lo que hubiera debido imaginar, contestó Mauricio estrechando entre las suyas las manos de la jóven; habiamos inútilmente buscado en este mundo perfeccionado el amor y la poesía; pero quedaba la fé, que es el consuelo de todo...

—¿Y bien?

—¡Ay! tambien ella se ha marchado.

CONCLUSION.

Marta y Mauricio quedaron con el corazón lacerado. Los dos lloraban en ese mundo en que el hombre se habia convertido en esclavo de la máquina, sustituyendo el interés al amor; en que la civilización habia auxiliado el triunfo en las tres pasiones que conducen el alma á los abismos, y ambos se durmieron con estos tristes pensamientos.

Pero durante su sueño tuvieron una vision.

Parecióles que Dios dirigia sus miradas hácia la tierra, y que á la vista del mundo tal cual lo habia formado la corrupcion humana, decia:

—Hé aquí que estos han olvidado las leyes que yo habia grabado en su corazón: su vista interior se ha turbado, y cada uno de ellos no percibe ya nada fuera de sí mismo; porque han sujetado las aguas, encerrado el aire y dominado el fuego; se han dicho: Somos los dueños del mundo, y nadie tiene que pedirnos cuenta de nuestros pensamientos. Pero yo los desengañaré; porque romperé el dique de las aguas, permitiré la salida del aire, devolveré al fuego su violencia, y entonces reconocerán su debilidad esos reyes de un dia.

A estas palabras hizo una señal: los tres ángeles de la cólera se precipitaron hácia la tierra; donde todo se habia convertido en ruina y confusion. Durante un sueño prolongado Marta y Mauricio habian visto desplomarse los edificios, los rios saliendo de madre, los incendios con grandes olas de llamas, y en medio de esa destruccion general, el género humano que huia perdido.

Pero en lo mas intempestuoso del desastre, una voz habia gritado:

—*Paz á los hombres de buena voluntad. Solo para ellos renacerá la humanidad, y el mundo saldrá de sus ruinas.*

